

POSESION

STEPHEN KING

Seudónimo: RICHARD BACHMAN

Pensando en Jim Thompón y Sam Peckinpah: sombras legendarias
Antes de morir de cáncer a finales de 1985, Richard Bachman publicó cinco novelas. En 1994, durante los preparativos de una mudanza, la viuda del autor encontró en el sótano una caja llena de manuscritos en distintos estadios de elaboración. Los mas incompletos estaban escritos a mano en los cuadernos para taquigrafía que solía usar Bachman. El mas completo era el de la novela que publicamos a continuación.

Estaba en un archivador cerrado con bandas elásticas, como si Bachman se hubiese propuesto enviarlo a su editor después de una revisión final.

La viuda de Bachman me pidió que le echara un vistazo y a mi me pareció que estaba al nivel de sus obras anteriores. Me he permitido hacer algunos cambios, casi

todos para actualizarlo (por ejemplo, sustituir a Rob Lowe por Ethan Hawke en el primer capítulo), pero en líneas generales lo he dejado tal cual. La publicación de esta obra (aprobada por la viuda del autor) viene a coronar una carrera peculiar, aunque no desprovista de interés.

Deseo agradecer a Claudia Eschelman (antes Claudia Bachman); a Douglas Winter,

especialista en Bachman; a Elaine Koster, de la biblioteca New American, y a Carolyn

Stromberg, que edito las primeras novelas de Bachman y confirmo la autoría de esta.

La viuda de Bachman dice no tener conocimiento de que su esposo visitara Ohio, - aunque podría haberlo sobrevolado un par de veces- .

Tampoco sabía cuando escribió esta novela, aunque sospecha que debe de haberlo

hecho por las noches. Richard Bachman sufría de insomnio crónico.

CHARLES VERRILL .

Posesión

Nueva York.

El verano ha llegado. No es un verano cualquiera, sino un verano apoteósico, el no- va- mas del verano. El verdísimo verano de Ohio, maravilloso en julio, con el sol blanco resplandeciente en un fantástico cielo azul tejanero desteñido, el alboroto de los niños que corren de un extremo al otro del bosque situado en lo alto de la cuesta de la calle Bear, el golpeteo de los bates de béisbol en el campo de juegos, mas allá del bosque, el ruido de los patines sobre las aceras de asfalto y las suaves piedras de macadam de la calle Poplar, el sonido de las radios - uno de los excepcionales partidos de los Indians de Cleveland compitiendo con Tina Turner cantando a voz en cuello Nutbush City Limits, esa que dice: - Veinticinco es el límite de velocidad, no se admiten motos- ; y rodeándolo todo, como un ribete sonoro

de puntilla, el sereno y suave ronroneo de los aspersores de riego.

El verano en Wentworth, Ohio, es cosa de no creer. Aquí, en la calle Poplar, llega directamente al centro de aquel mítico aunque descolorido sueño americano, con

el olor a hot dogs en el aire y restos de los cohetes del Cuatro de Julio todavía en las bocas de alcantarillas. Ha sido un mes caluroso, perfecto, bendito, maravilloso, el summun de los julios - nadie lo duda- , pero si queréis saber la verdad, también ha sido un julio seco, sin mas agua que la de las mangueras usadas para limpiar los

restos de los farolillos de papel. Hoy parece que van a cambiar las cosas, pues de vez en cuando se oyen truenos hacia el oeste, y los que miran el canal meteorológico

2

(como imaginareis, en la calle Poplar hay muchos abonados a la televisión por cable)

saben que se aproxima una tormenta eléctrica. Quizá incluso un tornado, aunque eso es menos probable.

Mientras tanto, todo son jugosas sandías, refrescos y pelotas mal bateadas; el verano que uno siempre ha deseado y más, aquí en medio de Estados Unidos de

América; una vida de ensueño con Chevrolets aparcados frente a las casas y el refrigerador surtido de bistecs que esperan a la noche, cuando los pondrán sobre la

parrilla de la barbacoa en el jardín (¿habrá pastel de manzana para terminar?, ¿vosotros que creéis?). Es la tierra del césped verde y los cuidados macizos de flores; el reino de Ohio, donde los niños llevan gorras con la visera hacia atrás, camisetas sin mangas sobre holgados bermudas y enormes y toscas zapatillas que,

indefectiblemente, zumban como las auténticas Nike.

De un extremo a otro de Poplar - entre las calles Bear, en lo alto de la cuesta, y Hyacinth, abajo- hay once casas y una tienda. La tienda es la típica americana, donde uno puede comprar tabaco de todas las marcas, caramelos de un

centavo (aunque en la actualidad casi todos cuestan cinco), provisiones para la barbacoa (platos de cartón tenedores de plástico cortezas de trigo helado ketchup mostaza), helados y una amplia variedad de refrescos elaborados con las mejores materias primas del mundo. En el E- Z Stop hasta es posible encontrar el Penthouse,

aunque hay que pedírselo a la dependienta, ya que en Ohio las revistas porno se guardan debajo del mostrador. Y eso está muy bien.

Lo importante es saber que uno puede conseguirlas si lo desea.

La dependienta es nueva, lleva menos de una semana en el puesto, y ahora, a las cuatro menos cuarto de la tarde, está atendiendo a un niño y una niña. Esta aparenta unos once años y ya promete ser una auténtica belleza. Aquel, obviamente su

hermano menor, debe de tener seis años y, al menos en opinión de la dependienta,

promete ser un malcriado de narices.

- Quiero dos chocolatinas! - dice Hermano Malcriado.

- Si los dos tomamos un refresco, solo nos queda dinero para una - responde hermana Bonita demostrando una paciencia admirable a los ojos de la dependienta. Si

el crío fuera su hermano, le daría tantas patadas en el trasero que podría representar al jorobado de Notre Dame en la función de fin de curso del colegio.

- Mamá te dio cinco pavos esta mañana; yo la vi. ¿Dónde has metido el resto, Marrrgrit?

- No me llames así; sabes que lo detesto - dice la chica.

Tiene una larga cabellera color miel que a la dependienta le parece preciosa.

El pelo de la dependienta es corto y crespo, tenido de naranja a la derecha y de verde a la izquierda. Sabe muy bien que no habría conseguido el puesto con esas greñas si el gerente no hubiera estado absolutamente necesitado de alguien que trabajara de once a siete...

En fin; mejor para ella, peor para el. El tipo le había hecho prometer que se cubriría la cabeza con un pañuelo o una gorra de béisbol, pero las promesas están hechas para romperse. Ahora ve que Hermana Bonita le mira el pelo con fascinación.

- ¡Margrit- Margrit- Margrit! - exclama el hermano pequeño con la alegre y enérgica perversidad propia de los hermanos pequeños.

- En realidad me llamo Ellen - dice la niña con el tono de alguien que desea demostrar seguridad- . Margaret es mi segundo nombre, y el me llama así porque sabe que lo detesto.

- Mucho gusto, Ellen - dice la joven y comienza a sumar de los artículos.

- Mucho gusto, Marrr- grit- se burla Hermano Malcriado poniendo una expresión tan maliciosa que resulta cómica. Tiene la nariz arrugada y los ojos bizcos- .

¡Mucho gusto, Marrrgrit la Marrrmota! Ellen no le hace caso y dice: - Me encanta

tu pelo.

- Gracias - responde la dependienta con una sonrisa- . No es tan bonito como el tuyo, pero puede pasar. Es un dólar con cuarenta y seis.

3

La niña saca un monedero de plástico del bolsillo de los tejanos. Es uno de esos que se abren apretando el cierre superior. Dentro hay dos billetes arrugados de

un dólar y unos cuantos centavos.

- ¡Pregúntale a Margrit la Marmota donde están los otros tres pavos! - chilla el malcriado, que parece un servicio público de megafonía- . ¡Se los ha gastado en una revista con Eeethan Hawwwvke en la tapa! Ellen sigue sin hacerle caso, aunque

sus mejillas comienzan a teñirse de rojo. Mientras entrega los dos dólares, dice: -

No te he visto antes, ¿verdad? - Puede que no... empecé a trabajar el miércoles pasado. Necesitaban a alguien para el turno de once a siete y quedarse un rato mas

si el tipo de la noche llega tarde.

- Bueno, me alegro de conocerte. Soy Ellen Carver, y este es mi hermano Ralph.

Ralph Carver saca la lengua y hace un ruido con la boca similar al de una avispa encerrada en un frasco de mayonesa. ;Que animalito tan amable!, piensa la chica del pelo bicolor.

- Yo soy Cynthia Smith - dice extendiendo la mano por encima del mostrador- .

Llámame Cynthia, pero nunca Cindy, ¿lo recordarás? La niña asiente con una sonrisa.

- Y a mi llámame Ellie, nunca Margaret.

- ¡Margggrit la Marrmota! - grita Ralph con el frenético tono victorioso de un crío de seis años. Levanta las manos y mueve las caderas de un lado a otro con

ponzoñosa alegría- . ¡Margrit la Marmota esta colada por Eeethan Hawwwke!
Ellen

mira a Cynthia con una expresión de resignación demasiado madura para su edad, como

diciendo <<Ya ves lo que tengo que aguantar>>. Cynthia, que tiene un hermano menor y

sabe muy bien lo que tiene que aguantar la bonita Ellie, esta tentada de risa, pero consigue mantenerse seria. Y es una suerte. La cría es una prisionera de su tiempo y

su edad, como todo el mundo, lo que significa que ese asunto es muy serio para ella.

Ellie le entrega una lata de Pepsi a su hermano.

- Fuera partiremos la chocolatina - dice.

- Me llevaras en mi Buster - dice Ralph mientras se dirigen a la puerta, cruzando el brillante rectángulo de sol que se proyecta como una hoguera desde la

ventana- . Me llevaras en mi Buster todo el camino a casa.

- De eso nada, monada - dice Ellie, pero cuando abre la puerta, el malcriado se gira y mira a Cynthia con una mirada que dice: <<Espera y verás quien gana. Ya lo

verás>>. Luego salen.

Es verano, si, pero no un momento cualquiera del verano; hablamos del 5 de julio, la apoteosis del verano en una ciudad de Ohio donde la mayoría de los niños van a las colonias de vacaciones de la iglesia y participan en los programas estivales de lectura de la biblioteca publica local, y donde un niño exigió que le compraran un pequeño carro rojo que, por razones que solo el conoce, ha llamado Buster.

Once casas y una tienda cociéndose al resplandeciente y desnudo sol .. de julio en el Medio Oeste, treinta y dos grados a la sombra, treinta y cinco al sol; suficiente calor para que el aire brille encima del pavimento como si este fuera un horno crematorio.

La calle se extiende de norte a sur, los números impares del lado de Los Angeles, los pares del de Nueva York. En lo alto, en la esquina Oeste de Poplar y

Bear, esta situado el numero 51. Brad Josephson esta fuera, junto al camino de entrada de su casa, regando los macizos de flores con una manguera. Tiene cuarenta y

seis anos, una maravillosa piel color chocolate y una barriga prominente y caída.

Ellie Carver piensa que se parece a Bill Cosby... Bueno, al menos un poquito.

Brad y Belinda Josephson son los únicos negros de la calle y el barrio esta muy orgulloso de tenerlos. Tienen el aspecto que la gente de las afueras de Ohio quiere para sus negros, y es agradable verlos por allí.

Son buena gente. Los Josephson caen bien a todo el mundo.

Cary Ripton, que reparte el Shopper de Wentworth los lunes por la tarde, tuerce la esquina en bicicleta y arroja un periódico enrollado a Brad. Este lo

4

atrapa diestramente con la mano libre. Ni siquiera se mueve. Levanta la mano y lo coge.

- ¡Bravo, señor Josephson! - grita Cary y pedalea cuesta abajo con la bolsa de lona llena de periódicos balanceándose contra su cadera.

Lleva una holgada camiseta de los Magic de Orlando con el numero de Shaq, el 32.

- Sí, todavía no estoy acabado - dice Brad y sujeta la boquilla de la manguera con el brazo para desplegar el periódico gratuito semanal y mirar la primera pagina.

La misma basura de siempre, desde luego - terrenos en venta y propaganda municipal- , pero de todos modos quiere echarle un vistazo. Brad supone que es propio de la naturaleza humana. Al otro lado de la calle, en el numero so, Johnny Marinville esta sentado en el zaguán, tocando la guitarra y cantando. Es una de las

canciones folk mas estúpidas del mundo, pero Marinville toca bien, y aunque nadie podría confundirlo con Marvin Gaye (o Perry Como, llegado el caso), sabe seguir una

melodía sin desafinar. Brad siempre ha encontrado este hecho ligeramente insultante.

Según Brad, un hombre que es bueno para una cosa, debería contentarse con su suerte

y no aspirar a nada más.

Cary Ripton, catorce años, pelo cortado a cepillo, shortstop sustituto en la liga de Wentworth (los Hawk, en la actualidad 14- 4 con dos juegos pendientes), arroja el siguiente Shopper al zaguán del 249, la casa de los Soderson. Así como los Josephson son la pareja negra de la calle Poplar, los Soderson - Gary y Marielle- son los sonados del barrio. Según la opinión pública, los Soderson se complementan muy bien. Gary es un tipo generoso y servicial, apreciado por sus vecinos a pesar de que casi siempre está borracho. Marielle, sin embargo...

Bueno,

como se ha oído decir a Bombón Carver: "Hay una palabra para definir a las mujeres

como Marielle, y rima con el nombre de la varita de un director de orquestas".

El lanzamiento de Cary es perfecto: el periódico rebota en la puerta de los Soderson y aterriza sobre el felpudo de la entrada, pero nadie sale a recogerlo.

Marielle está dentro dándose una ducha (la segunda del día; detesta este calor pegajoso) y Gary está sentado en el jardín trasero, añadiendo carbón a la barbacoa

con aire distraído, llenándola como para asar un bison. Lleva un delantal con la inscripción PUEDES BESAR AL COCINERO. Es demasiado pronto para echar la carne a la

parrilla, pero nunca es demasiado pronto para prepararse.

En el jardín trasero de los Soderson hay una mesa cubierta con una sombrilla, donde Gary ha montado su bar portátil: un frasco de olivas, una botella de ginebra y

una de vermut. Esta no ha sido abierta, pero hay un martini doble frente a ella.

Gary deja de añadir carbón a la barbacoa y apura su copa. Le encantan los martinis y

cuando no tiene que dar clases está borracho a eso de las cuatro. Hoy no es la excepción.

- Muy bien - dice Gary- , el siguiente.

Y procede a prepararse otro martini a la Soderson. Lo hace del siguiente modo: a) llenando las tres cuartas partes del vaso con ginebra Bombay; b) añadiendo

una oliva Amati; c) golpeando el borde del vaso contra la botella cerrada de vermut para la buena suerte.

Prueba un poco, cierra los ojos, prueba otro poco. Luego abre los ojos, que están bastante rojos, y sonrío.

- Si, señoras y señores - dice al reluciente jardín trasero- . ¡Ya tenemos un ganador! Suavemente, por encima de los demás sonidos del verano - niños, cortadoras

de césped, coches, aspersores y el zumbido de los insectos sobre la hierba semimarchita del jardín- Gary oye la guitarra del es dispararse. Es el patético aunque loable esfuerzo del señor Carver para hacerse el simpático, y Cary lo respeta. David Carver trabaja en correos y Cary supone que esta semana esta de vacaciones. El muchacho se hace una promesa: si cuando sea mayor tiene que coger un

empleo de nueve a cinco (sabe que, como la diabetes o los problemas renales, esas

cosas a veces son inevitables), nunca pasara las vacaciones en casa, lavando el coche en el jardín.

5

De todos modos no tendré coche, piensa. Tendré una moto. Pero no japonesa, sino americana. Una estupenda Harley Davidson como la que Marinville guarda en el garaje.

Vuelve a mirar por el retrovisor, vislumbra algo rojo en la calle Bear, mas allá de la casa de los Josephson - parece una furgoneta, aparcada justo en la intersección sudoeste- y sigue pedaleando en dirección al 247, la casa de los Wyler.

De todas las casas ocupadas de la calle (la del 242, donde antes vivían los

Hobart, esta deshabitada), la de los Wyler es la única que le da reparos. Es pequeña, estilo rancho, y no le vendría mal una mano de pintura en el frente y otra de selladora en el camino. Hay un aspersor en el jardín, pero, a diferencia de los demás jardines de la calle (incluido el de la casa vacía de los Hobart), el césped muestra los efectos del tiempo seco y caluroso. Hay algunas zonas amarillas, todavía

pequeñas pero cada vez mas extensas.

La señora Wyler no sabe que no basta con el agua, piensa Cary mientras coge otro Shopper de la bolsa de loneta. Quizá su marido lo sabia, pero...

De repente se da cuenta de que la señora Wyler (supone que una mujer sigue siendo señora aunque este viuda) esta al otro lado de la puerta de rejilla, y su silueta le llama la atención, lo escandaliza. Se tambalea en la bici y arroja el periódico con menos habilidad que de costumbre. El Shopper aterriza sobre uno de los

arbustos que flanquean la escalinata de entrada. Detesta hacer eso, lo detesta; se siente como en una de esas comedias imbéciles en que el chico de los periódicos siempre arroja el Daily Bugle sobre el techo o encima de un rosal (ja, ja, repartidores con mala puntería, que horror). Otro día (o en otra casa) habría vuelto atrás para corregir el error... quizá incluso habría entregado el periódico en mano a la señora, con una sonrisa y un buenos días. Pero hoy no. Allí hay algo que no le gusta. Tiene que ver con la postura de la mujer que esta detrás de la puerta de rejilla, que tiene los hombros caídos y los brazos laxos, como un juguete que se ha quedado sin pilas. Y puede que eso no sea todo.

No alcanza a verla bien, pero tiene la impresión de que la señora Wyler lleva solo unos pantalones cortos; esta desnuda de cintura para arriba. Y sigue allí, en el vestíbulo, mirándolo.

Mas que sensual, la escena resulta patética.

El niño que vive con ella, su sobrino, también es patético. Se llama Seth Garland o Garin o algo por el estilo. Nunca habla, ni siquiera si te diriges a el - ¡eh, como te va!, ¿te gusta este lugar, crees que los Indians volverán a ganar la liga?- , pero el se limita a mirarte fijamente con sus ojos color barro. Te mira

como Cary cree que ahora lo mira la señora Wyler, que habitualmente se muestra simpática con él. Entra en mi casa, dijo la araña a la mosca, y esas miradas parecen

decir algo por el estilo. Su marido murió el año pasado (ahora que lo piensa, en la misma época en que los Hobart tuvieron problemas y se mudaron), y la gente dice que

no fue un accidente. La gente dice que Herb Wyler, que coleccionaba piedras y una

vez regaló una escopeta de aire comprimido a Cary, se suicidó.

Se le pone la carne de gallina - algo doblemente preocupante en un día

caluroso como este- y gira para volver atrás echando otra mirada por el retrovisor.

La furgoneta roja sigue en la esquina de Bear y Poplar (un coche de rico, piensa el chico), y esta vez se acerca otro vehículo, un Acura azul que Cary reconoce de inmediato. Es el señor Jackson, el otro profe del barrio, aunque en este caso no de instituto.

El señor Jackson es en realidad el catedrático Jackson, o quizá solo adjunto.

Trabaja en la Universidad de Ohio. Los Jackson viven en el 44, al lado de la antigua

casa de los Hobart. Es la casa más bonita del barrio, una amplia finca estilo Cape Cod con un alto seto del lado de abajo y una alta valla de madera de cedro del

lado de arriba, donde linda con la casa del viejo veterinario.

- ¡Hola, Cary!, - dice Peter Jackson deteniéndose a su lado. Lleva tejanos desteñidos y una camiseta estampada con una risueña cara amarilla. QUE TENGAS UN

BUEN DIA, dice la cara risueña- . ¿Que tal va todo, chico? - Estupendo, señor

6

Jackson - contesta Cary con una sonrisa. Piensa en añadir - "aunque la señora Wyler

está en la puerta de su casa con las tetas al aire", pero no lo hace- . Todo genial.

- ¿ Habéis comenzado los partidos ? - Hasta ahora solo hemos jugado dos. Ayer

hice un par de entradas y puede que esta noche haga otro par. No esperaba mas.
Pero

este es el ultimo ano de Frankie Albertini en el Legión, ¿sabe? - Exacto - dice Peter, cogiendo la idea al vuelo- . Y el año que viene monsieur Cary Ripton jugara de shortstop.

El chico ríe y se imagina saliendo al campo de juego con el uniforme del Legión, aullando como un hombre lobo.

- ¿Este año también da cursos de verano? - Si. Dos seminarios: las obras históricas de Shakespeare y James Dickey y el nuevo gótico sureño. ¿Te interesa alguno? - Creo que paso.

Peter asiente con seriedad.

- Pasa y nunca tendrás que dar cursos de verano. - Señala la cara sonriente de la camiseta- . Cuando llega junio, se olvidan de los códigos de etiqueta, pero los cursos de verano siguen siendo un coñazo.

Como siempre. - Arroja el Shopper al asiento trasero y pone en marcha el coche- . No vayas a sufrir una insolación pedaleando por el barrio con los periódicos.

- Descuide. Creo que esta por llover. Ya he oído varios truenos.

- Eso dicen por la radio.

Una bestia peluda pasa corriendo detrás de un disco rojo. Cary inclina la bici hacia el coche de Jackson y siente el roce de la cola de Aníbal, el pastor alemán que persigue el disco de playa.

- Dígale lo de la insolación a el - dice Cary.

- Puede que lo haga - responde Peter y avanza despacio.

Cary mira como Aníbal coge el disco con la boca al otro lado de la calle.

Lleva un pañuelo de colores chillones alrededor del cuello y parece lucir una sonrisa perruna.

- ¡Tráelo aquí, Aníbal! - grita Jim Reed.

Su hermano Dave se une a el: - ;Vamos, Aníbal! ¡No seas tonto! ¡Tráelo! El perro se detiene con el disco en la boca junto al numero 246, enfrente de la casa de

los Wyler, y menea tranquilamente la cola. Su sonrisa parece ensancharse. Los mellizos Reed viven en el 24S, al lado de la casa de la señora Wyler. Están junto al jardín (uno moreno, otro rubio, ambos altos y apuestos con sus camisetas sin mangas e idénticos pantalones cortos de marca), con los ojos fijos en

Aníbal. Detrás de ellos hay un par de chicas. Una es Susi Geller, la vecina de al lado; es guapa pero no maciza. La otra, la pelirroja con largas piernas de animadora, es una historia aparte. Su foto debería estar en el diccionario junto a la palabra "maciza". Cary no la conoce, pero le encantaría conocerla; conocer sus sueños, esperanzas, proyectos y fantasías. En especial sus fantasías. No en esta vida, piensa. Es un conejito demasiado maduro. Debe de tener por lo menos diecisiete años.

- ¡Mierda! - exclama Jim Reed y se vuelve hacia su hermano moreno- . Esta vez ve a buscarlo tu.

- De eso nada; debe de estar lleno de saliva- responde Dave Reed- .

Aníbal, se buen chico y trae el disco! Aníbal se detiene en la acera, frente a la casa del viejo veterinario, siempre sonriendo. No, dice sin necesidad de decir nada; todo queda dicho con la sonrisa y el tranquilo meneo de la cola. Vosotros tenéis chicas guapas y pantalones de marca, pero yo tengo vuestro disco y lo estoy

llenando de saliva canina; y en mi perruna opinión, eso me convierte en el rey.

Cary se saca del bolsillo una bolsa de pipas. Ha descubierto que siempre es conveniente tener a mano unas pipas para matar el tiempo.

Se ha vuelto un experto en abrirlas con los dientes y masticar las sabrosas semillas mientras escupe las cascaras sobre el suelo de cemento con la rapidez de una ametralladora.

7

- ¡Yo lo arreglo! - les grita a los mellizos Reed, esperando impresionar a

la pelirroja con su habilidad para con los animales, y al mismo tiempo consciente de

que es una esperanza estúpida, propia de un crío en su primer curso de instituto; pero la tía esta tan buena con sus pantaloncitos blancos, ¡santo cielo!, ¿y que hay de malo en soñar un poco? Baja la bolsa de pipas a la altura del perro y estruja el celofán. Aníbal se acerca de inmediato, con el disco rojo en el centro de la boca. Cary vuelca unas cuantas pipas en la palma de la mano.

- Bien, Aníbal- dice- . son muy buenas. Pipas de girasol, el plato preferido de todos los perros del mundo. Pruébalas y acabaras comprándolas.

Aníbal estudia las pipas un momento y las olfatea con delicadeza.

Luego deja caer el disco en la calle Poplar y coge las semillas. Veloz como un rayo, el chico se agacha, recoge el disco (esta húmedo en los bordes) y se lo arroja

a Jim Reed. Es un tiro perfecto, así que Jim ataja sin necesidad de dar un solo paso. ¡Caray!, la pelirroja lo aplaude dando saltitos junto a Susi Geller, y sus tetas (pequeñas pero deliciosas) se bambolean debajo de la camiseta. Oh, gracias,

Dios, un millón de gracias, ahora tendré material para pajas en el banco de datos por lo menos durante una semana.

Sonriente, ignorando que morirá virgen y jugador suplente, Cary arroja el Shopper al porche de Tom Billingsley (puede oír el cortacésped del doctor rugiendo

en el jardín trasero) y cruza otra vez la calle en dirección a casa de los Reed.

Dave arroja el disco a Susi Geller y luego atrapa el periódico que le lanza Cary.

- Gracias por recuperar el disco - dice Dave.

- De nada. - Señala a la pelirroja con un gesto de la barbilla- .

¿Quién es? Dave deja escapar una risita cómplice.

- Ni lo preguntes, pequeño.

Cary va a insistir, pero decide que es mejor dejarlo correr. Después de todo, recupero el disco, ella lo aplaudió, y la visión de la chica saltando con su pequeña camiseta de tirantes habría conseguido poner tieso hasta un macarrón demasiado

cocido. Suficiente para una tarde calurosa como esta.

Por encima y detrás de ellos, en lo alto de la cuesta, la furgoneta roja comienza a moverse.

- ¿Vienes al partido esta noche? - pregunta Cary a Dave Reed- . Jugamos contra los Rebels de Columbus. Creo que ira bien.

- ¿Jugaras tu?

- Haré un par de entradas y por lo menos un ay- bee.

- Entonces no creo que vaya. - Y suelta una carcajada que hace estremecer a Cary. Piensa que los mellizos Reed parecen dioses jóvenes con sus camisas sin mangas, pero cuando abren la boca siempre la cagan.

Cary mira hacia la casa de la esquina de Poplar y Hyacinth, enfrente de la tienda. La ultima casa de la izquierda, como en la película de terror del mismo nombre. No hay ningún coche en el sendero de entrada, pero eso no significa nada;

podría estar en el garaje.

- ¿Está en casa? - pregunta a Dave, señalando el 240 con la barbilla.

- Ni idea - dice Jim acercándose - . Nunca se sabe, ¿verdad? Es muy raro.

Casi siempre deja el coche en el garaje y cruza el bosque hacia Hyacinth. Allá donde

vaya debe de ir en autobús.

- ¿Te da miedo? - pregunta Dave. No se burla, pero casi.

- Claro que no - dice Cary impasible, mirando a la pelirroja, preguntándose como será abrazar a una tía como esa, alta y esbelta, meterle la lengua en la boca mientras ella se restriega contra su polla. No en esta vida, vuelve a pensar.

Saluda con la mano a la pelirroja, reacciona con aparente indiferencia y autentica alegría cuando ella le devuelve el saludo, y luego cruza en diagonal hacia

el 240 de la calle Poplar. Lanzara el Shopper al zaguán con su habitual destreza y luego - si el chalado del ex poli no aparece en la puerta con espuma en la boca, mirándolo con ojos de colocado y blandiendo su pistola reglamentaria, un machete

o

cualquier otro arma- ira a la tienda a comprar un refresco para celebrar que ha terminado su ruta. De la avenida Anderson a Columbus, de Columbus a la calle Bear,

8

de la calle Bear a Poplar. Luego a casa a ponerse el uniforme y de ahí al campo de béisbol.

Sin embargo, primero tiene que pasar por el 240 de Poplar, la casa del ex poli que según dicen perdió su empleo por golpear a un par de jóvenes inocentes porque penso que habían violado a una niña. Cary no sabe si la historia es cierta - nunca leyó nada en los periódicos- , pero ha visto los ojos del ex poli y hay algo en ellos que jamas vio en otros ojos; un vacío que hace que uno desee desviar la vista a la primera oportunidad, aunque sin parecer descortés.

En lo alto de la cuesta, la furgoneta roja (si acaso eso es lo que es; es tan chillona y extravagante que no podría asegurarlo) tuerce por Poplar y comienza a acelerar. El ruido del motor es un murmullo cadencioso, sedoso. ¿Y que demonios es

ese chisme de cromo acoplado al techo? Johnny Malville deja de tocar la guitarra para mirarla pasar. No puede ver el interior porque tiene cristales polarizados, pero el chisme del techo parece un radar cromado, vaya si no. ¿Acaso la CIA ha decidido hacer acto de presencia en la calle Poplar? Johnny ve a Brad Josephson en

su jardín, al otro lado de la calle, con la manguera en una mano y el Shopper en la otra. Brad también mira la furgoneta que avanza despacio (pero ¿es una furgoneta?),

y tiene una expresión entre maravillada y perpleja.

Los rayos del sol destellan en la pintura roja y las superficies cromadas debajo de las ventanillas; unos rayos tan intensos que deslumbran a Johnny.

En la casa contigua David Carver sigue lavando el coche. Hay que reconocer que es un tipo concienzudo; tiene el Chevy cubierto de jabón hasta los limpiaparabrisas.

La furgoneta roja pasa delante de él, zumbando y destellando.

Al otro lado de la calle, los mellizos Reed y sus amiguitas dejan de jugar con el disco de playa para mirar la furgoneta. Los chicos forman un rectángulo, en cuyo centro está Aníbal, jadeando con alegría y esperando otra oportunidad para atrapar el disco.

Aunque en la calle Poplar nadie sea consciente de ello, los acontecimientos comienzan a precipitarse.

A 10 lejos suena un trueno.

Cary Ripton no ve la furgoneta roja ni el camión amarillo que tuerce por Hyacinth en dirección a Poplar, subiendo hacia el aparcamiento de la tienda, donde

los hermanos Carver siguen junto a Buster, el carrito rojo, discutiendo si la niña empujara a Ralph cuesta arriba o no. Ralph ha aceptado no decir palabra de lo de la

revista con Ethan Hawke en la portada, pero solo si su querida hermana Margrit la Marmota le da toda la chocolatina en lugar de la mitad.

Los críos interrumpen la conversación al ver el vapor blanco que sale del radiador del camión, como el aliento de un dragón, pero Cary Ripton no presta la menor atención a los problemas del camionero.

Su mente está concentrada solo en una cosa: dejar el Shopper al chiflado del ex policía y salir airoso de la empresa. El ex poli se llama Collier Entragian y es el único vecino del barrio que tiene un cartel de PROHIBIDO EL PASO en el jardín. Es

pequeño y discreto, pero allí está.

Cary se pregunta cómo es posible que no esté en la cárcel si es cierto que mató a un par de jóvenes. No es la primera vez que se hace esa pregunta y llega a la

conclusión de que no es asunto suyo. En una tarde bochornosa como esta no debe

preocuparse por la libertad del ex policía, sino por su propia supervivencia.

Con todo esto en la cabeza, no es de extrañar que Cary no se fije en el

camión Ryder que despidе vapor por el radiador, ni en los dos niños que han interrumpido momentáneamente sus negociaciones sobre la revista, ni en el carrito

rojo, ni en la furgoneta que baja la cuesta.

Solo piensa en no convertirse en la nueva víctima de un policía psicópata, y paradójicamente la fatalidad lo acecha por la espalda.

Una de las ventanillas de la furgoneta roja comienza a abrirse y se asoma un cañón de escopeta de color extraño, ni gris ni plateado. El doble cañón parece el símbolo del infinito pintado de negro.

9

En algún lugar del cielo llameante vuelve a rugir un trueno.

Steve Ames vio la tragedia gracias a los dos críos que discutían junto al carrito rojo, delante de la tienda. La chica parecía realmente enfadada con el niño y por un instante Steve penso que iba a darle un empujón. .. Lo que podría arrojarlo

mas allá del carrito y delante de su camión. Atropellar a un niño con una camiseta de Bart Simpson en un barrio de las afueras de Ohio sería el corolario perfecto para aquel día de mierda.

Cuando se detuvo a una distancia razonable de ellos - mejor prevenir que curar- noto que la atención de los niños se desviaba de aquello que estuvieran discutiendo para centrarse en el humo blanco de su radiador. Detrás de ellos, en la

calle, había una furgoneta roja; del rojo mas chillón que Steve hubiera visto en su vida. Pero no fue el color lo que despertó su interés, sino el brillante adminículo cromado que tenía en el techo y que parecía una especie de radar futurista. Se movía

de atrás adelante en un arco corto y constante, como los radares.

Al fondo de la calle había un chico en bicicleta. La furgoneta se dirigió a el, como si el conductor (o alguien en el interior) quisiera hablarle. El muchacho no noto su presencia; acababa de coger un periódico enrollado del bolso que le

colgaba de la cadera y se disponía a arrojarlo.

Steve paro el motor del camión sin detenerse a pensar en lo que hacía. Ya no oía el zumbido del radiador, no veía a los niños junto al carrito rojo, no pensaba en que iba a decir cuando llamara al teléfono gratuito de emergencias del concesionario Ryder. Un par de veces en su vida había tenido visiones premonitorias

- presentimientos, presagios sobrenaturales- , pero lo que le asalto en ese momento

mas que una visión fue casi un dolor: la absoluta certeza de que iba a ocurrir algo importante. Aunque no la clase de acontecimiento que provoca ovaciones.

No vio el doble cañón apuntando por la ventanilla, pues no estaba en el sitio apropiado para ello, pero oyó el ¡pum! de la escopeta y supo de inmediato de que se

trataba. Se había criado en Texas y jamas confundiría un disparo con un trueno.

El muchacho voló de la bicicleta con los hombros encogidos y las piernas flexionadas, y la gorra cayo de su cabeza. La espalda de la camiseta estaba hecha

jjirones y Steve vio mas de lo que hubiera querido ver: sangre intensamente roja y carne negra y chamuscada. La mano con que iba a arrojar el Shopper cubría una oreja

y el periódico cayo junto a el, en una zanja seca, al tiempo que el cuerpo aterrizaba sobre el jardín de la pequeña casa de la esquina tras describir una pirueta laxa y sin gracia.

La furgoneta se detuvo en medio de la calle, junto al cruce de Poplar y Hyacinth, con el motor en marcha.

Steve Ames permaneció sentado al volante de su camión de alquiler, boquiabierto, mientras una de las ventanillas traseras de la furgoneta se abría como

los elevalunas eléctricos de un Lincoln o un Cadillac No sabía que pudieran hacer eso, penso. Y enseguida: ¿Qué clase de vehículo es ese? Noto que alguien salía de

la tienda: una chica con una bata azul como las que usa el personal de facturación de las líneas aéreas. Se llevo una mano a la frente para protegerse del sol. Podía ver a la joven, aunque el chico de los periódicos había desaparecido temporalmente

tapado por la furgoneta. Entonces cayo en la cuenta de que el cañón de la escopeta

asomaba por la ventanilla que acababa de abrirse.

Y por si fuera poco vio que los dos críos del carrito rojo estaban totalmente expuestos y desprotegidos, mirando en la dirección de los disparos.

Aníbal, el pastor alemán, vio solo una cosa: el periódico enrollado que cayo de las manos de Cary cuando el impacto de la bala lo arrojó mas allá de la bicicleta

y de la vida. El perro corrió ladrando con alegría.

David Carver arrojó la esponja en el cubo de agua jabonosa, situado junto a la rueda delantera derecha de su Caprice, y se dirigió a la calle para averiguar que pasaba. Una casa mas arriba, Johnny Marinville hacia otro tanto cogiendo la guitarra

por el mástil. Al otro lado de la calle, Brad Josephson también cruzaba el jardín, dirigiendo el chorro de la manguera a su espalda. Todavía llevaba el ejemplar del Shopper en la mano.

10

- ¿Ha sido un petardo ? - preguntó Johnny. No se lo parecía. Antes de la publicación de los cuentos del gato Pat, cuando aun se consideraba un <<escritor serio>> (una frase tan contundente para el como "una buena puta">), Johnny había

hecho un infernal viaje de investigación por Vietnam, y el ruido que acababa de oír le recordó los disparos de la ofensiva de Tet. Si se trataba de un petardo, era de la clase que matan a la gente.

David sacudió la cabeza y levanto las manos para indicar que no lo sabia. A su espalda, la puerta de la casa colonial pintada en beige y verde se cerro de golpe

y se oyeron unos pasos descalzos correr por el sendero. Era Bombón, vestida con unos tejanos y una blusa mal abotonada. Tenía el cabello mojado recogido en una especie de casco y aun olía a jabón.

- ¿Ha sido un petardo? Dios mío, Dave, sonó como...

- Como un disparo de escopeta - dijo Johnny, y añadió de mala gana- : Estoy seguro de que lo era.

Kirsten Carver - Kirstie para los amigos y Bombón para su marido, por razones que solo el conocía- miro cuesta abajo. Una expresión de horror cruzo su cara y pareció agrandar no solo sus ojos, sino todos sus rasgos. David siguió su mirada. Vio la furgoneta parada con el motor en marcha y el cañón asomando por la ventanilla trasera derecha.

- ¡Ellie! ¡Ralph! - gritó Bombón. Fue un grito desgarrado, penetrante, y el jardín trasero de los Soderon, Gary detuvo la copa a medio camino de los labios para escuchar- . ¡Dios mío! ¡Ellie y Ralph!. Bombón salió corriendo cuesta abajo en dirección a la furgoneta.

- ¡No, Kirsten! - grito Brad Josephson, y corrió tras ella, cruzando : La niña - Ellie y no Margaret, recordó Cynthia- miro hacia atrás con una conmovedora expresión de perplejidad. Entonces el tipo del pelo largo la cogió del brazo y la ayudo a subir a la cabina.

- ¡Al suelo, niña, al suelo! - gritó mientras se inclinaba para coger al pequeño histérico.

El conductor del camión metió un pié en el volante para evitar caer de lado, haciendo sonar la bocina. Cynthia aparto el carrito rojo, cogió al pequeño por la cinturilla de los pantalones y lo levanto hasta los brazos del conductor. Calle abajo, se oían los gritos de un hombre y una mujer llamando a los niños . Supo que

eran sus padres y que, a menos que tuvieran cuidado, correrían la misma suerte que

el perro y el chico de los periódicos.

- ¡Sube! - gritó el hombre del camión.

Cynthia no necesito una segunda invitación para trepar a la atestada cabina.

Gary Soderson apareció por un lado de la casa con paso decidido (aunque no demasiado firme). Había oído una segunda detonación y se preguntó si habría estallado la parrilla de gas de los Geller. Vio a Marinville - que se había enriquecido en los ochenta escribiendo cuentos infantiles sobre un inverosímil gato detective llamado Pat- en medio de la calle, protegiéndose los ojos del sol con una mano y mirando cuesta abajo.

- ¿Que pasa, hombre? - preguntó Gary acercándose.

- Creo que alguien de esa furgoneta acaba de matar a Cary Ripton y al perro de los Reed - respondió Johnny Marinville con voz extraña, inexpresiva.

¿Que? ¿Por qué iban a hacer algo así? - No tengo idea.

Gary ve a una pareja los Carver, estaba seguro- correr calle abajo en dirección a la tienda, seguidos por un afroamericano torpón que solo podía ser Brad

Josephson. Marinville se volvió hacia el.

- Esto es peligroso. Voy a llamar a la policía. Mientras tanto, le aconsejo que salga de la calle. Ahora mismo.

Marinville camino a toda prisa hacia su casa. Gary desoyó su consejo, miró a la izquierda y vio que la furgoneta roja ya no estaba allí; había desaparecido detrás de los arboles que flanqueaban la calle Hyacinth, al este de Poplar. Entonces

se acuclillo, apoyó las manos en las rodillas e intento recuperar el aliento.

11

Collie se acerco, metió la 38 en la cintura del pantalón y apoyó una mano en el hombro de Josephson.

- ¿Se encuentra bien? Brad alzo la vista y esbozo una sonrisa triste. Tenía la cara empapada de sudor.

- Supongo - respondió.

Collie camino hacia el camión amarillo y se fijo en el carrito rojo abandonado cerca de allí. Había un par de latas de refresco sin abrir en el interior y una chocolatina junto a una de las ruedas traseras. Alguien la había pisado y aplastado.

Oyó gritos a su espalda. Se volvió y vio a los mellizos Reed, con las caras muy pálidas pese al bronceado veraniego, mirando más allá del perro muerto, al muchacho tendido sobre el césped de su jardín. El mellizo rubio - Jim, según creíase

echo a llorar. El otro dio un paso atrás, hizo una mueca de asco, se inclino y vomito sobre sus propios pies descalzos.

La señora Carver bajo a su hijo del camión llorando a voz en cuello. El crío, que también chillaba como loco, se cogió del cuello de su madre y se abrazo a ella como una lapa.

- Tranquilo- dijo la mujer vestida con tejanos y camisa mal abotonada- .

Tranquilo, cariño, ya ha pasado todo. El hombre malo se ha ido.

David Carver cogió a su hija de brazos del hombre tumbado en el asiento y la abrazo.

- ¡Papa! ¡Me estas llenando de jabón! - protestó la niña.

Carver la beso en la frente, entre los ojos.

- No importa- dijo- . ¿Estas bien, Ellie? - Si - respondió ella- . ¿Que ha pasado? Intentó mirar hacia la calle, pero su padre le tapo los ojos.

Collie se acerco a la mujer y al niño.

- ¿El pequeño se encuentra bien, señora Carver? La mujer lo miro como si no lo reconociera y volvió a centrar su atención en el niño lloroso, acariciándole el pelo con una mano y mirándolo fijamente.

- Si. Eso creo - dijo- . ¿Estas bien, Ralphie? ¿Te encuentras bien? El niño respiro hondo y grito: - ¡Margrit tenía que empujarme cuesta arriba! ¡Hicimos un trato! A Collie le pareció que estaba bien. Volvió a girarse hacia la escena del crimen, vio al perro en medio de un charco de sangre, y reparo en que los hermanos

Reed se acercaban temerosos al cuerpo del desgraciado chico de los periódicos.

- ¡Apartaos! - grito con firmeza.

Jim Reed se volvió hacia el.

- ¿Y si todavía esta vivo? - ¿Que pasa si lo esta? ¿Tenéis algún polvo mágico para curarlo? ¿No? Pues entonces no os acerquéis.

El chico se acerco a su hermano e hizo una mueca de asco.

- ¡Davey! ¡Mira tus pies! - exclamó. Luego se giro y también el vomitó.

Collie Entragian se vio empujado nuevamente al trabajo que había creído abandonar para siempre en octubre del año anterior, cuando lo habían despedido del

Departamento de Policía de Columbus, tras someterse a un análisis de detección de

drogas que había dado positivo.

Cocaína y heroína. Un buen apano, teniendo en cuenta que jamas había consumido

ninguna de las dos cosas.

Primera prioridad: proteger a los ciudadanos. Segunda prioridad: ayudar a los heridos. Tercera prioridad: resguardar la escena del crimen. Cuarta prioridad...

Bueno, ya se preocuparía de la cuarta prioridad cuando se hubiera ocupado de las tres primeras.

La dependienta nueva de la tienda, una jovencita esquelética con una cabellera de dos colores que lastimaba la vista de Collie, bajo del camión y se aliso la arrugada bata azul. El conductor la siguió.

- ¿Es usted policía? - preguntó a Collie.

- Si. - Más fácil afirmarlo que dar explicaciones. Los Carver sabían la verdad, por supuesto, pero estaban demasiado ocupados con sus hijos, y Brad Josephson seguía detrás, intentando recuperar el aliento- . Métense todos en la

12

tienda. ¿Brad? ¿Muchachos? - Levantó un poco la voz para que los mellizos Reed supieran que se dirigía a ellos.

- No. Será mejor que vuelva a casa - dijo Brad. Se incorporó, miró el cuerpo

de Cary al otro lado de la calle y volvió a mirar a Collie con expresión culpable pero decidida. Al menos volvía a respirar con normalidad. Por un instante, Collie había pensado que tendría que hacerle el boca a boca- . Belinda esta allí y...

- Si, pero será mejor que entre en la tienda, señor Josephson, al menos de momento. Por si vuelve la furgoneta.

- ¿Por que iba a volver? - preguntó David Carver, que seguía abrazando a su hija, mirando a Collie por encima de la cabeza de la niña.

Collie se encogió de hombros.

- No lo se. Ni siquiera se que hacia aquí antes, pero es conveniente tomar precauciones. Entren en la tienda.

- ¿Tiene alguna autoridad en el caso? - preguntó Brad. Su tono, aunque no exactamente desafiante, sugería que sabía que no era así.

Collie cruzo los brazos sobre el pecho desnudo. La depresión que le atormentaba desde que lo separaran del cuerpo había comenzado a disiparse en las

ultimas semanas, pero ahora volvió a sentirla al acecho. Después de un momento, negó

con la cabeza. No. Ya no tenía ninguna autoridad.

- Entonces pienso volver con mi esposa. No lo tome como una ofensa, señor.

Collie sonrió al oír el tono digno y prudente de su vecino. Era como si dijera: "Usted no se meta conmigo, y yo no me meteré con usted".

- No lo haré.

Los mellizos se miraron entre si y luego a Collie. Este supo lo que querían y suspiro.

- Muy bien. Pero id con Josephson. Y cuando lleguéis a casa, metéos dentro con vuestras amigas. ¿De acuerdo? - El rubio asintió- - Jim... tu eres Jim, ¿verdad?

- El chico volvió a asentir, secándose con timidez los ojos enrojecidos.

- ¿Están vuestras madres en casa? - Mi madre - respondió- . Mi padre esta trabajando.

- De acuerdo, muchachos. Corred. Usted también, Brad.

- Haré lo que pueda - dijo Brad- , aunque creo que ya he corrido bastante por hoy.

Los tres comenzaron a andar calle arriba por la acera oeste, la de los números impares.

- Yo también quiero llevar a los niños a casa, Entragian - dijo Kirsten Carver.

Collie suspiro y asintió. Claro, que demonios, llévelos donde le de la gana.

A Alaska, si quiere. Necesitaba un cigarro, pero los había dejado en casa. Había conseguido dejar el vicio durante diez años, hasta que los cabrones de la central le

habían enseñando la puerta y luego lo habían empujado por ella. Entonces había reincidido con una rapidez espantosa. Y ahora quería fumar porque estaba histérico.

No simplemente nervioso por el chico muerto en su jardín, lo que habría sido comprensible, sino auténticamente histérico. ¿Y por que? Porque hay demasiada gente en la calle, se dijo; por eso.

Ah, si, ¿Y que significa eso? No lo sabia.

¿Que te pasa? ¿Demasiado tiempo fuera del cuerpo? ¿Estás asustado? ¿Es eso lo

que te preocupa, tontorrón? No. El chisme plateado en el techo de la furgoneta. Eso

es lo que me preocupa, tontorrón.

¿Ah, si? ¿De veras? Bueno; quizá no fuera exactamente así, pero era un principio. O una excusa. Al fin y al cabo, un presentimiento era un presentimiento.

Collie siempre había creído en los palpitos, y por lo visto un detalle insignificante como que le hubieran retirado la placa no había reducido su clarividencia.

Ralph Carver dejo a su hija en el suelo y cogió al niño lloroso de manos de su esposa.

- Yo te empujare en el carrito - dijo- . Todo el camino hasta casa.

¿De acuerdo? - Margrit la Marmota esta enamorada de Ethan Hawke - le confío su hijo.

- ¿De veras? Bueno, es probable, pero no debes llamarla así - dijo a Ralph. Hablaba con el tono ausente de un hombre capaz de perdonar cualquier cosa a sus

hijos, o al menos a uno de sus hijos. Y su esposa miraba al pequeño como si estuviera ante un santo o un profeta. Solo Collie Entragian noto la expresión de pena en los ojos de la niña mientras sentaban a su reverenciado hermano en el carrito rojo. Collie tenía otras cosas en que pensar, en muchas otras, pero aquella mirada era demasiado evidente y triste para pasarla por alto. Vaya.

Su mirada paso de Ellie Carver a la chica de cabellera ridícula y al hippie carroza del camión.

- ¿Podré conseguir al menos que ustedes dos entren en la tienda hasta que llegue la policía? - preguntó.

- Sí, claro - respondió la chica mirándolo con cierta desconfianza- ¿Usted es poli, ¿no es cierto? Los Carver se alejaban empujando el carrito, donde Ralph se

había sentado con las piernas cruzadas, pero quizá aun estuvieran lo bastante cerca

para oírlo... Además, ¿que iba a hacer?, ¿mentir? Empieza por ese camino, se dijo a

si mismo, y quizá acabes en la Gruta de las Curiosidades de un circo: un ex poli con

una colección de chapas en el sótano, como Elvis, y un par mas pinchadas en el interior de la cartera. Di que eres detective, aunque nunca te decidas a solicitar la licencia. En diez o quince años seguirás diciendo las mismas cosas e intentando recorrer el mismo camino, como una treintañera que viste con minifalda y sin sujetador en un esfuerzo por convencer al mundo (al que en realidad le importa una

mierda) que sus días de colegiala aun no han quedado atrás.

- Lo era- dijo. La dependienta asintió. El tipo del pelo largo le mira con curiosidad, aunque con respeto- . Han salvado la vida de los críos - añadió mirándola a ella, pero dirigiéndose a los dos.

Cynthia reflexiono un instante y sacudió la cabeza.

- Los salvo el perro - dijo mientras comenzaba a andar hacia la tienda.

Collie y el viejo hippie la siguieron - . El tipo de la furgoneta, el que llevaba la escopeta, iba a dispararles. - Se volvió hacia el hombre del pelo largo- . ¿Usted lo vio? ¿Está de acuerdo conmigo? El hippie asintió.

- De cualquier modo, no habríamos podido hacer nada para detenerle - dijo con un acento demasiado nasal para ser del Sur. Collie supuso que sería de Texas.

De

Texas o de Oklahoma- . Entonces el perro lo distrajo, ¿no es cierto?, y le disparo a el.

- Eso es - dijo Cynthia- . Si el perro no le hubiera distraído... Bueno, creo que ahora estaríamos tan muertos como el. - Levanto la barbilla en dirección a Cary

Ripton, muerto y empapado sobre el jardín de la Calle Poplar.

15 de julio de 1996/10.58 Hs.

Momentos después de que Collie, Cynthia y el tipo del pelo largo del camión Ryder entraran en la tienda, una furgoneta tuerce por la esquina sudoeste de Poplar

y Hyacinth, al otro lado del E- Z Stop. Es de color azul metalizado, con cristales polarizados. No lleva ningún adminículo extraño en el techo, pero los lados son abocinados y hundidos, y mas que una furgoneta parece una nave exploradora de una

película de ciencia ficción. Las ruedas no son estriadas, sino completamente lisas y pulidas como una pizarra recién lavada. En el interior de las ventanillas tintadas, unas luces de colores opacos relampaguean rítmicamente, como los pilotos

de un panel de mandos.

Los truenos se oyen mas cercanos e intensos. La luminosidad del cielo de

verano comienza a desvanecerse; amenazadoras nubes negras y púrpura avanzan desde el

oeste. Por fin alcanzan al sol de julio y lo ocultan. La temperatura comienza a bajar de inmediato.

La furgoneta azul se mueve con un zumbido casi inaudible. Calle arriba, en lo alto de la cuesta, otra furgoneta - esta vez del amarillo chillón de un plátano de 14

utilería- llega al cruce de las calles Bear y Poplar. Se detiene allí, también con un zumbido leve.

Suena el primer trueno realmente fuerte, seguido de un luminoso relámpago que se refleja por un instante en el ojo derecho de Aníbal y lo hace brillar como un infiernillo.

La mujer de Gary Soderson se acercó a su marido, que aun seguía en medio de la calle.

- ¿Que demonios haces? - preguntó- . Cualquiera diría que estas en trance.

- ¿No lo has oído? - ¿Si he oído que? - repuso ella malhumorada- . Estaba en la ducha. ¿Que iba a oír desde allí? - Gary llevaba nueve años casado y sabía que el

malhumor era la característica dominante del carácter de Marielle- .

He oído a los hermanos Reed jugando con el disco de playa y a su maldito perro ladrando. También he oído truenos. ¿Que mas quieres que oiga? ¿El coro de los niños

Cantores de Viena? Gary señaló calle abajo, primero al perro (al menos Marielle no

volvería a quejarse de Aníbal) y luego al cuerpo tendido en el jardín del numero 240.

- No estoy seguro, pero creo que alguien acaba de disparar al chico que reparte el Shopper.

La mujer miro en la dirección del dedo, entrecerrando los ojos, haciéndose sombra con la mano, aunque el sol había desaparecido. Gary tenía la impresión de que

la temperatura había bajado al menos cuatro grados. Brad Josephson subía la cuesta

con esfuerzo, en dirección a ellos. Peter Jackson estaba en la puerta de su casa, mirando calle abajo con curiosidad. Otro tanto hacia Tom Billingsley, el veterinario a quien todos llamaban el viejo Doc. La familia Carver cruzaba la calle desde la tienda hacia su casa. La niña iba cogida de la mano de su madre y Dave Carver (que a

ojos de Gary parecía una langosta hervida, o mejor dicho una langosta hervida cubierta de jabón) empujaba a su hijo en un carrito rojo. El crío iba sentado con las piernas cruzadas y miraba alrededor con la expresión arrogante y desdeñosa de un

rajá. En una evaluación de imbecilidad, Gary le habría concedido 9,5 puntos en una escala de 10.

- ¡Eh, Dave! - grito Peter Jackson- . ¿Que pasa? Antes de que Carver pudiera responder, Marielle apoyó una mano en el hombro de Gary con la suficiente

fuerza para arrojarle lo que quedaba del martini sobre las deshilachadas zapatillas. Quizá fuera mejor así. Tal vez le hiciera un favor a su hígado y diera por concluida la cuota de alcohol del día.

- ¿Estás sordo, Gary, o es que eres tonto? - preguntó su ojito derecho.

- Quizá las dos cosas - dijo Gary, pensando que si algún día se decidía a dejar la bebida para siempre, antes tendría que divorciarse de Marielle. O al menos

cortarle las cuerdas vocales- . ¿Que decías? - Te he preguntado quien demonios iba

a querer cargarse al chico de los periódicos.

- Puede que alguien que no recibió los cupones de descuento la semana pasada

- dijo Gary. Se oyó otro trueno, aun al oeste, pero esta vez mas cercano. El relámpago pareció atravesar las nubes como un arpón.

Johnny Marinville, que en una ocasión había ganado el Premio Nacional de

Literatura por una novela sobre obsesiones sexuales titulada Placer y que ahora escribía cuentos para niños protagonizados por un gato detective llamado Pat, contemplaba asustado el teléfono de la sala. Allí sucedía algo extraño. No quería volverse paranoico, pero si, sucedía algo extraño.

- Quizá - dijo en voz baja.

Si. Quizá, pero el teléfono...

Había entrado en la casa, dejado la guitarra en un rincón y marcado el numero de emergencias. Tras una pausa curiosamente larga, tan larga que había estado a punto de cortar la comunicación (¿que comunicación?, ja, ja), iba a intentarlo otra vez, cuando oyó una voz infantil al otro lado de la línea. El sonido de aquella voz, a un tiempo cantarín y ausente, lo había sorprendido y asustado. Ni siquiera había intentado engañarse diciéndose que se trataba de un reflejo condicionado.

15

- Bebé chuleta, bebé probeta - había dicho la voz- , te he visto morder la teta. Déjate de llantos y de rabietas, o se te escapara la teta.

Luego había oído un clic, seguido del tono de la línea muerta.

Johnny había vuelto a marcar el numero. Una vez mas, se produjo una larga pausa y enseguida un sonido que creyó reconocer: alguien que respiraba por la boca.

Quizá un niño con un resfriado. Claro que eso no tenía ninguna importancia. Lo que

importaba era que las líneas se habían ligado y ahora, en lugar de llamar a la policía,...

- ¿Quien habla? - había preguntado con brusquedad.

Pero no obtuvo respuesta. Solo la respiración. ¿Y por que le había sonado familiar? Era ridículo, ¿¿verdad? ¿¿Como podía sonarle familiar una respiración a través del teléfono? Era imposible, y sin embargo...

- Quienquiera que sea, deje la línea libre - había dicho Johnny- .

Tengo que llamar a la policía.

El sonido de la respiración se interrumpió. Johnny iba a cortar la conexión otra vez, cuando volvió a oír la voz, que esta vez sonaba burlona; estaba seguro.

- Bebé chuleta, bebé veleta, te he visto meter la pirulina en la rajeta.

Déjate de llantos y de rabetas, o tu mama te obligara a guardarla en la bragueta. -

Luego sonó una voz sorda y amenazadora- : ¡No vuelva a llamar! Tak! Otro clic y la

línea quedo muda, aunque esta vez no hubo tono, solo silencio.

Johnny golpeó varias veces con el dedo el interruptor para cortar la línea.

No ocurrió nada. El silencio continuaba. Un trueno, esta vez mas cercano, le hizo estremecer.

Colgó el auricular y entro en la cocina. Noto que la luz se desvanecía

deprisa y se recordó que si empezaba a llover debía cerrar las ventanas de la planta

alta... Es decir, cuando empezara a llover, pues ya no había duda de que habría tormenta.

El supletorio estaba colgado en la pared de la cocina, donde lo único que tenía que hacer en caso de que sonara mientras comía era girar la silla y cogerlo.

No es que recibiera muchas llamadas; solo alguna de su ex mujer de tanto en tanto.

Los jefes de Nueva York sabían que debían dejar en paz a su maquina de hacer dinero.

Descolgó el auricular, escuchó y obtuvo un nuevo silencio. Ni tono de marcar, ni ruidos de interferencias cuando el siguiente relámpago inundo la cocina con una luz azulada, ni un sonido que indicara una avería. Nada. Colgó el auricular y se quedo contemplándolo en la creciente oscuridad de la cocina.

- Bebé chuleta, bebé veleta... - murmuró y de repente tembló de una forma que de no haber estado solo habría parecido teatral, sacudiendo los hombros de delante

atrás. Todo por una rima desagradable, que jamas había oído hasta entonces.

La rima no tiene importancia, penso. Pero ¿que hay de la voz? La has oído antes... ¿verdad? - No - dijo en voz alta- . Al menos no lo creo. - De acuerdo.

Pero la respiración. ..- . ¡Maldita sea! ¡Uno no reconoce la respiración de la gente! - gritó a la cocina vacía- . A menos que tengas un abuelo asmático.

Salió de la cocina y se dirigió a la puerta de entrada. De repente sentía una enorme curiosidad por saber que ocurría en la calle.

- ¿Que ha pasado allí? - preguntó Peter Jackson a David cuando los Carver llegaron a la acera este. Inclino la cabeza hacia David y bajo la voz para que los niños no le oyeran- . ¿Eso es un cadáver? - Si- respondió David también en voz baja- . Creo que se llamaba Cary Ripton. - Miró a su esposa buscando confirmación y

ella asintió con un gesto- . El chico que repartía el Shopper los lunes por la tarde. Un tipo le disparo desde una furgoneta.

- ¿Alguien ha disparado a Cary? - Era imposible, imposible que alguien que acababa de hablar con el hubiera sido asesinado. Pero Carver asentía con la cabeza-

. ¡Mierda puta! David volvió a asentir.

- Supongo que eso lo dice todo.

- ¡Deprisa, papi! - ordenó Ralph desde su carrito.

David le miró, le sonrió y volvió a mirar a Peter. Esta vez hablo en voz que apenas era un murmullo.

16

- Los niños estaban en la tienda, comprando refrescos. No estoy seguro, pero creo que el tipo estuvo a punto de dispararles también a ellos. Entonces apareció el

perro de los Reed y el cabrón de la furgoneta le disparo a el.

- ¡Caray! - dijo Peter. La idea de que alguien hubiera disparado a Aníbal, al genial corredor de discos de playa con su gracioso pañuelo atado a la cabeza, hacia

mas verosímil el resto de la historia. No sabía por que, pero era así- . ¡Por el amor de Dios! David asintió.

- Si hubiera mas amor a Dios en la tierra estas cosas no sucederían.

Peter penso en los millones de personas asesinadas en nombre de Dios en la larga historia de la humanidad, luego desechó aquella idea y asintió. No era el mejor momento para enfrascarse en una discusión teológica con su vecino.

- Quiero llevar a los críos dentro, Dave - murmuró Kirsten- . No es conveniente que estén en la calle, ¿de acuerdo? David asintió, comenzó a andar otra

vez y tras pasar junto a Peter se detuvo y miró atrás.

- ¿Dónde está Mary? - Trabajando - respondió Peter- . Dejo una nota diciendo que quizá pasara por el centro comercial en el camino de regreso. Debería volver en

cualquier momento, porque los lunes termina pronto. A las dos. ¿Por qué lo preguntas? - Yo en tu lugar me aseguraría de que se metiera en casa de inmediato.

Lo más probable es que esos tipos se hayan largado y no vuelvan a aparecer por aquí,

pero nunca se sabe, ¿verdad? Y alguien capaz de dispararle al repartidor de periódicos...

Peter asintió. Se oyó otro trueno y Ellie se apretó contra su madre, pero Ralphie rió.

Kirsten cogió el brazo de Dave.

- Vamos. Y no se te ocurra pararte a hablar con Doc. - Señalo con la barbilla a Billingsley, que estaba en la zanja con las manos en los bolsillos, mirando calle abajo. Al forzar la vista, sus ojos arrugados se habían reducido a un par de destellos azules y parecían peces exóticos atrapados en una red.

David empujó el carrito otra vez.

- ¿Que tal, Ralphie? - preguntó Peter cuando el carro pasó a su lado. Se fijó en la palabra BUSTER, escrita con pintura blanca descolorida en un costado del carro. Ralph le sacó la lengua y luego volvió a inflar los mofletes, soplando con tanta fuerza que parecía Dizzy Gillespie.

- Encantador- dijo Peter- . Créeme, con eso ligaras muchas chicas cuando seas mayor.

- ¡Maricón! - dijo el malcriado del carrito al tiempo que hacía un gesto obscuro, demasiado maduro para su edad.

- Ya es suficiente, muchachito - replicó David con tono indulgente sin

volverse. Sus nalgas se contraían y relajaban en el diminuto traje de baño. A Peter le recordaron un par de émbolos dentro de un engranaje.

- ¿Que ha pasado? - preguntó Tom con voz ronca cuando el carro paso junto a el.

Peter no presto atención a la respuesta de Carver, que recordando la orden de su esposa siguió andando mientras hablaba, y miro hacia la esquina, pendiente de cualquier indicio del Lumina de su esposa. No vio ningún vehículo en movimiento, solo una furgoneta aparcada frente a la casa de los Abelson , en la calle Bear.

Estaba pintada de un amarillo extremadamente chillón. Supuso que parte del brillo se debía a la luz que palidecía a medida que las nubes se acercaban, pero así y todo, mirarlo lastimaba la vista. Penso que sus propietarios debían de ser jóvenes. Nadie sensato podría querer un cacharro de ese color. Ni siquiera parecía un coche,

sino un vehículo escapado de Star Trek o de...

De repente le asalto una idea, y no precisamente agradable.

- ¿Dave? Carver se giro. Su barriga bronceada colgaba sobre la parte delantera del bañador y las escamas del jabón con que había lavado el coche comenzaban a secarse sobre ella.

- ¿Que clase de coche conducía el tipo que disparo a Cary? - Una furgoneta roja.

17

- Si- afirmo Ralphie- . Roja como Flecha Rastreadora.

Peter no le presto atención. Solo pensaba en la palabra "furgoneta" y su propio estomago se había tensado como algo pegado a una manivela.

- La furgoneta mas roja que veras en tu vida- añadió Kirsten- . Yo también la vi. Estaba mirando por la ventana cuando paso delante de casa. ¿Quieres darte prisa,

David? - Claro - dijo este y volvió a empujar el carrito.

Cuando David se giro, Peter (un poco mas tranquilo) le saco la lengua a Ralphie que todavía lo miraba. Ralphie pareció cómicamente sorprendido.

El viejo Doc camino hacia Peter, todavía con las manos en los bolsillos. Se

oyó otro trueno. Todos miraron hacia arriba y vieron que las nubes se extendían sobre la porción de cielo que cubría la calle Poplar.

Los relámpagos descendían como horcas sobre la ciudad de Columbus.

- Caerá una buena - vaticinó el veterinario, que tenía el pelo ralo, blanco y fino como el de un bebé- . Espero que retiren el cuerpo del muchacho antes de que

empiece a llover. - Hizo una pausa, saco una mano del bolsillo, y se la paso lentamente por la frente, como para aliviar un incipiente dolor de cabeza- . ¡Que barbaridad! Era un buen chico. Jugaba al béisbol.

- Lo se. - Peter recordó como había reído Cary cuando el había sugerido que el año próximo dejaría de ser suplente, y sintió un súbito retortijón en el estomago, el órgano mas sensible a las emociones humanas (no el corazón, como siempre han afirmado los poetas). De repente vio todo con absoluta claridad. Cary Ripton no jugaría de shortstop con los Halcones de Wentworth el año próximo, Cary

Ripton no entraría a su casa por la puerta trasera de su casa ni preguntaría que había para cenar. Cary Ripton se había marchado al Reino de Nunca jamas, dejando

atrás solo su sombra. Ya era uno de los niños Perdidos.

Se oyó otro trueno, tan poderoso y cercano que Peter se estremeció.

- Tengo un plástico grande en el garaje - dijo a Tom- . Del tamaño de una funda para el coche. - ¿Vendrá conmigo y me ayudara a cubrir el cadáver con él? - Puede que al oficial Entragian no le guste la idea - dijo el viejo.

- A la mierda con el oficial Entragian, es tan poli como yo - dijo Peter- .

Lo echaron el año pasado por soborno.

- Pero cuando venga la policía... - Eso tampoco me preocupa - dijo Peter. No lloraba, pero su voz sonaba ronca y ahogada- . Era un buen chico, un chico encantador, y un maldito camello lo ha arrojado de la bici como si fuera un indio montado en un poni en una película de John Ford. Esta a punto de llover y se va a empapar. Me gustaría decirle a su madre que hice todo lo que pude por el. ¿Va a

ayudarme o no? - Vale, si lo pone así- dijo Tom y le dio una palmada en el hombro-

.

Vamos, profe, hagámoslo de una vez.

- Buen tipo.

Kim Geller durmió durante toda la tragedia. Seguía dormida sobre la colcha de la cama cuando Susi y Debbie Ross - la pelirroja que tanto había impresionado a Cary- entraron en su habitación y la despertaron sacudiéndola. Se sentó en la cama,

aturdida como si tuviera resaca (dormir la siesta en días calurosos como aquel casi

siempre es un error, pero a veces uno no puede evitarlo), intentando entender lo que

le decían las niñas y perdiendo el hilo casi de inmediato. Al parecer, decían que alguien había muerto a tiros en la calle Poplar, y eso, naturalmente, era increíble.

Sin embargo, cuando se asomaron a la calle, supo que realmente había ocurrido algo. Los mellizos Reed y su madre Cammie estaban en la puerta de su casa. El Borracho y la Puta, conocidos como los Soderon en círculos mas amables, estaban en

medio de la calle, casi en la esquina, aunque ahora Marielle tiraba de Gary en dirección a su casa y el parecía obedecerle. Mas allá, en la acera, estaban los Josephson, y al otro lado de la calle vio a Peter Jackson y al viejo Billingsley salir del garaje de Jackson llevando un enorme plástico azul. Comenzaba a levantarse

viento y el plástico se abombaba y se ondulaba con el aire.

18

Prácticamente todo el mundo estaba en la calle. Al menos todos los vecinos que estaban en casa. Pero era prácticamente imposible ver que miraban boquiabiertos

calle abajo, pues el lateral de la casa bloqueaba la vista.

Kimberley Geller se volvió hacia las niñas, esforzándose por disipar las

telarañas de su mente. Las jovencitas daban pequeños saltitos, cargando el peso del

cuerpo alternativamente en una y otra pierna, como si tuvieran ganas de ir al lavabo. Noto que Debbie abría y cerraba las manos. Ambas estaban pálidas y excitadas, una combinación que a Kim no le gustaba en absoluto. Pero la idea de que

alguien había sido asesinado... Tenían que estar equivocadas, ¿verdad? - Ahora contadme que ha pasado - dijo- . Y nada de embustes.

- ¡Ya te lo hemos dicho! ¡Alguien ha matado a Cary Ripton! - grito Susi con impaciencia, como si su madre fuera la mujer mas estúpida del mundo... Lo que en ese

momento coincidía con la impresión de Kim sobre si misma- . ¡Vamos, mama! ¡La policía esta por llegar! - ¡Quiero verlo otra vez antes de que cubran el cuerpo! - grito Debbie de repente. Se giro y corrió escaleras abajo.

Susi vacilo un momento, dubitativa, como si estuviera a punto de vomitar, pero por fin se volvió también y siguió a su amiga.

- ¡Vamos, mama! - gritó por encima del hombro. Un instante después, la Reina de las Rosas del baile de graduación bajaba las escaleras atropelladamente, con la

gracia de un búfalo, haciendo vibrar las ventanas y temblar la lampara que colgaba del techo.

Kim rodeo la cama despacio y se puso las sandalias sintiéndose torpe, apática y aturdida.

- ¿Y corraste todo el camino hasta allí? - preguntó Belinda Josephson por tercera vez. Al parecer, esa era la parte de la historia mas inverosímil para ella- . ¿Con lo gordo que estas? - ¡Mierda! No estoy gordo - dijo Brad- . Solo soy de constitución grande.

- Cariño, eso es lo que dirá el certificado de defunción si vuelves a echar otra carrera como esta - dijo Belinda- . La víctima murió de <<constitución grande en grado terminal>>. - Las palabras eran regañonas, pero el tono no. Mientras

hablaba se secaba el sudor frío de la nuca.

Brad señaló calle abajo.

- Mira, Pete Jackson y el viejo Doc.

- ¿Que hacen? - Creo que van a cubrir el cuerpo del chico - dijo y comenzó a andar hacia allí.

Belinda lo detuvo.

- No, de eso nada, monada. De ninguna manera. Basta de excursiones por hoy.

Brad la miro con cara de <<ninguna mujer me dice lo que tengo que hacer>> - un gesto relativamente convincente para un negro criado en Boston, cuya única idea

sobre la vida en un gueto procedía de la tele- , pero no discutió. Puede que lo hubiera hecho si Johnny Marinville no hubiera salido a su encuentro en aquel preciso

momento. Sonó otro trueno. Ya soplaba una brisa persistente y Belinda sintió frío, un frío que anunciaba agua. El cielo estaba cubierto de nubarrones negros, feos pero

no aterradores. Lo que era aterrador, al menos hasta cierto punto, era el cielo amarillo al sudoeste. Rogó a Dios que no se desatara un tornado antes de la noche;

eso solo añadiría la guinda a uno de los peores días de su historia reciente.

Supuso que en cuanto empezara a llover la gente se metería en casa, pero en aquel momento el barrio entero estaba en la calle, mirando con fascinación cuesta abajo, hacia la casa de Entragian. En ese momento Kim Geller salió del numero 243,

echó un vistazo alrededor, y fue al encuentro de Cammie Reed, su vecina mas próxima,

que estaba en el zaguán de su casa. Los mellizos Reed (que en la humilde opinión de

Belinda Josephson eran la encarnación de las fantasías de cualquier ama de casa)

estaban en el jardín con Susi Geller y una pelirroja desconocida para Belinda.
Davey

Reed estaba de rodillas y al parecer se limpiaba los pies con la camisa; a saber por

que... Claro que sabes por que, se dijo. Allí hay un cadáver, y Davey Reed ha vomitado al verlo.

El pobrecillo vomitó y se ensució los pies.

19

Había vecinos frente a todas las casas, gente de todas las casas, excepto en la vieja casa de los Hobart, que estaba vacía, en la del ex policía, y en el 247, la tercera casa de aquel lado de la acera. La de los Wyler. Aquella si era una familia con mala suerte. No había señales de Audrey ni del pobre huérfano que estaba educando. (Si es que alguien podía educar a un chico como Seth, penso Belinda; una

tarea imposible.) Le había parecido ver a Audrey al mediodía, conectando el regador

automático con aire ausente. Belinda reflexiono un momento y llego a la conclusión

de que no se equivocaba con respecto a la hora. Recordó que había pensado que Audrey

se estaba abandonando; tanto la camiseta como los pantalones cortos azules que llevaba parecían mugrientos, y nunca entendería por que había teñido su bonito pelo

castaño de aquel horrible tono púrpura. Si pretendía parecer mas joven, no lo había

conseguido. También estaba sucio, con un aspecto grasiento y apelmazado.

En su adolescencia, Belinda había deseado ser blanca en más de una ocasión (las chicas blancas parecían pasárselo mejor, divertirse mas), pero ahora que se acercaba a los cincuenta y a la menopausia se alegraba de ser negra. Las blancas necesitaban arreglarse mucho mas a medida que envejecían. Quizá estuvieran hechas de

una materia mas percedera.

- Intenté llamar a la policía - dijo Johnny Marinville. Bajo a la calzada, como si fuera a cruzar hacia casa de los Josephson, pero se detuvo- . Mi teléfono...

- se interrumpió, como si no supiera que decir.

A Belinda le pareció muy raro. Habría jurado que era de la clase de hombres que permanecen activos incluso en su lecho de muerte. Dios tendría que bajar a buscarlo y arrastrarlo a través de la puerta de los cielos para encerrarlo.

- ¿Que pasa con tu teléfono? - preguntó Brad.

Johnny tardo en hablar, como si pensara en varias respuestas posibles, y por fin se decidió por la mas breve.

- No funciona. ¿Quieres probar el tuyo? - Podría hacerlo - dijo Brad- , pero supongo que Entragian ya debe de haber llamado desde la tienda. Se ha hecho cargo de

la situación.

- ¿De veras? - dijo Marinville con aire pensativo y miro cuesta abajo- . ¿Lo dices en serio? - Si vio a los dos hombres llevando el plástico abombado por el viento y comprendió lo que hacían, no lo mencionó. Parecía abstraído en sus pensamientos.

Belinda noto un movimiento. Miro hacia la calle Bear y vio un Lumina acercándose al cruce. Era el coche de Mary Jackson. Paso junto a la furgoneta amarilla aparcada en la esquina y redujo la marcha.

Bravo, vuelves antes de que se desate la tormenta, penso Belinda.

Aunque no eran amigas intimas, Mary Jackson le caía tan bien como al resto de los vecinos. Era graciosa y tenía una actitud directa y sincera... aunque en los últimos tiempos parecía preocupada. Sin embargo, la preocupación no había hecho

mella en su aspecto como en el caso de Audrey Wyler. Al contrario; en los últimos tiempos Mary había florecido como un macizo seco después de un chaparrón.

El teléfono publico estaba junto al mostrador de los periódicos, donde solo

quedaba un ejemplar del USA Today y un par de números atrasados del Shopper.
Eran de

la semana pasada. Collie Entragian recordó que el encargado de traer la nueva edición estaba muerto en su jardín y se estremeció. Para colmo, aquel maldito teléfono de monedas de la tienda. Colgó el auricular con brusquedad y volvió al mostrador limpiándose los últimos restos de espuma de afeitar con la toalla. La chica del pelo de dos colores y el hippie veterano del camión Ryder lo miraban, aumentando su incomodidad por no llevar camisa. Nunca se había sentido tan consciente de su condición de policía <<expulsado>>.

- El maldito teléfono no funciona - dijo a la chica y noto que esta llevaba una tarjeta con su nombre en la bata- . ¿No tienen un cartel de NO FUNCIONA, Cynthia? - Si, pero hasta la una funcionaba perfectamente - respondió la chica- . El repartidor de pan llamo a su novia. - Puso los ojos en blanco y añadió algo que, dadas las circunstancias, a Collie le pareció casi surrealista- : ¿Se ha tragado la moneda? Lo había hecho, pero eso era lo de menos en un momento como aquel.

Miro a

20

través de la puerta de cristal y vio a Peter Jackson y al viejo veterinario acercándose a su jardín con un plástico azul. Era evidente que se proponían tapar el

cadáver. Collie se dirigió a la puerta, dispuesto a decirles que se apartaran de allí, que no debían tocar nada en la escena del crimen, y entonces sonó otro trueno... el mas fuerte hasta el momento, tanto que Cynthia grito asustada.

A la mierda, penso. Que hagan lo que les de la gana. De todos modos, esta a punto de llover.

Si, sería lo mejor. La lluvia se anticiparía a la policía (Collie ni siquiera oía sirenas) y haría imposible el trabajo de los forenses. Así que mejor taparlo...

Sin embargo, tenía la desagradable sensación de que los acontecimientos escapaban a

su control. Pero incluso eso era un espejismo, puesto que en ningún momento había

tenido control alguno sobre la situación. Era solo un vecino mas de la calle Poplar, lo que hasta cierto punto tenía sus ventajas. Si la cagaba, nadie podría recriminarle nada, ¿verdad? Abrió la puerta, salió fuera y ahueco las manos alrededor de la boca para hacerse oír por encima del zumbido del viento.

- ¡Peter! ¡Señor Jackson! - Jackson le miro con seriedad, esperando que le dijera que abandonaran la empresa- . - ¡No toquen el cuerpo! Limítense a cubrirlo con el plástico como si fuera una manta. ¿De acuerdo? - ¡Si! - gritó Peter.

El veterinario asintió con la cabeza.

- ¡Tenga unos cuantos bloques de cemento en el garaje, apilados contra la pared del fondo! - grito Collie- . La puerta esta abierta. Cójalos para sostener el plástico, así no se volara. - Los dos hombres asintieron y Collie se sintió un poco mejor.

- ¡Podemos extenderlo para cubrir también la bicicleta! - grito Jackson- .

¿Lo hacemos? - ¡Si! - respondió. Luego tuvo otra idea- . ¡En el garaje también hay un trozo de plástico! ¡Si no les importa cargar mas ladrillos, pueden usarlo para cubrir al perro! Jackson hizo un circulo con el pulgar y el índice, en señal de asentimiento, y el y su acompañante se dirigieron al garaje, dejando atrás el plástico. Collie esperaba que alcanzaran a extenderlo y sostenerlo con los ladrillos antes de que el viento soplara con suficiente fuerza para hacerlo volar. Volvió al interior de la tienda, dispuesto a preguntar a Cynthia si había otro teléfono (tenía que haberlo, por supuesto), y vio que la dependienta ya lo había puesto encima del

mostrador. Buena chica.

- Gracias.

Descolgó el auricular, oyó el tono y marco cuatro números. Entonces se detuvo, sacudió la cabeza y ríó.

- ¿Que pasa? - preguntó el hippie.

- Nada- respondió. Si le decía a aquel tipo que acababa de marcar los cuatro primeros números de su antigua división, como un caballo que vuelve a su vieja cuadra, no lo entendería. Apretó el interruptor y marco el numero de emergencias.

Oyó un tono de llamada como si hubiera llamado a una casa particular. Collie

hizo una mueca. A menos que las cosas hubieran cambiado desde la época en que

atender llamadas de emergencia formaba parte de su trabajo, cuando uno marcaba el

numero de la policía oía un piiiiti agudo e ininterrumpido.

Bueno; lo habrán cambiado, penso. Lo han hecho mas agradable para el usuario.

Después de otro timbrado, alguien atendió. Pero en lugar de la voz grabada

que indicaba que tecla había que apretar según la clase de emergencia, oyó una respiración suave, húmeda, entrecortada. ¿Que demonios... ? - ¿Diga? - ¿Papel o

tijera? - respondió una voz infantil y fantasmal. Tan fantasmal que Collie sintió escalofríos- . Huéleme la cojonera. Si no lo haces, me da igual, tendrás que

olerme

el panal.

- ¿Quien habla? - No vuelva a llamar, amigo - dijo la voz- . Tak! El ruido que hizo al colgar el auricular fue ensordecedor, tanto que la dependienta también lo oyó y grito. Pero no, no había sido el teléfono sino un trueno. La chica había gritado por un trueno. Pero el tipo del pelo largo corría hacia la puerta como si le hubieran puesto un petardo en el culo, la comunicación se había cortado, igual que

21

había sucedido antes con el teléfono publico, y cuando el ruido se repitió, supo de que se trataba: no eran truenos sino tiros.

Collie también corrió hacia la puerta.

Mary Jackson no había dejado la firma de contabilidad donde trabajaba a las dos de la tarde, sino a las once de la mañana. Pero en lugar de ir al centro comercial se había dirigido al hotel Columbus. Allí se había encontrado con un hombre llamado Gene Martin, y durante las tres horas siguientes le había hecho todo

lo que una mujer puede hacer a un hombre, excepto cortarle las uñas... aunque si el

se lo hubiera pedido, lo habría complacido. Ahora estaba a punto de llegar a casa y, a juzgar por la imagen que reflejaba el espejo retrovisor, tenía un aspecto bastante normal. Sin embargo, tendría que meterse en la ducha enseguida, antes de que Peter tuviera ocasión de mirarla con detenimiento. Se recordó que tendría que coger unas bragas del primer cajón de la cómoda y arrojarlas en el cesto de la ropa sucia junto con la blusa y la falda. Las que llevaba por la mañana - o lo que quedaba de ellas estaban debajo de la cama de la habitación 203 del hotel. Gene Martin, un auténtico lobo vestido de ejecutivo, las había destrozado al quitárselas. (Oooh, feroz animal, gimió la dulce doncella.) ¿Que estaba haciendo? O, mejor aun, ¿que iba a hacer? Había amado a Peter durante los nueve años que llevaban casados, incluso mas después del aborto, si es que eso era posible, y todavía le amaba. Pero a pesar de todo quería volver a ver a Gene y hacer cosas con él que nunca había soñado hacer con su marido. Se debatía entre la culpa y la lujuria (la culpa congelaba la mitad de su mente, la lujuria freía la otra mitad), y entre una cosa y otra, en una zona intermedia y cada vez mas pequeña de su conciencia, seguía siendo la mujer afable y racional de siempre. Tenía una relación adultera con un tipo tan casado como ella; volvía a casa, a encontrarse con un buen hombre que no sospechaba nada. - ¡jala Mierda. ¿No era Peter el tío que estaba al final de la calle? Vaciló, pero creía que si. Peter y el viejo Doc, el vecino de al lado. Daba la impresión de que estaban cubriendo algo en el jardín de la casa situada frente a la tienda. Esta vez sonó un trueno lo bastante fuerte para hacerla estremecer y contener el aliento. Las primeras gotas de lluvia cayeron sobre el parabrisas, sonando como

perdigones. Cayo en la cuenta de que llevaba... bueno, no sabía cuanto tiempo, pero

bastante, sentada dentro del coche parado con el motor en marcha. Los Josephson y

Johnny Marinville creerían que había perdido el juicio. Pero era cierto que el mundo

no giraba alrededor de ella, y al torcer por la esquina vio que nadie le prestaba atención. Belinda le había dirigido una mirada fugaz, y ahora tanto ella como los demás miraban otra vez calle abajo, a lo que fuera que estaban haciendo su marido y

el viejo Billingsley.

A lo que fuera que estuvieran cubriendo.

Nuevas gotas de lluvia - esta vez mas gruesas- comenzaron a caer sobre el cristal, de modo que pulso el botón del limpiaparabrisas para ver que ocurría, sin saber que la furgoneta amarilla con aspecto de nave espacial la había seguido por la

calle Poplar hasta situarse justo detrás de ella.

Calle Poplar/15 de julio de 1996/16.00 hs.

Lo ve todo. Esa ha sido al mismo tiempo su fortuna y su maldición en todos estos años. El mundo todavía se manifiesta ante sus ojos como ante los de un niño,

uniforme, inevitable, tan indiscutible como el peso de la luz.

Ve el Lumina de Mary en la esquina y sabe que intenta comprender lo que ve: demasiada gente en una actitud rígida y vigilante, inaudita en una tranquila tarde de julio. Cuando arranca otra vez, ve que la furgoneta amarilla que esta detrás de ella también se pone en marcha, oye otro trueno pavoroso y siente las primeras gotas

de lluvia en los antebrazos. Cuando comienza a andar hacia la calle, ve que la furgoneta amarilla toma velocidad y sabe que va a ocurrir, aunque aun no pueda creerlo.

Cuidado, muchacho, piensa. Quédate mirándola embobado, y te atropellaran como a una ardilla en la carretera.

22

Retrocede a la acera, delante de la casa de los Josephson, con la cara girada hacia la izquierda y los ojos muy abiertos. Ve a Mary detrás del volante del Lumina,

pero ella no le mira; esta pendiente de lo que ocurre calle abajo. Puede que haya reconocido a su marido, que después de todo no está tan lejos, y que se pregunte que

hace. No mira a Johnny Marinville, no mira la extraña furgoneta amarilla de cristales polarizados que se acerca amenazadora por detrás.

- ¡Mary, cuidado! - grita.

En ese preciso momento el capo alto y romo de la furgoneta choca contra el Lumina, rompiendo los faros traseros, partiendo el guardabarros y abollando la carrocería. Ve la cabeza de Mary sacudirse como una flor de tallo largo empujada por

un viento fuerte. Las ruedas del Lumina chirrían y la derecha estalla con una detonación seca. El coche se gira a la izquierda, el neumático pinchado se sacude y

el tapacubos sale disparado calle abajo como el disco de playa de los mellizos Reed.

Johnny lo ve todo, lo oye todo, lo siente todo; la información lo inunda y su mente insiste en registrar cada absurdo y minúsculo detalle, como si allí ocurriera algo coherente, algo que pudiera relatarse con lógica.

El cielo encapotado se abre, liberando su frío contenido. Ve manchas oscuras sobre la acera, siente aumentar el ritmo de las gotas sobre su nuca al tiempo que Brad Josephson grita: - ¡Dios santo! La furgoneta sigue pegada al Lumina, abollándolo, hundiéndose sobre la endeble carrocería futurista; se oye un espantoso

chirrido metálico y luego un zamp, cuando la puerta del portaequipajes se abre y

revela una rueda de recambio, algunos periódicos viejos y una nevera de playa anaranjada. La parte delantera del Lumina choca con el bordillo. El coche cruza la acera y por fin se detiene empotrando el guardabarros en la valla situada entre la casa de Billingsley y la siguiente hacia abajo, la de la propia Mary.

Un relámpago - cercano, muy cercano- tiñe momentáneamente la calle de un tétrico color violeta, sigue un trueno parecido a una descarga de mortero, el viento comienza a enfurecerse, zumbando entre los arboles, y empieza a llover a cántaros.

La visibilidad es casi nula, pero todavía puede ver la furgoneta amarilla acelerando, huyendo bajo la lluvia, y la puerta del lado del conductor del Lumina abierta. Aparece una pierna y sale Mary Jackson, con todo el aspecto de alguien que no sabe donde esta.

Brad le cogió el brazo con una mano grande y húmeda; le pregunta si vio lo ocurrido, si vio como la furgoneta choco deliberadamente contra el coche de Mary, pero Johnny casi no le oye. Ahora ve otra furgoneta de color azul metalizado, con los laterales acanalados. Aparece entre las sombras de la tormenta como el hocico de

un animal prehistórico, mientras la lluvia forma ríos sobre el abombado cristal delantero donde no hay limpiaparabrisas. Y de repente sabe que va a suceder.

¡Mary! - grita a la mujer aturdida que se aleja del coche con paso tambaleante, pero un cañonazo, otro trueno ensordecedor sofoca su grito. La mujer ni siquiera lo mira. La lluvia se desliza por su cara como lagrimas exageradas en un culebrón sudamericano.

¡Al suelo, Mary! - grita tan fuerte que teme que sus cuerdas vocales se desgarran- . - ¡Metete debajo del coche! Entonces el parabrisas de la furgoneta azul se abre. Se desliza hacía abajo. Si; el abombado parabrisas baja como un ascensor de cristal, y detrás hay oscuridad. Y en la oscuridad, fantasmas. Si, dos fantasmas. Tienen que ser fantasmas, porque son seres brillantes y grises como un

paisaje envuelto en la niebla poco antes de la salida del sol. El que esta al volante lleva un uniforme de los Estados Confederados de América - Johnny esta casi seguro- , pero no es humano. Debajo del sombrero de la caballería hay una frente prominente, extraños ojos almendrados, y una boca que sobresale de la cara como un cuerno de carne. Su acompañante, aunque también es gris e ilusoriamente brillante, al menos parece humano. Lleva una chaqueta de ante de cazador, y una bandolera cruzada sobre el pecho. Tiene una barba cerdosa de una semana, con pelos que parecen demasiado negros en contraste con el insólito tono plateado de su piel. El tipo esta de pie y empuña una escopeta de dos cañones. Mientras Johnny le mira, levanta el arma, se inclina para asomarse a un mundo de colores al que no pertenece, y sonríe,

23

apartando los labios y dejando al descubierto un laberinto de dientes que obviamente nunca han recibido los cuidados de un dentista. Esta criatura de pesadilla parece escapada de una película de terror sobre abominables seres de los pantanos. No, piensa Johnny. Parece escapado de una película, pero no de esa clase. ¡Mary! - grita y Brad se une a el: ¡Mary, mira a tu espalda! Pero ella no lo hace. El tipo de la chaqueta de ante dispara tres veces, bajando el arma rápidamente después de cada disparo y apoyándola luego nuevamente sobre el hombro. Por lo que ve Johnny, falla el primer disparo. El segundo destruye la antena del Lumina. El tercero vuela la parte izquierda de la cabeza de Mary Jackson. A pesar de todo, la mujer se aleja del coche, tambaleándose hacía la casa del viejo Doc, mientras la

sangre cae a raudales por su cuello, empapando el lado izquierdo de su blusa. Su pelo parece arder bajo la lluvia Johnny lo ve; lo ve todo, y por un instante se gira en dirección a el y lo mira con el ojo que le queda. Un relámpago llena ese ojo de fuego y en los últimos segundos de su vida Mary parece vacía de todo, excepto de electricidad. Entonces pierde uno de los zapatos de tacón, se tambalea, cae hacia atrás como si hiciera el salto del ángel en una piscina al compás de los truenos y las pequeñas llamas de su pelo se apagan, aunque la cabeza sigue humeando como una colilla de cigarrillo arrojada al descuido. Cae junto al pastor alemán de cerámica del jardín de Billingsley, donde esta el nombre y el numero de la casa, y cuando sus piernas laxas se separan, Johnny ve algo a un tiempo terrible, triste e inexplicable: una sombra oscura que solo puede ser una cosa. La frase final de un viejo chiste se ilumina grotescamente en su cabeza, como un cartel de neón: "No se las otras dos, pero la del medio parece la mujer barbuda". Ríe sonoramente bajo la lluvia. La esposa de Peter Jackson, de profesión contable, acaba de morir asesinada por un fantasma, acribillada desde una furgoneta conducida por otro fantasma (esta vez el fantasma de un alienígena con uniforme de los confederados), y la víctima no lleva bragas. La cosa no tiene gracia, pero Johnny ríe de todos modos. Quizá para no gritar. Tiene miedo de empezar y no poder parar. Ahora la criatura luminosa sentada al volante de la furgoneta azul se gira hacia el y lo mira unos segundos, lo atraviesa con sus enormes ojos almendrados, y Johnny tiene la sensación de haberlo visto antes. Es una locura, desde luego, pero de todos modos la sensación es muy fuerte. Sin embargo, solo es un instante y la furgoneta pasa de largo.

Pero me vio, estoy seguro, piensa Johnny. Esa criatura de la máscara (tenía que ser una máscara) me vio, se fijó en mí como cuando uno señala la página de un libro para volver a ella más tarde.

Se oyen otros dos disparos, y al principio Johnny no ve nada porque la furgoneta azul le tapa la vista. Cree oír cristales rotos en medio de la tormenta, pero eso es todo. Luego la furgoneta retrocede bajo el diluvio, y ve a David Carver tendido en el zaguán de su casa, en medio de los cristales rotos de la ventana panorámica de la puerta de entrada. Tiene un enorme orificio en el estómago, rodeado

de fragmentos de carne blanca que parecen trozos de sebo. Los días de Carver como empleado de correos han terminado y ya no volverá a lavar el coche en el jardín de su casa.

La furgoneta azul avanza rápidamente hacia la esquina. Cuando llega allí y tuerce hacia la calle Bear, Johnny la ve como el espejismo que tendría que haber sido.

¡Dios mío! ¡Míralo! - grita Brad y corre hacia la calle.

¡No, Bradley! - Su esposa intenta detenerlo, pero es demasiado tarde. Calle abajo, cruzando hacia ellos en diagonal, están los mellizos Reed.

Johnny se dirige a la calle con piernas entumecidas, vacilantes. Levanta una mano, ve que la punta de los dedos ya están blancas y arrugadas (lo ve todo, es cierto, y ¿cómo es posible que un alienígena de Encuentros en la tercera fase pueda

parecerle familiar?), y se aparta el pelo empapado de los ojos. Un relámpago dibuja

una línea zigzagueante en el cielo, como una grieta brillante en un espejo, y se oye

otro trueno. Sus pies chapotean dentro de las zapatillas y huele a pólvora húmeda.

Sabe que el olor desaparecerá en diez o quince segundos, que la fuerte lluvia lo

fundirá con el de la tierra y lo ahogará, pero por el momento sigue allí, como para no permitirle creer que todo ha sido una alucinación... lo que su esposa Terri llamaría un "espasmo cerebral".

Y si, puede ver el coño de Mary Jackson, esa tan deseada parte de la anatomía femenina que en los tiempos del instituto apodaban <<la almeja barbuda>>. No quiere

pensar en eso - de hecho tampoco quiere verlo- , pero no depende de él. Todas las

barreras de su mente han caído, como solía suceder cuando escribía (fue una de las

razones por las que dejó de escribir novelas; no la única, pero la más importante), el paso del tiempo se vuelve más lento y la percepción crece, ampliándose como si

uno estuviera en una película de Sergio Leone, donde la gente muere en cámara lenta,

como si estuviera practicando submarinismo con una burbuja de corcho.

Bebé chuleta, bebé veleta, penso oyendo otra vez la voz del teléfono. Te he visto morder la teta. ¿Por que aquella voz le recordaba al hombre del grotesco disfraz y a la aun más grotesca máscara de alienígena con ojos almendrados?

Jackson

se acerca, y hay algo cuya visión debería estar más vedada a él que a Johnny y Gary

Soderson, aunque sin duda lo ha visto antes y ellos no. Un acertijo muy apropiado para un profesor de literatura inglesa, piensa. Le viene otra frase de un viejo

chiste a la cabeza: " ¡Eh, maestro, se le han caído los cuernos!". Ni siquiera recuerda el resto de la puñetera historia. Echa otro vistazo alrededor para

asegurarse de que nadie, excepto Gary Soderson, presta atención a Mary y comprueba

que nadie lo hace. Un milagro que seguramente no durará mucho. Se agacha, gira las

caderas de Mary (¡que pesada es ahora que esta muerta, que increíblemente pesada!)

y las piernas de la mujer se juntan. El agua se desliza por un muslo blanco como la

lluvia sobre una tumba. Se gira para cubrir el cadáver de la vista de los vecinos que suben la cuesta y tira de la falda. Ya oye a Peter gritando <<¿Mary? ¿Mary?>>.

Debe de haber visto el coche, desde luego, el Lumina con el morro empotrado en la valla.

¿Por que...? - empieza Gary, pero se interrumpe al ver la mirada furiosa de Johnny.

- Si dices una palabra, te parto la cara - amenaza- . Lo digo en serio.

Por un momento Gary lo mira con expresión perpleja, casi estúpida, pero súbitamente parece entenderlo todo y hace una mueca astuta y falsamente solemne. Sin

embargo, se pasa el dedo por los labios para indicar que no hablara, y eso es bueno.

Seguramente en el futuro faltará a su palabra, pero a Johnny nunca le ha preocupado

menos el futuro. Se gira hacia la casa de los Carver y ve a David Reed llevando a Ellie a casa. La niña grita a voz en cuello y patalea con movimientos de tijera.

Bombón Carver esta de rodillas, llorando como Johnny oyó llorar a las aldeanas de

Vietnam hace mucho tiempo (aunque no parece tanto tiempo, con el olor a pólvora en

el aire). Se ha abrazado al cuello de su marido y le sacude la cabeza de una forma espantosa. Mas espantoso aun es el aspecto del pequeño Ralphie, que esta de pie

junto a ella. En circunstancias normales es un alborotador incansable e

insuportable, un pichón de insolente donde los haya, pero ahora parece un muñeco de

cera, mirando fijamente a su padre con una cara que parece derretirse bajo la lluvia. Nadie se lo lleva porque esta vez, para variar, la que está haciendo ruido es su hermana. Pero alguien debería hacerlo. Recuerda la voz de niño resfriado- , pero antes de que pueda aclararse, antes de que consiga encontrar una conexión entre

ambas cosas (vaya a saber por que cree que la hay), Collie Entragian llega junto al

coche de Mary y lo coge del hombro con una mano empapada y la fuerza suficiente para

hacerle daño. Mira mas allá de Johnny, hacía la casa de los Carver.

¿Que...? ¿Dos? ¿Como...? ¡Por el amor de Dios! - Señor Entragian... Collie...

- Intenta controlarse, ser razonable- . Me va a romper un hueso.

- Oh, lo siento, pero... - Sus ojos van de la mujer asesinada al hombre asesinado, David Carver, cuya sangre cae en hilos como zarcillos por la carne blanca

y rolliza. Entragian no parece capaz de decidir que hacer, y mira alternativamente un cuerpo y el otro como si se tratara de un partido de tenis.

- No se ha puesto la camisa - dice Johnny y de inmediato se da cuenta de que no podría haber escogido una forma mas ridícula de empezar una conversación.

25

- Me estaba afeitando - responde Collie, pasándose una mano por el vello corto y empapado. Aquel gesto refleja mejor que cualquier otro su estado mental, que ha

pasado de la confusión inicial a un aturdimiento total. A Johnny le parece un gesto curiosamente conmovedor- . Dígame, Marinville, ¿tiene idea de que esta ocurriendo

aquí? Johnny niega con la cabeza. Solo espera que todo haya terminado.

Entonces llega Peter, ve a su mujer tendida frente al pastor alemán de

cerámica de Billingsley y grita, un grito que hace que los brazos mojados de Johnny se cubran de piel de gallina. Peter cae de rodillas junto a su esposa, igual que Bombón Carver junto a su marido y... joder, ¿acaso John Edward Marinville sufre un segundo ataque de vietnamitis lacrimógena aguda? Lo único que nos falta, piensa, es Purple Haze de Hendrix como música de fondo.

Peter coge a su mujer y Johnny ve a Gary mirándolos con fascinación, esperando que el cuerpo se de la vuelta cuando el marido lo coja en brazos. Johnny puede leer sus pensamientos como si los llevara escritos en la frente: ¿Que pensará cuando la gire, se le abran las piernas y vea que no lleva bragas? Aunque quizá no tenga importancia. Quizá nunca las llevara.

¡Mary! - grita Peter. Johnny, que ahora esta en el borde del camino particular que conduce a casa de los Carver, se vuelve y ve otras dos furgonetas torciendo por la esquina de la calle Bear. La que va delante es de color rosa caramelo, tan aerodinámica que a Johnny le parece un gigantesco envase de yogur con cristales polarizados. Lleva un radar con forma de corazón en el techo. En otras circunstancias quizá le habría parecido bonita, pero ahora solo le parece grotesca. A ambos lados del vehículo hay unas prominencias curvas y aerodinámicas, que parecen alerones o incluso un par de alas gruesas y romas.

Detrás de la furgoneta, que podría o no llamarse Carroza de los Sueños, hay un vehículo negro con un parabrisas abombado de cristal oscuro y una caja con forma de hongo, también negra, en el techo. Este horroroso coche azabache esta decorado con

unas flechas cromadas en zigzag, que parecen una versión apenas disimulada de la insignia de las SS.

Las furgonetas aceleran y sus motores vibran con un ronroneo rítmico.

En el alerón izquierdo del vehículo rosa se abre una especie de portilla grande. Y encima del negro, que parece un coche fúnebre intentando convertirse en

locomotora, uno de los paneles laterales de la caja con forma de hongo desciende, dejando al descubierto a dos individuos con escopetas. Uno es un ser humano con barba y, al igual que el alienígena de la furgoneta azul, parece llevar un harapiento uniforme de la guerra civil. Pero la criatura que esta a su lado lleva otra clase de uniforme: negro, con cuello alto y botones plateados. Como el coche negro, aquel atuendo tiene algo de nazi, pero no es eso lo que llama la atención de

Johnny y paraliza sus cuerdas vocales, impidiéndole dar un grito de alarma.

Por encima del cuello, solo hay oscuridad. No tiene cara, piensa Johnny un instante antes de que las criaturas de las furgonetas rosa y negra abran fuego. No tiene cara; ese ser no tiene cara.

A Johnny Marinville, que lo ve todo, le asalta la idea de que podría estar muerto; de que aquello podría muy bien ser el infierno.

Carta de Audrey Wylor (Wentworth, Ohio) a Janice Conroy (Plainview, Nueva York), con fecha 18 de agosto de 1994:

Querida Janice: Te agradezco mucho tu llamada. La carta de condolencias también, por supuesto, pero no te imaginas lo bien que me hizo oír tu voz anoche: fue como un vaso de agua fresca en un día caluroso. O quizá simplemente como una voz

cuerda en un manicomio.

No se si te dije algo coherente, no lo recuerdo. He dejado los tranquilizantes (como solíamos decir en la universidad, <<a la mierda con todo>>), pero sólo hace dos días. A pesar de la enorme ayuda de Herb, el mundo parece haberse venido abajo.

Todo empezó cuando un amigo de Bill, Joe Calabrese, llamó para decir que mi hermano,

su mujer y sus dos hijos mayores habían sido asesinados, acribillados a tiros en la carretera. El hombre, a quien no había visto en mi vida, lloraba; era difícil

26

entenderle y estaba demasiado emocionado para hablar con tacto. No dejaba de decir

que se avergonzaba por ello, y yo acabe intentando consolarlo, mientras pensaba:

<<Tiene que haber un error; Bill no puede estar muerto. Se suponía que mi hermano

iba a estar a mi lado siempre que lo necesitara>>. Todavía me despierto por la noche

pensando: <<No era Bill: se han equivocado. No puede ser Bill>>. La única vez en mi

vida que me sentí inmersa en una locura semejante fue cuando de niña todo el mundo

pillaba la gripe al mismo tiempo.

Herb y yo viajamos a San José a recoger a Seth y luego volvimos de vuelta a

Toledo en el mismo avión que los cadáveres. Los ponen en la bodega de carga, ¿lo

sabías? Yo tampoco. Y hubiera preferido no enterarme nunca. El entierro fue una de

las experiencias mas espantosas de mi vida, o quizá la mas espantosa. Los cuatro ataúdes - el de mi hermano, mi cuñada, mi sobrina y mi sobrino- alineados en fila,

primero en la iglesia y después en el cementerio, donde los apoyaron sobre unos horribles rieles cromados. ¿Quieres oír algo completamente descabellado?

Durante

toda la ceremonia en el cementerio estuve pensando en mi luna de miel en Jamaica. A

las rampas para el control de la velocidad las llaman <<policías dormidos>>. Y por

alguna razón así es como veía yo a los ataúdes, como policías dormidos. Bueno, ya te dije que estoy medio loca, ¿no es cierto? Podrían nombrarme Reina del Valium de Ohio 1994.

La iglesia estaba atestada de gente. Bill y June tenían muchos amigos y todo el mundo lloraba. Todos, excepto el pequeño Seth, por supuesto, que no puede hacerlo. O no lo necesita, quien sabe. Estuvo todo el tiempo sentado entre Herb y yo con dos juguetes sobre el regazo: una furgoneta rosa y la muñeca articulada que lo acompaña, una pequeña pelirroja sensual llamada Cassandra Styles. Los juguetes están inspirados en una serie de dibujos animados llamada MotoKops 2200, y una de las pocas cosas inteligibles que dice Seth es el nombre de las malditas furgonetas de los MotoKops (perdón, quiero decir los Supercarros). Otra es compd donut pddd m~, y también Seth idvdbó, lo que significa que hay que entrar con él. Le han enseñando a hacerlo solo, pero tiene unas costumbres muy raras.

No creo que no haya entendido que la ceremonia significaba que toda su familia había muerto, desaparecido para siempre. Herb esta seguro de que no lo sabe ("Ni siquiera sabe dónde esta", dice), pero yo a veces me preguntó si es realmente así. Eso es lo peor del autismo, ¿verdad? Siempre dudas, nunca tienes una certeza absoluta; quieren comunicar algo, pero Dios les dio un teléfono averiado y lo único que se oye al otro lado de la línea es un galimatías.

Te aseguro una cosa: en las últimas dos semanas he aprendido a apreciar realmente a Herb Wyler. Se ocupó de TODO, desde los billetes de avión hasta las esquelas fúnebres en el Dispdthch de Columbus y el Bídde de Toledo. Y creo que

aceptar a Seth como lo ha hecho, sin una sola queja (ten en cuenta que además de huérfano es autista) me parece admirable. ¿Tu también lo crees, o es sólo amor de esposa? A mí me parece asombroso. Y parece preocuparse de veras por el pobre crío. A

veces lo mira con preocupación, incluso con amor. O al menos con un amor incipiente.

Creo que esto es mas admirable en el caso de un niño como Seth, teniendo en cuenta que el no puede retribuir su afecto. Se pasa la mayor parte del tiempo sentado en el cajón de arena que Herb montó en el jardín cuando llegamos de Toledo,

como si fuera una uva pasa grande con forma de niño, vestido sólo con los calzoncillos de MotoKops 2200 (también tiene la caja para el almuerzo de la serie).

Allí articula palabras ininteligibles, juega con las furgonetas y los muñecos de la serie, sobre todo con la pelirroja sensual de pantalones cortos azules. Estos juguetes me preocupan un poco porque (si no estabas convencida de mi locura, esto te

convencerá) ¡no sé de donde han salido, Jan! Seth no tenía juguetes tan caros la ultima vez que visitamos a June y Bill en Toledo (consulté en Toys R Us y son MUY

caros). Además, no son la clase de juguete que Bill y June hubieran aprobado. Muy a

pesar de sus hijos, sus gustos estaban mas en la línea del oso Barney que en la de

La guerra de las galaxias. El pobre Seth no puede decirme de dónde los ha sacado, y

quizá no tenga importancia. Sólo se los nombres de las furgonetas y los personajes

porque veo los dibujos animados con el los sábados por la mañana. El jefe se llama

Sinrostro y es muy malo, es siniestro.

Es tan raro, Jan (ahora me refiero a Seth, no a Sinrostro, ja, ja). No se si

Herb lo ve tan extraño como yo, pero creo que también nota algo. A veces, cuando lo

pillo mirándome (tiene unos ojos castaños tan oscuros que parecen negros), me dan

escalofríos, como si alguien tocara el xilofón en mi espalda. Y desde que Seth vino a vivir con nosotros han pasado cosas muy curiosas. No te rías, pero incluso ha habido un par de incidentes como los fenómenos poltergeist que salen en los programas de ciencias ocultas de la tele: vasos que vuelan de los estantes, un par de ventanas rotas sin explicación aparente, extrañas formas onduladas que aparecen

en el cajón de arena de Seth durante la noche. Son unos dibujos rarísimos, surrealistas. Si me acuerdo, en la próxima carta te enviare una foto. Créeme, Jan, no puedo hablar con nadie de este asunto, excepto contigo. Gracias a Dios, confío en

tu capacidad de asombro... en tu curiosidad... en tu DISCRECIÓN.

En realidad, Seth no da problemas. Lo mas molesto de el es su forma de respirar. Inspira con grandes y ruidosas bocanadas, siempre por la boca, que esta permanentemente abierta, con el labio inferior casi a la altura del pecho. Parece el tonto del pueblo, pero a pesar de sus problemas no es nada tonto. El otro día vino Marinville, el vecino de enfrente, a traer una tarta de plátano que había hecho el mismo (un gesto encantador para un tipo que hace tiempo escribió una novela sobre un

hombre que se lía con su propia hija... titulada nada mas y nada menos que "Placer")

y pasó un rato con Seth, que había salido del cajón de arena para mirar Bonanza ¿Recuerdas la serie? La TNT la repone de lunes a viernes por la tarde (la llaman el

Festival de La Ponderosa, ¿no te parece divertido?). Guesten, guesten. dice Seth cuando es la hora. La cuestión es que Marinville, que quiere que le llamen Johnny, miró la serie con nosotros, mientras comíamos la tarta de plátano y bebíamos leche

con cacao como viejos amigos. Cuando me disculpe por la respiración de Seth (supongo

que porque me pone histérica), Marinville rió y dijo que Seth no puede evitar tener adenoides. No se que son las adenoides, pero creo que deberíamos llevarlo al medico.

Hay una cosa que me atormenta, y por eso te adjunto una fotocopia de la postal que me envió mi hermano desde Carson City poco antes de morir. En ella dice que Seth

había hecho un adelanto increíble. Como podrás comprobar, lo pone en mayúsculas y

con un montón de signos de exclamación. Despertó mi curiosidad, así que cuando hablamos por teléfono le pregunte que habla querido decir. Eso fue el 27 o 28 de julio, la ultima vez que hable con el. Su reacción fue muy rara, impropia de Bill.

Hubo un largo silencio y luego una risita artificial (jja, ja, ja!), como suele escribirse la risa aunque rara vez suene así (excepto en las fiestas aburridas).

Jamas había oído a mi hermano reír de esa manera. <<Bueno, Aud - me dijo- , puede

que haya exagerado un poco.>> Esa fue su explicación.

Si su tono no me hubiera parecido tan raro, tan vago e impropio de él, yo lo habría dejado correr. Pero una conoce a la sangre de su sangre, ¿verdad? Y Bill se

mostraba siempre abierto y eufórico o retraído y enfurruñado. Todo blanco o negro,

sin grises. Sin embargo, durante aquella conversación telefónica todo era gris. De modo que insistí, cosa que no habría hecho en otras circunstancias. Le dije que al hablar de un adelanto increíble parecía referirse a un hecho muy concreto.

Entonces

me contestó que sí, que había pasado algo en las proximidades de Ely, uno de los pocos pueblos mas o menos importantes al norte de Las Vegas. Cuando pasaron junto a un cartel que indicaba el camino a Desesperación (por esa zona los pueblos tienen unos nombres encantadores; te despiertan unas ganas locas de visitarlos), Seth tuvo una especie de <<rabieta>>. O así lo describió Bill. Estaban en la interestatal 50, la carretera sin peaje, y vieron una loma de tierra a la izquierda, al sur de la carretera.

A Bill le pareció curioso, pero no le dio mayor importancia. Sin embargo, cuando torcieron en esa dirección y Seth vio la loma, se puso como loco. Empezó a sacudir los brazos y a hablar en su medía lengua, que a mi me suena igual que una cinta de música rebobinándose.

28

Bill, June y los dos niños mayores le siguieron la corriente, como hacen - hacían- siempre que el crío empezaba a hablar, lo que es raro, pero a veces pasa. Ya sabes: <<Si, Seth, claro, Seth, de acuerdo, Seth>>. Entretanto, se alejaban cada vez mas del montículo de tierra. De repente Seth dice algo (atiende a esto), pero no en su jerga habitual sino en un lenguaje totalmente comprensible: <<Para, papa. Vuelve atrás. Seth quiere ver la montaña. Seth quiere ver a Hoss y al pequeño Joe>>.

Hoss y el pequeño Joe, por si no lo recuerdas, son dos de los personajes de Bonanza.

Bill me contó que eran las palabras mas claras que Seth había pronunciado en toda su vida, y después de pasar un tiempo con el, comprendo lo extraño que

resultaría oírle decir algo normal. Pero ¿un ADELANTO INCREÍBLE? No quiero ser

cruel, pero tampoco fue como si hubiera repetido un discurso de Lincoln, ¿verdad? No

entendí el entusiasmo de Bill entonces, y tampoco lo entiendo ahora. En la postal parece mas contento que unas pascuas y en el teléfono sonaba como uno de los personajes vegetales de La invasión de los ultracuerpos. Pero hay algo mas. En la postal dice <<ya te contare>>, como si no pudiera esperar para hablar del asunto, y

cuando habló conmigo por teléfono prácticamente tuve que arrancarle las palabras de

la boca. ¡Es muy raro! Bill me dijo que lo ocurrido le recordó un viejo chiste sobre una pareja que pensaba que su hijo era mudo. Un día, cuando el crío tiene seis

o siete años, de repente habla en la mesa: <<Por favor, mama, ¿puedes pasarme otra

mazorca de maíz?>>. Los padres se quedan alucinados y le preguntan por que no había

hablado antes. <<Porque no tenía nada que decir>>, responde el niño. Bill me contó

el chiste (lo había oído antes, creo que en la época en que quemaron a Juana de Arco

en la hoguera), y volvió a soltar la risita típica de las fiestas aburridas: ja, ja, ja. Como si eso zanjara la cuestión. Pero yo no estaba dispuesta a dejar las cosas así.

- ¿Y tu se lo preguntaste, Bill? - ¿Si le pregunte que? - Por que no había hablado antes.

- Pero el habla.

- Pero no habla así, ¿verdad? Nunca había hablado así antes, por eso estabas tan contento cuando me escribiste la postal. - Me estaba enfadando con el; no se por

que, pero me ponía nerviosa- . ¿No le preguntaste por que nunca había dicho tantas

palabras con claridad? - Pues no - dijo- . No lo hice. - ¿Y volviste atrás? ¿Lo llevaste a Desesperación para que pudiera visitar La Ponderosa o lo que fuera que quería ver? - No podíamos hacerlo, Aud - dijo Bill después de otro largo silencio.

Era como esperar el siguiente movimiento del ordenador en una partida de ajedrez. No me gusta hablar así de mi hermano, a quien adoraba y echare de menos

hasta el día de mi muerte, pero quiero que entiendas por que esa conversación me

parecía tan extraña. Era como si no hablara con mi hermano. Me gustaría explicártelo

mejor, pero no puedo.

- ¿Qué quieres decir con que no podíais? - le pregunte.

- Sencillamente que no podíamos - respondió. Creo que el también empezaba a enfadarse, pero no me importó. Al menos eso era mas propio de el- . Yo quería llegar

a Carson City antes de que oscureciera, lo que hubiera sido imposible si hubiera vuelto a ese pequeño pueblo que tanto había excitado a Seth. Todo el mundo me había

dicho que la interestatal 50 era peligrosa después del anochecer, y no quería que mi

familia corriera ningún riesgo. - Hablaba como si en lugar de estar en Nevada, hubiera tenido que cruzar el desierto de Gobi.

Y eso es todo. Hablamos un poco mas, me dijo <<Cuídate, pequeña>>, como me decía siempre, y no volví a saber nada de el. Ni sabré nada mas de el, al menos en

este mundo. <<Cuídate, pequeña>> y luego desaparece acribillado por la escopeta de

un psicópata hijo de puta. Bueno, desaparecieron todos, excepto Seth. ¿Te he dicho

que la policía aun no ha conseguido identificar el calibre del arma? ¡La vida real es tanto mas imperfecta que las novelas o las películas! Pero no puedo quitarme de

la cabeza nuestra ultima conversación. Sobre todo, vuelvo una y otra vez a esa estúpida risa artificial. Bill, mi Bill, no se había reído así en toda su vida.

Y no fui la única que notó algo raro en el. Su amigo Joe, al que fueron a visitar allí, dijo que todos, excepto Seth, parecían cambiados. Hable con el en la 29

funeraria, mientras Herb rellenaba los impresos del traslado. Joe me contó que se había preguntado si tendrían un virus o la gripe. Dijo: <<El pequeño, no. Estaba lleno de energía y se pasaba el día en el cajón de arena con sus juguetes>>.

En fin, creo que ya he escrito suficiente, puede que demasiado. Pero piensa en lo que te he dicho, ¿lo harás? Pon a trabajar tu magnífico cerebro, porque este asunto ME ESTA VOLVILNDO LOCA. Herb no me hace caso, cree que esta obsesión mía es

una forma de evadirme del dolor. He pensado en hablar con J. Marinville, que vive enfrente y parece amable y comprensivo, pero no lo conozco lo suficiente. Así que tenía que contártelo a ti. Lo entiendes, ¿verdad? Te quiero y te echo de menos. A veces, sobre todo en los últimos tiempos, desearía volver a la juventud, cuando todas las cartas malas que la vida iba a repartirnos todavía estaban por barajar.

¿Recuerdas nuestra época de estudiantes, cuando la única calamidad que nos amenazaba

era la maldita regla y pensábamos que viviríamos eternamente? Tengo que dejarte, o

volveré a echarme a llorar. Un millón de besos, adiós.

Aquella tarde, antes de que el mundo se precipitara en las profundidades del infierno como un cubo con la cuerda rota, Collie Entragian había tomado tres decisiones importantes delante del espejo del cuarto de baño. La primera era dejar de ir por ahí sin afeitarse los días laborables. La segunda, dejar de beber, al menos hasta que su vida volviera a encarrilarse (bebía demasiado, lo suficiente para

comenzar a inquietarle y debía parar). La tercera era dejar de postergar el momento

de salir a buscar un empleo. Había tres compañías de agentes de seguridad en la zona

de Columbus, conocía a gente en dos de ellas y era hora de moverse. Al fin y al cabo, no había muerto. Tenía que dejar de lamentarse y rehacer su vida.

Ahora, mientras la casa de los Hobart ardía calle abajo y las dos grotescas furgonetas se aproximaban, lo único que le preocupaba era conservar esa vida. Lo que

mas le asustaba era el vehículo negro que corría detrás del rosa; daba ganas de largarse del barrio de inmediato, quizá a Mongolia. La lluvia apenas le permitía vislumbrar las dos figuras en la torreta del coche, pero le basto con ver la furgoneta, que le recordaba a una carroza fúnebre en una película de ciencia ficción.

¡Adentro! - se oyó gritar. Por lo visto, una parte de el seguía empeñada en seguir al mando- . ¡Todo el mundo adentro, enseguida! Olvido temporalmente a la gente congregada alrededor del cartero y su llorosa mujer: la señora Geller, Susi Geller, su amiga, los Josephson y la señora Reed. Marinville, el escritor, estaba un poco mas cerca, pero Collie también se olvido de el. Estaba pendiente de los vecinos

reunidos delante de la casa del viejo Doc: Peter Jackson, los Soderson, la dependienta de la tienda, el tipo del pelo largo y el camión amarillo rondas, cuatro en la secreta, uno en asuntos internos- , y nunca me habían disparado antes.

Otra detonación. Una de las ventanas del salón de Billingsley estallo y las cortinas se agitaron como los brazos de un fantasma. Ahora las armas a su espalda

sonaban como artillería (bang, bang, bang, bang), sintió pasar otra bala caliente a su lado, esta vez junto a su mano izquierda, y apareció un agujero negro debajo de

la ventana rota. A Collie le pareció un ojo grande, asombrado. La siguiente rozo su

cadere. No podía creer que no estuviera muerto; sencillamente, no podía creerlo. Sintió olor a cedro quemado y tuvo tiempo de pensar en las tardes de octubre que había pasado en el patio trasero de su casa, quemando aromáticas y humeantes montañas de hojas.

Tenía la impresión de que llevaba horas corriendo, se sentía como un pato de cerámica en una galería de tiro, y ni siquiera había alcanzado a Peter. ¿Que diablos

estaba ocurriendo allí? Solo hace cinco segundos que empezó el tiroteo, le informo

la parte lucida de su mente. Quizá apenas tres.

El hippie seguía tirando de la muñeca de Peter y ahora la chica, Cynthia, se había unido a él. Pero Collie vio que Peter se resistía con todas sus fuerzas.

30

Quería quedarse con su mujer, que había escogido un pésimo momento para volver a

casa.

Sin reducir la velocidad (cuando se lo proponía, sabía mover el esqueleto)

Collie se agachó y metió una mano debajo de la axila del hombre arrodillado al pasar

a su lado. Llamadme el tren correo, dijo para sí. Peter tiro hacía atrás, intentando detener a las tres personas que querían separarlo de su esposa. La mano de Collie

empezó a resbalar. A la mierda, penso. A la mierda con todos.

Oyó otro grito a su espalda, en la casa de los Carver. Por el rabillo del ojo vio la furgoneta rosa, que ahora se alejaba de ellos y aceleraba cuesta abajo, hacía

la calle Hyacinth.

¡Mary! - grito Peter- . ¡Esta herida! ¡Ya la tengo, Pete, tranquilo! - grito

el viejo Doc con alegría, y aunque no tenía a nadie, y de hecho corría alejándose del cadáver de Mary sin dedicarle una sola mirada, Peter asintió aliviado. Tiene que

ser el tono, penso Collie. Ese absurdo tono de alegría.

Ahora el hippie ayudaba de verdad en lugar de limitarse a intentarlo. Había cogido a Peter del cinturón y estaba haciendo progresos. - Colabore - le dijo a Peter- , aunque sea un poco.

Peter no le hizo el menor caso. Miro a Collie con los ojos muy abiertos y vidriosos.

- El viejo Doc la va a ayudar, ¿verdad? - Exactamente - dijo Collie, intentando imitar el tono alegre del veterinario (una versión rápida del que se usa para animar a un enfermo), pero su voz sonó cargada de terror. La furgoneta rosa se

había ido, pero la negra seguía allí, avanzando despacio, como si estuviera a punto

de detenerse. En la torreta había unas figuras brillantes, casi fluorescentes- .

Billingsley...

Marielle Soderson paso como un rayo a su izquierda y estuvo a un tris de atropellarlo en su carrera hacía la casa del viejo Doc. Gary la adelanto por la derecha, golpeando a la dependienta con el hombro y haciéndola caer de rodillas.

La

chica, que aparentemente se había torcido el tobillo, grito de dolor, abriendo la boca en forma de arco. Gary ni siquiera la miro; tenía los ojos fijos en la meta. La joven se levanto en el acto. La mueca de dolor no se borro de su cara, pero tiraba estoicamente del brazo de Peter, todavía intentando ayudar. A Collie empezaba a caerle simpática, a pesar de su esquizofrénico color de pelo.

Los Soderson llevaban la delantera. Habían necesitado un par de minutos para darse cuenta de lo que pasaba, pero era evidente que ahora lo sabían.

Se oyó otra estampida. El tipo del pelo largo soltó un grito de dolor y sorpresa, cogiéndose la pierna derecha. Collie vio sangre entre sus dedos, una sangre asombrosamente brillante a la luz espectral de la tormenta. La chica lo miraba con la boca abierta y los ojos como platos.

- Estoy bien- dijo el hippie, recuperando el equilibrio- . Solo ha sido un rasguño. ¡Sigan, sigan! Por fin Peter se levanto y recupero la compostura.

- ¿Que demonios... esta pasando? - preguntó a Collie. Parecía drogado. Antes de que Collie pudiera responderle, hubo un ultimo disparo desde la furgoneta negra y el ruido de una granada. Collie habría jurado que se trataba de una granada. Marielle Soderson, que había llegado al zaguán (Gary no era ningún caballero y ya había desaparecido dentro de la casa), grito y choco de lado contra la puerta, levantando el brazo izquierdo. La sangre salpicó la pared de aluminio y volvió al suelo con la lluvia. Collie oyó gritar a la dependienta de la tienda y sintió la tentación de imitarla. El proyectil había dado en el hombro de Marielle y le había arrancado el brazo casi de cuajo. La extremidad se balanceaba precariamente, colgando de un brillante nudo de carne con un lunar. Curiosamente era

ese lunar - una imperfección que quizá Gary había besado con amor en sus días jóvenes y sobrios- lo que hacía que la escena pareciera real. Marielle seguía en la puerta, gritando a voz en cuello, con el brazo izquierdo suspendido en el aire como una puerta a la que le han quitado dos de las tres bisagras. Y a su espalda, la furgoneta negra aceleró cuesta abajo, cerrando el panel de la torreta. Desapareció

31

entre la lluvia y el humo que salía de la casa de los Hobart, donde el techo comenzaba a compartir su ofrenda de fuego con las paredes.

Tenía un sitio adonde ir.

A veces le parecía una bendición, otras veces una maldición (ya que prolongaba las cosas, mantenía en marcha aquel juego infernal), pero de un modo u otro, era lo

único que le permitía seguir siendo ella misma; lo único que impedía que la devoraran viva. Como le había pasado a Herb. Sin embargo, al final Herb había conseguido encontrarse a si mismo por ultima vez. Había tenido la lucidez necesaria

para meterse en el garaje y volarse los sesos de un tiro.

Al menos eso era lo que Audrey quería creer.

Sin embargo, a veces sospechaba que no había sido así. Recordaba las interminables tardes antes del disparo en el garaje y volvía a ver a Seth en su

silla, la que Herb y ella habían decorado con una calcomanía de un jinete y un caballo tras descubrir cuanto le gustaban los westerns al pequeño. Veía a Seth sentado allí, sin prestar atención a la televisión (a menos que pusieran un western o una película del espacio, claro esta), mirando a Herb con sus horribles ojos color barro, los ojos de una criatura que ha vivido siempre en un pantano. Sentado en la silla que su tío y su tía habían decorado con tanto amor en los primeros días, antes de que comenzara la pesadilla. O al menos, antes de que se enteraran de que

había comenzado. Sentado allí, mirando a Herb, rara vez a ella en aquel entonces. Mirándolo; pensándolo, consumiéndolo como haría un vampiro en una película de terror. Porque eso era la criatura que habitaba en el interior de Seth, ¿verdad? Un vampiro. Y sus vidas en la calle Poplar eran la película. Vaya por Dios, la calle Poplar, donde había como mínimo un álbum de los Carpenter en cada casa. Buenos

vecinos, la clase de gente que lo deja todo cuando oye que la Cruz Roja necesita sangre del grupo O, y ninguno de ellos sabía que Audrey Wyler, la tranquila viuda que vivía entre los Soderson y los Reed, ahora protagonizaba su propia película de terror.

En los días buenos pensaba que Herb, cuyo sentido del humor había servido al mismo tiempo de escudo y acicate contra la criatura que poseía a Seth, había aguantado todo lo posible antes de huir. En los días malos sabía que eso era mentira, que Seth había usado todo lo que podía usar de él y que luego lo había enviado al garaje con un programa de autodestrucción parpadeando en su cabeza como

un cartel luminoso en la ventana de un salón de baile.

Pero no era Seth. No era el Seth que de vez en cuando (en los primeros tiempos) los abrazaba y les daba besos con la boca abierta que sonaban como pompas

de jabón al estallar. "Yo aquero"~, decía a veces mientras estaba sentado en su silla especial. Entonces, cuando dejaba su balbuceo ininteligible para articular una

frase normal ("Yo vaquero") les hacía sentir, al menos fugazmente, que estaba haciendo progresos. Aquel Seth era dulce, adorable, y no a pesar de su autismo, sino en parte gracias a él. Sin embargo, aquel Seth también era un caldo de cultivo, como la sangre contaminada que nutre y transporta a un virus al mismo tiempo. El virus - el vampiro- era Tak. Un pequeño obsequio del gran desierto americano. Según Bill, la familia Garin no había vuelto a Desesperación, no se había detenido a investigar que había detrás de la montaña de tierra que habían visto desde la carretera y que había entusiasmado a Seth lo suficiente para hacerle hablar en un lenguaje inteligible. "No podíamos, Aud", había dicho Bill. <<Yo quería llegar a Carson City antes de que oscureciera.>> Pero Bill le había mentado. Lo sabía porque había recibido una carta de un hombre llamado Allen Symes. Symes, un ingeniero de minas que trabajaba para una compañía llamada Deep Earth, había visto a la familia Garin el 24 de julio de 1996, el mismo día que el hermano de Audrey había enviado la entusiasta postal. Symes le había asegurado que no había ocurrido nada interesante, que se había limitado a llevar a los Garin al borde de una mina (lo que, siempre según la carta, iba en contra de las reglas de la compañía) y les había dado una breve clase de historia antes de que siguiera su camino. Era una buena historia, aburrida y verosímil al mismo tiempo, y en 32 circunstancias normales Audrey la habría creído. Sin embargo, ella sabía algo que el señor Allen Symes, de la compañía Deep Earth de Desesperación, Nevada, ignoraba: que Bill había negado que se hubieran detenido allí. Bill había dicho que habían seguido

su viaje porque quería asegurarse de llegar a Carson City antes de que oscureciera.

Y si Bill había mentido, ¿no era posible, o muy probable que también mintiera Symes?

¿Mentir sobre que? ¿Sobre que? <<Para, papa. Seth quiere ver la montaña.

¿Por que me mentiste, Bill? Audrey creía que podía responder esa pregunta:

Bill había mentido porque Seth lo había obligado a hacerlo. Suponía que Seth estaba

junto al teléfono durante su conversación con Bill, mirando a la criatura quien ya no consideraba su padre con los ojos color marrón lodo que en realidad pertenecían a

un ser de los pantanos. Bill solo había dicho lo que Tak quería, como una persona encañonada con una pistola. Por eso había contado unas cuantas mentiras torpes y

reído con su risa artificial: ja, ja, ja.

En mayo de 1982, cuando tenía veintiún años y todavía era Audre Garin, ella y su compañera de cuarto (que también era y seguiría siendo su mejor amiga), Janice

Goodlin, habían pasado un maravilloso fin de semana - probablemente el mejor de la

vida de Audrey- en Monhonk Mountain, al norte de Nueva York. El viaje era un regalo

del padre de Jan, que además de ganar un dinero extra por una venta en su empresa,

había ascendido dos o tres peldaños en la escala jerárquica. Si lo que deseaba era

compartir su felicidad, lo había conseguido espléndidamente con las dos chicas.

El sábado de aquel fin de semana mágico se habían llevado comida del hotel (en la cocina la habían puesto en un precioso y anticuado cesto de mimbre) y habían caminado durante horas, buscando el sitio perfecto. Aunque siempre es difícil hallar

un lugar ideal cuando uno se lo propone, las jóvenes habían tenido suerte. Encontraron un hermoso prado lleno de anémonas, margaritas y rosas silvestres.

Las

abejas zumbaban y las mariposas blancas danzaban en el aire cálido como una clase de

confeti mágico que nunca caía al suelo. En un extremo del prado había una especie de

cenador, desde donde se veía todo Monhonk. Estaba techado para dar sombra y refugio,

pero abierto a los lados para dejar pasar el aire y una maravillosa vista.

Las dos mujeres comieron mucho, charlaron hasta cansarse y en tres ocasiones rieron con tantas ganas que se les saltaron las lágrimas. Audrey no recordaba haber

vuelto a reír de aquella forma. Nunca olvido la luz clara de aquella tarde o la danza de las mariposas blancas.

Ese era el sitio adonde regresaba cuando Tak salía a la superficie y dominaba a Seth. Allí se escondía, con una Janice que aun llevaba el apellido Goodlin, en lugar de Conroy, una Janice que seguía siendo joven. A veces le hablaba de Seth; le

contaba por que había ido a vivir con ellos y como al principio ni ella ni Herb habían imaginado que había alguien en su interior, una criatura silenciosa que les observaba y medía sus fuerzas, esperando el momento para salir. A veces le confiaba

a Jan cuanto echaba de menos a Herb y le asustada que estaba... que se sentía atrapada, como una mosca en una telaraña o un coyote en una trampa.

Pero ese tema era peligroso e intentaba evitarlo. La mayor parte del tiempo se limitaba a repetir mentalmente los dulces e insignificantes detalles de aquel día lejano, cuando Reagan comenzaba su carrera política y todavía había discos de pasta

en las tiendas. Discutían si Ray Soames, el novio de Jan en esos tiempos, llegaría a

ser un buen amante (resulto ser un cerdo egoísta, según le confío Jan tres semanas

mas tarde, después de despedirse de su voluptuoso cuerpo), que empleos conseguirían,

cuantos hijos tendrían y cual de sus amigos tendría mas éxito en la vida. Detrás de todo aquello, y aunque no lo mencionaran (quizá no se atrevieran a hablar de ello por temor a estropearlo) estaba siempre presente el profundo deleite por aquel día juntas, por la maravillosa salud que disfrutaban y por el amor que sentían la una por la otra. En esas cosas, y no en los problemas del presente, se concentraba Audrey cuando sentía que Tak hendía en ella sus dientes invisibles pero exquisitamente crueles para crecer alimentándose de ella. Huía al resplandor y al amor de aquel día lejano, que hasta el momento le servía de ayuda y refugio.

Hasta el momento seguía viva.

Y lo mas importante era que seguía siendo ella.

33

En el prado, la confusión y la oscuridad se desvanecían y todo parecía muy claro: los astillados postes grises de madera que sostenían el techo del cenador, cada uno con su sombra delgada y precisa; la mesa (también astillada) flanqueada por

dos bancos de madera y tallada con los nombres de innumerables amantes; el cesto

(todavía abierto, pero sin restos de comida) que habían dejado en el suelo de tablas; los utensilios y los recipientes de plástico que habían cerrado con cuidado para devolverlos al hotel. Podía ver los reflejos dorados del cabello de Jan y un hilo suelto en el hombro izquierdo de su blusa. Podía oír el canto de los pájaros.

Solo una cosa era diferente: en la mesa donde habían apoyado el cesto de mimbre hasta que terminaron de comer y lo pusieron a un lado, había un teléfono de

plástico rojo. Audrey tenía uno exactamente igual a los cinco años y lo usaba para mantener largas y delirantes conversaciones con una amiga invisible llamada Melissa

Heart.

En algunas visitas al cenador del prado, el auricular del teléfono tenía grabada la marca PLAYSKOOL. Otras veces (sobre todo los días particularmente horribles, que eran muy frecuentes en los últimos tiempos), veía un nombre mas corto en el auricular: el nombre del vampiro.

Era el teléfono de Tak, y nunca sonaba, al menos de momento. Audrey sabía que si algún día sonaba sería porque Tak había descubierto su lugar secreto. Entonces

sería su fin; estaba segura. Puede que siguiera respirando y comiendo por un tiempo, igual que Herb, pero de todos modos sería su fin.

De vez en cuando intentaba hacer desaparecer el teléfono de Tak. Se le había ocurrido de que si podía deshacerse del maldito teléfono, librarse de él para siempre, quizá podría escapar de la criatura de la calle Poplar. Y a veces desaparecía, pero nunca cuando lo miraba o pensaba en él. Miraba la cara risueña de

Jan (Jan hablando de como en ocasiones sentía la tentación de arrojarse a los brazos

de Ray Soames y comerle la cara a besos, y como otras veces - por ejemplo, cuando

lo descubría hurgándose la nariz- deseaba que se muriera en el acto), luego volvía a mirar la mesa y veía que la superficie estaba vacía, que el teléfono había desaparecido. Eso significaba que Tak se había ido, al menos por un rato, que dormía

(o dormitaba) o se había retirado. La mayoría de estas veces volvía y encontraba a

Seth en el lavabo, mirándola con ojos ausentes y extraños, pero decididamente humanos. Por lo visto, Tak detestaba estar presente cuando Seth iba al lavabo. En opinión de Audrey, aquel era un remilgo inaudito en una criatura tan cruel e implacable.

Miro hacía abajo y vio que el teléfono había desaparecido.

Se levanto y Jan - la joven Jan, con los pechos todavía intactos- se interrumpió de inmediato y miro a Audrey con tristeza.

- ¿Tan pronto? - Lo siento - dijo Audrey, aunque no tenía idea de si era temprano o tarde. Lo sabría cuando regresara y mirara el reloj, pero mientras estaba

allí, el propio concepto del tiempo parecía ridículo. El prado que estaba encima de Mohonk en mayo de 1982 era una zona sin relojes, felizmente atemporal.

- Tal vez algún día consigas deshacerte de ese maldito teléfono y quedarte - dijo Jan.

- Quizá. Sería muy bonito.

Pero ¿lo sería? Audrey no estaba segura. Por el momento, tenía que cuidar de un niño. Además, aun no estaba dispuesta a rendirse, y regresar para siempre a 1982

equivalía a una rendición. Y quien sabe que le parecería aquel maravilloso prado en

la montaña si no pudiera marcharse de él. Con esa limitación, hasta era probable que

el paraíso se convirtiera en infierno.

Aunque las cosas estaban cambiando, no era para mejor. Para empezar, la fuerza de Tak no se debilitaba, como ella había esperado ingenuamente que ocurriera con el

tiempo. Por el contrario, su poder parecía aumentar. La televisión estaba encendida

permanentemente, emitiendo las mismas cintas y reposiciones (Bonanza, El hombre del

rifle... y, por supuesto, MotoKops 2200) una y otra vez. Los personajes de las series comenzaban a sonar como demagogos dementes, voces crueles exhortando a una

multitud inquieta a hacer cosas abominables. Iba a ocurrir algo, y muy pronto;

estaba prácticamente segura. Tak planeaba algo... si es que podía atribuírsele la capacidad de planear, o incluso de pensar. Quizá la palabra <<cambio> fuera demasiado suave. Daba la impresión de que iba a dejarlo todo pata arriba, como después de un terremoto. Y si era así, o cuando fuera así...

- Huye - dijo Jan con los ojos brillantes- . Deja de fantasear y hazlo, Aud.

Abre la puerta mientras Seth esta durmiendo o cagando y corre como si te persiguiera

el demonio. Sal de esa casa. Escapa de esa maldita criatura.

Era la primera vez que Jan se arriesgaba a darle un consejo y Audrey se sintió confundida. No sabía como responder.

- Lo pensare.

- Será mejor que no lo pienses mucho, cariño. Tengo la impresión de que te queda poco tiempo.

- Tengo que irme. - Echo otro vistazo a la mesa para asegurarse de que el teléfono PlaySkool no había reaparecido, y no lo había hecho - Sí, de acuerdo.

Adiós, Aud. - Ahora la voz de Jan parecía llega desde muy lejos y su figura se desvanecía como si fuera un fantasma. Cuando perdió el color, comenzó a parecerse

mas a la mujer que sería en el futuro, una mujer con un solo pecho y una visión estrecha, a menudo poco generosa del mundo- . Vuelve pronto. Hablaremos de Sergeant

Pepper.

- De acuerdo.

Audrey salió del cenador, mirando cuesta abajo, hacía el muro de piedra rodeado de rosas silvestres, contemplando las piruetas de la mariposas. Un trueno resonó en el borroso cielo azul. Dios enviaba lluvia desde las montañas Catskill y no era sorprendente; nada tan perfecto como aquella tarde podía durar eternamente.

"Los tiempo dorados no pueden durar..." ¿Quien era el poeta que había dicho aquello?

No importaba. Janice Goodlin Conroy había descubierto que era cierto, además de

poético. Y con el tiempo, también lo confirmaría Audrey Garin.

Se volvió para mirar las nubes, pero en lugar de cúmulos tormentosos sobre las montañas vio su propio salón, mugriento, pidiendo a gritos una buena limpieza. Debajo de todos los muebles había polvo todas las superficies de cristal estaban sucias con marcas de dedos grasa, refrescos o las tres cosas a la vez. El aire olía a sudor y calor pero sobre todo a espaguetis de lata y hamburguesa frita, que era todo lo que su extraño huésped quería comer.

Estaba de vuelta.

Y tenía frío. Vio que solo llevaba un par de pantalones cortos y zapatillas.

Pantalones azules, por supuesto, pues ese era el atuendo habitual de Cassie Styles,

y Cassie Styles era el personaje favorito de Seth. La blusa blanca de manga corta que se había puesto por la mañana (antes de que la criatura se apoderara de ella, había conseguido escapar varias veces desde entonces, pero Tak la controlaba la mayor parte del tiempo, como si fuera un tren eléctrico) estaba sobre el sofá. Le dolían los pezones.

Me ha obligado a pellizcarme otra vez, penso mientras iba a recoger la blusa.

¿Por que? Acaso porque Cary Ripton, el chico de los periódicos la había visto sin la

blusa? Puede que si. Tal vez. Era solo una intuición, como siempre, pero estaba casi

segura de estar en lo cierto. Tak se había enfadado... había decidido castigarla...

y ella había escapado a los maravillosos días de su juventud tan pronto como el había vuelto a su guarida a mirar aquella maldita película por enésima vez.

Los pellizcos la asustaban. El dolor era peor otras veces, sobre todo con las pequeñas y siniestras humillaciones - Tak era un verdadero maestro en el arte de humillar- , pero los pellizcos en los pezones tenían una clara connotación sexual.

También le preocupaba la forma en que iba vestida... o desvestida. Con una frecuencia cada vez mayor, Tak la obligaba a desnudarse siempre que estaba enfadado

o aburrido, como si el, o Seth, o ambos, la vieran como una versión particular de la

dura pero perversamente apetitosa Cassie Styles. Eh, chicos, mirad las tetas de vuestro personaje favorito de los MotoKops.

No entendía bien la relación entre el parásito y su anfitrión, y eso complicaba las cosas. Creía que Seth estaba mas interesado en vaqueros que en tetas;

35

al fin y al cabo, solo tenía ocho años. Pero ¿que edad tenía la criatura que llevaba dentro? ¿Y que quería? Había posibilidades mas alarmantes que unos pellizcos en los

pezones, y prefería no imaginarlas. Aunque, poco antes de la muerte de Herb...

No. No quería pensar en eso.

Se puso la blusa y abrocho los botones mientras miraba el reloj que había encima de la chimenea. Solo eran las cuatro y cuarto. Jan tenía razón; era demasiado

pronto. Pero el tiempo no había cambiado solo en las montañas Catskill. Había truenos y relámpagos y la lluvia caía con tanta furia contra la ventana del salón que parecía humo.

En el estudio estaba encendida la tele. La película, por supuesto. Aquella horrible, odiosa película. Iban por la cuarta copia de Los vigilantes. Herb había traído la primera del videoclub del centro comercial aproximadamente un mes antes de

suicidarse. Y por razones que Audrey no comprendía, aquella vieja película había sido la ultima pieza del puzzle, el ultimo numero de una combinación. Había liberado

a Tak... o lo había concentrado, del mismo modo que una lupa concentra la luz y la

convierte en fuego. Pero ¿como podía saber Herb lo que iba a ocurrir? ¿Como podían

saberlo ninguno de los dos? En aquel entonces, apenas sospechaban la existencia de

Tak. Había estado apoderándose de Herb - Audrey lo sabía ahora- , pero lo había

hecho tan silenciosamente como una sanguijuela que se pega a alguien debajo del agua.

- ¿Quiere ponerme a prueba, sheriff? - decía Rory Calhoun con los dientes apretados.

Sin darse cuenta, Audrey murmuró: ¿Por que no nos tranquilizamos y discutimos este asunto con calma? - ¿Por que no nos tranquilizamos... - dijo John Payne en la

televisión; Audrey podía ver la luz de la pantalla parpadeando sobre la arcada que separaba las dos habitaciones- y discutimos este asunto con calma? Camino de puntillas hacía la arcada metiéndose la blusa dentro de los pantalones cortos (uno de los doce pares que tenía, todos azules y rematados con ribetes blancos; en la casa Wyler no faltaban pantalones azules) y espió dentro del estudio. Seth estaba sentado en el sofá, vestido solo con unos mugrientos calzoncillos de los MotoKops.

Las paredes, que Herb había cubierto con paneles de pino de primera calidad, estaban

remachadas con clavos que Seth había encontrado en el taller del garaje. Muchos de

los paneles tenían grietas verticales. De los clavos colgaban fotografías que Seth había recortado de revistas, casi todas de vaqueros, astronautas y, por supuesto, MotoKops. Intercalados entre ellas, había unos cuantos dibujos de Seth, sobre todo

paisajes dibujados con rotuladores negros. Frente a él, sobre la mesa de centro, había vasos con borra de cacao, que era lo único que Seth (o Tak) bebía, y un montón

de platos con restos de las comidas favoritas de Seth: espaguetis con hamburguesa,

macarrones con hamburguesa, y sopa de tomate con grandes trozos de hamburguesa

flotando sobre el gelatinoso líquido como marchitos atolones del Pacífico después de

generaciones de pruebas nucleares.

Seth tenía los ojos abiertos, pero en blanco; tanto el como Tak estaban ausentes, quizá recargando las pilas o durmiendo con los ojos abiertos, como una lagartija al sol, quizá metiéndose en la puñetera película de una forma compleja y profunda que Audrey no podía, o no quería, comprender. Lo cierto es que le importaba

una mierda donde estuvieran. Puede que la dejaran comer en paz; le bastaba con eso.

Faltaban veinte minutos para que terminara la millonésima sesión de Los vigilantes

en casa de los Wyler, y Audrey pensó que podría disponer de ese tiempo para sí.

Tiempo suficiente para comer un bocadillo y quizá escribir unas cuantas líneas en el

diario que podía costarle la vida si Tak descubría su existencia.

Huye. Deja de fantasear y hazlo.

Se detuvo en medio del salón, olvidando momentáneamente el salchichón y la lechuga de la nevera. Aquella voz era tan clara que por un instante no pareció venir

de su mente. Por un momento creyó que Janice la había seguido desde 1982, que estaba

con ella en la habitación, pero cuando se volvió con los ojos llenos de asombro, vio

que allí no había nadie. Solo las voces de la televisión, Rory Calhoun diciéndole a
36

John Payne que se había acabado el tiempo de hablar, y John Payne respondiéndole: -

Muy bien, si eso es lo que quiere.

Muy pronto Karen Steele se interpondría entre ellos, gritándoles que pararan,

que pararan de una vez. La mataría una bala de la escopeta de Rory Calhoun que en realidad iba dirigida a John Payne, y entonces empezaría el tiroteo final. KA- PU y KA- BAM otra vez.

Allí no había nadie mas que ella y sus amigos muertos de la tele.

Abre la puerta y corre como si te persiguiera el demonio.

¿Cuántas veces había fantaseado con hacerlo? Pero tenía que pensar en Seth; el niño era un rehén como ella. A pesar de su autismo, seguía siendo un ser humano. No

quería ni imaginar lo que Tak podría llegar a hacerle si se enfadaba. Y Seth seguía allí; estaba segura de ello. Los parásitos se alimentan de sus víctimas, pero no las matan... a menos que deseen hacerlo, quizá porque se enfadan.

También tenía que pensar en si misma. Era fácil para Janice aconsejarle que escapara, que abriera la puerta de calle y corriera como si la persiguiera el demonio, porque seguramente no entendía que si Tak la cogía, la mataría sin compasión. Y si lograba salir de la casa, ¿adonde tendría que ir para estar segura?,

¿a la acera de enfrente?, ¿a la esquina?, ¿a Terre Haute?, ¿a New Hampshire?, ¿a

Micronesia? No creía que pudiera esconderse ni siquiera en Micronesia, porque estaban unidos por un vínculo mental. El teléfono rojo de PlaySkool - el teléfono de Tak- era una demostración clara de ello Si, deseaba escapar. Claro que lo deseaba.

Pero a veces malo conocido es mejor que bueno por conocer.

Comenzó a andar hacia la cocina y se detuvo nuevamente, esta vez para mirar por el ventanal que daba a la calle. Había pensado que el cristal parecía cubierto de humo por la fuerza de la lluvia, pero en realidad la tormenta estaba amainando. Lo que había visto no parecía humo, era humo.

Corrió hasta la ventana, miro a la calle y vio que la casa de los Herbart ardía bajo la lluvia. Grandes nubes blancas de humo subían hacia el cielo encapotado. No vio coches ni gente en los alrededores (y humo le impedía ver al

chico y el perro muertos), así que miro hacia calle Bear. ¿Donde estaban los coches

de la policía?, ¿Y los bomberos? No estaban allí, pero en su lugar vio algo que la hizo llevarse las manos a la boca para sofocar un grito.

Un coche - creía que era el de Mary Jackson- estaba sobre la hierba entre la casa de los Jackson y la del viejo Doc, con el morro empotrado en la valla que separaba las dos propiedades. La puerta del maletero estaba abierta y la parte trasera abollada. Pero no fue el coche que la hizo gritar. Mas allá, tendido en el jardín de Doc, como una estatua caída, había un cadáver de mujer. Por un instante

Audrey quiso pensar que era otra cosa - quizá el maniquí de una tienda que por alguna misteriosa razón alguien había arrojado en el jardín de Billing ley- , pero enseguida se rindió a las evidencias. Era un cuerpo, no cabía duda. El cuerpo de Mary Jackson, que estaba tan muerta como bueno, tan muerta como el marido de Audrey.

Tak, penso. ¿Había sido el? ¿Había salido a la calle? Sabías que se estaba preparando para algo, penso con frialdad. Lo sabías. Sentiste como reunía fuerzas,

siempre en el cajón de arena jugando con las malditas furgonetas o delante de la televisión comiendo hamburguesas, bebiendo leche con cacao y mirando, mirando,

mirando. Lo sentiste, como cuando se avecina una tormenta en una tarde calurosa.

Mas allá, en la casa de los Carver, había otros dos cadáveres. David Carver, que a veces jugaba al póquer con Herb y sus amigos las noches de los jueves, estaba

tendido en el camino particular de su casa como una ballena encallada en la playa.

Tenía un agujero enorme en la barriga, justo encima del bañador que solía usar para

lavar el coche. Tendida boca abajo sobre el zaguán de los Carver, había una mujer

vestida con pantalones cortos blancos. Una corona crespa de pelo rojo rodeaba su cabeza y la lluvia brillaba sobre su espalda desnuda.

No es una mujer, penso Audrey. Sintió frío en todo el cuerpo, como si alguien le hubiera frotado la piel con hielo. Es una joven de unos diecisiete años; la chica que había ido a visitar a los Reed aquella misma tarde, antes de que me escapara un

rato a 1982. Era la amiga de Susi Geller.

37

Audrey miro hacía el final de la calle, súbitamente convencida de que lo estaba imaginando todo y de que la realidad volvería a su sitio - como cuando uno suelta una banda elástica después de estirarla- en cuanto viera que la casa de los Hobart seguía en pie e intacta. Pero la casa de los Hobart continuaba ardiendo, despidiendo densas nubes de humo blanco, y cuando volvió a mirar, los cadáveres de

sus vecinos aun estaban en la calle.

- Ha empezado - murmuró, y desde el estudio, como si anunciara una terrorífica maldición, Rory Calhoun grito: << ¡Vamos a borrar a este pueblo del mapa!>>.

<< ¡Huye!>>, grito Jan. Esta vez la voz no venía de la tele, sino del interior de su cabeza, pero sonaba igualmente apremiante. "¡No es que te quede poco tiempo!

¡No tienes un segundo mas! ¡Huye! ¡Vete! Escapa! ¡Corre!>> De acuerdo, se olvidaría

de Seth y escaparía. Quizá se arrepintiera en el futuro - si es que había un futuro- , pero ahora...

Corrió a la puerta y en el preciso momento en que cogía el pomo, una voz hablo a su espalda. Era una voz infantil, pero solo porque era producida por las cuerdas vocales de un niño. Sin embargo, también era fría, cruel, terrífica. Lo peor era que no carecía de sentido del humor.

- Un momento, señora - dijo Tak con la voz de Seth Garin imitando a John

Payne- . ¿Por que no nos tranquilizamos y discutimos este asunto con calma?
Intentó

girar el pomo de la puerta, dispuesta a arriesgarse de cualquier modo; ya había
llegado demasiado lejos para echarse atrás. Saldría corriendo bajo la lluvia
torrencial. ¿Adonde iría? A cualquier sitio. Pero en lugar de girar el pomo, su
mano se dejó caer, balanceándose como un péndulo agotado. Luego, a pesar de
sus

esfuerzos por resistirse, su cuerpo se volvió como si tuviera voluntad propia y se
enfrentó al ser situado bajo la arcada que conducía al despacho... mejor dicho, a
la

poilga en que se había convertido el despacho.

Había regresado de su refugio, que Dios la ayudara. Había regresado de su
refugio, y el demonio oculto dentro del cuerpo de su sobrino autista la había
pillado intentando escapar.

Sintió a Tak dentro de su cabeza, controlándola, y aunque todavía era capaz de
ver y sentir, ni siquiera podía gritar.

Johnny saltó por encima del cuerpo tendido de la amiga pelirroja de Susi
Geller. Le zumbaban los oídos: una bala acababa de rozarle la oreja izquierda con
un
sonido similar a un aullido. Su corazón saltaba como un conejo dentro de su
pecho.

Corría en dirección a casa de lo Carver y se hallaba en tierra de nadie cuando las
dos furgonetas abrieron fuego. Era consciente de su suerte. Por un instante se
había

quedado prácticamente paralizado, como un animal deslumbrado por lo faros de
un

coche. Entonces oyó pasar el proyectil - que según le pareció tenía el mismo
tamaño

de una losa sepulcral- y corrió como un rayo hacía la puerta abierta de los Carver,
agachando la cabeza y sacudiendo los brazos. La vida se había simplificado de
una

forma asombrosa. Había olvidado a Soderson con su ebria expresión de complicidad,

había olvidado su preocupación de que Jackson no se enterara de que su recién fallecida esposa regresaba de la clase de aventura que inspiraba las canciones country, había olvidado a Entragian, a Billingsley, a todos. Solo pensaba en que iba

a morir en tierra de nadie entre las dos casas, asesinado por una banda de psicópatas que usaban mascarar y ridículos disfraces y brillaban como fantasmas.

Ahora estaba en un vestíbulo oscuro, orgulloso de si mismo por la simple hazaña de no haberse meado en los pantalones. Oía gritos a su espalda. En la pared

había un jurado de figuras de porcelana, colocadas sobre pequeñas repisas... Y los

Carver parecían tan normales, penso. Se cubrió la boca con la mano para reprimir la

risa. No era una situación para reírse. Sintió un sabor extraño en la piel. Tenía que ser el sudor, por supuesto, pero por un momento le pareció el sabor de un coño,

y se inclino hacía delante, creyendo que iba a vomitar. Sin embargo, se dio cuenta de que si lo hacía se desmayaría, y esa idea le ayudó a controlarse. Se quito la mano de la boca y se sintió mejor. Ya no sentía ganas de reír, lo que probablemente

era una buena señal.

38

¡Papa! - gritaba Ellen Carver a su espalda. Johnny intento recordar si alguna vez (en Vietnam, por ejemplo) había oído salir un grito tan estremecedor y desgarrado de una garganta tan joven, pero no lo consiguió- . ¡Papa! - Tranquila, cariño. - Era la nueva viuda (a quien David llamaba Bombón), todavía llorosa, pero esforzándose por consolar a su hija.

Johnny cerro los ojos, intentando evadirse de ese modo, pero su cruel memoria le mostró el cuerpo que acababa de saltar. La amiga de Susi Geller, una pequeña

muñeca pelirroja, como el amor imposible de Carlitos en las tiras cómicas de los Peanuts.

No podía dejarla fuera. Parecía tan muerta como Mary y el pobre Dave, pero había saltado por encima de ella sin apenas mirarla, con el oído zumbando por el ruido de la bala y las pelotas contraídas y duras como un par de huesos de melocotones. Ningún hombre habría podido hacer un diagnóstico certero en una situación semejante.

Abrió los ojos. Una de las figuras de la pared, una niña con un gorro y un cayado de pastor, le miraba con incitantes ojos de porcelana. Eh, marinero, ¿quieres

cardar la lana conmigo ? Johnny estaba apoyado con los brazos contra la pared. Otra

de las figuras de porcelana había caído de su pequeña repisa y estaba hecha añicos a

sus pies. Johnny supuso que la había arrojado al suelo cuando intentaba contener el

vomito y quitarse de la cabeza aquel horrible chiste (<<No se las otras dos, pero la del medio parece la mujer barbuda>>).

Giro la cabeza despacio y miro a la izquierda, oyendo crujir los tendones de su cuello, y vio que la puerta de los Carver seguía abierta. La puerta de rejilla estaba entreabierta, y la mano de la pelirroja, blanca e inmóvil como una estrella de mar en la playa, había quedado atascada en el quicio. Fuera, la lluvia había teñido el aire de gris. Caía con un zumbido constante, como el que produciría la mayor plancha de vapor del mundo. Podía oler el perfume dulzón y húmedo de la hierba, con una ligera nota a humo de cedro. Dio gracias a Dios por el rayo. El incendio atraería a la policía y los bomberos. Pero por el momento...

La niña, la pequeña pelirroja, tan parecida a aquella otra por la que suspiraba Charlie Brown. Johnny había saltado por encima de su cuerpo, poseído por

el ciego impulso de salvar su propio pellejo. Su reacción había sido comprensible en

el calor del momento, pero no podía dejar las cosas así si quería seguir durmiendo tranquilo por la noches.

Comenzó a andar hacía la puerta, pero alguien le cogió del brazo Se volvió y vio la cara sería y asustada de Dave Reed, el mellizo moreno.

- No lo haga - dijo Dave con un murmullo ronco de conspirador. La nuez subía y bajaba por su cuello como un objeto en una ranura. No lo haga, Marinville. Es probable que sigan ahí fuera, y los incitaría a disparar otra vez.

Johnny miro la mano que le cogía el brazo, y la retiro suave, pero firmemente.

Brad Josephson estaba detrás de Dave, mirándolos. Había rodeado con un brazo la

cintura rolliza de su mujer, Belinda, cuyo cuerpo temblaba de arriba abajo... y eso era mucho cuerpo. Las lagrimas se deslizaban por sus mejillas, dejando brillantes estelas color café.

- Brad - dijo Johnny- . Lleva a todo el mundo a la cocina. Supongo que es la habitación mas apartada de la calle. Diles que se sienten en el suelo, ¿de acuerdo?

Empujó con suavidad al chico de los Reed en esa dirección. Dave caminó hacía la cocina, pero despacio, con apatía. Johnny penso que parecía un juguete a cuerda con

el mecanismo oxidado.

- ¿Brad? - Vale, pero ya ha habido suficientes muertos, así que no dejes que te vuelen la cabeza.

- No te preocupes; la llevo pegada al cuerpo.

- Pues asegúrate de que siga así.

Johnny miro como Brad, Belinda y Dave Reed cruzaban el vestíbulo para ir a reunirse con los demás - unas sombras apiñadas en la penumbra- y se volvió una vez

mas hacía la puerta de rejilla. Noto que en el panel superior había un agujero del tamaño de un puño, con los bordes dentados y retorcidos hacía dentro. Algo mas

39

grande de lo que estaba dispuesto a admitir (quizá tan grande como una piedra

sepulcral) había pasado por ese agujero y no había alcanzado a sus vecinos por milagro... o eso esperaba. Al menos no oía a ninguno gritar de dolor. Pero, por Dios, ¿a quien demonios disparaban los tipos de la furgoneta? ¿Y a santo de que? Se

arrodillo y gateo hacía el aire fresco y húmedo que pasaba por la rejilla, hacía el agradable olor a lluvia y hierba. Se acerco cuanto pudo, casi hasta rozar la tela metálica con la nariz, y miró a derecha e izquierda. El lado derecho estaba despejado: podía ver prácticamente hasta la esquina, aunque la calle Bear quedaba

oculta tras un manto de lluvia. Allí no había nadie - ni furgonetas, ni alienígenas, ni locos vestidos como refugiados del ejercito de Jackson- . Miro hacía su casa, situada justo al lado; recordó que poco antes estaba allí tocando la guitarra, recreándose en sus viejas fantasías románticas: el aventurero Johnny Marinville siempre en pos de nuevos horizontes con sus infatigables botas, buscando las violetas del amanecer. Ahora pensaba en su guitarra con una nostalgia tan grande como absurda.

La vista de la izquierda no era tan esperanzadora. De hecho era horrible. La valla y el coche de Mary no le permitían ver nada cuesta abajo. Cualquiera - un francotirador con uniforme gris de la confederación, por ejemplo- podía estar agazapado allí abajo, en cualquier sitio, esperando otra diana fácil. Y un escritor de segunda, con la cabeza todavía llena de fantasías juveniles, serviría tan bien como el que mas. Siempre cabía la posibilidad de que no hubiera nadie, desde luego -

sabina que la policía y los bomberos llegarían en cualquier momento y que los superarían en número- , pero esa posibilidad no bastaba para tranquilizarlo porque nada de lo que estaba sucediendo tenía sentido.

- Oye - dijo, dirigiéndose a la enmarañada melena roja al otro lado de la rejilla- . Eh, ¿me oyes? - Trago saliva y oyó un ruido en su garganta. Ya no le zumbaba el oído, pero oía un martilleo en lo mas profundo de su cabeza. Johnny supo

que ese ruido permanecería allí- . Si no puedes hablar, mueve los dedos.

No oyó ningún sonido, y los dedos de la niña no se movieron. No había señales de que respirara. Veía gotas de lluvia deslizándose sobre su pálida piel de pelirroja, entre el tirante de la camiseta y la cinturilla del pantalón, pero eso era lo único que se movía. Solo la cabellera frondosa y exuberante, dos tonos mas oscura que el color naranja, parecía viva. Las gotas de lluvia brillaban sobre ella como perlas.

Sonó otro trueno; esta vez mas débil, como si la tormenta se alejara. Cuando se acercaba a la puerta de rejilla, Johnny oyó un estallido mas fuerte. Le pareció un disparo de rifle de pequeño calibre y se arrojó al suelo.

- Creo que solo ha sido una teja - murmuró una voz a su espalda y Johnny grito, sobresaltado.

Era Brad Josephson, también a gatas en el suelo. El blanco de sus ojos resplandecía en su cara morena.

- ¿Que cono haces aquí? - preguntó Johnny.

- Es que los blancos sois muy juerguistas. Alguien tiene que asegurarse de que no os divertíais demasiado. Es malo para el corazón.

- Creí que ibas a llevar a los demás a la cocina.

- Y allí están - respondió Brad- . Sentados en fila en el suelo. Cammie Reed intento llamar por teléfono, pero no hay línea, igual que en tu casa. Puede que haya sido la tormenta.

- Puede que si.

Brad miro la melena roja sobre el zaguán de los Carver.

- Está muerta, ¿verdad? - No lo se; eso creo, pero... voy a abrir la puerta de rejilla para asegurarme. ¿Alguna objeción? - Esperaba que Brad dijera que si, que

tenía un montón de objeciones, pero el negro se limitó a negar con la cabeza- . Será

mejor que permanezcas agachado mientras lo hago - dijo Johnny- . La costa esta despejada a la derecha, pero a la izquierda no puedo ver nada mas allá del coche de

Mary.

40

- No te preocupes. Me quedare mas pegado al suelo que una culebra en una prensa de troquelar.

- Espero que nunca se te ocurra asistir a uno de mis talleres literarios - dijo Johnny- . Y ten cuidado con esa figura de porcelana rota. No te vayas a cortar una mano.

- Vamos, Johnny. Si vas a hacerlo, hazlo de una vez.

Johnny tiro de la puerta de rejilla. Vacilo un instante, como si no supiera que hacer a continuación, luego cogió la mano blanca y fría de la chica y le tomo el

pulso. Primero no sintió nada, pero luego...

- ;Creo que esta viva! - murmuró con la voz cargada de entusiasmo- . Me parece que tiene pulso.

Olvidando que todavía podía haber gente armada acechando bajo la lluvia, Johnny abrió del todo la puerta de rejilla, cogió a la pelirroja de los pelos y le levanto la cabeza. Brad se había acercado a la puerta; Johnny oyó su respiración agitada, y olió una mezcla de sudor y loción para después de afeitarse.

Levanto la cara de la chica, pero no... no fue exactamente así, porque la chica ya no tenía cara. Solo vio una masa de carne sanguinolenta y un agujero negro

donde había estado la boca. Debajo había una tendalera blanca que al principio confundió con arroz. Luego comprendió que eran los dientes de la niña, o lo que quedaba de ellos. Los dos hombres gritaron al unísono, en perfecta armonía, y el grito de Brad se clavo como una lanza en el oído de Johnny. El dolor le atravesó las entrañas.

- ¿Que pasa? - gritó Cammie Reed desde la puerta basculante que conducía a la cocina- . ¡Dios mío! ¿Que pasa ahora? - Nada - dijeron los dos hombres, otra vez al

unísono, y cambiaron una mirada. La cara de Brad Josephson había adquirido un

peculiar color ceniza.

- ¡Quédate allí! - dijo Johnny. Habría querido gritar mas alto, pero su voz no le respondía- . ¡Quédate en la cocina! Cayo en la cuenta de que todavía tenía el pelo de la niña muerta en la mano. Era cespso, como una esponja de lavar platos. Pero no, penso con frialdad. No era una esponja sino un cuero cabelludo, un cuero cabelludo humano.

Hizo una mueca de asco y abrió la mano. La cara de la chica cayo sobre el suelo de cemento con un chasquido húmedo que Johnny hubiera preferido no oír.

Junto

a el, Brad gimió, cubriéndose la boca con la parte interior del antebrazo para sofocar el ruido.

Johnny retiro la mano, y al tiempo que la puerta de rejilla se cerraba, creyó ver un movimiento al otro lado de la calle, en casa de los Wyler. Una figura se movía en la sala, detrás de la ventana. Sin embargo, no podía preocuparse por la gente que vivía allí. En aquellos momentos estaba demasiado nervioso para preocuparse por nadie, incluso por si mismo. Lo que quería - al parecer, lo único que quería- era oír las sirenas de los coches de la policía y los bomberos. Pero lo único que oía eran truenos, el crepitar del fuego en la casa de los Hobart, y el tamborileo de la lluvia.

- Deja... - empezó Brad, pero se interrumpió y emitió un sonido extraño, como si hiciera una arcada y tragara saliva al mismo tiempo. El espasmo paso y lo intento

otra vez- : Déjala.

Si. ¿Que otra cosa podía hacer, al menos de momento? Comenzaron a retroceder a gatas por el vestíbulo. Al principio, Johnny avanzaba de espaldas y luego se giro,

arrastrando los trozos de la figura de porcelana con sus mocasines. Brad ya había atravesado la puerta del comedor y se acercaba a la cocina, donde le esperaba su mujer, también de rodillas. El enorme trasero de Brad se balanceaba de una forma que

Johnny habría encontrado graciosa en otras circunstancias.

Algo le llamo la atención y se detuvo. Había una pequeña mesa auxiliar en la entrada del comedor, donde David Carver no volvería a trinchar un pavo de Acción de

Gracias ni un pato de Navidad. Sobre esta pequeña mesa reposaba ¡ja, sorpresa!- otra docena de figurillas de porcelana. La mesa no estaba equilibrada sobre las patas, sino inclinada contra la pared, a la derecha de la puerta, como un borracho 41

dormitando contra una farola. Le habían arrancado una pata. Casi todos los granjeros, pastoras y lecheras de porcelana habían caído de espaldas o boca abajo, y

había mas fragmentos de porcelana debajo de la mesa, donde una o mas de las figurillas se habían hecho añicos. Entre los trozos pintados había algo mas, algo negro. En la penumbra, Johnny lo confundió con el cadáver de un bicho enorme, pero

cuando se acerco cambió de idea.

Miro por encima del hombro el agujero del tamaño de un puño en el panel superior de la puerta de rejilla. Si lo había hecho un proyectil en la recta final de un trayecto descendente... Imagino el curso que habría podido seguir ese proyectil hipotético y vio que, sí, podría haber arrancado la pata de la mesa, inclinándola en aquella precaria postura de ebria sorpresa. Y luego, ya sin fuerza, ¿se había detenido? Johnny metió la mano entre los trozos de porcelana con cuidado.

Si solo había atravesado una puerta de rejilla y arrancado la pata de una mesa frágil, ¿por que no había atravesado la pared, dejando un agujero a su paso ? - Nunca he visto nada parecido en mi vida - dijo Belinda- . Claro que no he visto muchos proyectiles, pero puedo asegurarte que este no ha salido de una pistola, un rifle o una escopeta.

- Sin embargo, esos tipos llevaban escopetas - observó Johnny- . Escopetas de doble cañón. ¿Estas segura de que no podría...? - Ni siquiera entiendo como lo dispararon. Le falta la cápsula fulminante de la base. Y es tan tosca, como la idea

que puede tener un niño de una bala.

De repente se abrió la puerta basculante que separaba el pasillo del comedor, golpeándose contra la pared y sobresaltándolos aun mas que el trueno de hacía un

momento. Era Susi Geller. Su cara tenía una palidez pavorosa, y Johnny penso que no

aparentaba mas de once anos.

- Hay alguien gritando en la casa de al lado, en casa de Billingsley - dijo- .

Parece una mujer, pero es difícil asegurarlo. Ha asustado a los niños.

- Muy bien, cariño - dijo Belinda con absoluta serenidad y Johnny admiró su temple- . Ahora vuelve a la cocina; nosotros te seguiremos dentro de un minuto.

- ¿Dónde esta Debbie? - preguntó Susi. Por suerte, el voluminoso cuerpo de Josephson le ocultaba la vista del zaguán- . ¿Ha ido a la casa de al lado? Me pareció que venía detrás de mi. - Hizo una pausa- . No será ella la que grita, ¿verdad? - No, estoy seguro de que no es ella - dijo Johnny y una vez mas tuvo que

contenerse para no reír- . Ahora vete, Susi.

La joven volvió a la cocina, dejando que la puerta se cerrara tras ella.

Johnny, Belinda y Brad se miraron con expresión cómplice. Nadie dijo nada.

Luego

Belinda devolvió el toско cono negro a Johnny, se arrastró hasta la puerta de la cocina y la empujó. Brad la siguió gateando. Johnny observo el proyectil otro instante, pensando en lo que había dicho la mujer, que parecía la idea que podría tener un niño de una bala. Tenía razón. Había visitado muchas clases de parvulario

promocionando las aventuras del gatito Pat y había tenido ocasión de ver innumerables dibujos - grandes mamás y papás sonrientes debajo de soles amarillos

pintados con lápices de cera, curiosos paisajes verdes rodeados de toscos arboles marrones- y el objeto que tenía en la mano parecía escapado de uno de esos dibujos,

entero e intacto, convertido en realidad por algún extraño sortilegio.

"Bebe chuleta, bebe probeta", dijo la voz de un niño en su mente. Pero cuando intento perseguir a aquella voz, deseoso de preguntarle si sabía algo o simplemente

hablaba sin ton ni son, desapareció.

Johnny se metió la bala en un bolsillo del pantalón, junto con las llaves del coche, y siguió a los Josephson.

Steven Jay Ames, una especie de concursante descalificado en la Gran Carrera de Obstáculos Americana, tenía un lema y su lema era NO HAY PROBLEMA, TÍO. Había sacado las notas mas bajas en su primer trimestre en el Instituto Tecnológico de Massachussetts - eso a pesar de haber superado las pruebas de aptitud

en algún lugar de la estratosfera- , pero NO HAY PROBLEMA, TÍO.

Se había pasado de ingeniería electrónica a ingeniería a secas, y cuando comprobó que a pesar de todo sus notas apenas superaban el aprobado, había hecho las

42

maletas y se había matriculado en la Universidad de Boston, decidido a cambiar las

estériles salas de la ciencia por los verdes campos de la literatura inglesa:

Coleridge, Keats, Hardy, algo de T. S. Elliot. Yo debería haber sido un par de afiladas garras recorriendo los suelos del universo; daremos la vuelta a la higuera de tuna; la angustia del siglo XX, tío. En la Universidad de Boston le fue bien durante un tiempo, aunque luego suspendió el tercer año, víctima de su obsesiva pasión por el bridge, el vino y las drogas. Pero NO HAY PROBLEMA, TÍO.

Había pasado por Cambridge, holgazaneando, tocando la guita y ligando. No era un buen guitarrista, se le daba mejor ligar, pero NO HAY PROBLEMA, TÍO.

Había cogido su guitarra y había hecho autostop hasta Nueva York.

En los años siguientes, había clavado sus afiladas garras en empleo de vendedor, había dado una vuelta a la higuera de tuna como pincha discos en una

efímera emisora de heavy- metal en Fiskill, Nueva York y una segunda vuelta como

técnico de otra emisora, había trabajado como promotor de un grupo de rock (seis funciones estupendas seguidas de una horrorosa huida a medianoche de Providence,

donde había dejado debiendo sesenta mil pavos a unos tipos duros, pero NO HAY PROBLEMA, TÍO), había leído las manos de los paseantes en las ramblas de Willwood

Nueva Jersey, y por fin se había convertido en un técnico en guitarra. Por lo visto, eso era lo suyo, pues pronto empezaron a llamarlo de norte de Nueva York y el este

de Pensilvania. Le gustaba afinar y re parar guitarras; era un trabajo pacífico.

Además, se le daba mucho mejor repararlas que tocarlas. Durante este periodo incluso

había dejado de fumar hierba y de jugar al bridge, lo que le había simplificado aun mas las cosas.

Dos años antes, cuando vivía en Albany, se había hecho amigo de Deke Ableson, el propietario del club Smile, un sitio donde uno podía hartarse de blues cualquier noche de la semana. Steve había llegado a club a trabajar como técnico, pero luego

había ascendido cuando e tipo del teclado tuvo un amago de infarto. Al principio, eso si había sido un problema, quizá el primero en la vida adulta de Steve, pero por

alguna razón había continuado tocando a pesar de su miedo a fallar y acabar linchado

por una pandilla de motoristas borrachos. En parte fue por Deke, que era muy distinto de los propietarios de lo clubes que había conocido hasta entonces: no era un ladrón ni un chulo, y tampoco uno de esos tipos que pretenden demostrar su propia

valía amedrentando a los demos y haciéndoles la vida imposible. A la salida a Wentworth en busca de una gasolinera y entonces - guau, tío- había oído un

estallido debajo del capo y todos los chivatos del panel de mandos empezaron a dar

malas noticias. Esperaba que solo fuera una junta, pero había sonado como un pistón.

Fuera lo que fuese, el camión Ryder, que se había comportado como la Bella desde que

saliera de Nueva York, ahora se había convertido en la Bestia. Sin embargo, NO HAY

PROBLEMA, TÍO; busca al señor Reparalotodo y deja que el solucione el problema.

Pero Steve se había equivocado de cruce, y en lugar de dirigirse al centro se había metido en un barrio de las afueras, un sitio donde había pocas posibilidades de encontrar al señor Reparalotodo en horas de trabajo. A esas alturas, controlaba al camión como si se tratara de un niño enfermo: salía vapor del radiador, la presión del aceite bajaba, la temperatura subía y el respirador despedía un desagradable olor a frito... pero NO HAY PROBLEMA, TÍO.

Bueno... quizá solo UN PEQUEÑO PROBLEMA para los técnicos de Ryder, pero Steve confiaba en que pudieran soportarlo. Entonces había visto - oh, genial, chicouna

pequeña tienda azul de barrio con un cartel de teléfono publico en la puerta...

Y el numero para llamar en caso de avería estaba ahí mismo, en el visor solar del lado del conductor. Como siempre, NINGUN PROBLEMA, TIO.

Sin embargo, ahora tenía un problema, un problema que hacía que aprender a tocar el teclado en el club Smile pareciera una ridícula nimiedad.

Estaba en una casa pequeña que olía a tabaco de pipa, estaba en el salón, rodeado de fotografías enmarcadas de animales - unos bichos muy especiales, a juzgar

por las leyendas al pie- , un salón donde el único mueble que parecía en uso era el

grande e informe sillón situado delante del televisor, y acababa de usar el pañuelo

de la cabeza para hacerse un torniquete en la pierna, encima de una herida de bala,

43

superficial pero autentica herida de bala, y la gente gritaba de miedo, y la mujer esquelética de la camiseta sin mangas también estaba herida (aunque la suya no era

una herida superficial), y fuera había gente muerta, y si eso no era un problema, Steve supuso que la palabra "problema" no tenía ningún significado.

Alguien le cogió el brazo por encima de la muñeca y le hizo daño. En realidad, mas que cogerlo lo estaban pellizcando. Miro hacía abajo y vio a la chica de la bata

azul y el pelo ridículo.

- No me deje sola - dijo con voz desgarrada- . Esa mujer necesita ayuda o morirá, así que no me deje sola.

- No hay problema, nena - dijo, y oír esas palabras (o mas bien comprobar que todavía podía articular palabra) le hizo sentirse un poco mejor.

- No me llame nena y yo no le llamare macho - dijo la chica con voz firme.

Steve soltó una carcajada. La risa sonó extraña en aquella habitación, pero no le importaba. A la chica tampoco pareció importarle, y le miraba con un esbozo de sonrisa.

- Vale, yo no la llamare nena, usted no me llamara macho y ninguno de los dos dejara solo al otro. ¿De acuerdo? - Si. ¿Que hay de su pierna? - Está bien. Parece mas un rasponazo que una herida de bala.

- Ha tenido suerte.

- Si. Si tengo ocasión la desinfectaré, pero comparada con la herida de esa mujer...

- ¡Gary! - grito el objeto de comparación. Steve vio que el brazo apenas permanecía unido al resto del cuerpo; parecía colgar de un fino tirante de carne.

Su

marido, también esquelético (pero con una barriga incipiente) daba vueltas alrededor

con una mezcla de pánico e impotencia. A Steve le recordaba a un nativo de la selva

bailando una danza ritual en torno a un ídolo de piedra- . ¡Gary! - volvió a gritar la mujer. La sangre manaba del hombro mutilado, dando a la blusa rosa un sucio tono

naranja. Su cara, blanca como un papel, estaba empapada de sudor, y el pelo se pegaba a la curva del cráneo en mechones untuosos- . Gary, deja de actuar como un

perro que busca un sitio donde mear y ayúdame...

Se reclino contra la pared que separaba el salón de la cocina, intentando recuperar el aliento. Steve supuso que iba a desmayarse, pero no fue así. En su lugar, se cogió la muñeca izquierda con la mano derecha y levanto el brazo herido con cuidado en la dirección a Cynthia y Steve. El cartílago sanguinolento que aun mantenía unido el brazo al cuerpo hizo un ruido húmedo, como cuando uno estruja una

rejilla de cocina, y Steve hubiera querido decirle que dejara de jugar o se arrancararía el maldito brazo como si fuera un ala de pollo.

Entonces Gary empezó a bailar su danza alrededor de Steve, arriba y abajo como un muñeco sobre una varilla de madera, y su semblante pálido se cubrió de manchas

rojas de excitación. Dame mas bajos en el sintetizador, penso Steve.

- ¡Ayúdenla! ¡Ayuden a mi esposa! ¡Se esta desangrando! - No puedo... - empezó Steve.

Gary extendió un brazo y cogió la camiseta de Steve, estampada con la siguiente inscripción: "Cuando no haya mas sitio en el infierno los muertos caminarán sobre la tierra". Gary pego su cara febril y delgada a la de Steve. Sus ojos brillaban por los efectos del miedo y la ginebra.

- ¿Usted esta con ellos? ¿Es uno de ellos?

- No...

- ¿Ha venido con los pistoleros? ¡Dígame la verdad! Steve, mas furioso de lo que habría creído posible (la furia no era lo suyo), apartó las manos del otro

hombre de su vieja y querida camiseta y le dio un empujan. Gary se tambaleó hacia

atrás; abrió los ojos como platos y luego volvió a entornarlos.

- Muy bien- dijo- . Muy bien. Usted se lo ha buscado. - Y dio un paso al frente.

Cynthia se interpuso entre los dos, miro un segundo a Steve (quizá para asegurarse de que no se proponía atacar) y luego se volvió furiosa hacía Gary.

¿Que diablos le pasa? - preguntó.

44

- Este tipo no es del barrio - dijo con una sonrisa tensa.

- ¡Caray! ;Yo tampoco! Soy de Bakersfield, California. ¿Acaso eso me convierte en asesina? - ¡Gary! - Sonó como el aullido de un perro que ha recorrido un largo camino de tierra y ya no puede ladrar- . ¡Déjate de puñetas y ayúdame! Mi brazo...

-

Seguía sosteniendo el brazo extendido.

Muy a su pesar Steve penso en el carnicero de su barrio de la infancia. Un tipo de bata blanca, gorro blanco y delantal salpicado de sangre, mostrándole un trozo de asado a su madre. Sírvalo poco hecho, con un poco de jalea de menta, señora

Ames, y su familia no querrá comer pollo nunca más, señora Ames. Se lo garantizo.

- ¡Gary! El flacucho con aliento a ginebra dio un paso hacia ella, y luego se volvió hacía Steve y Cynthia una vez mas. La sonrisa tensa y arrogante había desaparecido de su rostro y parecía a punto de vomitar.

- No se que hacer- dijo.

- Gary, maldita rata asquerosa- mascullo Marielle, desesperada - . Eres un zoquete.

Su cara estaba cada vez mas blanca; de hecho ya había adquirido el tono mas claro de la legendaria gama de la palidez. Tenía manchas marrones debajo de los ojos, unas ojeras que parecían extenderse como alas, y su zapatilla izquierda ya no

era blanca sino completamente roja.

Si no la ayudan, va a morir, penso Steve, y esa idea lo lleno de asombro, además de hacerlo sentirse estúpido. Se refería a ayuda profesional, por supuesto, a

tipos con batas blancas que decían cosas como "necesito diez centímetros cúbicos de

epinefrina". Pero allí no había tipos como esos, ni parecían estar de camino. Aun no

oía ninguna sirena, solo el ruido de los truenos retirándose hacia el este.

En la pared de la izquierda había una fotografía enmarcada de un pequeño perro marrón de mirada inteligente. Debajo, en la cartulina, se leía con letras de imprenta: DAISY, GALES DE PEMBROKE, 9 ANOS. PODIA CONTAR. DEMOSTRO CAPACIDAD PARA

REALIZAR SUMAS SENCILLAS. A la izquierda de Daisy, en un cuadro salpicado con la

sangre de la mujer delgada, había un collie que parecía sonreír para la cámara.

Debajo de este, se leía: CHARLOTTE, COLLIE, 6 ANOS. PODIA IDENTIFICAR A LOS SERES

HUMANOS QUE CONOCIA POR FOTOGRAFIAS. A la izquierda de Charlotte había una foto de

un loro que fumaba un Camel.

- Nada de esto esta ocurriendo - dijo Steve con tono despreocupado, casi jovial. No sabia si hablaba con Cynthia o consigo mismo- . Creo que estoy en el hospital. He tenido un accidente con el camión. Es como Alicia en el país de las maravillas, solo que en una versión mas dura.

Cynthia abrió la boca para contestar y entonces el viejo, aquel que presuntamente había observado a Daisy, la perra galesa de Pembroke, sumar seis mas

dos y obtener un resultado de ocho, ABSOLUTAMENTE NINGUN PROBLEMA PARA DAISY,

entro en la habitación con un maletín negro. El poli (Steve se preguntó si realmente

se llamaría Collie o aquello era una fantasía inspirada por las fotos de las paredes) entro detrás de él, quitándose el cinturón. En ultimo lugar, con aspecto aturdido, desorientado, venia Peter Comosellame, el marido de la mujer que estaba

muerta en la calle.

- ¡Ayúdenla! - gritó Gary, olvidándose de Steve y la teoría de la conspiración, al menos de momento- . Ayúdela, Doc. Se esta desangrando como un cerdo.

- Ya sabe que no soy medico, Gary, ¿verdad? Solo un viejo veterinario...

- No me llames cerdo - interrumpió Marielle. Su voz era casi inaudible, pero sus ojos, fijos en su marido, brillaban con maléfica vida. Intento enderezarse, no pudo, y en su lugar se deslizo hacia abajo contra la pared- . No... me llames así. El viejo veterinario se giro hacia el poli, que estaba en el umbral de la puerta de la cocina, con el torso desnudo y el cinturón extendido entre los puños. Parecía el vigilante de un club sado donde Steve había reparado el teclado de un grupo llamado Agujeros Negros.

45

- ¿Tengo que hacerlo? - preguntó el poli con el torso desnudo. El también estaba bastante pálido, pero a Steve le pareció dispuesto a ayudar, al menos de momento.

Billingsley asintió y apoyo el maletín negro en el sillón que había enfrente del televisor. Lo abrió y comenzó a buscar algo.

- Y dese prisa. Cuanta mas sangre pierda, menos probabilidades tendrá. - Alzó la vista. Tenia un ovillo de hilo para suturas en una mano y un par de tijeras quirúrgicas en la otra- . No crea que a mi me gusta este asunto. El ultimo paciente que atendí en una situación similar fue un poni a quien dispararon en la pata después de confundirlo con un ciervo. Póngalo tan arriba como pueda, tire en dirección al pecho y apriete fuerte.

- ¿Donde esta Mary? - preguntó Peter- . ¿Donde esta Mary? ,¿Donde esta Mary? - cada vez que repetía la pregunta, su voz se volvía mas suplicante. De hecho, la tercera repetición, sonó como un chillido en falsete. De repente, se cogió la cara entre las manos y se aparto de todos los demás, apoyándose en la pared entre Baron, un Labrador que podía leer su nombre en letras mayúsculas, y Carasucia, una cabra de aspecto cansino que al parecer era capaz de tocar varias melodías con una armónica.

Steve penso que si alguna vez oía a una cabra tocar The Yellow Rose of Texas en un teclado, se suicidaría. Mientras tanto, Marielle Soderson miraba a Billingsley con la fijeza con que un vampiro miraría a un tipo que se ha hecho una herida al afeitarse.

- Duele- gimió- . Deme algo para el dolor.

- Si- respondió Billingsley- , pero primero haremos el torniquete.

Le hizo una señal impaciente al policía, y este dio un paso al frente. Había pasado el extremo del cinturón por la hebilla, haciendo un lazo. Extendió los brazos

hacia la mujer delgada, cuyo cabello rubio había oscurecido al menos dos tonos con

el sudor, y ella lo cogió con el brazo sano, tirando de el con sorprendente fuerza.

El poli, pillado por sorpresa, retrocedió dos pasos, chocó contra el brazo del sillón y cayó sentado. Parecía un cómico que acababa de caer de culo en una película. La mujer esquelética no volvió a mirarlo. Tenia la vista fija en el maletín negro del viejo.

- ¡Ahora! - gritó, y esta vez su voz sonó como un autentico ladrido- . ¡Deme algo ahora, viejo asqueroso! ¡El dolor me esta matando! El poli se levanto del sillón y miro a Steve. Este captó el mensaje, asintió y comenzó a acercarse a la mujer llamada Marielle, encerrándola por la derecha. Ten cuidado, se dijo, esta histérica y podría arañarte, morderte o sabe Dios que cosas, así que ten cuidado.

Marielle se separo con esfuerzo de la pared, se tambaleo, se enderezo y avanzo hacia el viejo. Otra vez sostenía el brazo extendido hacia delante, como si fuera la prueba A en un juicio. Billingsley dio un paso atrás, mirando con nerviosismo al poli con el torso desnudo y Steve.

- ¡Deme un calmante, cabrón! - gritó con su voz de perro agotado. Demelo o le retorceré el cuello hasta que se cague encima! Le...

El poli hizo otra señal a Steve y salto hacia la izquierda. Steve avanzo con el y rodeo el cuello de la mujer con un brazo. No pretendía estrangularla, pero le daba miedo ponerse a su espalda, ya que podría coger el hombro herido por error y hacerle mas daño.

- ¡Quieta! - gritó. No hubiera querido gritar, pero salió así. Al mismo tiempo, el policía paso el lazo del cinturón por la mano izquierda y lo subió hasta el hombro.

- ¡Sosténgala, amigo! - grito Collie- . Sosténgala con fuerza. Steve lo hizo durante un par de segundos, pero luego le entró en ojo una gota de sudor, caliente y

urticante, y relajo ligeramente el brazo en el preciso momento en que Collie Entragian apretaba el torniquete. Marielle se giro violentamente hacia la derecha, con los ojos llenos de odio todavía fijos en el viejo veterinario, y el brazo cayo en las manos del policía. Steve vio su reloj de pulsera, un Indiglo con minuterero parado entre las cuatro y las cinco. El cinturón permaneció colgado de su hombro

46

unos segundos y luego cayo al suelo; un simple lazo sin nada dentro. La dependienta

grito, mirando el brazo con ojos desorbitados. El poli también lo miro boquiabierto.

- ¡Pónganlo en hielo! - grito Gary- . ¡Póngalo en hielo de inmediato! De repente, pareció caer en la cuenta de lo que pasaba, como si acabara de comprender

que tenía a el policía en las manos. Abrió la boca, torció la cabeza de una forma extraña, y vomitó sobre la foto del loro que fumaba un cigarrillo.

Marielle no se entero de nada. Camino hacia el aterrorizado veterinario con el brazo que le quedaba extendido.

- ¡Quiero una inyección y la quiero ahora! ¿Me ha oído, viejo de mierda? Quiero una maldita inye....

Cayo de rodillas con la cabeza gacha, colgando. Luego levanto l barbilla con un esfuerzo sobrehumano y por un instante sus ojos de lince se encontraron con los de Steve.

- ¿Quien demonios es usted? - preguntó con voz clara, perfecta mente comprensible, antes de caer desmayada boca abajo. Su cabeza aterrizó a escasos

centímetros de los talones de Peter, el hombre que había perdido a su esposa. Jackson, recordó Steve de repente, ese era su apellido. Peter Jackson seguía apoyado

contra la pared, con las manos en la cara. Si da un paso atrás, le pisara la cabeza, penso Steve.

- ¡Mierda! - dijo el policía en voz baja, asombrado. Entonces miro hacia abajo y vio que aun tenia el brazo de la mujer en la mano. Se dirigió a la cocina con el brazo extendido delante de su cuerpo. El tamborileo de la lluvia sonaba muy fuerte en los oídos de Steve.

- Vamos - dijo el viejo, recuperando la compostura- . Todavía no hemos acabado. Pásele el cinturón por el hombro y apriete tirando hacia el pecho. ¿Puede

hacerlo? - Supongo que sí- dijo Steve, pero se sintió inmensamente aliviado cuando

vio que la dependienta de la tienda cogía el cinturón y se arrodillaba junto a la mujer inconsciente.

*De **El pasillo de la fuerza**, episodio 5 de MotoKops 2200, gr. original para televisión de Allen Smithee:*

ACTO 2 FUNDIDO: INT. CENTRO DE CRISIS.

CUARTEL GENERAL DE LOS MOTOKOPS La habitación esta dominada, como siempre,

por la enorme Pantalla. Delante de ella, sobre un cojinete flotante esta el CORONEL

HENRI con aire preocupado. Sentados en la Mesa de Crisis, que tiene forma de herradura, están resto de la escuadrilla de los MotoKops: CAZASERPIENTES, BOUNTY,

EL COMANDANTE, ROOTY Y CASSIE.

En la pantalla, una vista panorámica del espacio. A lo lejos se divisa la tierra, que a la distancia parece una moneda verde azulada Todo esta tranquilo. avanza directamente hacia la tierra!

CASSIE (desolada): Oh, cielos!

CORONEL HENRY: Relájate, Cassie. Todavía está a más de 150.000 años luz. Estás

viendo una fotografía superpuesta.

COMANDANTE P I K 1~': Si, pero ¿a que velocidad avanza?

CORONEL HENRY: Ese es el problema. Digamos que si no resolvemos esta crisis en

las próximas setenta y dos horas, tendréis que cancelar vuestros planes para el fin de semana.

ROOTY: Root- root- root- root!

CAZASERPIENTES: ¡Calla, Rooty! (al coronel Henry) ¿Cual es el plan?

EL CORONEL HENRY eleva el cojinete flotante para poder señalar con el puntero luminoso un par de protuberancias en los bordes interiores del pasillo.

CORONEL HENRY: Según la telemetría, el Pasillo de la Fuerza tiene mas de 300.000 kilómetros de largo y 75.000 de ancho. Es un corredor de la muerte, donde

nadie puede sobrevivir, ¡pero podría tener un punto débil! Yo creo que estas formas

cuadrangulares son generadores de potencia. Si pudiéramos destruirlas...

BOUNTY: ¿Está pensando en un ataque con los Supercarros, jefe? La cámara

enfoca la cara sombría del CORONEL HENRY.

47

CORONEL HENRY: Es la única posibilidad para la tierra.

INT. MESA DE CRISIS, con LOS MOTOKOPS

CAZASERPIENTES: ¿,Un asalto intergaláctico con los Supercarros? Podría ser un

viaje rápido a la Colina de la Muerte en el cielo.

ROOTY: Root- root- root- root- root! TODOS: Cierra el pico, Rooty!

INT. UN PASILLO DEL CENTRO DE CRISIS

EI CORONEL HENRY y CASSIE STYLES están delante, los demás MotoKops detrás.

ROOTY, como siempre, los sigue con pasos torpes.

CORONEL HENRY: Estas preocupada, pequeña.

CASSIE: ¡Claro que estoy preocupada! Cazaserpientes tiene razón. Los Supercarros no han sido diseñados para un asalto intergaláctico.

CORONEL HENRY: Pero eso no es lo único que te preocupa.

CASSIE: A veces detesto tus poderes telepáticos, Hank.

CORONEL HENRY: Venga... dilo.

CASSIE: Me preocupan esas formas cuadrangulares del Pasillo de la Fuerza. ¿,Y si no son generadores de potencia?

CORONEL HENRY: ¿,Que otra cosa pueden ser? Han llegado a la puerta deslizante

de la Cochera de los Supercarros.

EI CORONEL HENRY da una palmada sobre la cerradura de reconocimiento táctil y

la puerta se eleva.

CASSIE: No se, pero...

INT. COCHERA DE LOS SUPERCARROS, con LOS MOTOKOPS

CASSIE esta asustada, con la boca y los ojos muy abiertos.

EI CORONEL HENRY, con aspecto sombrío, le pasa un brazo por los hombros.

Los

demás miembros de la escuadrilla los rodean.

ROOTY: Root- root- root- root!

CAZASERPIENTES: Si, Rooty. Tienes toda la razón. Mira con amargura a:

INT. EL GARA~JE DE LOS SUPERCARROS, con LOS MOTOKOPS En medió de los

Supercarros aparcados, entre la Flecha Rastreadora de CAZASERPIENTES y el Rootytoot

de laterales plateados, un funesto visitante - el Carro de la Muerte- flota mientras emite UN SUAVE ZUMBIDO.

INT. CONTINUA CUADRILLA DE LOS MOTOKOPS

CORONEL HENRY: ¡MotoKops, preparaos para la batalla!

CAZASERPIENTES (que ya ha desenfundado la pistola de impacto): Cuando usted

diga, jefe.

Los demás se acercan.

INT. OTRA VEZ CARRO DE LA MUERTE La Torreta de la Muerte se abre, revelando a

SINROSTRO, tan siniestro como siempre con su uniforme negro. A su espalda, sentada

ante los mandos del vehículo con su habitual expresión sensual y arrogante, esta la

CONDESA LILI. La Hipnojoya que lleva al cuello PARPADEA con todos los colores del

espectro.

SINROSTRO: Cojinete flotante, condesa. Ahora!

CONDESA LILI: ¡Si, excelencia! La CONDESA sube una palanca y aparece un cojinete flotante. SINROSTRO se sube a el y desciende al suelo de la cochera. No esta armado, de modo que el CORONEL HENRY enfunda su pistola de impacto mientras se

acerca a el.

CORONEL HENRY: ¿No esta un poco lejos de casa, Sinrostro?

SINROSTRO: Nuestro hogar esta allí donde esta el corazón, mi querido Hank.

BOUNTY: No es momento para bromas.

SINROSTRO: En eso no estoy de acuerdo. El Pasillo de la Fuerza se acerca, y usted, coronel Henry, esta planeando un ataque con los Supercarros.. .

COMANDANTE PIK~i: ¿Como lo sabe?

SINROSTRO (con extrema frialdad): Porque es lo mismo que haría yo, idiota (al coronel Henry). Atacar con los Supercarros podría ser extremadamente arriesgado,

pero es probable que sea la única posibilidad para la tierra. Necesita toda la ayuda que pueda conseguir, y no tiene ningún vehículo a su disposición tan poderoso como

el Carro de la Muerte.

48

CAZASERPIENTES: No este tan seguro, imbécil. Mi Flecha Rastreadora...

CORONEL HENRY: ¡Cierra el pico! (a Sinrostro) ¿Qué propone?

SINROSTRO: Una alianza hasta que haya pasado la crisis. Que dejemos nuestras viejas rencillas a un lado, al menos por el momento. Le propongo un ataque conjunto

al Pasillo de la Fuerza.

Ofrece su mano enfundada en un guante negro. El CORONEL HENRY extiende la suya

pero en ese momento el COMANDANTE PIK un paso al frente. Sus ojos almendrados están

llenos de asombro y su boca en forma de cuerno tiembla de alarma.

COMANDANTE PIK: ¡No lo haga, Hank! No puede con el. ¡Es un truco!

SINROSTRO: Comprendo como se siente, comandante... Los dos lo comprendemos,

¿verdad, condesa?

CONDESA LILI: Si, excelencia.

SINROSTRO: Pero esta vez no hay trucos, no escondemos ninguna carta debajo de

la manga.

CORONEL HENRY <al comandante Pike>: No tenemos alternativa.

SINROSTRO: Claro que no. Y se nos acaba el tiempo.

El CORONEL HENRY estrecha la mano de SINROSTRO.

SINROSTRO: ¿Socios? CORONEL HENRY: Al menos por ahora.

ROOTY: ¡Root- root- root- root! FUNDIDO EN NEGRO. Fin del acto 2.

Ahora hablando en la voz de Ben Cartwright, patriarca de La Ponderosa, Tak

dijo: - Señora, tengo la impresión de que intentaba tomarse las de Villa diego.

- No... - Era su voz, pero débil y lejana, como una transmisión radió fónica

procedente de la costa Oeste en una noche lluviosa- . No. Solo iba a la tienda

porque nos hemos quedado sin... - ¿ Sin que? ¿Que podía faltar en la casa que

preocupara a aquel monstruo, que hiciera que le creyera? Afortunadamente se le

ocurrió una idea - : ¡Sin salsa de chocolate! Aquel ser, en la forma de Seth Garin

vestido con sus calzoncillos d MotoKops, avanzaba hacia ella desde la puerta del

estudio. Entonces Audrey vio algo sorprendente, espeluznante: los dedos de los

pie

descalzos de Seth se arrastraban sobre la alfombra, pero el resto de su cuerpo

flotaba como un globo con forma de niño. Era el cuerpo de Seth, asquerosamente

sucio

en las muñecas y los talones, pero en los ojos no se veía a Seth. Ni rastro de el.

Allí solo estaba el ser que parecía proceder de un pantano.

- Dice que solo iba a la tienda- dijo la voz de Ben Cartwright. Por odioso que

fuera Tak, nadie podía negar que era un gran imitador Había que reconocerlo- .

¿Tu

que crees, Adam? - ¿reo que miente, pa - dijo la voz de Pernell Roberts, el actor

que interpretaba a Adam Cartwright. Aunque con el tiempo había perdido el pelo,

Roberts había sido el mas afortunado de los compañeros de reparto. Los actores

que

interpretaban a su padre y a sus hermanos habían muerto mientras Bonanza

galopaba

hacia el ocaso de las reposiciones y la televisión por cable. Mientras la criatura

se acercaba lo suficiente para que Audrey oliera un hedor a sudor rancio mezclado con un ligerísimo aroma a champú No Mas Lagrimas, volvió a la voz de Ben Cartwright:

- ¿Tu que crees, Hoss? Habla, chico.

- Que miente, pa - dijo la voz de Dan Blocker... y por un instante el niño que flotaba en el aire se pareció realmente a Blocker.

- ¿Y tu, Pequeño Joe? - Que miente, pa.

- ¡Root- root- root- root! - ¡Cierra el pico, Rooty! - dijo la voz de Cazaserpientes. Era como si una compañía invisible de locos con talento estuviera montando una función solo para ella. Cuando la criatura que tenia delante volvió a hablar, Cazaserpientes había desaparecido y Ben Cartwright, aquel severo Moisés de

Sierra Nevada, estaba de vuelta- . En La Ponderosa no nos gustan los mentirosos, señora. Y tampoco los fugitivos. Así pues, ¿que cree que deberíamos hacer con usted?

No me hagáis daño, quiso decir, pero fue incapaz de articular palabra, de emitir un murmullo. Intento conectar con algún circuito interno, visualizar el teléfono rojo, pero con la inscripción SETH en el auricular. La idea de comunicarse directamente con Seth la asustaba, pero nunca se había encontrado en un atolladero como aquel. Si

aquel ser decidía matarla...

49

Vio el teléfono en su mente, se vio a si misma hablando, y lo que tenia que decir era penosamente simple: No dejes que me haga daño, Seth. Al principio tu estabas al mando; estoy segura. No se si tenías mucho poder, pero si algo. Si aun te

queda algo de poder o de influencia... por favor, no dejes que me haga daño, no dejes que me mate. Soy infeliz, pero no lo bastante para querer morir. Todavía no. Busco un atisbo de humanidad en los ojos del ser flotante, un mínimo vestigio de Seth, pero no vio nada.

De repente, su mano izquierda se levanto y abofeteo la mejilla izquierda con

un ruido similar al de un leño que se parte. Su piel ardía; era como si alguien hubiera enfocado una lámpara de rayos UVA hacia ese lado de la cara. Su ojo izquierdo comenzó a lagrimear.

Ahora su mano derecha se levanto frente a sus ojos, como la serpiente de un maestro indio saliendo de su cesto. Permaneció unos segundos frente a su cara y luego se cerro en un puño. No, quiso decir, por favor, Seth, no, no dejes que lo haga; pero voz se negó a salir otra vez, el puño descendió con los nudillos blancos en la penumbra de la habitación, y su nariz pareció estallar una nube de puntos blancos como mariposas. Los puntos bailaban frenéticamente delante de sus ojos, mientras la sangre caliente se deslizaba sobre sus labios y su barbilla. Se balanceo hacia atrás.

- Esta mujer es un insulto al concepto de justicia del siglo veintitrés - dijo el coronel Henry con voz severa, una voz que Audrey encontraba mas odiosa y farisea en cada nuevo episodio de los dibujos animados- . Alguien debe enseñarle a enmendar sus errores.

- Es verdad, coronel - respondió Hoss- . Tenemos que demostraba esta puta quien manda aquí.

- ¡Root- root- root- root! - Estoy de acuerdo, Rooty - dijo Cassie Styles- . Para empezar, vamos a endulzarla.

Audrey caminaba otra vez... o mas bien, la hacían caminar. El salón pasaba ante sus ojos como un paisaje que se aleja por la ventanilla un tren. Le dolían la nariz y la mejilla. Sentía sabor a sangre en la boca. Esta vez imaginó un teléfono de los MotoKops, los que permiten a la persona con quien se habla. Se imaginó hablando cara a cara Seth a través de uno de esos aparatos. Por favor, Seth, soy tu tía Audrey. Dime que me reconoces, aunque ahora tengo el pelo de otro color. Tak me

obligó a teñírmelo, y cuando salgo tengo que llevar una cinta azul en la cabeza,

igual que ella. Pero soy yo, tu tía Audrey que te trajo a su casa, la que ha estado cuidándote, o al menos intentándolo. Ahora tu tienes que cuidarme a mi. No dejes que me haga daño, Seth, por favor, no se lo permitas.

Las luces de la cocina estaban apagadas y la estancia parecía cueva llena de sombras siniestras. Mientras la empujaban sobre el suelo de linóleo amarillo (alegre cuando estaba limpio, pero nauseabundo cuando estaba sucio como ahora), la asaltó

una idea terrible por lógica: ¿por que iba a ayudarla Seth? Incluso si recibía el mensaje y tenía posibilidades de ayudarla, ¿por que iba a hacerlo? Escapar de Tak

equivalía a abandonar a Seth a su destino, y eso era exactamente lo que había intentado hacer. Si el niño seguía allí, debía de ser consciente de eso como el propio Tak.

Dejó escapar un sollozo, débil y distante como la respiración de invalido. Sus dedos encontraron el interruptor situado junto a la cocina y encendieron la luz.

- Endúlzala, pa - gritó el pequeño Joe Cartwright- . De repente, la voz se volvió mas aguda, convirtiéndose en la risa en falsete del robot Rooty. Audrey se sorprendió deseando volverse loca. Cualquier cosa sería mejor que aquello, ¿no es cierto? Si. Cualquier cosa.

Sin embargo, siguió observando, prisionera indefensa dentro de su propio cuerpo, cómo Tak la giraba, la obligaba a caminar hasta la repisa de las especias y

con su mano abría el armario que estaba encima. La otra mano empujó un recipiente

amarillo de plástico, que cayó al suelo, esparciendo macarrones sobre el linóleo amarillo. Luego siguió el paquete de harina, que aterrizó a sus pies, rebozándole las piernas. La mano buscó en el agujero que había abierto y cogió el envase de miel

con forma de oso. La otra mano desenroscó la tapa y la dejó a un lado. Un momento

después, el oso de plástico estaba patas arriba sobre su boca abierta, expectante.

La mano que rodeaba el abultado estómago del oso comenzó a apretar

rítmicamente, como cuando Audrey apretaba la bocina de goma de su bicicleta de la

infancia. La sangre de la nariz rota descendió a la garganta. Luego su boca se llenó

de miel espesa y empalagosa.

- ¡Traga! - gritó Tak, esta vez con su propia voz- . ¡Traga, puta! Audrey obedeció. Un trago, dos, tres. Al tercero, su garganta pareció cerrarse; quería respirar y no podía. Su traquea estaba bloqueada por un asqueroso pegamento dulce.

Cayó de rodillas y comenzó a gatear por el suelo de la cocina, con el pelo rojo oscuro colgando sobre la cara, escupiendo miel mezclada con sangre. También tenía

miel en la nariz, impidiéndole respirar y goteando por las fosas nasales.

Por unos instantes fue incapaz de respirar y los puntos blancos que danzaban frente a sus ojos se volvieron negros. Me ahogaré, pensó. Moriré ahogada en miel.

Entonces su traquea se abrió, al menos un poco, lo suficiente, y jadeó para llevar aire a sus pulmones, aspirando a través de la garganta oleosa, sollozando de

miedo y dolor.

Tak se dejó caer delante de ella, sobre las rodillas llenas de arañazos de

Seth Garin, y comenzó a gritarle a la cara: - ¡No intentes escapar de mí! ¡No

vuelvas a hacerlo nunca! ¿Me oyes? ¡Asiente con tu estúpida cabeza, cerda! Que yo

vea que me has entendido.

Las manos del ser - las que Audrey no podía ver, aunque estaban en el interior

de su propia mente- comenzaron a sacudirle la cabeza arriba y abajo, golpeándole la frente contra el suelo con cada movimiento y Tak reía. Reía. Audrey pensó que seguiría golpeándola hasta que se desmayara sobre la basura que ella misma acababa de arrojar al suelo. Pero entonces todo acabó tan súbitamente como había empezado.

Las manos habían desaparecido. Aquella extraña sensación en mente también se disipó.

Alzó la vista con cautela, limpiándose la nariz con el dorso de la mano, todavía esforzándose por respirar y exhalando el aire en bocanadas que podían confundirse con arcadas. Le dolía la frente y supo que había comenzado a hincharse.

El niño la miraba, o al menos Audrey creía que era el niño. No estaba segura, pero...

- ¿Seth? Por un instante el niño permaneció inmóvil, sin asentir ni negar con la cabeza. Luego estiró una mano y le limpió la miel de la barbilla con unos dedos que Audrey apenas podía sentir.

- ¿Adónde ha ido, Seth? ¿Dónde esta Tak? Seth se debatía. Audrey podía percibir la lucha en su interior. Quizá luchara contra el miedo, aunque Audrey no estaba segura de que sintiera miedo. Incluso si lo hacía, lo mas probable era que en

aquel momentos solo intentara vencer su defectuoso sistema de comunicación. Emitió

una especie de gorgoteo, un sonido similar al que hace el aire en las cañerías, y su

tía supuso que no podría esperar nada mas él. Pero entonces, mientras empezaba a

levantarse, Seth dijo dos palabras: - Ido. Fabrica.

Audrey lo miró. Todavía respiraba a través de una fina película de miel, pero por el momento se olvidó de ella. Al oír la palabra <<ido>>, el corazón comenzó a

latir deprisa. Debería haber supuesto que no para siempre, sobre todo después de lo

que acababa de ocurrir, pero - ¿Está en una fabrica, cariño? ¿Se ha ido a una fabrica? ¿A qué fabrica? - Fabrica - repitió Seth. Hizo un esfuerzo y negó con la cabeza. Finalmente añadió- : Hacer. Había dicho <<fabrica>>, el verbo, no el sustantivo. Tak estaba fabricando, haciendo algo. ¿Que otra cosa podía hacer... además de crear problemas ? - E1 - dijo Seth- . El, el, el... - Se dio un puñetazo con una expresión de impotencia que Audrey nunca le había visto.

Cogió el puño del niño y lo abrió con suavidad.

- No, Seth. - Su diafragma se contrajo otra vez en una arcada (la miel había formado una pesada bola en su estómago), pero consiguió contenerse - No, no. Tranquilízate. Dime lo que puedas; si no puedes no pasa nada. - Mentía, pero si lo ponía mas nervioso de lo que estaba, Seth nunca lograría expresarse. Peor aun, era

51

probable que se marchara y dejara en su lugar ese cálido cuerpo vacío que Tak habitaba con tanta facilidad.

- ¡El...! - Seth extendió las manos y le tocó las orejas. Luego se cogió sus propias orejas y tiró de ellas hacia delante.

Audrey vio que estaban sucias, mugrientas, sin duda a consecuencia de las innumerables horas que pasaba jugando en el cajón de arena, y los ojos se le llenaron de lagrimas. Pero la miraba con fijeza y ella asintió. Si, entendía. Cuando Seth se esforzaba, se hacia entender bastante bien.

El te oye, quería decir el niño. Tak te escucha a través de mis oídos. Y claro que lo hacia. Tak el Magnifico, la criatura de las mil voces (casi todas con acento del Salvaje Oeste) y un único par de orejas, la oía.

Tak se había arrodillado frente a ella, pero el que ahora se levantaba era Seth, un niño delgaducho vestido con un par de calzoncillos mugrientos. Audrey seguía arrodillada, intentando decidir si podría estirarse y agarrarse de la encimera de la cocina o si debía arrastrarse hasta acercarse un poco mas.

Al ver que Seth volvía se encogió. Le pareció ver un gélido brillo de

inteligencia en los ojos del niño y supo que Tak había regresado. Sin embargo, cuando Seth se aproximó, comprendió que había cometido un error. El pequeño lloraba.

Nunca lo había visto llorar, ni siquiera en aquellas ocasiones en que se había rasguñado la rodilla o se había dado un golpe en la cabeza. Hasta entonces estaba

completamente segura de que era incapaz de llorar.

Seth le rodeó el cuello con los brazos y apoyó su frente contra la de ella. Le hacía daño, pero Audrey no se apartó. Por un instante tuvo una visión vaga pero lo suficientemente clara del teléfono rojo, a que en un tamaño gigantesco. Cuando la imagen se desvaneció, oyó voz de Seth en su mente. Mas de una vez le había parecido

oírlo y había sospechado que intentaba comunicarse con ella telepáticamente.

Aquella

sensación se presentaba sobre todo cuando se estaba quedado dormida o cuando se

despertaba. Era un sonido lejano, como una voz la llamara desde el otro lado de un

manto de niebla. Ahora sin embargo, la oía asombrosamente cerca. Era la voz de un

niño que parecía inteligente, sin ninguna clase de tara.

No te culpo por intentar escapar, decía la voz. Audrey experimentando una sensación de impaciencia y furtividad, como cuando una compañera de clase le contaba

un chisme importante mientras la profesora estaba de espaldas. Vete enfrente, con los

demás. Tendrás que esperar, pero no será mucho, porque el está...

No hubo mas palabras, pero otra imagen borrosa llenó toda mente, desalojando temporalmente cualquier pensamiento. Era Seth vestido con un traje de bufón y un gorro con cascabeles. Estaba haciendo juegos malabares, pero no con bolas, sino con

muñecos. (pequeños muñecos de porcelana. Hasta que Seth dejó caer una de figuras,

esta se rompió y vio la cara de Mary Jackson, tendida junto a una de las zapatillas rojas y blancas del bufón, Audrey no comprendió que las figuras representaban a sus

vecinos. Suponía que ella responsable de esa imagen - había visto la colección de figuras de porcelana de Kirstie Carver (una afición que Audrey consideraba agotadora) miles de veces- , pero supo que lo que ella hubiera podido añadir a la escena no cambiaba en absoluto lo que Seth intentaba decir. Cualquiera que fuera la

locura en que estaba enfrascado Tak - lo que fabricaba, lo que hacía - , era evidente que lo mantenía ocupado.

Aunque no lo suficiente para no verme cuando intente salir unos minutos, pensó. No lo suficiente para no detenerme. No lo suficiente para no castigarme.

Quizá la próxima vez me llene la boca sal, en lugar de miel, pensó.

O de desatascador de tuberías. La voz del niño dijo: Yo te diré cuando.

Intenta escucharme, tía Audrey. Cuando los Supercarros vuelvan, intenta escucharme.

Es importante que escapes porque. . .

Esta vez vio una sucesión de imágenes. Algunas pasaron con demasiada rapidez para conseguir identificarlas, pero consiguió quedarse con algunas: una lata de espaguetis vacía en el cubo de la basura, un viejo inodoro roto a su lado, un coche sin ruedas ni cristales sobre una rampa de mecánico. Objetos rotos. Objetos gastados.

52

Lo último que vio antes de perder contacto con Seth fue el retrato de si misma que estaba sobre la mesa del vestíbulo. Le faltaban los ojos; habían sido arrancados. Seth la soltó y se apartó, mirándola mientras ella se cogía a la encimera de la cocina y se esforzaba por levantarse. Su estómago, pesado y denso por

la miel que Tak le había obligado a tragar hacia de contrapeso. Seth ahora la

observaba con su actitud habitual, distante y ausente, con el mismo interés que podría demostrar una piedra. Sin embargo, aun había señales de lagrimas debajo de

sus ojos. Si, allí estaban.

- Oo- Aa - dijo con su voz inexpresiva (unos sonidos que ella y Herb solían interpretar como <<hola, Audrey>>) y salió de la cocina en dirección al estudio, donde todavía continuaba el tiroteo final de la película. ¿Y que pasaría cuando acabara? Sin duda rebobinaría la cinta hasta el aviso de <<Las autoridades advierten...>> y la pondría otra vez.

Pero me habló, pensó. En voz alta y dentro de mi cabeza. En su versión particular del teléfono PlaySkool. Aunque su versión es tan grande...

Audrey sacó la escoba de la alacena y comenzó a barrer la harina y los macarrones. En el estudio, Rory Calhoun gritó: - Tú no vas a ninguna parte, cerdo yanqui.

- No tiene por que ser así, Jeb - murmuró Audrey mientras barría.

- No tiene por que ser así, Jeb - dijo Ty Hardin (en la película, el agente Laine), y entonces el viejo y malo de Murdock le disparó. Era su ultimo acto perverso, pues treinta segundos después, el también estaría muerto.

Audrey sintió otro nudo en el estómago. Se acercó al fregadero de la cocina con la escoba en una mano y se agachó. Hizo varias arcadas, pero no consiguió vomitar. Un instante después, la molestia desapareció. Abrió el grifo del agua fría, se inclinó para beber directamente de el y luego se mojó la frente dolorida. Fue una

sensación agradable. Maravillosa.

Cerró el grifo, volvió a la alacena y cogió el recogedor. Seth había dicho que Tak estaba fabricando algo, que estaba haciendo algo, pero ¿que? Y mientras se arrodillaba torpemente junto a la pila de desperdicios, con la escoba en una mano y

el recogedor en la otra, la acuciaba una duda mas apremiante: si ella conseguía escapar, ¿que sería de sobrino? ¿Que le haría Tak a Seth?

Belinda Josephson sostuvo la puerta de la cocina para que entrara su marido,

luego se incorporó y miró alrededor. La luz no estaba encendida, pero aun así la habitación estaba un poco mas iluminada que antes. La tormenta amainaba.

Supuso que

en un par de horas el tiempo se despejaría y volvería a hacer calor.

Miró el reloj de pared que había encima de la mesa de la cocina sintió una sensación de irrealidad. Las cuatro y tres minutos. ¿Era posible que hubiera pasado

tan poco tiempo? Miró mejor y vio que el segundero no se movía. Johnny entró a gatas

en la cocina y se incorporó. Belinda buscó el interruptor de la luz detrás de la puerta.

- No se moleste - dijo Jim Reed. Estaba sentado en el suelo, entre el frigorífico y el horno, con Ralphie Carver en su regazo.

Ralphie tenía el pulgar en la boca y los ojos vidriosos y ausentes. A Belinda nunca le había caído demasiado bien (de hecho, Ralphie no le caía bien a ningún vecino, excepto a su madre y a su padre), pero todos modos la conmovió.

- ¿Que no se moleste con que? - preguntó Johnny.

- Con la luz. Esta cortada.

Belinda le creyó, pero de todos modos probó el interruptor un de veces. Nada.

Había mucha gente en la cocina - Belinda contó once personas, incluida- pero el silencio que reinaba sobre ellos hacía que parecieran menos. Ellie Carver aun dejaba escapar un gemido ahogado de vez cuando, pero tenía la cara apoyada sobre el

pecho de su madre, y Belinda pensó que quizá estuviera dormida. David Reed había

rodea los hombros de Susi Geller con un brazo. Sentada al otro lado de Susi también

con un brazo alrededor de su cuerpo (una chica con suerte, pensó Belinda, tanto consuelo). Cammie Reed, madre de los mellizos, estaba reclinada contra una puerta

con un cartel: LA VIEJA DESPENSA. A Belinda no le pareció que Cammie estuviera tan

alterada como los demás. Tenía una expresión fría y pensativa.

- Has dicho que oías gritos - dijo Johnny a Susi- . Yo no oigo nada.

- Ya no - respondió Susi- . Tal vez fuera la señora Soderson.

- Seguro - dijo Jim. Cambió de posición a Ralphie sobre sus rodillas e hizo una mueca de dolor- . Reconozco su voz. La hemos oído gritarle a Gary toda la vida,

¿verdad, Dave? Dave Reed hizo un gesto de asentimiento.

- Yo ya la habría matado. De veras.

- Ah, pero tu no bebes, chico - dijo Johnny imitando a W. C. Fields.

Levantó el auricular del teléfono de la cocina, escuchó, marcó el cero un par de veces y luego volvió a colgar.

- Debbie ha muerto, ¿verdad? - preguntó Susi a Belinda.

- calla, cariño, no digas eso - advirtió Kim Keller con voz de alarma.

Susi no le hizo caso.

- No fue a la casa de al lado, ¿verdad? No me mienta.

Belinda pensaba hacerlo, pero por alguna razón no le pareció lo mas indicado.

Sabía por experiencia que incluso las mentiras mejor intencionadas solo conseguían

complicar las cosas. Sacarlas de quicio. Y Belinda pensó que en la calle Poplar las cosas ya estaban suficientemente fuera de quicio.

- Tienes razón, bonita - dijo sorprendiéndose del acento sureño que le salía siempre que tenía que dar malas noticias, aunque quizá nadie mas que ella fuera consciente de el. Puede que aquel acento formara parte de su identidad racial, algo

que todavía nadie había conseguido enseñar en un curso de universidad. Lo paradójico

en su caso era que Belinda nunca había estado mas al sur de la frontera entre Pensilvania y Maryland- . Si, bonita. Me temo que esta muerta.

Susi se cubrió la cara con las manos y empezó a sollozar. Reed la estrechó

contra si y Susi apoyó la cabeza sobre su hombro. Cuando Kim intentó tirar de ella hacia el otro lado, la joven se resistió.

Su madre dirigió una mirada fulminante a David Reed, pero el muchacho no le hizo el menor caso. Entonces giró la cara furiosa hacia Belinda.

- ¿Por que se lo ha dicho? - La chica esta tendida en el zaguán, y con tanto pelo rojo fácil de identificar.

- Calla - dijo Brad. La cogió de la muñeca y tiró de ella hacia el fregadero -
. No la pongas nerviosa.

Demasiado tarde, pensó Belinda, pero fue lo suficientemente prudente para no decir nada.

Encima del fregadero había una ventana cubierta con tela. A la derecha podía ver la valla de madera que separaba la propiedad de los Carver de la del viejo Doc.

También alcanzaba a ver el techo de la casa de Billingsley. Mas arriba, las nubes empezaban a disiparse. Se volvió y se encaramó sobre el borde del fregadero.

Luego

se inclinó contra la ventana, aspirando el olor a metal y el húmedo olor de verano que se filtraba a través de la rejilla. Aquella combinación de olores despertó una momentánea nostalgia por su infancia, una emoción agradable y dolorosa al mismo

tiempo. Belinda pensó que, curiosamente, el olfato era el sentido con mayor poder de

evocación - ¡Eh! - gritó con las manos alrededor de la boca. Brad la cogió de un hombro para detenerla, pero ella se soltó- . ¡Eh, Billingsley! - No haga eso, Bee - dijo Cammie Reed- . No me parece prudente ¿Que era prudente?, pensó Belinda.

¿Seguir

sentados en el suelo de la cocina, esperando que la caballería llegara a rescatarlos

? - Joder, que lo haga - dijo Johnny- . ¿Que daño puede hacer? los locos que nos dispararon siguen por ahí, nuestro escondite no es ningún secreto para ellos. -

Mientras decía esto, le asaltó una idea. Se arrodilló junto a la viuda del cartero-

. Kirsten, ¿David tenía arma? Quizá una escopeta de caza o...

- Hay una pistola en su escritorio - respondió la mujer- . En el segundo cajón de la izquierda. El cajón esta cerrado, pero encontrará la llave en el cajón grande de arriba. Es la que tiene un hilo verde.

Johnny asintió.

54

- ¿Y donde esta el escritorio? - Ah. En el estudió de Dave. Arriba, al fondo del pasillo. - Mientras hablaba, parecía contemplar fijamente sus rodillas, pero de pronto alzó los ojos y lo miró con una mezcla de perplejidad y descepción- . Dave esta fuera bajo la lluvia, Johnny, y la amiga de Su también. No deberíamos dejarlos

allí.

- La lluvia esta amainando - dijo Johnny. Su expresión demostraba que era consciente de lo ridículas que sonaban esas palabras. Sin embargo, parecieron tranquilizar a Bombón, al menos de momento, y Belinda supuso que eso era lo mas importante. Tal vez fuera el tono de Johnny. Las palabras eran absurdas, pero Belinda nunca lo había oído hablar con tanta dulzura- . Tu cuida de los niños, Kirstie. No te preocupes por nada mas.

Se incorporó y comenzó a andar hacia la puerta basculante, semiagachado, como si estuviera en un campo de batalla.

- ¿Puedo ir con usted, Marinville? - preguntó Jim Reed.

Sin embargo, cuando intentó dejar a Ralphie Carver, los ojos del niño se llenaron de pánico. Se quitó el pulgar de la boca con un sonoro chasquido y se pegó

a Jim como una lapa, murmurando "No, Jim; no, Jim" de una forma que estremeció a

Belinda. Suponía que los locos hablaban así por las noches, cuando estaban solos en

sus celdas.

- Quédate donde estás, Jim - dijo Johnny- . ¿Brad? ¿Tienes ganas de hacer una

pequeña excursión a las alturas? Nos vendrá bien respirar un poco de aire fresco.

- Claro. - Brad miró a su esposa con esa mezcla de afecto y exasperación característica de las parejas que llevan mas de diez años casadas- . ¿De verdad crees que esta bien que mi mujer siga dando gritos? - Te lo repito, ¿que daño puede

hacer? - Ten cuidado - dijo Belinda, acariciando ligeramente el pecho de Brad- . Mantén la cabeza gacha. Promételo.

- Prometo mantener la cabeza gacha.

Belinda miró a Johnny.

- Ahora tu.

- ¿Que? Ah. - Le dedicó una sonrisa encantadora y Belinda tuvo una especie de visión: esa era la forma en que John Edward Marinville sonreía siempre que hacia una

promesa a una mujer- . Lo prometo.

Los dos hombres se marcharon, arrodillándose con cierta timidez para pasar por la puerta basculante, en dirección al salón de los Carver. Belinda volvió a inclinarse contra la ventana. Además la lluvia y la hierba húmeda, podía oler el incendio de la casa de los Hobart. Cayó en la cuenta de que también lo oía: un sonido crepitante, sibilante. La lluvia seguramente evitaría que el incendio se propagara, pero ¿dónde demonios estaban los bomberos? ¿Para que cono pagaban

impuestos ? - ¡Ehhh, Billingsley! ¿Hay alguien ahí? Después de un instante, una voz

de hombre que fue incapaz de identificar respondió: - Si. Somos siete. La pareja de

la esquina... - Belinda supuso se refería a los Soderon- , el policía y el marido de la mujer asesinada. También esta el señor Billingsley y Cynthia, la dependienta de la tienda.

- ¿Quien es usted?- gritó Belinda.

- Steve Ames. Soy de Nueva York. Tuve un problema con el camión y me perdí en el cruce de carreteras. Pare en la tienda para llamar por teléfono.

- Pobre tipo - dijo Dave Reed- . Es como si hubiera ganado la lotería en el infierno.

- ¿Que esta pasando aquí ? - preguntó la voz desde el otro lado d valla- . ¿Lo saben? - ¡No! - respondió Belinda, mientras se devanaba los sesos. Tiene que haber

otras cosas que decir, otras cosas que preguntar, pero no se le ocurría ninguna.

- ¿Han mirado calle arriba? - gritó Ames- . ¿Esta despejada? Belinda abrió la boca para responder, pero vio una tela de araña del otro lado de la ventana y se distrajo momentáneamente. El saliente de la ventana la había protegido de la lluvia,

pero las gotas colgaban de los hilos de la tela de araña como pequeños diamantes temblorosos. La propietaria y creadora de la obra estaba en el centro de la red, inmóvil, quizá muerta.

55

¡Señora! Le he preguntado si...

- ¡No lo se! - gritó Belinda- . Johnny Marinville y mi marido n ron, pero ahora han ido arriba a... - No quería mencionar la pistola. Quizá fuera una idea estúpida y cobarde, pero intuía que no debía hacerlo- , a mirar mejor - concluyó- .

¿Y que han hecho ustedes? - Hemos estado bastante ocupados. La mujer de la esquina... pausa- . ¿Funciona el teléfono? - ¡No! - gritó Belinda- . ¡No tenemos luz ni teléfono! Otra pausa. Luego mas bajo, apenas audible por encima del r mullo de la lluvia, le oyó decir <<mierda>>. Enseguida oyó otra voz, voz que no pudo identificar.

- Belinda, ¿es usted? - ¡Si! - gritó y miró a los demás, pidiendo ayuda.

- Es el señor Jackson - dijo Jim Reed por encima del hombro de Ralphie.

El pequeño aun no había conseguido unirse a su hermana en el refugio de los sueños, pero Belinda supuso que no tardaría en hacerlo. El pulgar ya comenzaba a

colgar entre los labios entreabiertos.

- ¡He estado en la puerta principal! - gritó Peter- . La calle esta desierta

hasta la esquina. ¡Completamente desierta! No hay un solo mirón entre Hyacinth y la

siguiente travesía de Poplar. ¿Le parece lógico? Belinda reflexionó un momento, arrugando la frente, y miró alrededor. Pero sólo vio ojos perplejos y cabezas gachas. Se volvió otra vez hacia la ventana.

- ¡No! Peter rió y el sonido de su risa estremeció a Belinda tanto como los murmullos incoherentes de Ralphie Carver.

- ¡Bienvenida al club, Bee! ¡A mi tampoco me parece lógico! - ¿Quién iba a venir? - preguntó Kim Geller con tono burlón- . ¿Creen que alguien en su sano juicio

iba a atreverse a venir con tanto disparo y tanto grito ? Belinda no supo que responder. Lo que decía Kim era razonable, pero aun así no encajaba, porque la gente

nunca se comportaba razonablemente cuando había problemas. Siempre salían a mirar.

Solían hacerlo desde una distancia prudencial, pero lo hacían.

- ¿Esta seguro de que no hay gente en la esquina de enfrente? - preguntó.

Esta vez la pausa fue tan larga, que estaba a punto de repetir la pregunta, cuando oyó una tercera voz. No tuvo dificultad para reconocer al viejo Doc.

- No vemos a nadie, pero la lluvia ha formado un manto de niebla en la esquina. No podremos estar seguros hasta que la niebla se desvanezca.

- ¡Pero no se oyen sirenas! - Era Peter otra vez- . ¿Oyen alguna desde el norte? - ¡No! - respondió Belinda- . ¡Puede que sea por la tormenta! - No lo creo

- dijo Cammie Reed. Hablaba para si, no para el grupo. De hecho, si LA VIEJA DESPENSA no hubiera estado tan cerca del fregadero, Belinda no la habría oído-

.
Estoy segura de que no es por eso.

- ¡Voy a salir a buscar a mi esposa! - gritó Peter Jackson.

De inmediato se oyeron otras voces de protesta. Belinda no pudo descifrar las palabras, pero el tono era inconfundible.

De repente la araña que había dado por muerta se movió en el centro de la tela

y trepó por uno de los hilos de seda hasta desaparecer bajo del alero. Después de todo, no estaba muerta, pensó Belinda; Sólo fingía.

Entonces Kirsten Carver se inclinó junto a ella y la empujó con tanta fuerza que Belinda tuvo que cogerse de uno de los armarios superiores para no acabar empotrada dentro del fregadero. La cara Bombón estaba pálida como un papel y sus

ojos brillaban de miedo - ¡No salgas! - gritó- . ¡Si lo haces volverán y te mataran! ¡Nos matarán a todos! Por unos segundos no hubo respuesta. Luego Collie

Entragian habló con una voz que reflejaba culpa y asombro al mismo tiempo: - ¡No malgaste saliva, señora! ¡Ya se ha ido! - ¡Debería haberlo detenido! - gritó Kirsten. Belinda le pasó un brazo por los hombros y se asustó al sentir una vibración en su cuerpo como si Kirsten estuviera a punto de estallar- . ¿Que clase de policía es? - No es policía - dijo Kim con un tono de que- coño- esperaba - Lo echaron. Estaba metido en asuntos de drogas.

- No lo creo - dijo Susi levantando la cabeza.

- ¿Que puedes saber tu, a tu edad? - preguntó su madre.

56

Belinda estaba a punto de bajar del fregadero, cuando vio algo e jardín trasero que le congeló la sangre. Estaba cogido contra la l de un columpio, y al igual que la tela de araña, brillaba con las gota lluvia.

- ¿Cammie? - ¿Que? - Venga aquí.

Si alguien podía identificar aquello era Cammie. Tenia un jardín el patio trasero, una autentica selva en el interior de su casa, y montón de libros sobre plantas.

Cammie se levantó de su sitio junto a la alacena y se acercó a la ventana.

Susi y su madre se unieron a ella, y Dave Reed las siguió. - ¿Que pasa? - preguntó

Bombón Carver, mirando a Belinda con ansiedad. Ellie le había rodeado una pierna con

los brazos, como si fuera el tronco de un árbol, e intentaba ocultar la cara detrás

de la cadera enfundada en el bermudas de tela tejana- . ¿Que pasa? Belinda no le hizo caso y se dirigió a Cammie.

- Mire eso. Junto al columpio. ¿Lo ve? Cammie iba a decir que no, pero Belinda señaló mejor y lo vio. Se oyó un trueno en el este y se levantó una brisa fuerte. La tela de araña de la ventana tembló, dejando caer minúsculas gotitas de agua. La planta que Belinda había visto se liberó de la pata del columpio y rodó por

el jardín trasero de los Carver, en dirección a la valla de madera.

- Es imposible - dijo Cammie con tono apagado- . La barrilla de borde no crece en Ohio. Y aunque lo hiciera... estamos en verano. No echan raíces en verano.

- ¿Que es una barrilla de borde, mama? - preguntó Dave con un brazo alrededor de la cintura de Susi- . Nunca había oído hablar de esa planta.

- Es una planta rodadora - contestó Cammie con el mismo tono apagado.

Brad asomó la cabeza por la puerta del despacho de Carver justo a tiempo para ver a Johnny sacando una caja verde y blanca de cartuchos del cajón del escritorio.

En la otra mano, el escritor tenía la pistola de David Carver. Había girado el cilindro para comprobar que la recámara estuviera vacía, y lo estaba, pero aun así sostenía el arma con cautela, evitando tocar el gatillo. A Brad le recordó a uno de esos tipos que venden objetos increíbles por televisión. <<Señores, esta pequeña belleza alejara a cualquier intruso lo bastante tonto para colarse en su casa en plena noche. Pero eso no es todo, esta maravilla tiene muchas ventajas mas: corta,

rebana y por si eso fuera poco... le encantan las patatas rebozadas pero nunca tiene

tiempo de hacerlas en casa?>> - ¿Johnny? El aludido alzó la cabeza, y por primera

vez Brad vio con claridad lo asustado que estaba. Aquel detalle hizo que Johnny le cayera mejor. No supo por que, pero fue así.

- Algún tonto ha salido al jardín delantero de Billingsley. Seguro que será Jackson.

- ¡Mierda! No es muy listo, ¿verdad? - No. No te vayas a disparar con esa pistola. - Brad comenzó a andar hacia la puerta, pero luego se volvió- . - Nos hemos vuelto- Tengo esa impresión.

Johnny levantó las manos con las palmas hacia arriba, dando a entender que no lo sabía.

Johnny volvió a examinar la recámara de la pistola, como si pudiera haber brotado una bala mientras no miraba, y giró el cilindro. Luego se metió la pistola en la cinturilla del pantalón y guardó la caja de municiones en el bolsillo de la camisa.

El pasillo era un campo de minas atestado de juguetes. Era obvio que los padres de Ralphie Carver aun no le habían inculcado a su costumbre de ordenar después de jugar. Brad entró en la habitación que debía ser de la niña y Johnny lo siguió. Brad señaló la ventana. Johnny miró hacia abajo. Si, era Peter Jackson. Estaba en el suelo de Doc, arrodillado junto al cadáver de su esposa. Había vuelto a sentarla en el suelo, le sostenía la espalda con un brazo e intentaba pasar la otra mano por debajo de las rodillas. Tenía la falda subida hasta la de los muslos y Johnny recordó que iba sin bragas. Bueno, ¿ que coño importaba? Vio que la espalda del hombre se sacudía por los sollozos.

Divisó una luz plateada en el limite de su campo de visión. Miró calle arriba y vio algo similar a un viejo remolque - o quizá un camión de comestibles- girando
57

a la izquierda, desde Hyacinth a Poplar. - iba la furgoneta roja desde la que habían disparado al chico de los periódicos y al perro y en ultimo lugar el vehículo azul metalizado. Miró hacia el otro lado, hacia la calle Bear, y vio la furgoneta roja y el radar en forma de corazón, la amarilla que había chocado el coche de Mary

Jackson y se había dado a la fuga y la negra con torreta.

Eran seis. Seis en dos líneas convergentes de tres. Hacia mucho tiempo, en Vietnam, había visto aviones de guerra americanos en la misma formación.

Iban a crear un pasillo de fuego.

Por un momento no pudo moverse. Sus manos se quedaron suspendidas en los extremos de sus brazos como bloques de cemento. No podéis, pensó con furia e incredulidad. No podéis volver, cabrones, no podéis volver una y otra vez.

Brad no los vio. Estaba pendiente del hombre arrodillado en el jardín de la casa de al lado, absorto en los esfuerzos de Peter para levantar el peso muerto de su mujer. Y Peter...

Johnny consiguió levantar la mano derecha. Hubiera querido moverla a la velocidad de un rayo, pero mas bien parecía flotar. Cogió la pistola que tenía a la cintura. No podía disparar; la recámara estaba vacía. Tampoco estaba en condiciones

de cargarla, así que golpeó con la culata, rompiendo la ventana de la habitación de

Ellie.

- ¡Adentro! - gritó a Peter, pero su voz sonó apagada y débil en sus oídos.

Dios mío, que pesadilla, ¿cómo se habían metido en aquel lío?- . ¡Adentro!

¡Vienen

hacia aquí! ¡Han vuelto!

Nota al pie

Dibujo encontrado doblado en un cuaderno sin título, que al parecer Audrey Wyler usaba como diario. Aunque no tiene firma, seguramente es obra de Seth Garin.

Suponiendo que la fecha del dibujo coincida con la de la página del diario en que fue hallado, el dibujo dataría del verano de 1995, poco después de la muerte de Herbert W y de la inesperada mudanza de la familia Hobart. (Nota del editor.)

Calle Poplar/ 15 de Julio de 1996/ 16.44 hs.

Parecen materializarse de la niebla que se levanta en la calle, como dinosaurios metálicos. Las ventanillas se deslizan, la portilla en el flanco de la rosada Carroza de los Sueños se abre otra vez, el parabrisas del Carro de la

Justicia azul de Bounty se levanta para revelar una tersa oscuridad, en la que destacan tres cañones grisáceos de escopeta.

Suena otro trueno y en algún lugar un pájaro emite un chillido agudo. Un segundo de silencio y comienzan los disparos.

Es como si empezara a tronar de nuevo, pero mucho peor, pues esta vez la afrenta es personal. Y los disparos suenan mas fuertes que antes. Collie Entragian,

tendido boca abajo en el portal de la puerta que separa la cocina y el salón de la casa de Billingsley, es el primero en notarlo, pero los demás no tardan en darse cuenta. Cada tiro es casi un estallido de granada, seguido de una especie de gemido

sordo y agudo, un sonido intermedió entre un zumbido y el pitido de un silbato.

Dos disparos de la Flecha Rastreadora y la punta de la chimenea de la casa de Collie Entragian se convierte en polvo rojo al viento y en guijarros de ladrillo repiqueteando en el techo. Un proyectil roza el plástico extendido sobre el cuerpo de Cary Ripton y lo ondula como si fuera un paracaídas; otro arranca la rueda trasera de su bicicleta. Delante de la Flecha Rastreadora va la furgoneta plateada, la que parece un antiguo carro de reparto. Una parte del techo se levanta en ángulo,

se asoma una figura plateada, un robot con uniforme de infantería de la Confederación, y tirotea la casa de los Hobart con un antiguo rifle. Cada disparo suena tan fuerte como una carga de dinamita. La Carroza de los Sueños y el Carro de

la Justicia, que bajan por la calle Bear, disparan a los números 251 y 249: la casa de los Joseph y la de los Soderson. Las ventanas estallan hacia dentro. Una salva suena como artillería antiaérea alcanza el viejo Saab de Gary. La carrocería trasera

58

se contrae, el aire se llena de fragmentos de cristal de los faros y el depósito de combustible estalla con un ¡bum! ensordecedor, envolviendo al coche en una bola de

llamas anaranjadas. pegatinas del parachoques - SERE LENTO, PERO VOY DELANTE, a la

derecha, y VEHICULO DEL PERSONAL DE LA MAFIA, a la izquierda- brillan como un

espejismo con el calor del fuego. El trío de coches que avanza hacia el sur y el trío que avanza hacia el norte se encuentran, se cruzan y se detienen en la valla que separa la casa de Billingsley de la de Carver.

Audrey Wyler, que estaba en la cocina comiendo un bocadillo y bebiendo cerveza cuando comenzó el tiroteo, ahora esta en el salón mirando a la calle con los ojos como platos, sin darse cuenta de aun tiene en la mano un trozo de pan de centeno con

salchichón y lechuga. Los tiros se funden en un rugido continuo, ensordece como si

hubiera estallado la tercera guerra mundial, pero ella no corre peligro; los disparos van dirigidos a las dos casas de enfrente.

Ve cómo el carrito rojo de Ralphie Carver - Buster- vuela por los aires convertido en una retorcida flor de metal. Salta por encima del cadáver empapado de

David Carver, aterriza con las ruedas hacia arriba, girando, y entonces otro proyectil lo dobla por la mitad y lo arroja sobre un macizo de flores, a la izquierda del camino. Otra salva de disparos arranca la puerta de los Carver de las bisagras y la lanza hacia el interior del vestíbulo. Dos disparos mas desde el Carro de la Justicia de Bounty convierten en polvo la mayoría de las figuras de porcelana de Bombón Carver.

La carrocería trasera del coche de Mary Jackson esta llena de agujeros. Luego el Lumina también estalla, despidiendo enormes llamas que engullen al coche de atrás

a adelante. Las balas arrancan dos postigos de la casa de Billingsley. En el buzón colgado junto a la puerta aparece un agujero del tamaño de una pelota de béisbol; acto seguido el buzón cae sobre el felpudo, echando humo. En el interior arden un folleto publicitario y una carta de la Asociación Colegial de Veterinarios de Ohio.

Otro KA- BAM, y el llamador de la casa, una cabeza de San Bernardo de plata, desaparece con la misma rapidez que una moneda en la mano de un mago. Aparentemente

ajeno a todo lo que ocurre, Peter Jackson se levanta con el cadáver de su esposa en

brazos. Sus gafas redondas sin montura, salpicadas por la lluvia, brillan en la creciente luz del día. La pálida cara de Peter no parece simplemente distraída, sino

ausente; es la expresión de un hombre a quien se le han quemado todos los fusibles.

Sin embargo, según puede comprobar Audrey, sigue allí, milagrosamente entero, milagrosamente... Tía Audrey! Es la voz de Seth. Casi inaudible, pero clara.

¡Puedes oírme, tía Audrey? - Si, Seth, ¿qué pasa? ¡No importa! - La voz esta cargada de pánico- . Tienes un sitio adonde ir, ¿verdad?, ¿un refugio? ¿Mohonk?, ¿se refería a Mohonk? Audrey llegó a la conclusión de que si.

- Sí, tengo...

¡Márchate allí! - grita la voz- . Márchate allí de inmediato porque...

La voz no termina la frase, y no tiene necesidad de hacerlo. Audrey ha vuelto la espalda a la frenética galería de tiro en que se ha convertido la calle, se ha girado hacia el estudio, donde han vuelto a poner la película (La Película). De algún modo han conseguido subir el volumen hasta alcanzar un numero de decibelios

muy superior al que el aparato Zenith es capaz de producir. La sombra de Seth sube y

baja por la pared como si el niño estuviera en trance, larga y horrible, evocando uno de los recuerdos de infancia mas terroríficos de Audrey: el demonio con cuernos

del episodio de <<Una noche en el monte pelado>>, en la película Fantasía. Es como

si Tak se retorciera dentro del cuerpo del niño, encorvándolo, estirándolo, forzándolo cruelmente mas allá de sus limites naturales.

Pero eso no es todo. Audrey se vuelve hacia la ventana y mira a la calle. Al principio cree que son sus ojos, que acaso Tak los ha derretido o deformado el cristalino, pero extiende las manos delante de ellos y las ve normales. No; el problema está en la calle Poplar, que parece salirse de la perspectiva de una forma

que Audrey es incapaz de explicar. Los ángulos cambian, las esquinas se ensanchan,

los colores se difuminan. Es como si la realidad estuviera a punto de licuarse, y

59

Audrey cree entender por qué: el largo periodo de preparación de su silenciosa incubación, ha llegado a su fin. Tak está haciendo, está fabricando. Seth le pidió que se marchara, al menos por un tiempo, pero ¿adónde puede ir él? Seth! - Audrey

intenta concentrarse con todas sus fuerzas ¡Seth! Escúchame...-

¡No puedo! ¡Vete, tía Audrey! ¡vete! La angustia de aquella voz se le hace insoportable. Vuelve a girar hacia la arcada que conduce al estudio, pero en su lugar ve algo que desciende hasta un muro de piedra. Está lleno de rosas silvestres.

Audrey aspira su aroma y siente el delicado y sensual calor de la mañana de Primavera que ahora avanza hacia el verano. Entonces Janice aparece lado y le pregunta cuál es su canción favorita. Enseguida se enfrascan en una discusión sobre

las virtudes de *h ward bound*, *I am a rock* y aquella otra que dice <<si nunca hubiese

amado, nunca habría llorado>>.

En la cocina de los Carver, los refugiados están tendidos en el suelo, con las manos entrelazadas en la nuca y las frentes pegadas baldosas. El mundo parece desmoronarse a su alrededor.

Cristales que se rompen, muebles que caen, algo que explota. Las balas atraviesan las paredes con espeluznantes ruidos de taladros. De repente, Bombón Carver no puede soportar que Ellie siga pegada a ella. Ama a Ellen, por supuesto,

pero a quien realmente quiere tener en sus brazos en este momento es a Ralphie;
al

astuto, al insano Ralphie que tanto se parece a su padre. Empuja a Ellie con
fuerza,

sin hacer caso a sus desconsolados gritos, y corre hacia el hueco en horno y la
nevera, donde Jim esta acucillado sobre el histérico Ralphie, sosteniéndole la
cabeza con una mano.

- ¡Maaamaaa! - grita Ellen e intenta correr tras ella. Cammie se aparta de la
puerta de la despensa, coge a la niña por la cintura y la empuja nuevamente al
suelo

en el preciso momento en que algo que suena como el canto de una cigarra
gigante

retumba en la cocina, pega en el grifo, y lo hace saltar por los aires como el
bastón de una porrista. El grifo atraviesa la tela metálica de la ventana y rompe la
telaraña del otro lado. El agua brota con furia de lo que queda del grifo y casi
alcanza el techo. Parte de la barandilla de la escalera se desintegra, esparciendo
un peligroso ramillete de astillas. Brad se agacha y se cubre la cara con las
manos,

pero Johnny mira fijamente un objeto en el centro del pasillo, sin prestar atención
a nada mas.

- ¿Que demonios te pasa? - pregunta Brad- . ¿Quieres morir? - Es él - repite
Johnny. Se coge un mechón de pelo y tira con fuerza como si quisiera asegurarse
de

que aquello esta sucediendo de verdad- . El... - Oyen un zumbido escalofriante
sobre

sus cabezas, similar a la vibración de una cuerda de guitarra pulsada con una púa,
y

el plafón del techo estalla desatando una lluvia de cristales. - El tipo que
conducía la furgoneta - termina- . El otro, el humano, le disparó a Mary, pero este
es el que conducía.

Estira el brazo y coge uno de los muñecos articulados de Ralph Carver del

suelo del pasillo, que ahora esta lleno de cristales y astillas además de juguetes. Es un alienígena con la frente abultada, oscuro enormes ojos almendrados y una boca que mas que boca es una especie de cuerno de carne. Esta vestido con un uniforme verdoso fosforescente. Es prácticamente calvo, con un único mechón de pelo tieso en la cabeza, que a Johnny le recuerda el penacho del casco un centurión romano. ¿Donde esta tu sombrero?, pregunta mentalmente al muñequito mientras las balas zumban por encima de cabeza, perforando el papel de las paredes, destrozando los listón de madera que están debajo. La figura parece una versión en miniatura del E.T. de Spielberg. ¿Donde esta tu sombrero de la caballero, amigo ? - ¿De que hablas? - pregunta Brad, tendido de cuerpo entero sobre su estomago. Coge la figura, que tiene unos quince centímetros de altura, y la observa. Brad tiene un corte en una de sus mejillas regordetas, y Johnny supone que le ha caído un cristal de la lampara. Abajo, la mujer deja de gritar. Brad mira al alienígena con los ojos tan redondos que resultan cómicos- . Estás como una regadera - dice.

60

- No - replica Johnny- . Te juro por Dios que es cierto. Nunca olvido una cara.

- ¿Que quieres decir? ¿Que los tipos que están haciendo todo es llevan mascararas para que los supervivientes no puedan identificarlo? Johnny no lo había pensado, pero es una buena idea.

- Supongo que Sí, pero... - Pero ¿que? - No parecía una mascara. Eso es todo. No lo parecía.

Brad lo mira fijamente un segundo, luego arroja la figura y comienza a arrastrarse hacia la escalera. Johnny coge el muñeco, y mientras lo esta examinando,

un proyectil procedente de la ventana del fondo del pasillo, la que da a la calle, pasa zumbando por encima de su cabeza. Guarda el muñeco en el otro bolsillo del pantalón y comienza a arrastrarse detrás de Brad.

En el jardín del viejo Doc, Peter Jackson se pone en pie con su mujer en brazos, ileso en medio de la tormenta de disparos. Ve las furgonetas con sus cristales oscuros y sus contornos futuristas, ve los cañones de las escopetas que escupen fuego, y entre la furgoneta plateada y la roja ve también el viejo Saab de Gary Soderson quemándose en el camino particular de la casa. Sin embargo, nada de lo

que ve lo impresiona. Está abstraído pensando que acaba de llegar a casa del trabajo. Por alguna razón, eso le parece importante. Piensa que cada vez que cuente

lo sucedido esa tarde terrible (no se le ha ocurrido pensar que quizá no sobreviva a

esa tarde terrible, al menos hasta el momento), comenzará diciendo: <<Acababa de

llegar del trabajo">. Esta frase se ha convertido en una especie de conjuro mágico en su cabeza, un puente hacia el mundo cuerdo y ordenado del que formaba parte apenas una hora antes y del que volvería a formar parte durante años o décadas: "Acababa de llegar del trabajo".

También piensa en el padre de Mary, profesor en la Facultad de Odontología de Meermont, Brooklyn. Henry Kaepner, o su intimidante entereza, siempre le ha dado

miedo. Sabe que en el fondo de su corazón Henry Kaepner lo considera indigno de su

hija (y en el fondo de su corazón, Peter Jackson siempre ha estado de acuerdo con

él). Ahora Peter está en medio de la tormenta de disparos, con los pies en la hierba

húmeda, preguntándose como hará para explicarle al señor Kaepner que el peor de sus

temores se ha hecho realidad: su indigno yerno ha permitido que maten a su única hija.

Pero no ha sido culpa mía, piensa Peter. Quizá pueda hacérselo entender si le cuento que acababa de llegar del...

- ¡Jackson!

La voz disipa sus preocupaciones, lo hace tambalearse, le despierta el impulso de gritar. Es como si una boca alienígena hubiera abierto un agujero dentro de su mente, desgarrándola. Mary se desliza, a punto de caerse, y Peter la abraza con fuerza contra si, haciendo omiso al dolor en sus brazos. En el mismo momento recupera la noción de la realidad. La mayoría de las furgonetas se mueven otra vez,

aunque muy despacio, sin dejar de disparar. La rosa y la amarilla están abriendo fuego contra las casas de los Reed y los Geller destruyendo las fuentes para los pájaros, arrancando las espigas de bebederos, rompiendo las ventanas del sótano, haciendo jirones flores y arbustos, cortando los canalones que descienden en pendiente hacia los jardines.

Sin embargo, una de ellas, la negra, permanece inmóvil. Esta a cada al otro lado de la calle, ocultando casi toda la casa de los Wyler. Se ha abierto la torreta y una figura resplandeciente sale de ella como un espíritu por la ventana de una encantada. Pero Peter ve que esta figura esta subida a algo. Es un especie de almohada flotante que se mueve con un zumbido.

¿Es un hombre? Peter no podría asegurarlo. Parece llevar un uniforme nazi de tela negra sedosa y ribetes plateados, pero encima del cuello con puntas no se ve una cara humana; de hecho, no se ve cara alguna. Solo oscuridad.

- ¡Jackson! Ven aquí, socio.

Intenta resistirse, quedarse donde esta, pero cuando la voz vuelve a hablar ya no es una boca, sino un anzuelo clavado en el interior cabeza, desgarrando sus

61

pensamientos. Ahora entiende lo que de sentir una trucha recién pescada. Muévete,

amigo! Peter camina sobre las borrosas casillas de una rayuela dibuja la acera

(Ellen Carver y su amiga, Mindy, que vive una calle mas a dibujaron aquella misma mañana) y luego baja a la cuneta. Uno de sus zapatos se llena de agua, pero ni siquiera se da cuenta. En su mente ahora escucha algo muy extraño, una especie de banda sonora. Es una guitarra tocando una melodía antigua, similar a las de Duane.

Es Una melodía que conoce, pero no puede identificar. Es el toque final de esa locura.

La figura brillante sobre la almohada flotante desciende al nivel de la calle.

A medida que se aproxima, Peter espera ver la tela negra (como de nilón o de seda)

que cubre su cara y le da un aspecto fantástico pero no la ve, y en el preciso momento en que estalla la puerta de cristal de la tienda de la esquina, comprende algo terrible: no la ve porque no esta allí. El hombre de la furgoneta negra no tiene cara.

- ¡Dios mío! - dice en voz tan baja que apenas puede oírse a si mismo- . ¡Dios mío, ayúdame! Otros dos individuos lo miran desde la torreta de la furgoneta negra.

Uno tiene barba y va vestido con un uniforme harapiento de la guerra civil. El otro es una mujer de cabello liso negro y rasgos crueles y hermosos. Es tan pálida como

un vampiro de tebeo. Su atuendo es negro y plateado, igual que el del hombre sin cara, y recuerda a los uniformes de la Gestapo. Una piedra del tamaño de un huevo de

paloma cuelga de una cadena en su cuello y destella como una reminiscencia de los

psicodélicos años sesenta.

Es un personaje de cómic, piensa Peter. Un primer y torpe esbozo de una fantasía sexual adolescente.

Mientras se acerca al hombre sin cara, cae en la cuenta de algo todavía mas

horrible: la criatura no está allí. Tampoco están allí los otros dos, ni la furgoneta negra. Recuerda una mañana de sábado de su infancia, cuando tenía seis o

siete años, en que caminó hasta la pantalla y descubrió que el cine era un burdo espejismo. A apenas cuarenta centímetros de distancia, las imágenes eran sólo bruma;

lo único real era el fondo reflectante de la pantalla, que era completamente lisa y tan blanca como un banco de nieve. Tenía que ser así para que la ilusión funcionara.

Esto es igual, y Peter siente la misma estúpida incredulidad que experimentó entonces. Puedo ver la casa de Herbie Wyler, piensa. Puedo ver a través de la furgoneta.

- ¡Jackson! Pero la voz es real, tan real como las balas que mataron a Mary. Hace una mueca de dolor y grita, aprieta el cuerpo de su mujer contra su pecho durante unos instantes y luego lo deja caer al suelo sin siquiera darse cuenta. Es como si alguien hubiera apretado un megáfono eléctrico contra uno de sus oídos, subido el volumen al máximo y luego gritado su nombre. Su nariz y sus lacrimales comienzan a sangrar.

¡Por allí, amigo! - La figura negra y plateada, ahora insustancial pero todavía amenazante, señala la casa de los Wyler. La voz es lo único real, pero también es la única realidad que Peter necesita; es como la cuchilla de una sierra. Gira la cabeza hacia atrás con tanta fuerza las gafas caen hasta la punta de su nariz- . ¡Tenemos mucho que hacer! Será mejor que empecemos de una vez! Mas que

caminar hacia la casa de Herbie y Audrey Wyler, siente que lo empujan hacia ella. Mientras atraviesa la figura negra sin cara, una imagen fugaz y demencial cruza su mente: espaguetis (de esos feos y artificiales que se venden en lata) y hamburguesa.

Los dos elementos aparecen mezclados en un bol blanco y los personajes de dibujos

animados de la Warner Brothers - Bugs, Elmer, Daffy- bailan sobre el borde del

recipiente. Por lo general, el solo hecho de pensar en esa clase de comida le da náuseas, pero ahora, mientras la imagen se mantiene en su mente, siente un hambre

voraz; daría cualquier cosa por esos pálidos hilos de pasta y la artificial salsa roja. Durante un instante, incluso olvida su dolor de cabeza.

En el preciso momento en que atraviesa la imagen proyectada de la furgoneta negra, esta se pone en marcha otra vez. Enseguida comienza a andar sobre el camino

de cemento que conduce a la casa. La fas pierden su precario equilibrio y caen, pero

62

Peter no lo nota. oye disparos aislados, pero suenan muy lejanos, como si procedieran de otro mundo. La guitarra sigue sonando en su cabeza, y cuando la puerta de los Wyler se abre sola, se le unen las trompetas e identifica la melodía. Es la banda sonora de una vieja serie de televisión, Bonanza. Acabo de llegar a casa

del trabajo, piensa mientras entra en una habitación oscura y fétida que huele a sudor y hamburguesas podrida. Acabo de llegar a casa del trabajo, y la puerta se cierra a su espalda.

Acabó de llegar a casa del trabajo, y esta cruzando el salón, hacia la arcada y las voces del televisor.

- ¿Por que llevas ese uniforme? - pregunta alguien- . Hace mas de tres años que terminó la guerra, ¿es que no te has enterado? Acabo de llegar a casa del trabajo, piensa Peter, como si eso lo explicara todo: la muerte de su mujer, el tiroteo, el hombre sin cara, el aire fétido en esa pequeña habitación. Pero entonces

la criatura esta delante del televisor se vuelve a mirarlo y Peter ya no piensa más.

En la calle, las furgonetas que formaron el corredor de fuego aceleran, y la negra pronto alcanza a la Carroza de los Sueños y al Carro de la Justicia. El hombre

de la torreta negra lanza una ultima salva de disparos. Un proyectil atraviesa el

buzón azul situado en la puerta d tienda, dejando un agujero del tamaño de una pelota de softball. Luego los atacantes tuercen a la izquierda por la calle Hyacinth y desaparecen. Rooty- Toot, el Carro de la Justicia y Flecha Rastreadora se marchan

por la calle Bear, se pierden en la niebla que primero los desdibuja y luego los devora.

En casa de los Carver, Ralphie y Ellen lloran a voz en cuello por su madre, que se ha desplomado en la puerta del pasillo. Sin embargo, no esta inconsciente.

Su

cuerpo se sacude con fuerza de lado a lado, poseído por las convulsiones. Es como si

su sistema nervioso fuera atacado por fuertes ráfagas de viento. La sangre mana a

borbotones de su cara destrozada y desde lo mas profundo de su garganta sale un

sonido extraño, una especie de gruñido musical.

- ¡Mama, mama! - grita Ralphie. Jim Reed hace todo lo posible para evitar que el niño corra hacia su madre, pero esta perdiendo la batalla.

Johnny y Brad bajan las escaleras de culo, un peldaño por vez, como dos niños jugando; pero cuando Johnny llega abajo y comprende lo que ha pasado, se levanta y

corre. Aparta la puerta de rejilla de una patada y luego gatea entre los restos de las queridas figuras de porcelana de Kirsten.

- ¡Agáchate! - grita Brad, pero Johnny no le hace caso. Sólo piensa en una cosa: en separar a la mujer moribunda de sus hijos lo antes posible. No es necesario

que sean testigos de su agonía.

- ¡Mama! - grita Ellen intentando soltarse de los brazos de Cammie. Le sangra la nariz y tiene los ojos desorbitados, aunque horrorosamente conscientes- .

¡Maaamaaa! Pero Kirsten no oye a sus hijos. Sus días de esposa y madre amorosa y su

secreta ambición de crear sus propias figuras de porcelana (la mayoría de las cuales

se parecerían a su hermoso Benjamin) han terminado, y Kirsten Carver se sacude inconsciente en la puerta, pataleando, levantando y bajando las manos, que golpean

brevemente su regazo y vuelven a volar como pájaros asustados. Gruñe y canta, gruñe

y canta sonidos que son casi palabras.

- ¡Sacadla de aquí! - grita Cammie a Johnny, mirando a Bombón con horror y compasión- . ¡Separadla de los niños, por el amor de Dios ! Johnny se inclina, y cuando comienza a levantar a Kirsten, Belinda viene a ayudarlo. La llevan al salón y

la dejan sobre el sofá que compró tras semanas de angustiosa indecisión y que ahora

pierde pluma por un agujero enorme. Brad se aparta para dejarles paso, mirando con

nerviosismo hacia la calle, que otra vez parece desierta.

- No me pidáis que lo cosa - dice Bombón con tono burlón y deja escapar una horrible tos ahogada.

- Kirsten - dice Belinda inclinándose sobre ella y cogiéndole un mano- Te pondrás bien. Te recuperarás.

- No me pidáis que lo cosa - repite la mujer en el sofá y en esta ocasión parece que estuviera dando una clase. El cojín que esta debajo de su cabeza comienza

63

a oscurecerse; la mancha de sangre se extiende ante la vista de los tres espectadores. A Johnny le recuerda el halo que los pintores renacentistas pintaban

alrededor de sus vírgenes. Entonces se reanudan las convulsiones.

Belinda se inclina y coge a Kirsten por los hombros.

- Ayudadme a sostenerla - grita con furia a Johnny y a su marido ¡Estupidos!

¿No veis que no puedo sola? ¡Ayudadme!

En la casa de al lado, Tom Billingsley ha seguido intentando salvar la vida de Marielle incluso durante el ataque, trabajando con el aplomo de un cirujano en un campo de batalla. La herida ya esta cosida y la hemorragia se ha reducido a una pequeña y oscura filtración a través de tres capas de gasa, pero cuando el viejo Doc

mira a Collie, sacude la cabeza. Esta mas nervioso por los gritos en la casa vecina que por la operación que acaba de realizar. No siente mayor afecto por Marielle Soderson, pero esta prácticamente seguro de que la mujer que grita es Kirstie Carver, y el quiere mucho a Bombón.

- Vaya, vaya - dice en voz alta- . ¡Caray! Collie mira a Gary para asegurarse de que no los oye y lo descubre fisgoneando en la pequeña cocina del viejo Doc, ajeno a los gritos y a los llantos infantiles en la casa de al lado, ignorando que la operación de su esposa ha terminado; abre y cierra los armarios con la minuciosidad de un alcohólico empedernido que busca algo de beber. Su inspección del

frigorífico en busca de cerveza o vodka frío fue comprensiblemente corta: el brazo de su mujer esta allí dentro, en el segundo estante. El propio Collie lo puso allí, apartando alimentos - aliño para ensalada, encurtidos, mayonesa, restos de carne de

cerdo asado envuelto en plástico transparente- para hacerle sitio. Collie no cree que puedan cosérselo, ni siquiera esta época de milagros y prodigios permite una hazaña semejante, pero de cualquier modo no se atrevió a dejar el brazo en la alacena. Demasiado calor. Atraería a las moscas.

- ¿Piensa que morirá? - pregunta Collie.

- No lo se - responde Billingsley. Hace una pausa, mira a Gary, suspira y se alisa la enmarañada melena a lo Albert Einstein- . Es probable, o mas bien seguro si

no la trasladan pronto a un hospital. Necesita atención medica, sobre todo una transfusión. Parece que al lado han herido a alguien; creo que a Kirsten. Y tal vez no sea la única. - Collie asiente- . ¿Que cree que esta pasando aquí, Entragian? -

No tengo la menor idea.

Cynthia recoge un periódico del suelo (es el Dispatch de Columbus, no el Shopper de Wentworth), lo enrolla y gatea despacio hacia la puerta de entrada.

Usa

el periódico para retirar de su camino los cristales rotos, que son muchísimos, mientras avanza.

Steve piensa en detenerla, en preguntarle si quiere morir, pero se calla. A veces tiene visiones extrañas, visiones muy impactantes. Una vez, mientras leía tranquilamente las líneas de una mano en las ramblas de Wildwood, tuvo una visión

tan clara que dejó el trabajo aquella misma noche. Era la visión de una risueña joven de diecisiete años con cáncer de ovarios. Un tumor maligno en estado avanzado,

hacia probablemente un mes que estaba fuera del alcance de cualquier remedio humano.

No era la clase de visión de una bonita colegiala de ojos verdes que quiere tener alguien cuyo lema es NO HAY PROBLEMA, TIO .

La visión que tiene ahora es tan clara como la otra, pero mas optimista: los atacantes se han ido, al menos por el momento. No tiene forma de saberlo, pero de

todos modos esta seguro.

En lugar de llamar a Cynthia, se une a ella. Los disparos han abierto la puerta hacia adentro (esta tan doblada que Steve duda que vuelva a cerrarse jamas) y

la brisa que pasa por la rejilla metálica es como una bendición, dulce y fresca en su cara sudorosa. En la casa de al lado los niños siguen llorando, pero los gritos se han acallado, al menos por el momento. Es todo un alivio.

- ¿Dónde esta? - pregunta Cynthia con voz de asombro- . Mire, allí esta su mujer. - Señala el cadáver de Mary, que ahora esta tendido en la calle, lo bastante cerca de la otra acera como para que su pelo flote el canal oeste de desagüe- .

Pero

¿dónde está él? Me refiero a Jackson - Steve señala a través del panel destrozado de la puerta de rejilla.

- Tiene que estar en aquella casa. ¿No ve sus gafas? - Cynthia aguza la vista y luego asiente- . ¿Quién vive allí? - No lo sé. No he estado aquí el tiempo suficiente para...

- La señora Wyler y su sobrino - dice Collie detrás de ellos. Se vuelven y lo ven acucillado, mirando entre sus cuerpos- . El chico es autista, disléxico o catatónico... vamos, una de esas cosas. No se distingue una de otra. El marido de la

señora Wyler murió el año pasado. Jackson debe... debe... de haber... - No se interrumpe, sino que baja la voz gradualmente, sus palabras son cada vez menos audibles,

hasta perderse en el silencio. Cuando vuelve a hablar, su tono sigue bajo y pensativo- : ¿Que demonios.. . ? - ¿Que? - pregunta Cynthia- . ¿Que pasa? - ¿Me toma el pelo? ¿No lo ve? - ¿Si veo que? Veo a la mujer y veo su... - Ahora es su turno de bajar la voz.

Steve va a preguntar que pasa, pero entonces lo comprende todo. Supone que, a pesar de ser un extraño en el barrio, habría caído antes si no lo hubieran distraído el cadáver, las gafas en el camino y su preocupación por la señora Soderon. Sabe lo

que debería hacer al respecto y se ha estado preparando para hacerlo.

Sin embargo ahora se limita a mirar la calle, dejando que sus ojos vaguen desde la tienda al edificio contiguo y de este a la casa donde los niños jugaban con el disco de playa cuando él torció la esquina. Luego mira la casa de enfrente, donde

Jackson debió de esconderse cuando empezó el tiroteo.

Ha habido un cambio allí desde la llegada de las furgonetas con pistoleros.

Es un extraño en el barrio, y no sabe hasta que punto han cambiado las cosas. No conoce la calle, en parte porque el humo del incendio, la niebla que todavía cubre

la calle húmeda da a las casas un aspecto casi fantasmal, como si formaran parte de

un espejismo... pero ha habido un cambio, de eso esta seguro.

En casa de los Wyler, las paredes de cemento ahora son de tronco y donde antes había un ventanal ahora hay varias ventanas mas convencionales, ventanas anticuadas

con postigos. Los paneles verticales de la puerta están cruzados por tablones de madera remachados en forma de "Z". La casa de la izquierda...

- Díganme- dice Collie mirando el mismo edificio- , ¿desde cuando los Reed viven en una cabaña? - ¿Y desde cuando los Geller viven en una hacienda de adobe? -

responde Cynthia mirando la casa siguiente.

- Me están tomando el pelo - dice Steve, y luego añade mas bajo : ¿Verdad?

Ninguno de los dos responde. Parecen hipnotizados.

- No puedo creer lo que estoy viendo - dice por fin Collie con una voz inusualmente vacilante- . Es...

- Una imagen trémula - termina la chica.

Collie se gira hacia ella.

- Si, como se ve algo a través del humo de un incinerador o...

- ¡Que alguien ayude a mi mujer! - grita Gary desde las sombras del salón. Ha encontrado una botella, Steve no alcanza a ver de que, y esta junto a la foto de Hester, una paloma que pintaba con los dedos. Aunque las palomas no tienen dedos,

piensa Steve. Gary se tambalea y sus palabras suenan pastosas- . ¡E alguien ayude a

Mar...el! ¡Ha erdido el bazo! - Tenemos que buscar ayuda para ella - asiente

Collie- . Y...

- Para nosotros - concluye Steve.

Se alegra de que alguien mas parezca consciente de ello. Puede que no tenga que ir solo. El niño de la casa de al lado ha dejado de llorar, pero Steve aun oye a

la niña sollozar entre grandes hipos estrangulados. Maaargrit la Maaarmota, piensa.

Así la llamó su hermano. Margrit la Marmota esta enamorada de Ethan Hawke, dijo.

Steven siente el súbito impulso, tan fuerte como insólito en el, de ir a la casa de al lado a buscar a la niña. De arrodillarse frente a ella, abrazarla y decirle que puede enamorarse de quien quiera, de Ethan Hawke o de Juan de los Palotes. Pero en lugar de hacerlo, mira calle abajo. Por lo visto, la tienda ha conservado su aspecto, el típico estilo de un colmado del siglo XX, mas conocido 65

como Bloque de Cemento en Tonos Pastel o Bodegón con Cubo de Basura. No es hermoso,

ni mucho menos, pero si familiar, y en las presentes circunstancias eso es un alivio. El camión Ryder sigue aparcado delante, el cartel de teléfono publico continua colgado del gancho, el hombre de Marlboro sigue puerta y...

... y la valla para encadenar las bicicletas ha desaparecido.

Bueno, mas que desaparecido, ha sido reemplazada por otra. Por algo que se parece sospechosamente a una de esas barras donde atan los caballos en las películas

del Oeste.

Steve hace un esfuerzo considerable para desviar primero los ojos luego la atención de la barra y girarse hacia Collie, que le dice que ne razón, que todos necesitan ayuda. A juzgar por los gritos, tanto en casa de los Carver como en la del viejo Doc.

- Detrás de las casas de este lado de la calle hay un bosque - dice Ellie- .

En medió hay un camino, que usan sobre todo los críos, pero que yo también suelo

tomar. Detrás de la casa de los Jackson se divide en dos. Una rama va hacia Hyacinth

y sale a la parada de autobús de la avenida Anderson. La otra va hacia el este y

acaba en el otro extremo de la avenida. Si en la avenida Anderson también hay problemas - ¿Por que iba a haberlos? - pregunta Cynthia- . No hemos oído disparos en esa dirección.

Collie la mira con expresión extraña, como si se esforzara por mantener la paciencia.

- Tampoco ha venido ayuda de esa dirección. Y por si no se ha dado cuenta, en esta calle hay cambios que no tienen nada que ver con el tiroteo.

- Ya - dice Cynthia en voz baja.

- Como decía, si en la avenida Anderson hay tanto follón como aquí... Espero que no, pero si fuera así, hay un viaducto que pasa debajo de toda la calle y que quizá llegue mas allá. Podría llegar a la calle principal de Columbus, y allí tiene que haber gente. - Sin embargo, Collie no parece demasiado convencido.

- Iré con usted - dice Steve.

Al policía le sorprende su ofrecimiento, pero de todos modos se toma unos segundos para pensar.

- ¿Cree que seria buena idea? - Sí. Creo que los malos se han ido, al menos por el momento.

- ¿Que le hace pensar eso? Steve, que no tiene la menor intención de mencionar su breve carrera como adivino ambulante, responde que es sólo un palpito.

En el preciso momento en que moría Kirsten Carver, Johnny pensó en su agente literario, Bill Harris, y en su reacción al ver la calle Popler el mas puro, genuino horror. Como buen agente literario, había conseguido mantener una sonrisa neutral,

aunque algo acartonada, en el viaje desde el aeropuerto, pero la sonrisa comenzó a

borrarse en cuando entraron en el barrio (LA COMUNIDAD FELIZ DE OHIO, se proclamaba

en el cartel del cruce) y desapareció por completo cuando el cliente, que alguna vez

había sido comparado con John Steinbeck, Clair Lewis y (después de Placer) Vladimir

Nabokov, torció por el camino particular de una casa pequeña y perfectamente anónima, situada en la esquina de las calles Poplar y Bear. Bill había mirado con una especie de aturdida incredulidad el regador automático, la puerta de reja con una <<M>> gótica en el centro y el símbolo por excelencia de barrios de las afueras,

un cortacésped manchado de hierba situado e camino como un dios de la gasolina que

espera ser venerado. Luego Bill había mirado a un niño que patinaba en la acera de

enfrente con cascos de un walkman en la cabeza, un helado de la tienda de Milly derritiéndose en sus manos y una estúpida sonrisa de felicidad en su cara acneica.

Esto había ocurrido seis años antes, en el verano de 1990 cuando Bill Harris, celebre agente literario, volvió a mirar a Johnny la sonrisa había desaparecido.

No puedes hablar en serio, había dicho Bill con voz apagada, incrédula. Claro que si, Bill, había respondido Johnny, y algo había convencido a Bill, porque cuando

este volvió a hablar su voz pasó de la incredulidad a la queja. Pero ¿por que?

¿Por

que?, ha preguntado. ¡Cielo santo!, ¿por que aquí? Acabo de llegar y ya tengo la

66

sensación de que mi coeficiente intelectual ha empezado a bajar en picado. Siento la

imperiosa necesidad de suscribirme al Reader's Digest y de escuchar debates por la

radio. Así que explícame por que. Creo que me lo debes. Primero ese maldito

detective del cuento y ahora un barrio donde probablemente crean que la macedonia de

frutas es un plato de alta cocina. Explícame que pasa, ¿quieres? Y Johnny se lo

había explicado: Muy bien, todo ha terminado.

No, claro que no. Eso acababa de decirlo Belinda. No Johnny, sino Belinda Josephson. Ahora mismo.

Johnny hizo un esfuerzo para aclararse la mente y echo un vistazo alrededor.

Estaba sentado en el suelo del salón, con una de las manos de Kirsten entre las suyas. La mano estaba fría e inmóvil. Belinda estaba inclinada sobre Kirstie con un paño de cocina en una mano y un cuadrado de tela blanca (Johnny supuso que era una

servilleta) en el hombro, como si fuera un camarero. Belinda no lloraba, pero tenía una expresión de amor y pena en la cara que conmovió a Johnny. Estaba limpiando la

cara ensangrentada de Kirsten con el paño de cocina, revelando lo que quedaba de sus

rasgos.

- ¿ Has dicho que.. . ? - empezó a preguntar Johnny.

- Has oído bien. - Belinda extendió el paño de cocina sin mirarlo y Brad lo cogió. Luego se quitó la servilleta del hombro, la desplegó y cubrió con ella la cara de Kirsten- . Que Dios se apiade de su alma.

- Lo mismo digo - dijo Johnny, hipnotizado por las pequeñas manchas rojas, como semillas de amapola, que empezaban a brotar sobre la servilleta blanca, tres a

un lado de la prominencia que debía corresponder a la nariz de Kirsten, dos al otro lado, y quizá una docena en la frente. Johnny se llevó la mano a su propia frente y se seco el sudor- . Dios mío. Lo siento.

Belinda lo miro primero a el y luego a su marido.

- Supongo que todos lo sentimos, pero lo importante es que hacemos ahora.

Antes de que ninguno de los dos pudiera responder, Cammie Reed salió de la cocina y entro en la habitación. Tenía la cara pálida pero serena.

- ¿Marinville? - Johnny- dijo el aludido.

La mujer necesito unos instantes para darse cuenta de que Johnny le pedía que

lo llamara por su nombre de pila (otro caso típico de pensamiento entorpecido por la

tensión). Cuando por fin lo entendió hizo un gesto afirmativo.

- De acuerdo, Johnny. ¿Ha encontrado la pistola? ¿Y había balas? - Si a las dos cosas.

- ¿Me la da? ¿Los chicos quieren ir a buscar ayuda? Lo he pensado y he decidido darles permiso. Siempre que usted les deje llevar la pistola de David, claro esta.

- No tengo ningún inconveniente en darles el arma - dijo Johnny sin saber si decía la verdad- , pero ¿no cree que puede ser muy peligroso? La mujer lo miro de igual a igual, sin indicios de impaciencia en los ojos o en su voz, pero mientras respondía se toco una mancha de sangre en la blusa, un recuerdo de la hemorragia

nasal de Ellen Carver - Soy perfectamente consciente del peligro que corren, y si fueran a salir a la calle, les diría que no. Pero los muchachos conocen bien el sendero en la zona verde que esta detrás de las casas de este lado. Por él podrán llegar a la avenida Anderson. Allí hay un edificio desalojado, un antiguo almacén de una compañía de mudanzas...

- Hermanos Veedón - dijo Brad con un gesto de asentimiento.

- ... y un viaducto que pasa por detrás del terreno y llega hasta la calle principal de Columbus, donde se vacía en el arroyo. Quizá pueda encontrar un teléfono que funcione y llamar a la policía.

- ¿Alguno de sus hijos sabe usar un arma, Cam? - preguntó Brad. Otra mirada de igual a igual, como si aquella pregunta hubiera un insulto a su inteligencia.

- Los dos hicieron un cursillo de seguridad ciudadana con su padre hace dos años. Estaba centrado sobre todo en rifles y armas de caza, pero también aprendieron a usar una pistola.

67

- Si Jim y Dave conocen ese camino, es probable que también la conozcan los

pistoleros - dijo Johnny- . ¿Lo ha pensado? - Si. - Aparecieron las primeras señales de impaciencia en la voz de Cammie, pero de todos modos Johnny admira su

dominio de sí misma- . Pero esos... locos... son extraños. Tienen que serlo. ¿Habían

visto alguna de esas furgonetas antes? Puede que sí, pensó Johnny. No se exactamente donde, pero si de)aran pensar un rato... - No, pero creo... - comenzó Brad.

- Nos mudamos aquí en 1982, cuando los mellizos tenían tres años - dijo Cammie- . Dicen que hay un camino que nadie conoce o usa, excepto los niños del

barrio. También dicen que hay un viaducto, y yo les creo.

Claro, pensó Johnny, pero eso es secundario. Como también lo es la esperanza de que traigan ayuda. Usted solo quiere que salgan de aquí, ¿no es cierto? Seguro

que sí, y no la culpo.

- Johnny - añadió la mujer, quizá tomando su silencio como una negativa- , no hace tanto tiempo que chicos apenas un poco mayores que mis hijos iban a combatir a

Vietnam.

- Y algunos incluso más jóvenes - dijo Johnny- . Yo estuve allí y los vi. - Se levanto, saco la pistola de la cintura del pantalón con una mano y la caja de cartuchos del bolsillo de la camisa con la otra- . No me importaría darle esto a sus hijos, pero me gustaría acompañarlos.

Cammie miro la barriga de Johnny, no tan voluminosa como la de Brad, pero aun así bastante considerable. No le preguntó por que quería ir, ni si creía que su presencia serviría de algo. Al menos por el momento, su mente razonaba con absoluta

frialdad.

- Los muchachos juegan al fútbol y participan en carreras atléticas todas las primaveras. ¿Podrá seguirles la marcha? - No en una maratón ni en una carrera

olímpica, por supuesto - respondió- . Pero creo que podré seguirlos por un camino en

el bosque y por el viaducto.

- Es absurdo - dijo Belinda con brusquedad. No hablaba con Johnny, sino con Cammie- . ¿Cree que si funcionara algún teléfono en los alrededores de la calle Poplar todavía estaríamos aquí sentados, con varios muertos en la puerta y una casa

en llamas en la acera de enfrente? Cammie la miro, volvió a tocarse la mancha de sangre en la blusa, y miro otra vez a Johnny. A su espalda, Ellie los espiaba por la puerta de la sala. Los ojos de la niña estaban desorbitados de pena y temor y tenía

la boca y la barbilla manchadas de sangre.

- Si los muchachos creen que pueden conseguirlo, yo también lo creo - respondió Cammie haciendo caso omiso de la pregunta de Belinda. Era evidente que no

tenía ningún interés en hacer especulaciones. Quizá mas tarde, pero no ahora. Lo único que le importaba en ese momento era apostar por sus hijos mientras la suerte

estuviera a su favor. Apostar por sus hijos y conseguir que salieran de allí.

- De acuerdo - dijo Johnny. Le entrego la pistola y las municiones y se dirigió a la cocina. Los mellizos eran buenos chicos, y eso era una gran cosa. Unos

chicos que habían sido programados para hacer nueve de cada diez veces lo que querían los adultos, y en las actuales circunstancias, eso era aun mejor. Mientras caminaba hacia la cocina, Johnny palpo el objeto que se había guardado en el bolsillo delantero izquierdo del pantalón- . Pero antes de irnos, es importante que hablemos con alguien. Es muy importante.

- ¿Con quien? - preguntó Cammie. I

Johnny cogió a Ellen Carver en brazos. La abrazo, le beso una mejilla manchada de sangre y se alegró al ver que la niña se cogía con fuerza de su cuello. Era imposible comprar un abrazo como ese.

- Con Ralphie Carver- dijo llevando a Ellie de nuevo a la cocina.

De hecho, Tom Billingsley tenía un par de armas en la casa, pero primero busco una camiseta para Collie. No era ninguna maravilla, solo una vieja camiseta de los Browns de Cleveland con un agujero en una axila, pero era de la talla supergrande, y

mejor internarse en el camino del bosque con eso que con el torso desnudo. Collie
68

había tomado aquel camino muchas veces con la frecuencia suficiente para saber que estaba flanqueado por moreras y otros arbustos espinosos.

- Gracias - dijo poniéndose la camiseta mientras el viejo Doc los conducía al otro lado de la mesa de pimpón al fondo del sótano.

- De nada - respondió Billingsley mientras tiraba del cordel que encendía las luces fluorescentes- . Ni siquiera recuerdo de donde salió. Yo siempre he sido un forofo de los Bengals.

En un rincón, junto a la mesa de pimpon, había un revoltijo de utensilios de pesca, unos cuantos chalecos de caza anaranjados, y un arco sin cuerda. El viejo Doc

se agacho con una mueca de dolor, aparto los chalecos y retiro una manta doblada y

atada con un cordel. En el interior había cuatro rifles, aunque dos de ellos estaban desmontados. Billingsley levanto los dos enteros. - Esto servirá - dijo.

Collie cogió el de calibre 30, que probablemente era mas adecuado para una ronda por el bosque que su pistola reglamentaria (y que despertaría menos sospechas

si se veía obligado a dispararlo). Ames se quedo con el arma mas pequeña, una Mossberg.

- Solo dispara balas del veintidós - dijo Doc con tono culpable mientras buscaba en el armario situado junto al contador de la luz. Saco un par de cajas de municiones y las puso sobre la mesa de pimpon- . Pero de todos modos es un arma

excelente. Tiene sitio para nueve balas en la recamara. ¿Que le parece? Ames le dedico una sonrisa de oreja a oreja que Collie encontró encantadora.

- Me parece estupendo, vaquero - dijo cogiendo la escopeta. Billingsley dejo escapar una cascada risita de viejo y los condujo otra vez arriba.

Cynthia había puesto una almohada debajo de la cabeza de Marielle, pero esta seguía tendida en el suelo del salón (mas precisamente debajo del cuadro de Daisy,

la perra galesa con vocación para las matemáticas). No se habían atrevido a moverla,

pues Billingsley temía que se le abrieran los puntos. Por suerte seguía viva y - también por fortuna, dadas sus circunstancias- estaba inconsciente. Sin embargo, respiraba con profundos e irregulares resuellos que no sonaban nada saludables a oídos de Collie. Daba la impresión de que en cualquier momento dejaría de respirar.

Su marido, el encantador Gary, estaba sentado en una silla de la cocina que había girado en dirección al salón para mirar a su esposa mientras bebía. Collie vio

que la botella que había encontrado contenía jerez para guisar, y sintió nauseas.

Gary vio (o intuyo) que lo observaba y alzo la vista. Tenia los ojos rojos e hinchados. Irritados. Patéticos. Collie rebusco en el fondo de su corazón y encontró

un poco de compasión por el... aunque no mucha.

- Da pedido er mardito bazo - dijo a Collie con voz pastosa y tono confidencial- . Aidayudala.

Collie reflexiono un instante y tradujo del ebnole's: <<Hay que ayudarla>>.

- Si- dijo- . Encontraremos ayuda.

- Erdio' er mardito bazo. Esa er da nevera.

- Lo se.

Cynthia se unió a ellos.

- Usted era veterinario, ¿verdad, Billingsley? - Este hizo un gesto

afirmativo- . Me lo parecía. Venga conmigo. Quiero enseñarle algo que hay delante de

la puerta de la calle.

- ¿Le parece prudente? - En este momento, sí. Lo que hay ahí fuera... Bueno, será mejor que lo vea con sus propios ojos. - Miró a los demás hombres- . Y ustedes también.

Condujo a Billingsley al otro lado del salón, hasta la puerta que daba a la calle Poplar. Collie miró a Steve, que se encogió de hombros. El policía supuso que

Cynthia quería mostrarle al viejo Doc como habían cambiado las casas de la calle, aunque no sabía que tenía que ver aquello con el hecho de que Billingsley fuera veterinario.

- ;Joder! - dijo a Steve cuando llegaron junto a la puerta- . Han vuelto a la normalidad. ¿O es que todo fue fruto de nuestra imaginación? - Miraba sobre todo la casa de los Geller. Diez minutos antes, cuando él, el hippie y la dependienta habían

69

mirado por aquella misma puerta, podría haber jurado que la casa de los Geller era

una choza de adobe, como las que había en Nuevo México o en Arizona en la época de

los primeros colonos. Ahora estaba revestida con las planchas de aluminio características de Ohio.

- No fue fruto de nuestra imaginación y las cosas no han vuelto a la normalidad dijo Steve- . Al menos, no del todo. Mire eso.

Collie siguió la dirección del dedo de Steve y vio la casa de los Reed. Las modernas planchas de aluminio estaban allí otra vez, reemplazando a los troncos, y

el techo era de tejas de asfalto, en lugar del material que había visto antes (creía

que era tierra). La antena parabólica estaba nuevamente encima del garaje. Pero la casa reposaba sobre toscas planchas de madera, en lugar de cimientos de ladrillo, y todos los postigos estaban cerrados a cal y canto. Además, en las ventanas había troneras, como si los habitantes de la casa esperaran que a las molestas visitas cotidianas de adventistas del Séptimo Día y vendedores de seguros se sumara un ataque de los indios. Collie no habría podido jurarlo, pero tenía la impresión de que la casa de los Reed ni siquiera tenía postigos antes de aquella tarde, y mucho menos postigos con troneras para rifles. - Oh, vamos - dijo Billingsley con el tono de alguien que comienza a creer que lo han pillado en un programa de Objetivo indiscreto- . ¿Esos postes para caballos están realmente enfrente de la casa de Audrey? No, ¿verdad? ¿Que demonios es todo esto? - Olvide ese asunto - dijo Cynthia. Cogió la cara del anciano con las dos manos y la giró para que mirara el cadáver de la mujer de Peter Jackson.

- ¡Dios mío! - dijo Collie.

Había un pájaro enorme posado sobre el muslo desnudo de la mujer, con las garras amarillas clavadas en su piel. El ave ya había dado cuenta de la mayor parte de lo que quedaba de la cara de Mary y ahora estaba excavando un hueco debajo de la barbilla. Collie tuvo un recuerdo fugaz e inoportuno de la noche en que había besado a Kellie Eberhart exactamente en el mismo sitio, en un cine al aire libre de Columbus. La chica le había dicho que si le dejaba marca, su padre los mataría a tiros a los dos.

No se dio cuenta de que había colocado la escopeta en posición de tiro, hasta que Steve le bajó el cañón con la palma de la mano.

- Yo no lo haría, amigo. Mejor no hacer ruido.

Tenía razón, pero... ¡cielos!, no era sólo lo que hacía, sino también lo que era.

- Eerdió er mardito bazo - anunció Gary desde la cocina, como si temiera que lo olvidaran si les daba la mas mínima oportunidad. El viejo Doc no le hizo caso. Había cruzado el salón con la expresión de un hombre que teme ser asesinado en cualquier momento, pero ahora parecía haber olvidado por completo a los pistoleros,

las extrañas furgonetas y las casas mutantes.

- ¡Dios mío! ¡Miren eso! - exclamó fascinado- . Tengo que hacer una foto. Si.

Voy a coger mi cámara...

Comenzó a volverse, pero Cynthia lo cogió de un hombro.

- La cámara puede esperar, señor Billingsley.

El viejo pareció recapacitar y volver a la realidad.

- Supongo que si, pero...

El pájaro se volvió como si los hubiera oído y miró fijamente la casa del veterinario con los ojos inyectados en sangre. Un rastrojo negro oscurecía su cráneo

rosado y su pico era un burdo gancho amarillo.

- ¿Es un gallinazo? - preguntó Cynthia- . ¿O un buitre? - ¿Un gallinazo?, ¿un buitre? - preguntó el viejo Doc, atónito- . Cielos, no. No he visto un pájaro igual en mi vida.

- Querrá decir en Ohio - observó Collie. Sabia perfectamente que Billingsley no había querido decir eso, pero quería oírlo de su boca.

- En ninguna parte.

El hippie miró al pájaro, luego a Billingsley, y por fin al pájaro otra vez.

70

- Entonces ¿que es? ¿Una especie nueva? - ;Y una mierda! Perdone mi lenguaje, señorita, pero se trata de un maldito mutante. - Billingsley miró hipnotizado cómo el pájaro desplegab las alas y las agitaba para ascender sobre la pierna de Mary-

.

Fíjense que grande es el cuerpo y que pequeñas las alas en proporción. ¡A su lado,

una avestruz parecería un milagro de la aerodinámica! Las alas ni tienen la misma

longitud.

- No- respondió Collie- . A mi tampoco me parecen iguales.

- ¿Cómo puede volar? - preguntó Doc- . ¿Cómo demonios puede volar? - No lo se, pero lo hace. - Cynthia señaló las espesas nubes de humo que ocultaban cualquier

vestigio del mundo mas allá de la calle Hyacinth- . Salió volando del humo. Yo lo vi.

- Seguro que si. En ningún momento he pensado que alguien lo subió al cielo en un... en un pájaro móvil y luego lo arrojó al suelo, pero es totalmente incomprendible... - Se interrumpió y miró a la criatura con mayor detenimiento- .

Sin embargo, es lógico que a primera vista lo haya confundido con un buitre. -

Collie pensó que el viejo Doc hablaba mayormente para si, pero de todos modos lo

escuchó con atención- . Se parece un poco a un buitre. Un niño lo dibujaría así.

- ¿Que?- preguntó Cynthia.

- Un niño lo dibujaría así - repitió Billingsley- . Un niño que no tu viera demasiado clara la diferencia entre un buitre y un águila calva.

La sola visión de Ralphie Carver rompió el corazón de Johnny. Jim Reed, cuya solicitud se había trocado en entusiasmo por la misión inminente, lo había dejado solo, y Ralphie estaba de pie entre el horno el refrigerador, con el pulgar en la boca y una mancha húmeda extendiéndose en la parte delantera de sus pantalones

cortos. Su insolencia se había esfumado. Tenía los ojos vidriosos, grandes como platos, y miraba a Johnny con la expresión de un drogadicto.

Johnny se detuvo en la puerta de la cocina y dejó a Ellie en el suelo. La niña no quería soltarse, pero el le apartó las manos de su cuello con suavidad. Los ojos de Ellen también reflejaban horror, pero les faltaba el misericordioso brillo que había en los de su hermano. Mas allá, Kim y Susi Geller estaban sentadas en el suelo, abrazadas. Mamá estará contenta, pensó Johnny recordando cómo pocos momentos

antes Kim se disputaba la posesión de su hija con David Reed. El chico había ganado

la primera batalla, pero ahora tenía cosas más importantes en que pensar; el destino

lo llevaba a la avenida Anderson y a lo desconocido. Sin embargo, allí había dos niños pequeños que habían quedado huérfanos de padre y madre en lo que iba de la

tarde.

- ¿Kim? - dijo - . ¿No podrías ayudar a...? - No - respondió ella. Ni más ni menos, y con absoluta serenidad. Sin una mirada de desafío, sin histerismo en la voz... y sin ningún sentimiento. Tenía un brazo alrededor del cuerpo de su hija y su hija tenía un brazo alrededor del suyo. Muy enterecedor; como una pareja de niñas

abrazadas esperando que pase la tormenta.

Quizá fuera comprensible, pero Johnny se enfureció con ella de todos modos. De repente, Kim encarnaba a todos los que ponían cara de aburrimiento cuando salía el

tema del SIDA, de los niños sin hogar o de la defoliación de los bosques tropicales;

a todos los que pasaban por encima de un hombre o a una mujer que dormía en la calle

sin dirigirles una mirada. Tal como había hecho el mismo alguna que otra vez.

Johnny

imaginó que la cogía por los brazos, la levantaba, le daba media vuelta y le asestaba una rápida patada en su culo de burguesa del Medio Oeste. Puede que así

consiguiera despertarla; y si no lo hacía, al menos él se sentiría mejor.

- No - repitió sintiendo que le latían las sienes con una furia irracional.

- No - ratificó ella con una vaga sonrisa que parecía decir <<celebro que por fin lo entiendas>>. Luego giró la cabeza hacia Susi y comenzó a acariciarle el pelo.

- Ven, preciosa - dijo Belinda a Ellen, agachándose y abriendo los brazos- .

Ven un rato con Bee. - La niña se acercó en silencio, con una patética mueca de dolor en la cara que hacia aun mas insoportable s silencio, y Belinda la abrazó.

71

Los mellizos Reed contemplaban la escena, pero en realidad no la veían.

Estaban de pie junto a la puerta trasera, con los ojos brillantes y aire de nerviosismo. Cammie se aproximó a ellos y los miró con una expresión que en un primer momento Johnny confundió con malhumor. Un instante después comprendió que se

trataba de un terror tan grande que era imposible de disimular.

- Muy bien - dijo por fin, con voz fría y expeditiva- . ¿Quién llevara la pistola? Los muchachos se miraron y Johnny tuvo la impresión de que se comunicaban

mediante un sistema peculiar, rápido pero complejo, la clase de comunicación que sólo puede darse entre mellizos. O quizá se te hayan recalentado los sesos, John.

No

era una idea demasiado descabellada; después de todo, los sentía recalentados.

Jim extendió una mano. Por un instante, a Cammie le tembló el labio superior, pero enseguida recuperó la compostura y le entregó la pistola de David Carver.

Dave

cogió la caja de municiones y la abrió mientras su hermano giraba el cilindro de la 45 y levantaba el arma a la luz, para comprobar que la recamara estuviera vacía, tal

como había hecho John. Tomamos precauciones porque somos conscientes del poder

potencial de un arma para mutilar y matar, pensó Johnny. Pero hay algo mas.

También

sabemos que las armas son malas, demoniacas. Hasta los mayores aficionados a las

armas lo saben.

Dave extendió la palma de la mano, ofreciendo un puñado de municiones a su

hermano. Jim las cogió una a una hasta acabar de cargar la pistola.

- Comportaos como si vuestro padre estuviera con vosotros - dijo Cammie mientras tanto- . Si se os ocurre hacer algo que el no os permitiría, no lo hagáis.

¿Entendido? - Si, mama. - Jim cerró el cilindro de la pistola y luego extendió el arma, con los dedos fuera del gatillo y el cañón apuntando al suelo. Parecía avergonzado por las órdenes de su madre - que hablaba como el comandante en jefe de

una vieja novela de León Uris leyéndole la cartilla a un par de detectives novatosy al mismo tiempo excitado por la misión que se le había encomendado.

Cammie miró al otro mellizo. - ¿David? - Si, mama.

- Si veis personas extrañas en el bosque, volved de inmediato. Eso es lo mas importante. No hagáis preguntas, no respondáis a nada de lo que digan, ni siquiera os acerquéis.

- Pero, mama, si no van armados... - comenzó Jim.

- No hagáis preguntas y no os acerquéis a ellos - repitió Cammie. No subió el tono, pero había algo en su voz que hizo que los dos jóvenes retrocedieran unos pasos. Algo que zanjaba la cuestión.

- Suponga que ven policías, señora Reed - dijo Brad- . Quizá hayan decidido que el bosque es el mejor camino para acercarse a la calle.

- Será mas seguro mantenerse a distancia - dijo Johnny- . Si hay policías seguramente estarán... bueno, nerviosos. Y un policía nervioso puede herir a personas inocentes. No lo harían adrede, por supuesto, pero es mejor actuar con prudencia. Evitar accidentes.

- ¿Vendrá con nosotros, señor Marinville? - preguntó Jim.

- Si.

Aunque ninguno de los dos chicos dijo nada, a Johnny le alegró ver una expresión de alivio en sus ojos.

Cammie dirigió una mirada reprobadora a Johnny , como si dijera <<¿ha terminado?, ¿puedo continuar?>>- y siguió con sus instrucciones: - Id a la avenida

Anderson. Si allí no hay problemas... - vaciló un momento, como si tomara conciencia

de lo improbable que era eso- , pedid permiso para usar un teléfono y llamad a la policía. Pero si la avenida Anderson esta como esta calle, o si las cosas parecen ligeramente... bueno...

- Liadas - dijo Johnny. En Vietnam los soldados tenían tantas palabras para describir esa clase de intuiciones como los indios para las variaciones del tiempo, y era curioso cómo volvían a su mente en ese momento, encendiéndose como carteles

luminosos en una habitación oscura: liadas, torcidas, podridas, pachuchas. Si, de repente recuerdo todo muy bien. Pronto me atare un pañuelo al cuello para evitar el

sudor y dirigiré la expedición dando gritos de guerra.

72

Cammie seguía mirando a sus hijos y Johnny deseó que se diera prisa. Los mellizos continuaban mirándola con respeto (y un poco de miedo), pero cualquier cosa

que les dijera a partir de ese momento les entraría por un oído y les saldría por el otro.

193 - Si veis algo raro en la avenida Anderson, coged ese viaducto que conocéis. Cruzad hasta la calle principal de Columbus y llamad a la policía. Explicadles lo que ocurre aquí. ¡Y no se os ocurra volver a la calle Poplar! - Pero, mama... - empezó Jim.

Cammie se puso de puntillas, extendió una mano y le apretó los labios, sin hacerle daño, pero con firmeza. Johnny la imaginó haciendo lo mismo cuando los mellizos tenían diez años menos, aunque entonces tendría que haberse agachado.

- Deja los peros para otra ocasión - dijo- . Esta vez haréis exactamente lo que yo diga. Buscad un sitio seguro, llamad a la policía y luego manteneos al margen

de toda esta locura, ¿de acuerdo? Los muchachos asintieron. Su madre respondió con

un gesto afirmativo y soltó los labios de Jim. El muchacho sonreía avergonzado - que

vamos a hacer si mi madre es así- y estaba ruborizado hasta las orejas. Sin embargo, sabía que no debía rebelarse.

- Y tened cuidado - concluyó Cammie. Johnny vio algo en sus ojos, quizá el impulso de besarlos o quizá impaciencia porque se marcharan antes de que perdiera la compostura. Pero la expresión se desvaneció enseguida.

- ¿Preparado, Marinville? - preguntó Dave, que miraba con envidia la pistola de su hermano. Johnny sospechó que cuando hubieran recorrido un trecho del bosque le pediría permiso para llevarla un rato.

- Un segundo - dijo y se arrodilló delante de Ralphie.

El pequeño retrocedió hasta chocar con la pared y lo miró por encima del pulgar. Allí abajo, a la altura de Ralphie, el olor a orina y a miedo era tan fuerte que le pareció volver a estar en la jungla.

Johnny sacó del bolsillo la figura que había encontrado en el pasillo de la planta alta: el alienígena de ojos grandes, boca de cuerno y un penacho de pelo amarillo en el centro de la cabeza calva. Se lo enseñó a Ralphie.

- ¿Que es esto, pequeño? Al principio pensó que el niño no iba a responder. Pero luego el niño estiró la mano libre, sin quitarse la otra de la boca, y cogió el muñeco. Por primera vez desde el comienzo del tiroteo Johnny vio una chispa de vida en su rostro.

- Es el comandante Pike- respondió. - ¿Ah, sí? - Sí. Es un canopaliano. -

Pronunció esta última palabra con cuidado y orgullo- . Eso significa que es un nanielígena, pero un nanielígena bueno. No como Sinrostro. - Hizo una pausa- . A veces conduce el Supercarro de Bounty. El comandante Pike no estaba con ellos,

¿verdad? Los ojos de Ralphie se llenaron de lagrimas y Johnny recordó una anécdota

celebre entre los niños de su generación, sobre un escándalo ocurrido durante un partido de béisbol en 1919. Al parecer, un niño lloroso se había acercado al jugador Joe Jackson y le había suplicado que le dijera que la bola había sido buena. Y aunque Johnny había visto a aquel monstruo, o a alguien usando una máscara del monstruo, negó con la cabeza y tranquilizó a Ralphie con una palmadita en el hombro.

- ¿El comandante Pike es un personaje de una película o de una serie de televisión? - preguntó Johnny, aunque ya sabía la respuesta. Las piezas comenzaban a

encajar, y quizá deberían haberlo hecho mucho antes. En los últimos años había dado

muchas clases en colegios donde los adultos habrían tenido que agacharse para beber

de la fuente de la sabiduría, había leído sus libros en bibliotecas donde las sillas tenían apenas noventa centímetros de altura. Escuchaba sus conversaciones, pero

nunca había mirado sus series o películas favoritas en el cine o en la tele. Tenía la impresión de que esa clase de investigación obstaculizaría su trabajo, en lugar de facilitararlo. Aunque estaba muy lejos de saberlo todo sobre el mundo de los niños

y aun tenía un montón de dudas, empezaba a creer que podía haber una explicación

para aquella locura- . ¿Ralphie? - De una serie de dibujos animados - dijo Ralphie con el pulgar en la boca. Seguía observando con atención al comandante Pike, tal como Johnny habla hecho antes- . Es uno de los MotoKops.

73

- ¿Y que es la Carroza de los Sueños, Ralphie? - Señor Marinville, tendríamos que... - comenzó Dave.

- Dale un minuto, hijo - dijo Brad.

Johnny no había apartado los ojos de Ralphie.

- ¿La Carroza de los Sueños? - Es el Supercarro de Cassie - dijo Ralphie- .

De Cassie Styles. Yo creo que es la novia del coronel Henry. Mi amigo Jason dice que

no, porque los MotoKops no tienen novia, pero yo creo que si. ¿Que hacen los Supercarros en la calle Poplar, señor Marinville? - No lo se, Ralphie. - Aunque comenzaba a sospecharlo.

- ¿Por que son tan grandes? Y si son buenos, ¿por que han disparado a mi papa y a mi mama? Ralphie arrojó al comandante Pike al suelo y le propinó una patada, arrojándolo al otro extremo de la habitación. Luego se cubrió la cara con las manos

y rompió a llorar. Cammie Reed se dirigió a el, pero antes de que pudiera llegar a su lado, Ellen Carver se soltó de los brazos de Belinda y abrazó a su hermano.

- Tranquilo, Ralphie, tranquilo - dijo- . Yo cuidare de ti.

- Genial - dijo el pequeño entre sollozos. Johnny se llevó una mano a la boca y apretó con fuerza suficiente para hacer sangrar los labios. Era la única forma de reprimir una carcajada histérica y demencial.

<<Si son buenos, ¿por que han disparado a mi papá y a mi mamá?>> - Vamos, muchachos- dijo a los mellizos Reed mientras se incorporaba- . Salgamos a explorar.

El sol comenzaba a ponerse sobre la calle Poplar. Aun era demasiado pronto, pero el sol no parecía hacer caso de la hora. Brillaba sobre el horizonte oeste como

un maléfico ojo púrpura que trocaba en fuego los charcos de la calle, los caminos particulares y los zaguanes. Convirtió en brasas los cristales esparcidos sobre la acera, y en cuencas rojas los ojos del falso buitre, que acababa de levantar vuelo con sus improbables alas y se alejaba del cuerpo de Mary Jackson en dirección al jardín de los Carver. El ave se posó allí y paseó la vista entre el cuerpo de David Carver y el de la amiga de Susi Geller. No sabia por dónde empezar: era mucha comida

para tan poco tiempo. Por fin escogió al padre de Ellen y Ralphie y se acercó a el

dando saltos torpes. Una de sus patas amarillas tenía cinco garras; la otra, sólo dos.

Al otro lado de la calle, en casa de los Wyler, entre la peste a suciedad, hamburguesas rancias y sopa de tomate, la tele sonaba a toda pastilla. Era la primera escena en la taberna de Los vigilantes.

- Tienes razón, preciosa - decía Rory Calhoun con un dejo lascivo y astuto, como si en realidad quisiera decir: <<Antes de que termine esta mierda de culebrón,

voy a comerte entera como si fueras un helado, bomboncito, y tu lo sabes tan bien como yo>>- . ¿Por que no te sientas y tomas algo? Tal vez me des suerte.

- Yo no bebo con canallas - respondió Karen Steele, y todos los hombres de Rory (excepto los que estaban escondidos en las afueras de la ciudad, desde luego) rieron a carcajadas.

- ¡Vaya! Eres un pequeño volcán- dijo Rory Calhoun con absoluta serenidad y sus hombres volvieron a reír.

- ¿Quieres cortezas de trigo, Pete? - preguntó Tak con la voz de Lucas McCain, el protagonista del Hombre del rifle.

Peter Jackson, sentado en frente del televisor, no respondió. Sonreía de oreja a oreja. De vez en cuando, las sombras que danzaban sobre su cara hacían que su

sonrisa pareciera una silenciosa mueca de grito, pero no; era una sonrisa.

- Debería probarlos, pa - dijo ahora Tak con la voz casi adolescente de Johnny Crawford, que interpretaba al hijo de Lucas- . Son estupendas. Vamos, señor Jackson,

arriba, al centro ;y adentro! El niño agitó las cortezas con sus sucias manos delante de la cara de Peter Jackson, pero Peter no le hizo el menor caso. Miraba al

televisor, a través del televisor, con los ojos tan desorbitados como los de esos peces exóticos de las profundidades marinas que han sufrido descompresión a consecuencia de una explosión submarina. Y seguía sonriendo.

- Parece que no tiene hambre, pa.

74

- Yo creo que si, hijo, que tiene un hambre voraz. Tienes hambre, ¿verdad Pete? Sólo necesita una ayudita, eso es todo. Así que ¡coge las malditas cortezas! Se oyó una especie de zumbido y apareció una raya de interferencia en la pantalla del televisor, donde Rory Calhoun intentaba besar a Karen Steele. Ella lo abofeteó,

haciéndole caer el sombrero. La sonrisa burlona y lasciva de Rory se borró de su cara. Nadie, ni siquiera una mujer, podía quitarle el sombrero a Jeb Murdock y quedar impune.

Peter levantó despacio la bolsa de cortezas. Sin embargo, pasó por encima de la incansable boca risueña y comenzó a aplastarlas contra su nariz, rompiéndolas, metiéndose algunos de los trozos mas pequeños en los orificios nasales. Sus ojos desorbitados no se apartaron de la pantalla.

- Demasiado alto, señor Jackson - dijo la severa voz de Hoss Cartwright. Hoss era uno de los favoritos de Seth antes de que Tak se le metiera dentro de el, así que ahora también era uno de los favoritos Tak. Se amoldaban así, como una mano y un

guante- . Probemos o vez, ¿de acuerdo? La mano descendió despacio y a trompicones,

como un montacarga a gas. Esta vez las cortezas entraron en la boca de Peter, que

comenzó a masticar mecánicamente. Tak sonrió con la boca de Seth. Espera que a Peter

le gustaran las cortezas (a su manera, también tenía sentimientos, aunque ninguno de

ellos precisamente humanos), porque iban a ser su ultima comida. Ya le había extraído una importante cantidad de fuerza vital, la suficiente para reemplazar la energía perdida durante la tarde y un poco más- . Se preparaba para el próximo paso.

Se preparaba para la noche.

Peter masticaba y masticaba. Algunos trozos de cortezas caían las comisuras de su boca sonriente y aterrizaban en la camiseta estampada con la cara del señor Sonrisas. Sus ojos, tan desorbitados que parecían suspendidos sobre las mejillas, temblaban con el movimiento de las mandíbulas. El izquierdo había estallado como una uva aplastada cuando Tak invadió su mente y se apoderó de la mayor parte ella - la parte útil- , pero aun podía ver un poco por el derecho. Lo suficiente para cumplir con su tarea sin ayuda. Pero eso sería cuando motor se pusiera en marcha otra vez.

- ¿Peter? ¿Puedes oírme, muchacho? - Tak hablaba ahora con el remilgado acento británico de Andrew Case, el jefe de Peter. Era una buena imitación, como todas las que hacia Tak. Quizá no tan buena como las imitaciones de westerns y series de la tele, para las que tenía mucha mas practica, pero así y todo no estaba nada mal. Había descubierto que la voz de la autoridad hacia maravillas, incluso en los casos de lesiones cerebrales en grado terminal. Una ligera chispa de vida cruzó la cara de Peter, que se giró y vio a Andrew C. vestido con una elegante chaqueta a cuadros, en lugar de a Seth Garin con un par de calzoncillos de los MotoKops, decorados con manchas rojizas de salsa de tomate.

- Ahora quiero que cruces la calle y te metas en el bosque. No te preocupes, no tendrás que ir hasta la casa de la abuelita. Sólo al camino. ¿Conoces el camino del bosque? Peter negó con la cabeza. Sus ojos saltones temblaron sobre el tenso y payasesco rictus de sus labios.

- No importa, lo encontraras. Es sencillo, muchacho. Cuando llegues al cruce, siéntate allí con tu... amigo.

- Mi amigo - dijo Peter. Mas que una pregunta era una afirmación.

- Exacto.

Peter no conocía al hombre que se uniría a él en el cruce, y de hecho nunca le conocería, pero no tenía sentido darle explicaciones. Por un lado, no le quedaba suficiente inteligencia para entenderlas; por otro, pronto estaría muerto, tan muerto como Herb Wyler. Tan muerto como el hombre del carrito de la compra, con quien pronto se encontraría en el bosque.

- Mi amigo - repitió Peter, esta vez con mayor seguridad.

- Sí. - El británico jefe de departamento se había marchado y Tak volvía a ser John Payne, actuando a lo Gary Cooper-. Será mejor que te des prisa, colega.

- Por el camino hasta el cruce.

- Exactamente.

75

Peter levantó los pies como un viejo muñeco a cuerda con el mecanismo oxidado. Sus globos oculares zangolotearon en la luz trémula y plateada del televisor.

- Será mejor que me des prisa. Y cuando llegue al cruce, me sentare a esperar a mi amigo.

- Perfecto, amigo, ese es el trato. - Otra vez hablaba la voz socarrona de Rory Calhoun-. Tu amigo es un gran muchacho. Podríamos decir que fue el quien empezó todo este asunto. Al menos, el que encendió la chispa. Ahora adelante, socio.

Buen viaje y hasta la próxima.

Peter pasó por debajo de la arcada sin mirar con su ojo moribundo a Audrey, que estaba tendida transversalmente sobre uno de los sillones del salón con los ojos

entreabiertos. Parecía en trance, quizá incluso en estado de coma. Respiraba despacio y con regularidad. Sus piernas largas y bonitas (lo primero que había atraído a Herb cuando ella aun era Audrey Garin), estaban extendidas y Peter estuvo

a punto de chocar con ellas en su sonámbulo viaje hacia la puerta. Cuando abrió la

puerta y la luz crepuscular cayó sobre su sonrisa, esta volvió a parecerse a una

mueca de grito.

Cuando bajaba por el camino, bajo la luz roja que se filtraba como gotas de sangre a través de la columna de humo de la casa de los Hobart, la voz de Rory Calhoun volvió a llenar su mente, lacerándola como si fuera una cuchilla de afeitar: Cierra la puerta, socio. ¿ O acaso has nacido en un granero? Peter puso una mueca de borrachín, volvió atrás e hizo lo que le ordenaban. La puerta estaba entera, intacta. Era la única en toda la casa que no parecía un colador. Peter hizo otra mueca rara (estuvo a punto caerse en el zaguán en el proceso) y se puso en marcha hacia su propia casa, donde subiría por el sendero de la entrada y luego por

el pasillo que conducía al jardín trasero. Allí saltaría la baja valla de alambre y entraría en el bosque. Debía encontrar el camino, encontrar el cruce, encontrar a su amigo y sentarse con él.

Pasó por encima del cadáver de su mujer y se detuvo al oír un aullido en el aire caliente, humeante: Juu, juu, juu... Pese a lo trastornado que estaba, sus brazos se cubrieron de piel de gallina. ¿Que hacia un coyote en Ohio, en las afueras

de Colum... ? Será mejor que te des prisa, colega. Adelante, becerro descarriado. Sintió un dolor horrible, mas fuerte incluso que antes. Gimió a través de la paralizada curva de su sonrisa. Del ojo reventado brotó sangre fresca y se deslizó por la mejilla.

Siguió andando, y cuando oyó otro aullido - esta vez seguido de segundo, un tercero y por fin un cuarto- no reaccionó. Sólo pensó en el camino, en el cruce, en el amigo. Tak registró por ultima vez la mente de Peter (no se entretuvo, pues no quedaba mucho por registrar) y luego se retiró.

Ahora sólo estaban él y la mujer. Sabia por que le había permitido sobrevivir, como el pájaro que vive en las fauces del cocodrilo a salvo de su voracidad porque le limpia los dientes, pero no estaba dispuesto a permitírsele mucho tiempo más. En

muchos sentidos, el niño era el anfitrión ideal, quizá el único en el que habría

podido vivir y crecer durante tanto tiempo, pero, paradójicamente, tenía una desventaja: el cuerpo del pequeño no podía llevar a cabo todo lo que Tak concebía, deseaba. Si quería, podía vestir a la mujer a su gusto, teñirle el pelo, desnudarla, obligarla a pellizcarse los pezones y otras tantas cosas pueriles. Pero no era eso lo que deseaba. Lo que de verdad quería era copular con ella, y eso era imposible. En ciertas ocasiones creyó posible algún tipo de acoplamiento, a pesar de la inmadurez de su anfitrión... pero Seth seguía allí, y cuando lo había intentado, se lo había impedido. Tak podría haberlo desafiado y seguramente habría ganado, pero no le había parecido prudente. Al fin y al cabo, no había salido de su oscuro escondite en Nevada, después de varios milenios de reclusión, para tener relaciones sexuales con una mujer mucho mas joven que el y mucho mayor que su anfitrión. ¿Y para que había salido? Bueno... a divertirse. Y... A mirar la tele, murmuró una voz en lo mas profundo de su mente. A mirar la tele, a comer espaguetis y a fabricar. A hacer.

76

- ¿Quiere ponerme a prueba, sheriff ? - preguntó Rory Calhoun y los ojos de Tak volvieron a la pantalla del televisor. Era probable que algunos de los otros anduvieran en el bosque. Si hubiera querido, podría haberse asegurado de ello, pero no lo hizo. Que se internaran en el bosque si les daba la gana. Lo que encontrarían allí no les gustaría nada. Además, ¿adónde podían ir? Atrás, sólo atrás. De vuelta a las casas. En realidad, no existía otro sitio. Mientras tanto, el ahorraría energía. Se relajaría y vería la tele. Pronto sería la hora de hacer caer la noche.

- ¿ Por que no nos tranquilizamos y discutimos este asunto ? - preguntó John Payne, y Sethy Tak volvieron a unirse. Loswesterns, y en particular este, siempre

les unían. Tak se inclinó hacia delante, sin apartar los ojos de la pantalla, y cogió un cuenco lleno de una pastosa mezcla de espaguetis y hamburguesas. Empezó a comer con la vista fija en la tele, sin hacer caso a los trozos de carne que caían sobre su pecho y aterrizaban en su regazo. Pronto comenzaría el tiroteo final; otra vez KA- PU y KA- BAM . Seth se dejó absorber por la historia y por las trémulas imágenes en blanco y negro, regodeándose en la atmósfera de violencia, tan poderosa y electrificante como el aire antes de una tormenta.

Mientras miraba la pantalla, hipnotizado, Seth Garin se separó de Tak y se alejó de él con el mismo cuidado que el pequeño Juan del cuento, cuando intenta burlar al gigante dormido. Echó un vistazo a la tele y comprobó que, al margen de lo que pensara Tak, ya no disfrutaba con los vigilantes. Se volvió, halló uno de los pasadizos secretos que había construido durante el reinado de Tak, y desapareció en silencio. Cuanto más se adentraba en la profundidad de su mente, el pasadizo lo conducía más abajo. Al principio caminaba, pero por fin echó a correr. No entendía aquel mundo interior más que el exterior. Sólo esperaba ser capaz de reconocer lo que buscaba cuando lo encontrara.

De Los vigilantes, guión original de Craig Goodis y Quenti Woolrich:

EXT. CALLE PRINCIPAL. DÍA El SHERIFF STREETER mira al AGENTE LAINE levantar a

CANDY. Detrás de ellos, en el edificio de adobe donde está la lavandería china un grupo de trabajadores chinos espían desde el portal, donde están apiñados.

CANDY: ¿Que miráis con vuestros asquerosos ojos rasgados? Esta vez no retroceden.

TRABAJADOR CHINO: ¡Eh, amigo! Ahola sus lopus necesitan un buen lavado.

Los demás chinos rien. Hasta STREETER esboza una pequeña sonrisa. CANDY parece

confundido. No puede creer que STREETER lo haya vencido en una pelea justa. No puede

creer que esos malditos chinos se rían de él, no puede creer nada de lo que pasa.

STREETER: Será mejor que entréis, muchachos. - Los trabajadores de la lavandería vuelven dentro, pero miran por las ventanas- . (A Laine) Asegúrate de que

coja su sombrero, Josh. No quiero que vaya a la cárcel sin su sombrero.

LAINÉ sonríe y recoge el sombrero de CANDY. Es un sombrero de la caballería, que cayó de la cabeza de CANDY cuando STREETER lo empujó contra la empalizada de los

caballos. Ahora, con una sonrisa de oreja a oreja, el AGENTE LAINÉ lo planta sobre

la cabeza del bandolero vencido. Hay una polvareda.

LAINE: Vamos, capitán. Le he reservado la mejor tienda del campamento. Ya lo vera.

CONTINUA LA ESCENA. CALLE Empuja al aturdido y derrotado CANDY hacia la cárcel. El SHERIFF STREETER los mira con una sonrisa. No se da cuenta de que se

abren las puertas basculantes de la taberna Lady Day y sale el MAYOR MURDOCK. Por

una vez, MURDOCK no luce su característica sonrisa.

MURDOCK: ¿Cree que meter en la cárcel a CANDY es la solución para sus problemas, sheriff? STREETER se vuelve. MURDOCK se aparta la polvorienta chaqueta

de la caballería, dejando al descubierto la empuñadura de su Colt.

STREETER (sonriendo): Parece que acabo de detener al primer fantasma. ¿Dónde

se esconde el resto de sus vigilantes? ¿En el cañón de Desatoya? ¿Va a decírmelo por

fin? MURDOCK: Esta mas loco que un zorro con UI picadura de serpiente.

STREETER: ¿De veras? Ya veremos. Supongo que esta noche no habría jinetes

*fantasmas, ya que el capitán Candell no podrá entregarles las sábanas. (Siempre
77*

*sonriente, se vuelve hacia la cárcel.) MURDOCK: Suponga que le digo que los
vigilantes están mucho más cerca que la montaña Desatoya o Skate Rock.
Suponga que
le digo que están en las afueras del pueblo, esperando el primer disparo. ¿,Que le
parecería, maldito yanqui?*

*STREETER: Me parecería muy bien. (Mira hacia arriba, se lleva los dedos a la
boca y silba.)*

*EXT. TECHOS DE LA CALLE PRINCIPAL, CALLE Aparecen HOMBRES detrás
de todos*

*los carteles, chimeneas y fachadas. Son los mismos HOMBRES DEL PUEBLO
que antes*

estaban aterrorizados, pero ahora llevan rifles y tienen un aspecto amenazador.

*Están en la lavandería china, en el almacén El Buho, en la tienda de Worrell e
incluso en la funeraria de Craven. Entre ellos vemos al PASTOR YEOMAN y al
ABOGADO*

*BRADLEY. YEOMAN, que ya no cree que los vigilantes sean seres sobrenaturales
dispuestos a castigar al pueblo por sus pecados, levanta una mano para saludar al
SHERIFF.*

*OTRA VEZ CALLE PRINCIPAL, CON STREETER Y MURDOCK STREETER
devuelve el saludo*

*de YEOMAN, y se vuelve a MURDOCK, que está furioso y confundido. ¡Una
combinación*

peligrosa! STREETER: Si, tráigalos si quiere.

*La cara de MURDOCK se tensa. Baja la mano hasta rozar la empuñadura de la
Colt. Ninguno de los dos ve a LAURA, que sale corriendo de la taberna, detrás de
MURDOCK. Lleva un vestido de lentejuelas y empuña una pistola DERRINGER.*

*MURDOCK: ¿,Quiere ponerme a prueba, sheriff? STREETER: ¿Por que no nos
tranquilizamos un poco y discutimos este asunto con calma? (Pero sabe que es*

demasiado tarde, que ha llegado demasiado lejos; baja la mano hasta la empuñadura de

su arma.) MURDOCK: El tiempo de las palabras se ha terminado, sheriff.

STREETER: Muy bien, si eso es lo que quiere. . .

MURDOCK: Si usted hubiera permanecido al margen, no habría habido heridos.

STREETER: Aquí no hacemos las cosas de ese modo. Nosotros...

CONTINUA. CALLE STREETER (ve a Laura): ¡Laura, no! Mientras esta distraído, MURDOCK desenfunda su pistola. LAURA se interpone entre los dos hombres, apuntando a

MURDOCK con su DERRINGER. Aprieta el gatillo, pero sólo se oye un chasquido. ¡Ha

fallado! Una décima de segundo después, MURDOCK dispara su Colt de la caballería, y

la bala destinada a MURDOCK derriba a LAURA. La mujer cae al suelo.

EXT. TEJADOS Los CIUDADANOS levantan las armas para disparar.

OTRA VEZ CALLE PRINCIPAL, DELANTE DE LA TABERNA MURDOCK intuye lo que va a

ocurrir y se refugia en la taberna Lady Day. STREETER le dispara un par de veces,

luego corre hacia LAURA y se arrodilla a su lado. LA ESCENA CONTINUA FLIP MORAN, el

mozo de cuadra, dispara una salva. Un par de CIUDADANOS lo imitan, pero, afortunadamente, solo un par.

OTRA VEZ CALLE PRINCIPAL, FRENTE AL SALON Una bala pasa rozando las puertas

basculantes, astillando la madera.

STREETER: ¡No disparen! ¡Se ha ido! OTRA VEZ TEJADOS Los hombres bajan las

armas. FLIP MORAN parece confuso y avergonzado de si mismo.

EXT. STREETER Y LAURA, PRIMER PLANO La expresión dura del SHERIFF ha

*desaparecido de su rostro. Mira a la BAILARINA MORIBUNDA y se da cuenta de
ql; la
ama.*

*STREETER: Laura! LAURA (tosiendo): La pistola... errado el tiro... Siempre
me dijiste que... no confiara... en una pistola escondida. . . La tos le impide
continuar.*

STREETER: No hables. Mandare a Joe Prudum a buscar al med...

*LAURA (tosiendo): Demasiado... demasiado tarde. ¡Abráceme! STREETER lo
hace.*

Ella lo mira con curiosidad.

*LAURA: ¿Por que... llora, sheriff? EXT. PARTE TRASERA DEL LADY DAY
MURDOCK*

sale corriendo. El SARGENTO MATHIS sigue allí con los caballos.

SARGENTO: ¿,Que ha pasado? He oído disparos.

*MURDOCK (montándose al caballo): No importa. Es hora de ir a buscar a los
muchachos.*

78

*SARGENTO: ¿Quiere decir que...? 209 De repente, MURDOCK parece loco. Sus
ojos*

*brillan y sus labios dibujan una mueca similar a una sonrisa. Es la sonrisa de un
ANIMAL acorralado.*

*MURDOCK: ¡Vamos a borrar del mapa a este pueblo! Giran los caballos y galopan
al encuentro de los demas vigilantes.*

FUNDIDO ENCADENADO ABRIENDO A: 210

Steve y Collie no tuvieron necesidad de saltar la valla del jardín de Doc.

Había una aldaba, aunque para poder usarla tuvieron que arrancar un montón de
ramas

de hiedra enredadas entre las rejas. Solo hablaron un par de veces antes de llegar
al camino. La primera vez, lo hizo Steve. Echo un vistazo a los arboles, casi todos
pequeños y esmirriados, casi espectrales con el murmullo de las gotas de lluvia

cayendo de sus hojas; preguntó: - ¿Son álamos? Collie, que acababa de abrirse paso

con dificultad entre un grupo de arbustos espinosos particularmente intrincados, se volvió a mirarlo: - ¿Que dice? - Le preguntaba si estos arboles son álamos. Como venimos de la calle Poplar...! - Ah. - Collie miro alrededor con aire dubitativo, cambió la escopeta de mano y se paso un brazo por la frente. Hacía mucho calor en el

bosque- . Con franqueza, no se si son álamos, pinos o eucaliptus. La botánica nunca

fue lo mío. Ese tan enjuto de ahí es un abedul, y eso es todo lo que se del tema. - Dicho esto, continuo avanzando.

Cinco minutos mas tarde, cuando Steve comenzaba a preguntarse si de verdad había un camino en el bosque o todo había sido una fantasía, Collie se detuvo. Miro

detrás de Steve con una expresión tan vehemente que el propio Steve se volvió a mirar que ocurría. No vio nada mas que la enmarañada maleza que acababan de dejar

atrás. Ni rastro de la casa del viejo Doc o de la de Jackson. Vislumbro una pe 1. En

ingles, álamo. (N. de la T) quena mancha roja, quizá la chimenea de la casa de los Carver, E eso fue todo. Era como si estuvieran a centenares de kilómetros c población mas cercana. Esa impresión, o mas bien la posibilidad que fuera algo mas

que una impresión, helo la sangre de Steve.

- ¿Que pasa? - preguntó, creyendo que el policía le preguntaría que no podían oír coches, ni un monopatín de crío, un equipo de nido, una moto, una bocina, un grito... nada.

Sin embargo, Collie dijo: - Se esta yendo la luz.

- Es imposible. Solo son... - Steve consulto su reloj, pero estaba parado.

Quizá se había quedado sin pila. Su hermana le había regalado el reloj para Navidad,

dos años antes, y él nunca le había cambiado pila. Sin embargo, era curioso que se

hubiera parado poco después de las cuatro, aproximadamente la hora en que había

llegado a ese bar - ¿Solo que? - No lo sé con seguridad, el reloj se me ha parado, pero piense. Pueden ser más de las cinco y media o las seis menos cuarto. Que menos.

¿No dicen que en momentos de crisis tenemos la impresión de que el tiempo pasa con

mayor lentitud? - No sé quien dice eso - repuso Collie- , pero mire la luz.

Steve lo hizo y tuvo que reconocer que el policía tenía razón. No le gustaba admitirlo, pero era así. Los rayos rojos y cálidos de luz caían oblicuamente sobre la maraña de vegetación (una expresión más apropiada para aquel sitio que <<zona

verde>>). Sol rojo por la noche, un regalo para los ojos de los marineros, pensó, y de repente, como si aquella idea hubiera actuado como un detonador, el mundo entero,

todo lo que estaba ocurriendo y no entendía, pareció precipitarse sobre él. Se cubrió los ojos con las manos, dándose un buen golpe en cabeza con la empuñadura del

22, y sintió que perdía el control de la vejiga, que en cualquier momento se mearía en los pantalones y no le importaba. Se tambaleó hacia atrás y oyó la voz de Collie,

vaga y lejana, preguntándole si se encontraba bien. Con un esfuerzo sobrehumano, Steve

dijo que sí y se obligó a bajar las manos para mirar aquella delirante luz roja otra vez.

- Permita que le haga una pregunta muy personal - dijo Steve, con la sensación de que la voz que salía de su garganta no se parecía ni remotamente a la

suya- . ¿Tiene miedo? - Mucho. - El hombre volvió a secarse el sudor de la

frente. Hacía mucho calor, y a pesar de la humedad de la lluvia en las hojas, Steve
79

tenía la impresión de que era un calor seco, nada parecido al clima de un
invernadero. Los olores también eran así; nada desagradables, pero secos. Como
si
estuvieran en Egipto- . Pero no se desanime. Veo una zona mas despejada. Debe
de ser
el camino.

Era el camino. Salieron a el tras menos de un minuto de marcha, y Steve vio
señales - reconfortantes, dadas las circunstancias- de los animales que lo
recorrían habitualmente: una bolsa vacía de patatas fritas, el envoltorio de un
paquete de cromos de béisbol, un par de pilas que algún niño había arrojado de su
walkman una vez agotadas, unas iniciales talladas en un árbol.

Pero al otro lado del camino vio algo menos reconfortante: entre los zumaques
y las zarzas, había una planta deforme y espinosa, de un color verde virulento.
Detrás de ella había otras dos, con sus gruesas ramas rígidas extendidas hacía
arriba, como los brazos de un policía alienígena.

- ¡Mierda! ¿Ha visto eso? - preguntó Steve.

Collie asintió.

- Parecen cactus.

Sí, penso Steve; aunque tanto como las mujeres retratadas por Picasso en su
época cubista parecían mujeres reales. La simplicidad de los cactus y su falta de
simetría les daban un aspecto surrealista que lastimaba la vista, como había
ocurrido con el pájaro de las alas desiguales. Era como mirar una imagen
desenfocada.

<<Se parece un poco a un buitre - había dicho el viejo Doc- . Un niño lo
dibujaría así - Las cosas comenzaban a ordenarse en su mente; no a encajar, al
menos por el momento, pero sí a formar lo que en las clases de álgebra hubieran
llamado un conjunto. Las furgonetas, que parecían escapadas de una serie de
televisión infantil, el pájaro, y ahora este grupo de cactus verde chillón, que

podrían haber sido dibujados por un entusiasta alumno del primer curso de primaria.

Collie se aproximó al más cercano al camino y extendió un dedo.

- ¿Esta loco? ¡No lo toque! - dijo Steve.

Collie no le hizo caso. Acercó el dedo mas y mas, hasta que...

- ¡Ay! ¡Mierda! Steve se sobresalto. Collie apartó la mano y se la miro como niño que observa con curiosidad su ultimo rasguño. Luego se volvió y le enseñó el dedo a Steve. Sobre la yema del dedo índice se había quemado una pequeña perla de sangre, oscura y perfecta.

- Son lo bastante reales para pinchar - dijo- . Por lo menos éste.

- Claro. ¿Y si son venenosos, como una de esas plantas exóticas Congo ?

Collie se encogió de hombros, como quien dice <<demasiado tal amigo>>, y tomo el

sendero que conducía hacía el sur, en dirección Hyacinth. Con la luz rojiza que se filtraba entre los arboles de la derecha era casi imposible desorientarse.

Comenzaron a andar cuesta abajo, y a medida que avanzaban, Steve vio mas y mas

cactus deforme este del camino. En algunos sitios, superaban en numero a los arboles. La vegetación comenzaba a ralear, y por una buena razón: el humus de la tierra también comenzaba a ralear, reemplazado por una área, seca, gris que parecía... parecía...

Las gotas de sudor le escocían los ojos a Steve. Se los seco. Hacía tanto calor, y la luz era tan roja y deslumbrante... Sentía nauseas.

- Mire- dijo Collie.

Veinte metros mas allá, otro grupo de cactus montaban guardia junto a la bifurcación del camino. Entre ellos, como la proa de un barco hundido, sobresalía un

carro de la compra volcado. En la luz mortecina, las varillas metálicas del carro parecían empapadas en sangre. Collie corrió hacía el cruce. Steve se dio prisa para

alcanzarlo, porque no quería separarse de él ni siquiera unos metros. Cuando Collie

llegó a la bifurcación, el aire espectral vibró con unos aullidos estridentes y al mismo tiempo nauseabundamente dulces, como la melodía de una canción popular

entonada por un cuarteto desafinado: Juu, juu, j, juuuu... Tras una pequeña pausa, los aullidos se repitieron. Esta vez eran mas, fundiéndose y elevándose, cubriendo cada centímetro cuerpo de Steve con carne de gallina. Criaturas de las tinieblas, 80

pensó Steve y en su imaginación vio a Bela Lugosi, un fantasma en blanca negro, desplegando su capa. Quizá no fuera una imagen muy adecuada para las circunstancias,

pero a veces los caminos de la mente son inescrutables.

- ¡Dios mío! - exclamó Collie y Steve penso que se refería a los aullidos de coyote que venían del este, donde se suponía que debí haber casas, tiendas y cinco

cadena diferentes de hamburgueserías, pero el corpulento policía no miraba hacía

allá. Miraba hacía abajo. Steve siguió su mirada y vio un hombre sentado junto al carro del supermercado. Estaba apoyado contra el cactus, clavado a las espinas como

un grotesco memorándum humano.

Juu, juu, juuuu...

Involuntariamente, Steve extendió la mano y rozo la del policía. Collie se la cogió quizá con demasiada fuerza, pero a Steve no le importo.

- ¡Mierda! ¡Yo he visto a este tipo antes! - dijo Collie.

- ¿Como puede estar seguro? - preguntó Steve.

- Por la ropa y el carro. Ha pasado por nuestra calle dos o tres veces durante el verano. Pensaba ahuyentarlo si volvía a verlo. Quizá fuera inofensivo, pero...

- ¿Pero que? - Steve, que había vagado por las calles un par de veces en su

vida no sabía si ofenderse o reírse- . ¿Que temía que hiciera? ¿Robar un retrato de

Elvis? ¿Pelearse con Soderson por una copa? Collie se encogió de hombros.

El hombre clavado al cactus estaba vestido con pantalones caqui llenos de remiendos y una camiseta mas vieja, sucia y andrajosa que la que Billingsley le había dado a Collie. Sus viejas zapatillas estaban pegadas con cinta aislante. Eran las ropas de un vagabundo, y las posesiones que habían caído del carro completaban

la estampa: un viejo par de zapatos de vestir, un trozo de soga deshilachada, una muñeca Barbie, una chaqueta azul con la inscripción BUCKEYE LANES bordada en hilo

dorado en la espalda, una botella de vino medio vacía, tapada con lo que parecía el

dedo de un guante de mujer, y una radio portátil que debía de tener al menos diez años. La carcasa de plástico había sido reparada con cola de carpintero. También había al menos una docena de bolsas de plástico, cada una de ellas cuidadosamente

enrollada y atada con una cuerda.

Un vagabundo muerto en el bosque. Pero ¿como demonios había muerto? Los ojos

habían saltado de sus órbitas y colgaban sobre las mejillas de un par de nervios ópticos secos. Los dos parecían desinflados, como si la fuerza que los había impulsado hacía fuera también los hubiera reventado. La sangre que había manado

copiosamente por la nariz le cubría los labios y la barbilla cerdosa. Sin embargo, para desconsuelo de Steve, no alcanzaba a ocultar la boca, que estaba distendida en

una grotesca sonrisa, con las comisuras a medio camino con las mugrientas orejas.

Alguna fuerza misteriosa había matado al vagabundo, empujándolo contra el cactus con

la fuerza suficiente para hacerle saltar los ojos de las órbitas. Sin embargo, esa misma fuerza lo había dejado sonriendo.

Collie apretó bruscamente la mano de Steve.

- ¿Le importaría soltarme? Me esta rompiendo...

Miro la bifurcación este del camino, la que supuestamente los conduciría a la avenida Anderson. Se extendía unos diez metros más, luego se abría como un embudo en

un abominable mundo desigual. Steve no se detuvo a pensar que aquel paisaje no tenía

cabida en un sitio como Ohio por la sencilla razón de que no tenía cabida en ningún

sitio que hubiera visto en su vida, o incluso vislumbrado en su mente. Mas allá de los últimos arboles normales y verdes había un vasto terreno árido que se extendía

hacia un horizonte inverosímil de montañas serradas. No se veían zonas de sombra o

relieve, ni promontorios ni valles. Eran las montañas negras y lisas de un dibujo infantil hecho con lápices de cera.

El camino no desaparecía, sino que se ensanchaba convirtiéndose en una especie de carretera de tebeo. A la izquierda había una rueda de carro semienterrada en el suelo. Mas allá, un barranco lleno de sombras. A la derecha, un cartel escrito con temblona caligrafía infantil sobre una tabla de madera descolorida: A LA PONDEROSA.

El cartel estaba coronado por un cráneo de vaca tan deforme como los cactus.

Mas

allá, el camino se extendía recto hasta el horizonte dibujado con una perspectiva

81

artificialmente decreciente que a Steven recordó los carteles de la película:

Encuentros en la tercera fase; había estrellas en el cielo, unas estrellas demasiado grandes para ser verosímiles. No parpadeaban, sino que se encendían y se apagaban

como las luces de un árbol de Navidad. Volvieron a oír aullidos, esta vez no era un trío ni un cuarteto, sino un coro completo. También podía decirse que procedieran de

las estribaciones de las montañas porque no había estribaciones. Solo un desierto llano y blanco, el camino, el barranco y, a lo lejos, un collar de montañas serradas como dientes de tiburón.

- ¿Que demonios es esto? - murmuró Collie.

Antes de que Steve pudiera responder (<<La mente de un niño>>, habría dicho si hubiera tenido la oportunidad) oyeron un rugido procedente del barranco. A Steve le

sonó como un potente motor de barco. En ese momento, dos ojos verdes se abrieron

entre las sombras y Steve retrocedió con la boca seca. Levanto el Mossberg, pero sus

manos eran dos bloques de madera y el arma parecía ridícula, inútil. Los ojos flotaban en la oscuridad (como en las viñetas de los tebeos) y eran del tamaño de un

par de balones de fútbol. Steve no quería ver ni imaginar las dimensiones del animal

al cual pertenecían.

- ¿Podremos matarlo? Si se acerca a nosotros, ¿cree que...? - ¡Mire

alrededor! - interrumpió Collie- . ¡Mire lo que esta pasando! Steve lo hizo. La

vegetación se alejaba de ellos y el desierto avanzaba. A sus pies, el follaje primero empalideció, como si una misteriosa fuerza le hubiera extraído la savia, y luego desapareció, al tiempo que la tierra húmeda y oscura comenzaba a aclararse y

granularse. Cuentas de collares. Eso era lo que se le había cruzado por la cabeza unos minutos antes, que el humus había sido reemplazado por curiosos guijarros con

forma de cuentas de collares. A la derecha, uno de los arboles canijos se hincho de

repente con un ruido similar al que se produce cuando uno se mete un dedo en la boca

y lo saca tirando de la mejilla.

El tronco blanquecino del árbol se volvió verde y se llenó de espinas. Las ramas se fundieron, el color de las hojas extendiéndose y difuminándose a medida que

se convertían en costillas de cacto.

- Creo que deberíamos volver- dijo Collie.

Steve ni siquiera se molestó en contestar; sus pies hablaron por él. Un instante después, ambos corrían por el camino en dirección al punto donde habían iniciado el recorrido. Al principio, Steve solo temía pincharse con las espinas de los arbustos, caer en una maraña de zarzas o pasarse del sitio donde habían visto las pilas, que era donde debían torcer al oeste rumbo a la casa de Billingsley. Pero cuando volvió a oír el rugido de la bestia, todo lo demás quedó reducido a una mera

inconveniencia. Se acercaba. La criatura de ojos verdes del barranco los perseguía.

¡Demonios!, los perseguía y estaba a punto de alcanzarlos. Se oyó un disparo y Peter

Jackson giró la cabeza despacio. Comprendió (en la medida en que era capaz de comprender algo) que estaba en el jardín trasero de su casa, mirando fijamente (en

la medida en que era capaz de mirar a algo) la mesa del patio. Encima de ella había

una pila de libros y revistas, de cuyas páginas sobresalían unos papelitos rosas.

Había estado trabajando en un artículo académico titulado <<James Dickey y la nueva

realidad sureña>>, disfrutando anticipadamente con la posibilidad de que desatara una polémica en selectos círculos académicos. Era probable que lo invitaran a debatirlo con otros colegas en mesas redondas. ¡Y eso significaba viajes con todos

los gastos pagados! (Dentro de unos límites razonables, por supuesto.) ¡Como había

soñado con eso! Ahora todo parecía lejano e irrelevante, como el disparo en el bosque, el grito que sonó a continuación y los otros dos disparos que siguieron al grito. Incluso los rugidos (como si un tigre se hubiera escapado del zoo y ocultado en el bosque) le parecían lejanos e irrelevantes. Lo único que importaba era... era...

- Encontrar a mi amigo - dijo- . Llegar a la bifurcación del camino y sentarme con mi amigo.

Cruzo el patio trasero en diagonal, golpeándose la cadera contra la mesa al pasar junto a ella. Un ejemplar de Verse Georgia y varios de sus libros de consulta
82

cayeron al húmedo suelo de ladrillos. Peter no hizo el menor caso. Su borrosa vista

estaba fija en el bosque que se extendía detrás de la acera este de la calle Poplar. Su sempiterno interés por las notas académicas se había desvanecido.

Cuando ocurrió, Jan no hablaba específicamente de Ray Soames; se preguntaba por que Dios había creado un mundo donde una no podía evitar desear que la besara y

la tocara un hombre que por lo general - ¡que puñetas, casi siempre!- tenía los tobillos sucios y se lavaba el pelo una vez al mes. Y eso en los meses buenos. De modo que sí hablaba de Ray, aunque omitiera el nombre.

Por primera vez desde que iba allá, desde que huía allá, Audrey experimento cierta impaciencia, una ligera sensación de aburrimiento. Al parecer, la obsesión de

Jan empezaba a cansarle.

Audrey estaba en la puerta del cenador, mirando hacia el muro de piedra al final del prado, escuchando el zumbido de las abejas y preguntándose que hacía allí.

Había gente que necesitaba ayuda, gente que conocía y que, en la mayoría de los casos, le caía bien. Una parte de ella - bastante persuasiva, por cierto- intentaba

convencerla de que no importaban, de que no solo estaban a seiscientos kilómetros de distancia, sino también catorce años más allá, en el futuro. Pero por convincente que fuera ese razonamiento, no era cierto. Ese sitio era el espejismo. Ese sitio era la mentira.

Pero tengo que estar aquí, penso. Es necesario que este aquí.

Sin embargo, la relación de amor- odio entre Jan y Ray Soames le producía un aburrimiento de muerte. Tenía ganas de volverse y decir a su amiga: " - ¿Por que no

dejas de quejarte y lo dejas? Eres joven, eres bonita, tienes una buena figura.

Seguro que encontrarás a alguien sin mal aliento y con el pelo limpio que te rasque

las zonas donde más te pica".

Si le decía algo tan horrible a Jan seguramente tendría que abandonar su refugio, igual que Adán y Eva habían tenido que abandonar el paraíso por comer la

manzana equivocada, pero eso no cambiaba sus sentimientos. Y si conseguía reprimir

sus comentarios sobre la obsesión amorosa de Jan, ¿qué tendría que oír después? ¿La

quincuagésima repetición de que, si bien Paul era el más guapo de los Beatles, Jan

solo aceptaría acostarse con John? Entonces, antes de que pudiera decir o hacer nada, un sonido nuevo se coló en aquel tranquilo lugar donde solo se oía el zumbido

de las abejas, el canto de los grillos y los murmullos de las dos jovencitas. Era como un cascabeleo, suave pero imperioso, como la campanilla con que las antiguas

maestras de escuela llamaban a sus alumnos después del recreo.

Noto que Jan había parado de hablar y se volvió. Jan había desaparecido. Y

sobre la mesa astillada, con iniciales que se remontaban a los tiempos de la Primera

Guerra Mundial, el teléfono de Tak estaba llamando.

Era la primera vez en todas sus visitas a aquel lugar que el teléfono de Tak sonaba.

Se acercó despacio - solo necesito dar tres pasos- y lo miro con el ~!~ corazón desbocado. Una parte de su ser le decía que no respondiera. Siempre había

sabido que el timbre de aquel teléfono solo podía significar una cosa: que el demonio de Seth la había encontrado. Pero ¿ que otra cosa podía hacer? Huir, sugirió fríamente una voz, quizá la voz de su propio demonio. Huir de este mundo, Audrey. Correr colina abajo, espantando a las mariposas, trepar por encima del muro

de piedra, y saltar al camino que esta al otro lado. Ese camino conduce a New Paltz,

y no importa si tienes que caminar todo el día para llegar allí y acabas con los talones llenos de ampollas. Es una ciudad de estudiantes, y en la puerta de alguna cafetería habrá un cartel pidiendo camareras. Podrás trabajar allá y salir adelante. Eres joven, vuelves a tener poco mas de veinte años. Eres sana, atractiva, y la pesadilla que te atormenta aun no ha comenzado.

Pero no podía hacer eso, ¿verdad? Después de todo, nada de aquello era real. Solo era un refugio en su cabeza.

Ring, ring, ring.

Un timbrado suave, pero apremiante. Levántame, decía. Descuelga, Audrey, colega. Tenemos que ir a La Ponderosa, aunque esta vez no regresaras.

83

Ring, ring, ring.

Audrey se inclino y apoyo las manos a ambos lados del pequeño teléfono rojo. Sintió la madera seca debajo de sus palmas, la forma de las iniciales talladas debajo de sus dedos, y comprendió que si se clavaba una astilla en este mundo, aun

sangraría cuando regresara al otro. Porque aquello era real. S~, era real, y sabía quien lo había creado. De repente tuvo la absoluta convicción de que Seth había creado aquel paraíso para ella. Lo había forjado con sus mejores recuerdos y sus sueños mas preciados, le había ofrecido un sitió donde refugiarse cuando la amenazara la locura, y si la fantasía comenzaba a desgastarse, como una alfombra que

muestra hilachas en las zonas de mayor paso, no era culpa de el.

No podía dejarlo solo. No lo haría.

Audrey descolgó el auricular. Era ridículamente pequeño, a la medida de un niño, pero apenas se fijo en eso.

- ¡No le hagas daño! - gritó- . ¡No le hagas daño, monstruo! Si tienes que hacer daño a alguien, házmelo...

- ¡Tía Audrey! Era la voz de Seth, aunque cambiada, sin tartamudeos, balbuceos o vacilaciones, y aunque sonaba asustada, no llegaba a demostrar pánico.

Al menos de momento.

- ¡Escúchame, tía Audrey! - Te escucho. Dime.

- ¡Vuelve! Ahora puedes salir de la casa. ¡Puedes huir! Tak esta en el bosque... pero los Supercarros volverán pronto. Tienes que escapar antes de que regresen.

- ¿Y tu? - Yo estaré bien - dijo la voz del teléfono, aunque a Audrey le sonó poco convincente, insegura- . Tienes que reunirte con los demás, pero antes de irte...

Escucho lo que Seth quería que hiciera y sintió un absurdo deseo de reír. ¿Por que no se le había ocurrido a ella? ¡Era tan sencillo! Sin embargo...

- ¿Podrás ocultarlo de Tak? - preguntó.

- Sí. Pero tienes que darte prisa.

- ¿Que haremos? Incluso si consigo reunirme con los demás, que podemos...

- No puedo explicártelo ahora, no hay tiempo. Tendrás que confiar en mí, tía Audrey. ¡Vuelve! ¡ ¡Vuelve! ! El ultimo grito fue tan estridente que Audrey se aparto el auricular de la oreja y dio un paso atrás. Tras un instante de absoluto y

vertiginoso desconcierto, cayo al suelo y se golpeo la cabeza. La alfombra del salón

amortiguo el golpe, pero de todos modos, su visión se lleno momentáneamente de estrellas. Se sentó y aspiro el nauseabundo olor de la casa que llevaba un ano sin limpiar mezclado con el aroma a grasa de hamburguesas. Miro primero el sillón de donde había caído y luego el teléfono que tenía en la mano derecha. Debía de haberlo

cogido de la mesa en el mismo momento en que había cogido el de Tak en su sueño.

Pero no había sido un sueño, no había sido una alucinación.

Acerco el auricular a la oreja (esta vez era negro y de un tamaño apropiado para su cara) y escucho. Nada, por supuesto. Su casa era la única de la calle que todavía tenía luz - Tak necesitaba ver la tele- , pero el teléfono no funcionaba.

Audrey se levanto, miro la arcada que separaba el salón del estar y supo lo que vería si se acercaba: a Seth en trance mientras Tak estaba fuera. Sin embargo, esta

vez la criatura no se había metido en la película. Oyó gritos de confusión y un disparo en la acera de enfrente, Entonces evocó un pasaje del Génesis, algo referido

al espíritu de Dios caminando sobre las aguas. Tenía la impresión de que el espectro

de Tak también estaba en movimiento, ocupado en sus propios eventos, y que si esta

vez intentaba escapar, seguramente lo conseguiría. Pero si se reunía con los demás y

les contaba lo que sabía, incluso si le creían, ¿que harían para escapar del hechizo

donde estaban atrapados? ¿Que le harían a Seth para escapar de Tak? Me dijo que me

marchara, penso. Será mejor que confíe en el.: primero...

Antes de marcharse tenía que hacer lo que le había dicho Seth... era muy

sencillo, pero que podía ahorrarles muchos problemas. Todos tenían suerte.
Audrey

corrió hasta la cocina, haciendo caso omiso a los gritos y las voces en la acera de
84

enfrente. Una vez tomada la decisión, sintió la imperiosa necesidad de darse prisa,
de llevar a cabo la última tarea antes de que Tak volviera a fijarse en ella.

O antes de que volviera a enviar al comandante Henry y sus amigos.

Cuando las cosas se torcieron, lo hicieron con una rapidez asombrosa. Cuando
todo hubo pasado, Johnny se preguntó una y otra vez culpa había sido suya, pero
no

consiguió una respuesta clara. No podía negar que se había distraído un
momento,

pero eso había sido antes de que se desatara la catástrofe.

Había seguido a los mellizos Reed hacía el camino del bosque, había dejado
vagar su mente era porque los muchachos se movían con angustiosa lentitud,
temerosos

de mover una hoja o pisar una rama. Ninguno de ellos sabía que no estaban solos
en

el bosque. Cuando se internaron en él, Collie y Steve ya les llevaban la delantera y
avanzaban silenciosamente hacía el sur.

Johnny volvió a recordar la reacción de horror de Bill Harris ante la calle

Poplar el día de su visita al barrio, en 1990. Primero le había dicho que no podía
ir en serio, y luego, al comprobar que lo hacía, le había preguntado que le pasaba.

Y Johnny Marinville, cronista de las aventuras de un gato detective que iba por la
vida con un equipo para identificar huellas digitales, le había respondido: Lo que
pasa es que todavía no quiero morir, y eso significa hacer algún trabajo editorial
propio. Algo así como una segunda versión de Johnny Marinville. Y puedo hacerlo
porque tengo la motivación, lo que es importante, y las herramientas, que son
vitales. Podríamos decir que es otra forma de hacer lo que siempre he hecho. Voy
a

reescribir mi vida, a reesculpirla.

Aunque no se lo había confesado a Bill, había sido Terry, su ex mujer, quien le había proporcionado una oportunidad que podía ser la última para él. Bill ni siquiera sabía que después de casi quince años de comunicarse a través de abogados,

Johnny y la ex señora Marinville habían iniciado un diálogo cauteloso, a veces por carta, pero mayormente por teléfono. Los contactos se habían vuelto más frecuentes a

partir de 1988, cuando Johnny había dejado las drogas y el alcohol, esperaba que para siempre. Sin embargo, todavía tenía la sensación de que algo no iba bien, y en

la primavera de 1989 había confesado a su ex mujer, a quien en una ocasión había

intentado apuñalar con el cuchillo de la mantequilla, que su vida de abstinencia le parecía inútil y sin sentido. Que no podía imaginarse escribiendo otra novela. Su pasión literaria se había consumido y ya no echaba de menos levantarse por la mañana

con la fiebre de escribir bullendo en su cabeza... junto con la inevitable resaca.

Esa etapa había concluido y podía soportarlo. Lo que no era capaz de soportar era la

sensación de que su antigua vida de novelista seguía acechándolo, presente en todos

los rincones, murmurándole desde su vieja máquina de escribir eléctrica cada vez que

la encendía. Yo soy lo que tu eras y lo que siempre serás, susurraba la máquina.

No

es una cuestión de autoimagen, ni siquiera de amor propio; sino de algo que está escrito en tus genes. Huye al último confín de la tierra, coge una habitación en el último hotel, ve hasta el fondo del último pasillo y cuando abras la puerta allí estaré yo, en la mesa, cantándote la misma vieja canción, la que escuchaste tantas

veces en tus temblorosas mañanas de resaca, y habrá una lata de cerveza junto a tus

notas y un gramo de coca en el primer cajón de la izquierda, porque al fin y al cabo

eso es lo que eres, todo lo que eres. Como dijo un sabio, la gravedad no existe: tierra simplemente nos chupa.

- Tendrías que desenterrar tu libro para niños - había dicho Ter despertándolo de su sueño.

- ¿Que libro para niños? Yo nunca...

- ¿No recuerdas a Pat, el gato detective? Le llevo un minuto hacerlo, pero por fin recordó.

- Terry, solo era una pequeña historia que inventé para el diablillo de tu hermana una noche que no paraba de dar la lata. Creí que su madre iba a tener un

ataque de nervios y...

- Disfrutaste escribiéndola, ¿verdad? - No lo recuerdo - dijo, aunque lo recordaba bien.

85

- Sabes que sí. Y debes de tenerla en algún sitio, porque tu nunca tiras nada.

¡Con tu fijación anal! Siempre sospeche que guardabas hasta los mocos. Quizá en una

cajita metálica, como si fueran anzuelos.

- Podrían ser buenos anzuelos - había respondido Johnny, sin pensar en lo que decía, preguntándose donde estaría aquel cuento de seis o siete páginas. ¿ En Fordham ? Tal vez. ¿ En la casa de Connecticut donde había vivido con Terry, donde

ella seguía viviendo, y desde donde le hablaba en ese preciso momento? Quizá.

El día

de aquella conversación, estaba a menos de quince kilómetros de distancia.

- Tendrías que buscar ese cuento - dijo Terry- . Era bueno. Lo escribiste en

una época en que eras mejor de lo que pensabas en muchos sentidos. - Hubo una pausa-

. ¿Sigues ahí? - Sí.

- Siempre se cuando te digo algo que no quieres oír - dijo ella con astucia- , porque es el único momento en que cierras el pico. Te pones a rumiar.

- No estoy rumiando.

- Claro que sí.

Y entonces había dicho lo mas importante de todo. El recuerdo inusual de un cuento que Johnny había escrito para hacer dormir al malcriado sobrino de Terry había generado mas de veinte millones de circulares de derechos de autor. Se habían

vendido millares de ejemplares con las estúpidas aventuras de Pat en todo el mundo,

pero la siguiente frase que salió de boca de Terry había sido mas importante para Johnny que todo el dinero y todos los libros. Tanto entonces, como ahora. Suponía que su ex mujer había hablado con voz perfectamente normal, pero sus palabras habían

calado en lo mas hondo de su corazón, como si salieran del oráculo de Delfos.

- Tienes que volver atrás - había dicho la mujer que ahora se llamaba Terry Alvey.

- ¿Que? - había preguntado el en cuanto había sido capaz de recuperar el aliento. No había querido que ella notara cuanto lo habían sacudido sus palabras.

No

había querido que supiera que, después de tantos anos, aun tenía ese poder sobre él-

. ¿Que quieres decir? - Que deberías volver a la época en que te sentías bien. En que estabas bien. Recuerdo a ese tipo. No era perfecto, pero valía.

- Es imposible volver al hogar, Terr. Por lo visto, la semana que toco Thomas Wolfe en la clase de literatura norteamericana, tu estabas enferma.

- Eh, vamos. Nos conocemos demasiado bien para esta clase de juegos. Tu naciste en Connecticut, te criaste en Connecticut, tuviste éxito en Connecticut y te

convertiste en alcohólico y drogadicto en Connecticut. No necesitas volver al hogar,
sino marcharte de el.

- Eso no es volver atrás, sino lo que los tipos de Alcohólicos Anónimos llaman una cura geográfica. Y no funciona.

- Tienes que volver atrás en tu cabeza - dijo con paciencia, como si hablara con un niño- . Creo que tu cuerpo necesita nuevos territorios. Además, ya no bebes

ni te drogas. - Y tras una pequeña pausa- : ¿0 si? - No. Aparte de la heroína, claro.

- Ja,ja.

- ¿Adonde sugieres que vaya? - Al último sitio que se te ocurra - había respondido sin vacilar- . Al lugar mas improbable. Akron o Afganistan, da lo mismo.

Aquella conversación había convertido a Terry en una mujer rica, porque Johnny compartió con ella hasta el último céntimo de sus ingresos por el libro. No se había ido a Akron, sino a Wentworth, la Comunidad Feliz de Ohio. Un sitio donde nunca había estado antes. Para escoger la zona, había cerrado los ojos y clavado una chincheta en un mapa de Estados Unidos. Y Terry había acertado, por mucho que Bill

Harris creyera lo contrario. Lo que al principio Johnny había considerado como una

especie de año sabático, había...

Abstraído en sus pensamientos, choco con la espalda de Jim Reed. Los muchachos

se habían detenido al borde del camino. Jim, con la cara pálida y sombría, había levantado el arma y apuntaba hacia el sur.

- ¿ Que... ? - preguntó Johnny, pero Dave Reed le tapo la boca con la mano antes de que pudiera decir nada mas.

86

Se oyó un disparo y luego un grito. Como si el grito hubiera sido una señal,

Marielle Soderson abrió los ojos, arqueo la espalda, emitió un largo sonido gutural y comenzó a temblar de la cabeza a los pies. Sus pies sonaban como una matraca contra el suelo.

- ¡Doc! - gritó Cynthia, corriendo al lado de Marielle- . ¡Doc! Gary fue el primero en llegar. Se tambaleo en la puerta de la cocina y habría caído sobre el estomago de su esposa si Cynthia no lo hubiera atajado. El olor a jerez para guisar

lo envolvía como una nube dulzona.

¿E passa? - preguntó Gary- . ¿E le passa a mi mu... ? Marielle sacudió la cabeza con fuerza, golpeándose la contra la pared. El retrato de Daisy, la perrita que sabía contar y sumar, cayo y aterrizo sobre su pecho. Por suerte, el cristal del cuadro no se rompió. Cynthia lo cogió y lo arrojó a un lado, y mientras lo hacía, vio que la gasa que cubría el muñón de la mujer se había tenido de rojo. Los puntos

se habían abierto.

- ¡Doc! - gritó a voz en cuello.

Billingsley corrió desde la puerta, donde había estado mirando hipnotizado los cambios que aun tenían lugar en la calle. Oyeron rugidos, gritos y disparos procedentes del bosque. Dos disparos por lo menos. Gary miro en esa dirección, parpadeando con expresión aturdida.

¿E passa? - volvió a preguntar.

Marielle dejó de temblar. Sus dedos se movieron, como si intentara coger algo, y luego se detuvieron. Miro el techo con los ojos en blanco, y una lágrima se deslizo por el rabillo del izquierdo. Doc le cogió la muñeca y le tomo el pulso. Entretanto, miro a Cynthia con vehemencia.

- Creo que si quiere seguir trabajando en la esquina, tendrá que cambiarse la bata de dependienta por un vestido de fiesta - dijo- . La tienda se ha convertido en un saloon, el Lady Day.

- ¿Esta muerta? - preguntó Cynthia.

- Sí- dijo Doc, dejando caer la mano de Marielle- . Perdió su última

posibilidad de sobrevivir hace unos quince minutos. Necesitaba una cama en la UCI,

no un viejo veterinario con manos temblorosas.

Mas gritos. En la calle, alguien lloraba y gritaba, deberías haberlo detenido, deberías haberlo detenido. De repente, Cynthia tuvo la absoluta certeza de que Steve, un tipo que empezaba a gustarle, había muerto. Los pistoleros estaban ahí fuera y lo habían matado.

¿E passa ? - preguntó Gary por tercera vez.

Ni el anciano ni la joven le respondieron. Aunque había estado allí mismo, arrodillado en la puerta de la cocina, cuando Billingsley había declarado que su esposa estaba muerta, Gary no pareció comprender lo que había ocurrido hasta que el

viejo Doc retiró la funda de pana marrón del sofá y la usó para cubrir el cuerpo de Marielle. Entonces entendió, a pesar de su borrachera. Su cara tembló. Rebuscó debajo de la funda, encontró la mano de su mujer y la besó. Luego la apoyó contra su

mejilla y se echó a llorar.

Cuando Jim Reed vio las sombras que se aproximaban a él en el camino, su entusiasmo se desvaneció, dejando un espacio que pasó a ocupar el miedo. Por primera

vez pensó que la decisión de internarse en el bosque no había sido sensata.

Si veis personas extrañas en el bosque, volved de inmediato, había dicho su madre. Pero ni siquiera podía moverse; estaba paralizado. Entonces oyó el rugido de

un animal entre la vegetación y se dejó llevar por el pánico. En lugar de ver a Collie Entragian y a Steve cuando estos salieron a su encuentro, vio a unos asesinos

que habían dejado momentáneamente sus furgonetas para adentrarse en el bosque. No

oyó el grito ahogado de Johnny ni lo vio luchar para soltarse de las manos de Dave.

- ¡Dispara, Jimmy! - grito Dave con un falsete tembloroso- . ¡Dispara, por Dios! ¡Son ellos! Jim disparo y el hombre de la izquierda cayo cogiéndose la cabeza

que estalló en una nube roja de pelo, huesos y cuero cabelludo. El rifle que llevaba
87

en la mano cayo a un lado del camino. La sangre se filtraba entre sus dedos y se deslizaba sobre su cara.

- ¡Ahora el otro! - grito Dave- . ¡Rapido, Jimmy, antes de que el nos dispare a nosotros! - ¡No! ¡No dispires! - gritó el otro hombre levantando las manos en una

de las cuales llevaba un rifle- - ¡Por favor! ¡No dispires! Sin embargo, Jim iba a hacerlo. Lo apunto con el arma, apenas consciente de sus propios gritos, de sus insultos: cabrón, hijo de puta malparido. Lo único que quería era matar a ese tipo y volver con madre. Volver con Dave junto a su madre. Salir al bosque había si. un terrible error.

Johnny clavo los codos en el vientre liso y duro de Dave Reed, pillándolo desprevenido. Dave dejo escapar un grito de sorpresa y John se soltó de sus brazos.

Antes de que Jim pudiera volver a dispar Johnny le cogió el brazo y se lo retorció con fuerza. El chico grito dolor. Su mano se abrió, y la pistola de David Carver cayo al suelo.

- ¿Que hace? - grito Dave- . Nos matará, ¿esta loco? - Tu hermano acaba de matar a Collie Entragian, su vecino, ¿no cree que el loco es el? - dijo Johnny. Si, el muchacho había disparado, pero ¿quien tenía la culpa? Al fin y al cabo, el era el adulto y debería haber cogido la pistola en cuanto estuvieron fuera del alcance de los ojos fanáticos de Cammie Reed y de sus secas ordenes. ¿Por que no lo había hecho? - No - murmuró Jim girándose hacia el y sacudiendo la cabeza ¡No! - Pero sus

ojos decían lo contrario. Estaban abiertos como platos y llenos de lágrimas.

- ¿Que hacia aquí? ¡Dios santo! ¿Por que no nos aviso...? El rugido, que se

había apagado momentáneamente, volvió a vibrar en el aire abrasador y se elevó hasta

convertirse en un gruñido. El hombre que seguía de pie, el conductor del camión, se volvió hacia él; y levantó las manos automáticamente. El rifle que llevaba era muy pequeño, y quizá fuera más acertado usarlo para protegerse el cuello que para disparar.

Entonces la criatura que los había seguido salió de la vegetación. Cuando Johnny la vio, perdió toda su capacidad para pensar y razonar con coherencia; lo único que podía hacer era mirar. El sentido de la vista, que en ese momento le pareció una maldición, no lo había abandonado nunca antes ni lo hizo ahora.

La criatura era un personaje de pesadilla, con piel leonada, feroces ojos verdes y una boca llena de serrados dientes amarillos. No era un gato, sino un indescriptible monstruo felino. Saltó, partiendo el Mossberg con sus enormes garras

y arrancándolo de las manos que lo tenían cogido. Luego, sin dejar de rugir, se lanzó al cuello de Steve.

Todo ocurrió muy aprisa, pero la capacidad de Johnny para ver el futuro, mitad bendición y mitad maldición, siguió funcionando.

Entragian, moribundo pero demasiado grave para saberlo, se arrastraba hacia uno de los cactus de la vera izquierda del camino, con la cabeza tan baja que dejó un reguero de sangre en el suelo. Parecía que le habían arrancado el cuero cabelludo.

En medio del camino bailaban un grotesco vals. La criatura del barranco, un siniestro puma picassiano con filosos dientes anaranjados, estaba encaramado sobre

las patas traseras y apoyaba las delanteras sobre los hombros de Steve Ames. Si Steve hubiera bajado las manos cuando el felino le arrancó el arma, ahora estaría muerto. Sin embargo, las había cruzado sobre su pecho, y tenía los codos y los antebrazos sobre el torso del animal.

- ¡Disparad! - gritó - ¡Disparad, por Dios! Ninguno de los mellizos hizo ademán de recoger la pistola del suelo. Aunque no eran gemelos idénticos, sus

rostros reflejaban idéntica expresión de angustia.

El puma, cuya sola visión lastimaba la vista de Johnny, dejó escapar un agudo chillido e inclinó la cabeza triangular hacía delante. Steve echó su propia cabeza hacía atrás e intentó arrojarlo a un lado, pero el animal siguió aferrado a él y juntos interpretaron una siniestra y ebria danza. Las garras del animal, tan exageradas como sus dientes, pero negras en lugar de anaranjadas, se clavaron mas

88

profundamente en los hombros de Steve, y Johnny vio manchas rojas extendiéndose en

su camisa. La bestia agitaba furiosamente el rabo.

Después de otra media vuelta, Steve tropezó. Por un instante pareció a punto de perder el equilibrio, aunque continuó protegiéndose del puma con los brazos

cruzados sobre el pecho. Detrás de ellos, Entragian había llegado al cactus.

Cuando

su cabeza sangrante y horriblemente hinchada topó contra las espinas, se desplomó y

rodó de lado. A Johnny le recordó una maquina vieja que por fin había dejado de funcionar. Los coyotes aullaban, todavía fuera de la vista, pero cada vez mas cerca.

El aire estaba impregnado de un penetrante olor a humo.

- ¡Disparad a este maldito monstruo! - gritó Steve. Había conseguido recuperar el equilibrio, pero pronto no tendría sitio para seguir retrocediendo. Estaba al borde del camino. Un paso en la vegetación, tal vez dos, y caería a merced de aquella criatura, que le desgarraría la garganta- . ¡Disparad, maldita sea! ¡Me esta destrozando! Johnny jamas se había sentido tan asustado, pero descubrió que el primer paso era el mas difícil. Una vez que uno conseguía vencer la parálisis del cuerpo, el miedo perdía importancia. Al fin y al cabo, lo peor que podía hacerle aquella criatura era matarlo, y la muerte acabaría con la sensación de que había estallado un terremoto dentro de su cabeza.

Recogió el rifle de Entragian, bastante mas grande que el que la bestia había arrancado de las manos del hippie, vio que tenía el seguro puesto y lo quitó con el pulgar. Luego apuntó el cañón del arma a la enorme cabeza del puma.

- ¡Empújelo! - gritó y Steve empujó. La cabeza del felino se sacudió hacía atrás, apartándose de la garganta de Steve, y sus dientes brillaron como coral venenoso. La luz del crepúsculo cayó sobre sus ojos verdes y pareció incendiarlos.

Johnny tuvo tiempo para preguntarse si Entragian habría cargado el arma (si no lo había hecho, jamas volvería a escribir otro cuento de Pat, el gato detective), luego giró un poco la cabeza y apretó el gatillo. Hubo un satisfactorio estallido, un lengüetazo de fuego en la punta del cañón y al olor al incendió se sumó otro a pelos

chamuscados. El puma cayó de lado, con la cabeza destrozada y el pelo de la nuca

humeando. Pero en el interior de su cráneo no había sangre, huesos y tejidos, sino

una sustancia rosada y fibrosa que a Johnny le recordó el material aislante que había comprado para la primera planta y el desván un año después de mudarse a su

nueva casa.

Steve se tambaleó, agitando los brazos. Marinville le tendió una mano, pero estaba aturdido, y no todo quedó en un gesto simbólico. Steve cayó sobre los arbustos al borde del camino, junto a las patas traseras del puma, que aun se movían

espasmódicamente. Johnny se agachó, le cogió la muñeca y tiró. vio una nube de puntos negros flotando delante de sus ojos y por un momento creyó que se iba a desmayar. Pero Steve se levantó y la vista de Johnny se aclaró.

Juu~ luu~ ~uuuu...

Johnny miró alrededor con nerviosismo. Aun no veía nada, pero los malditos coyotes estaban mas cerca que nunca.

Dave Reed no dejaba de pensar que pronto se despertaría. Daba igual que

podiera oler la sangre y el sudor del policía cuando se arrodilló a su lado, le daba igual su respiración angustiada (y la suya propia), le daba igual ver su único ojo moribundo, o sus sesos grises y encogidos asomándose a la ventana de su cráneo.

Tenía que ser un sueño. Su hermano no podía haber disparado al tipo de enfrente, un

poli corrupto, Sí, pero el mismo que una vez le había enseñado a Cary Ripton a arrojar la pelota de béisbol con los dedos colocados transversalmente con relación a

las costuras y que había ilustrado la lección con una jugada fabulosa.

Huele como si se hubiera cagado encima, pensó Dave, y de repente sintió ganas de vomitar. Se controló. No quería volver a vomitar, ni siquiera en un sueño.

El poli levantó una mano y cogió la camisa de Dave.

- Duele - dijo con un murmullo ronco- . Duele.

- No... - Dave tragó saliva y se aclaró la garganta- ... no hable.

A su espalda oyó a Johnny Marinville y al hippie discutir si debían seguir adelante. Estaban locos. Y Marinville... ¿dónde había estado Marinville? ¿Cómo había

89

permitido que ocurriera aquello? ¡Era un maldito adulto! Collie Entragian hizo un esfuerzo y se encaramó sobre un codo. El único ojo que le quedaba miró al joven con

feroz concentración.

- Nunca...- murmuró- . Nunca...

- Señor... Entragian, será mejor que... Juujuu- /Juuuu! Los aullidos venían de muy cerca, y Dave sintió que se le congelaba la piel. Hubiera querido romperle la

cara a Marinville por no evitar lo sucedido, pero el policía se había pegado a él como una lapa, cogiéndole la camisa con una mano empapada en sangre. Quizá pudiera

soltarse, pero...

Pero no podía. Se sentía como un insecto atravesado por un alfiler.

- Nunca tomé drogas... ni las vendí - murmuró Collie- . Nunca me quede con un céntimo. Fue una trampa. Descubrí que los de asuntos internos...

- No... - comenzó Dave.

- ¡Los descubrí! ¿Entiendes... lo que digo? - Levantó la mano libre, la abrió y pareció examinarla- . Mis manos... están limpias.

- Sí, de acuerdo - dijo Dave- . Pero será mejor que no hable. Esta... bueno, esta agotado y...

- ¡No, Jim, no lo hagas! - gritó Marinville a su espalda- . ¡No lo hagas! Y Dave descubrió que era muy fácil separarse del moribundo.

- ¿Que hacemos? - preguntó Johnny al tipo del pelo largo, mientras al otro lado del camino, el mellizo moreno se arrodillaba junto al hombre derribado por su hermano. Johnny oía los murmullos de Entragian, que parecía ansioso por confesarseantes

de morir. Aquella tarde, Johnny había aprendido una lección importante: la gente se resistía con todas sus fuerzas a morir, y cuando lo hacían, se marchaban sin dignidad... y quizá sin darse cuenta de que dejaban este mundo.

- ¿Que hacemos? - dijo Steve. Lo miró con una expresión de asombro que resultaba casi graciosa y se pasó una mano por el pelo, tiñendo las canas de rojo. La sangre se extendía sobre los hombros de su camisa, allí donde el felino le había

clavado las garras- . ¿Que quiere decir? - ¿Seguimos adelante o volvemos ? - preguntó Johnny con voz ronca, apremiante- . ¿Que hay mas adelante? ¿Que vieron? -

Nada- respondió Steve- . No, retiro lo dicho. Es peor que nada... - De repente apartó la vista de Johnny y sus ojos se abrieron como platos.

Johnny se giró, creyendo que los coyotes por fin los habían alcanzado y que el hippie había visto a los coyotes, pero no había coyotes.

- ¡No,Jim, no lo hagas! - gritó- . ¡No lo hagas! sin embargo, le bastó con mirar la cara pálida y la expresión ausente de Jim Reed, para saber que ya era demasiado tarde.

El chico permaneció así, con la pistola apretada contra la sien, el tiempo suficiente para que Steve Ames creyera que no iba a hacerlo, que cambiaría de idea a

ultimo momento, que aun se encontraba en el pequeño vestíbulo del quizá, que antecedió al insondable túnel del demasiado tarde, pero entonces Jim apretó el gatillo. Su cara se contrajo como si acabara de sentir un leve dolor de gases intestinales. La piel pareció separarse a un lado de su cráneo, y la mejilla izquierda se hinchó. Luego su cabeza estalló. Sus ambiciones de escribir grandes libros (por no mencionar las de meterse en las bragas de Susi Geller) se evaporaron

en el siniestro aire crepuscular, convertidas en una sustancia pegajosa y roja que pareció escupir los deformes cactus. Dio un paso tambaleante al frente, dejó caer la

pistola y se desplomó. Steve giró su cara horrorizada hacía Johnny, pensando: no he

visto lo que acabo de ver. Rebobina, vuelve a pasar la secuencia y vera. No he visto

lo que acabo de ver. No, tío, no.

Pero lo había visto. El muchacho, torturado por los remordimientos y el horror por lo que acababa de hacerle al vecino de enfrente, se había suicidado delante de ellos.

- ;Debería haberlo detenido! - gritó Dave Reed lanzándose sobre Johnny- .

¡Debería haberlo detenido! ¿Por que no lo hizo? ¿Por que? Steve intentó atajar al muchacho, pero le dolían tanto los hombros que sólo pudo mirar con impotencia cómo

90

Dave Reed cogía a Johnny y lo arrojaba al suelo. Rodaron dos veces de un extremo al

otro del camino. Johnny consiguió ponerse encima, al menos por el momento.

- Escúchame, Dave...

en el camino en el mismo momento y las dos corrieron hacia ella. Cynthia cayó de rodillas y la cogió primero, pero no le sirvió de nada. Unos dedos tan fríos como el mármol y tan fuertes como las garras de un águila se cerraron sobre los suyos y le arrebataron el arma.

- ... Ha sido un penoso accidente - murmuraba Johnny, dirigiendo se a Dave.

Parecía enfermo, a punto de desmayarse- . Tienes que verlo así, como un...

- ¡Cuidado! - grito Steve- . ¡Por el amor de Dios, señora, no lo haga -

¿Usted mató a Jimmy? - preguntó la mujer con voz gélida- .¿Por que? ¿Por que iba a

hacer algo así?

Pero no estaba interesada en la respuesta. Levanto la 45, apuntando a la frente de Johnny Marinville. Cynthia no tuvo la menor duda de que iba a matarlo, y lo hubiera matado de no ser porque alguien se interpuso entre Cammie y su objetivo

en el preciso momento en que ella iba a apretar el gatillo.

Brad reconoció al zombi a pesar de su cara desfigurada y su andar tambaleante.

No sabía que clase de fuerza había transformado a amistoso profesor de literatura inglesa en la criatura que estaba ante sus ojos, pero tampoco quería saberlo. Ya era

bastante horrible mirarlo. Era como si alguien con una fuerza prodigiosa, superada solo por su sádica crueldad, hubiera cogido la cabeza de Jackson entre sus manos y

hubiera apretado. Los ojos de Peter Jackson estaban fuera de sus órbitas; el izquierdo en concreto había estallado y estaba sus pendido sobre la mejilla. Su sonrisa era aun peor, un grotesco rictus de oreja a oreja que a Brad le recordó al Joker de los tebeos de Bat- man.

Todos se quedaron paralizados, como sí el viejo marinero de Cole ridge, con su brillante mirada hechicera, se hubiera unido al grupa Brad relajo las manos en la nuca de Dave, pero el muchacho no hizo ningún esfuerzo para soltarse. El tipo del

pelo largo y la camisa ensangrentada estaba en el camino de Peter y por un instante

Brad creyó que iban a chocar. En el último momento, el hippie dio un tembloroso paso

atrás, haciéndole paso. Peter giró la cabeza extrañamente dilatada hacia él. La luz mortecina brillo en sus saltones globos oculares y en sus risueños dientes.

- Debo... encontrar... a mi... amigo - dijo Peter al hippie. Su voz sonaba débil y apagada, como sí le hubieran dado suficiente cuerda para matarlo, pero no la

suficiente para derribarlo- . Sentarme... con... mí amigo, - Hágalo, hombre, descanse - dijo el hippie con voz temblorosa y metió el hombro hacía dentro para no

rozar a Peter. Era evidente que el hippie estaba herido y que le costaba moverse, pero lo hizo de todos modos. Brad lo entendía. El tampoco se hubiera dejado tocar por ese monstruo, ni siquiera al pasar.

Peter aparto con el pie la pata del animal muerto y siguió avanzando. Entonces Brad noto algo extraño: la bestia, que parecía un felino, se descomponía con la rapidez de un negativo dejado demasiado tiempo en líquido revelador. Su piel se ennegrecía y comenzaba a despedir hilos de hediondo humo o vapor.

Mientras Peter avanzaba por el camino, ahora de espaldas a ellos, todos permanecieron paralizados: el hippie con los hombros heridos encorvados, la dependienta de rodillas, Cammie delante de la chica con la pistola en la mano, Johnny con los brazos en alto, como sí intentara atajar la bala, Brad y Dave en posición de lucha. Hasta los coyotes se habían callado, al menos por el momento.

Por fin Dave sintió la laxitud de las manos que le rodeaban el cuello y se soltó. Sin embargo, esta vez no demostró el más mínimo interés por Johnny. Corrió

hacia su madre.

- ¡Tu también! - grito- . ¡Tu también le mataste! - La mujer se volvió a mirarlo con la cara llena de horror- . ¿Por que nos mandaste aquí, mama? ¿Por que?

Arrebató la pistola de manos de su madre, la miro un instante y luego la arrojó al bosque... aunque el bosque ya no existía. Mientras los vecinos peleaban entre si, 91

los cambios habían continuado, y ahora estaban en medio de un árido y desconocido

territorio lleno de cactus. Hasta el olor de la casa incendiada había cambiado, y ahora olía a mezquite o a artemisa quemada.

- Dave, Davey, yo...

Se interrumpió y se limitó a mirarlo. El muchacho, tan blanco y demacrado como su madre, le sostuvo la mirada. Brad recordó que pocas horas antes el chico estaba

en el jardín riendo y jugando con el disco de playa. La cara de Dave comenzó a contraerse, su boca se abrió y tembló. Un brillante hilo de saliva se extendió entre sus labios chico se echó a llorar. La mujer lo abrazó y empezó a mecerlo.

- Tranquilo - dijo. Sus ojos eran como guijarros oscuros y lisos lecho de un río seco- . Tranquilo, cariño. Mama esta aquí. Todo bien.

Johnny volvió al camino, miro brevemente al animal muerto, ahora temblaba como una visión en la niebla y rezumaba un especie de líquido rosado. Luego volvió a mirar a Cammie y a su hijo.- Cammie - dijo- . Señora Reed, yo no dispare a Jim, se

lo juro que ocurrió...

- Cállese - ordenó la mujer sin mirarlo. Dave era unos quince ce metros mas alto que su madre y seguramente pesaba treinta kilos más que ella, pero Cammie lo

mecía con la misma facilidad con que debía de haberlo hecho cuando el niño tenía ocho meses y dolor de barriga- . No quiero oírlo. No importa que paso. Ahora volvamos. ¿Quieres volver, David? El muchacho asintió en el hombro de su madre, sin

parar de llorar. Cammie miro a Brad con sus ojos fríos e implacables.

- Traiga a mí otro hijo. No pienso dejarlo aquí con ese monstruo - Echó un

rápido vistazo al humeante y hediondo cadáver del puma luego volvió a mirar a Brad-

. Tráigalo, ¿entendido? - Sí, señora- dijo Brad- . Le he entendido.

Tom Billingsley estaba en la puerta de la cocina, escudriñando sombras que se cernían sobre la aldaba e intentando identificar los nidos y las voces que venían de allí. Cuando una mano se apoyó su hombro, estuvo a punto de sufrir un ataque al corazón.

En otro tiempo se habría girado con agilidad y habría derribado intruso con el puño o el codo antes de que cualquiera de los dos supiera que ocurría, pero hacía tiempo que había dejado de ser el esbelto joven capaz de esas proezas. De todos modos amago un gancho pero la mujer pelirroja que estaba a su espalda, vestida con pantalones cortos azules y camiseta de tirantes, tuvo tiempo suficiente para retroceder, y los nudillos deformados por la artritis se limitaron a golpear el aire.

- ¡Por Dios, mujer! - grito.

- Lo siento. - La bonita cara de Audrey estaba desfigurada. Tenía un hematoma del tamaño de una mano en la mejilla izquierda, la nariz hinchada y las fosas nasales taponadas con sangre seca- . Iba a decir algo, pero pense que lo asustaría todavía mas.

- ¿Que te ha pasado, Aud? - No tiene importancia. ¿Donde están los demás? - Algunos en el bosque y otros en la casa de al lado. - Se oyó un aullido. La luz roja del sol se había descolorido, convirtiéndose en un trémulo resplandor naranja- . No parece que a los que están fuera les vaya muy bien. - Hizo una pausa, como si intentara recordar algo- . ¿Donde esta Gary? Audrey se hizo a un lado y señaló. Gary estaba en la puerta que separaba el saín de la cocina. Se había quedado dormido

con la mano de su mujer en la suya. Ahora que los gritos procedentes del bosque se

habían acallado, al menos temporalmente, el viejo Doc le oyó roncar.

- ¿Es Marielle la que esta debajo de esa colcha? - preguntó Audrey. - Tom asintió- . Tenemos que reunirnos con los demás, Tom. Antes de que todo empiece otra

vez. Antes de que vuelvan.

- ¿Sabes que esta pasando aquí, Aud? - Creo que nadie puede saberlo con seguridad, pero si, se algo. - Se apretó la frente con las palmas de las manos y cerro los ojos. Tom penso que parecía una estudiante de matemáticas lidiando con una

ecuación difícil. Luego bajo las manos y volvió a mirarlo- . Será mejor que vayamos

92

a la casa de al lado. Deberíamos estar todos juntos. - ¿Y que pasa con el? - preguntó Tom señalando a Gary con la barbilla.

- No podemos cargarlo, e incluso si pudiéramos, no podríamos saltar la valla de los Carver con el a cuestas. Tendrás suerte sí consigues hacerlo solo.

- Me las arreglare - dijo con aire ligeramente ofendido- . No te preocupes por mi, Aud. Me las apañare.

Desde el bosque se oyeron un grito, otro disparo y el aullido de un animal agonizante. Un millar de coyotes pareció responder con mas aullidos.

- No deberían haber salido - dijo Aud- . Entiendo por que lo hicieron, pero no fue una buena idea.

El viejo Doc asintió.

- Creo que ya lo saben- dijo.

Peter lleo a la bifurcación y contemplo el desierto, blanco como la nieve a la luz de la luna naciente. Luego miro hacía abajo y vio al hombre de los pantalones

caqui, clavado al cactus.

- Hola... amigo - dijo. Movi6 el carro del vagabundo para poder sentarse a su

lado. Mientras se reclinaba contra las espinas del cactus sintiéndolas hundirse en su espalda, oyó un grito, un disparo y un aullido agonizante. Todo lejano e irrelevante. Apoyó una mano en el hombro del vagabundo muerto. Sus sonrisas eran

idénticas- . Hola, amigo - repitió el antiguo erudito especializado en James Dickey. Miro hacía el sur. Había perdido casi por completo la vista, pero aun así alcanzo a ver la luna perfectamente redonda asomándose por encima de las negras

montañas pintadas con lápices de cera. Era tan plateada como un viejo reloj de bolsillo y lucía una amplia sonrisa un ojo guiñado, como la señora Luna de los cuentos infantiles.

Solo que esta versión de la señora Luna llevaba un sombrero de vaquero.

- Hola... amigo - dijo Peter y se reclino aun mas contra el cactus. No sintió las desproporcionadas espinas que atravesaron sus pulmones ni las primeras gotas de

sangre que cayeron de su boca sonriente. Estaba con su amigo. Ahora que estaba con

su amigo, todo iría bien. Contemplarían a la señora Luna y todo iría bien.

La rapidez con que se desvanecía la luz recordó a Johnny los atardeceres en el trópico, y muy pronto el espinoso paisaje que los rodeaba se perdió en la oscuridad.

El camino todavía se veía - una franja de tierra gris de unos setenta centímetros de

ancho, serpenteando entre las sombras- , pero sí no hubiera salido la luna, seguramente se habrían encontrado en una encrucijada aun peor. Aquella mañana había

leído el pronostico meteorológico y decía que había luna nueva, no llena, pero esa pequeña contradicción no parecía muy importante en las presentes circunstancias.

Caminaban en filas de dos, como los animales del arca de Noé: primero Cammie y su hijo superviviente, luego el y Brad (con el cadáver de Jim Reed balanceándose entre los dos), y por fin Cynthia y el hippie, que se llamaba Steve. La chica había

recogido el rifle del camino, y cuando el coyote (un monstruo aun mas deforme que el

puma) había surgido de entre los cactus, le había disparado.

La luz de la luna proyectaba enmarañadas sombras por todas partes, y por un momento Johnny creyó que el coyote era una de ellas. Entonces Brad gritó << ¡Cuidado!>> y la chica disparo casi de inmediato. Sí el hippie no la hubiera cogido por la parte de atrás de los pantalones, el culatazo la habría derribado como a un bolo.

El coyote chilló y cayo hacía atrás, agitando espasmódicamente sus patas desiguales. Aun había suficiente luz para que Johnny viera que sus patas acababan en

apéndices grotescamente parecidos a dedos humanos y que llevaba una canana por

collar. Sus compañeros elevaron sus voces en un himno que tanto podría ser de dolor

como de risa.

La criatura comenzó a descomponerse de inmediato: sus patas ennegrecieron, las costillas se hundieron y los ojos cayeron de sus cuencas como canicas. Una nube de

93

vapor broto de su piel e impregno el aire de un olor hediondo. Un par de segundos después, el cadáver comenzó a licuarse, exudando una sustancia viscosa y rosada.

Johnny y Brad dejaron el cadáver de Jim Reed en el suelo. Johnny cogió el rifle y toco al coyote con el cañón. Parpadeó con sorpresa (una sorpresa moderada,

puesto que su capacidad de asombro parecía agotada) al ver que el arma atravesaba la

piel sin la menor resistencia.

- Es como tocar el humo de un cigarrillo - dijo devolviéndole el arma a

Cynthia- . No creo que sea real. No creo que nada de lo que esta pasando sea real.

Steve dio un paso al frente, cogió la mano de Johnny y la guió hasta el hombro de su camisa. Johnny palpo las heridas provocadas por las garras del puma. La sangre había empapado la tela lo suficiente para producir un pequeño chapoteo bajo sus dedos.

- La bestia que me hizo esto no era humo de cigarrillo - dijo Steve.

Johnny iba a responder, pero lo distrajo un extraño traqueteo que le recordó al ruido de las cocteleras en los bares de su juventud. Eso había sido en los años cincuenta, cuando los miembros del club de campo no podían entrar a emborracharse sí no llevaban corbata. El ruido procedía de Dave Reed, que estaba encogido junto a su madre. Eran sus dientes.

- Vamos - dijo Brad- . Busquemos un refugio antes de que aparezca algún otro bicho. Quizá un vampiro o un...

- Ya es suficiente- dijo Cynthia- . Le advierto que no siga, grandullón.

- Lo siento - dijo Brad. Y luego añadió con suavidad- : Sigamos, Cammie, ¿de acuerdo ? - ¡No me diga lo que tengo que hacer! - respondió la mujer enfadada. Había rodeado la cintura de su hijo con un brazo, pero por lo que Johnny podía ver, bien habría podido estar abrazando una barra de hierro... salvo por los temblores, por supuesto, y por el extraño castañeteo de dientes- .¿ No ve que esta asustado? Se oyeron mas aullidos en la oscuridad y el hedor del coyote que había matado Cynthia se estaba volviendo insoportable.

- Sí, Cammie, lo veo - dijo Brad con voz baja y amable. Johnny penso que el tío podría haberse forrado trabajando como psiquiatra- . Pero tiene que seguir. De lo contrario, tendremos que dejarlos aquí. Tenemos que volver adentro. Tenemos que encontrar un refugio, ¿lo entiende ? - Traigan a mí otro hijo - dijo ella con

brusquedad- . No lo dejaran en el camino. No lo dejaran para que... Sencillamente, no lo dejaran.

- Lo traeremos - dijo Brad con el mismo tono suave y tranquilizador. Se inclino y volvió a coger las piernas de Jim Reed- .¿ Verdad, Johnny? - Sirespondió el aludido, preguntándose que quedaría del pobre Collie Entragian por la mañana... suponiendo que hubiera un mañana. La madre de Collie no estaba allí para defender sus derechos.

Cammie miró como levantaban el cuerpo de su hijo, luego se puso de puntillas y murmuro algo al oído de Dave. Debió de decir las palabras apropiadas, porque el chico reanudó la marcha. Apenas habían dado unos pasos cuando oyeron un ruido mas

arriba, el sonido de unas pisadas sobre el suelo, y luego un grito exasperado de dolor. Dave Reed soltó un grito tan agudo como el de una jovencita en una película

de terror, y aquel sonido, mas que los ruidos sin identificar en el bosque, hizo que a Johnny se le encogió el estomago. Por el rabillo de un ojo vio que el hippie cogía el cañón del rifle que la chica acababa de levantar. Lo empujo hacía abajo y murmuro: - Un momento, un momento.

- ¡No disparen! - dijo una voz entre las sombras, a la izquierda. Johnny reconoció esa voz- . Tranquilos, somos amigos.

- ¿Doc? - Johnny, que había estado a punto de dejar caer el cuerpo de Jim Reed, lo cogió con mas fuerza a pesar del dolor en los hombros y los brazos. Poco antes de oír ruidos, estaba pensando en Intruso en el polvo. Faulkner había escrito que la gente se volvía mas pesada cuando moría. Era como sí la muerte fuera la única

forma en que la estúpida fuerza de gravedad celebraba su existencia- .¿ Es usted, Doc? - Si. - Dos sombras salieron de la oscuridad y se acercaron con cautela- . Me he pinchado con un maldito cactus.¿ Desde cuando hay cactus en Ohio? - Buena

94
pregunta - dijo Johnny- .¿ Quien viene con usted? - Audrey Wyler - respondió una

voz de mujer- .¿ Podemos salir del bosque, por favor? De repente Johnny supo que no

podría cargar su mitad del cuerpo de Jim Reed hasta la casa de los Carver, y mucho

menos ayudar a Brad a saltar la valla. Miro alrededor.

- ¿Steve?¿ Podría ayudar...? - Se interrumpió, recordando la danza de Steve con el puma picassiano- . ¡Mierda! No puede,¿verdad? - Oh, Di...os - Tom

Billingsley separo una sílaba en dos e hizo un falsete en la segunda, como un adolescente que esta cambiando la voz- .¿Cual de los mellizos es ese? - Jim -

respondió Johnny. Cuando Tom se acercó a el, añadió- : No puede hacerlo, Tom.

Le

dará una apoplejía.

- Yo ayudare - dijo Audrey uniéndose a ellos- . Ahora vamos. Salgamos de aquí.

Steve vio que el viejo veterinario y la vecina de enfrente habían seguido el mismo camino que el y Collie Entragian. Allí donde había vista las pilas gastadas, había un cráneo de vaca semienterrado en el suelo, y una vieja herradura donde había habido una bolsa de patatas, pero el envoltorio de los cromos de béisbol seguía en el mismo sitio. Steve se agachó, lo recogió y lo levanto a la luz de la luna. Vio la foto de Alber Belle, con el bate listo para golpear y una mirada vehemente. Steve penso con horror que aquel envoltorio parecía un anacronismo en ese sitio, y no los

cactus, ni el cráneo de vaca, ni siquiera el grotesco felino del barranco. Lo mismo podría decirse de nosotros. Quizá ahora seamos nosotros los elementos anómalos.

- ¿En que piensas? - preguntó Cynthia.

- En nada.

Dejo caer el envoltorio, pero a medio camino del suelo el papel se abrió, se hincho como una vela y cambió de color (era difícil precisarlo en la oscuridad, pero pareció pasar del verde claro al blanco). Stevt resolló de asombro. Cynthia, que se había vuelto de espaldas para mirar el camino, volvió a girarse con rapidez.

- ¿ Que pasa? - ¿Has visto eso? - No.¿Que? - Esto. - Se agacho y lo

recogió. El envoltorio de los naipes se había convertido en una hoja áspera de papel. En ella había un bandido de barba cerdosa y ojos hundidos. El cartel rezaba:

SE BUSCA. POR ASESINATO, ROBO EN TERRITORIOS RESERVADOS
ABUSOS DESHONESTOS,
ENVENENAMIENTO DE POZOS, ROBO DE GANADO, ROBO DE CABALLOS,
APROPIACIÓN DE MINAS.

Todo esto encima del retrato. Debajo, en letras negras, se leía el nombre del bandido: JEBEDIAH MURDOCK.

- Vaya tomadura de pelo - dijo Cynthia.

- ¿Por que? - Ese tipo no es un forajido, sino un actor. Lo he visto en la tele.

Steve alzo la vista y vio que los demás se alejaban. Cogió la mano de Cynthia y corrieron detrás de ellos.

Tak atravesó la arcada que separaba el salón del estudio, rozando apenas la alfombra con los pies sucios de Seth Garin. Sus ojos estaban brillantes y enrojecidos, y usaba los pulmones de Seth para respirar con rápidos y violentos resuellos. Los pelos de Seth estaban erizados, no solo en la cabeza, sino en todo el

cuerpo. Cada vez que este fino vello rozaba las paredes, producía un rumor similar a

un crujido. Los músculos del cuerpo del niño parecían vibrar, además de temblar.

La muerte del policía había despertado a Tak de su trance hipnótico delante de la tele. Instintivamente había extendido al máximo su campo de acción, como un jardinero que roba un jonron en un campo de béisbol, y se había apoderado con rapidez de la esencia de Entragian. La energía había estallado dentro de el como una

bomba de napalm, destruyendo otra barrera, y ahora se encontraba mas cerca que nunca

del centro de Seth Garin. Aun no había llegado, pero estaba muy próximo.

Sus percepciones también se aguzaron. Vio al muchacho con la pistola humeante

en la mano, comprendió lo que había pasado, sintió el horror y la culpa del adolescente, percibió el potencial de la situación. Sin pensarlo dos veces - en realidad, Tak era incapaz de pensar- , se interno en la mente de Jim Reed. A esa distancia no podía controlarlo físicamente, pero el dispositivo de seguridad que protegía la coraza emocional del chico había quedado temporalmente suspendido, 95

dejando libre acceso a esa parte de su ser. Tak tomó solo un segundo, quizá dos, para entrar, tocar todos los mandos y programar al chico con la información necesaria, pero un segundo bastó. Hasta era probable que el chico se hubiera suicidado sin su ayuda. Después de todo, lo único que hizo Tak fue amplificar emociones que ya estaban presentes.

La energía liberada por el suicidio de Jim Reed había encendido a Tak como una antorcha y había disparado sus nervios prestados hasta la zona de alta tensión. La energía fresca - la energía joven- lo inundó, reemplazando la ingente cantidad que había utilizado hasta el momento. Y ahora Tak flotaba debajo de la arcada, vibrando,

totalmente cargado, esperando la hora de terminar lo que había comenzado. Pero primero debía comer algo. Estaba hambriento. Tak floto hasta el centro del salón y se detuvo.

- ¿ Tía Audrey? - llamó en la voz de Seth Garin. Una voz dulce, quizá precisamente porque se usaba poco- . Tía Audrey, ¿estas ahí? No. Percibía que no estaba. En ocasiones, la tía Audrey podía bloquear su mente (siempre con la ayuda de Seth), pero nunca conseguía acallar el latido de su existencia; su esencia. Ahora había desaparecido, aunque solo de la casa. Quizá estuviera con los demás, pero no mucho mas lejos, porque la calle Poplar ahora estaba rodeada por el desierto de Nevada... aunque no era la autentica Nevada, sino una Nevada de la mente, la que Tak había creado con su imaginación. Con la ayuda de Seth, desde luego. Sin ella no

podría haber hecho nada.

Tak se dirigió a la cocina. Quizá fuera una suerte que se hubiera marchado la tía Audrey; de ese modo podría controlar mejor a Seth, evitar que el niño lo distrajera en un momento crucial. Aunque el pequeño no podía plantearle grandes problemas; era poderoso, pero en muchos sentidos también indefenso. Al principio había sido una lucha entre contendientes del mismo poder... aunque en realidad, no

tenían el mismo poder. A la larga, la capacidad innata no puede rivalizar con el trabajo tenaz, y Tak había tenido un milenio para pulir sus garras y sus estratagemas. Ahora, poco a poco, comenzaba a ganar ascendente, y usaba los poderes

de Seth contra el mismo, como un astuto profesor de karate enfrentado a un oponente

fuerte pero estúpido.

¿Seth?, preguntó mientras flotaba hacia el frigorífico. ¿Doónde estás, amigo?

Por un momento penso que Seth se había marchado... pero eso era imposible.

Estaban

completamente fundidos, mantenían una relación tan simbiótica como un par de siameses unidos por la columna vertebral. Sí Seth abandonaba su cuerpo, el sistema

parasimpático - corazón, pulmones, eliminación, elaboración de tejidos,

funcionamiento cerebral- dejaría de funcionar. Tak no podía controlarlo, como un

astronauta no puede controlar los miles de complicados sistemas que lo envían al espacio en primer lugar y luego le permiten mantenerse en un medio estable. Seth era

el ordenador, y sin el sistema operativo no podía funcionar. Sin embargo, Seth nunca

se suicidaría. Tak podía evitar que se matara, igual que había empujado a Jim Reed a

hacerlo. De hecho, una parte de Seth no quería liberarse de Tak, pues este había

cambiado por completo su vida. Le había dado Supercarros que eran algo mas que juguetes, le había dado películas que eran reales; Tak había salido de la Mina de los Chinos con un par de botas mágicas de vaquero, de la talla exacta del niño. ¿Como iba a querer perder a un amigo así? Sobre todo cuando la única alternativa era volver a encerrarse en la prisión de su propia mente.

¿Seth?, volvió a preguntar Tak. ¿ Donde estas, querido amigo? Y en lo mas profundo de la red de cuevas, túneles y engranajes que había construido el niño (otra parte de el no quería a Tak y sentía terror ante el extraño que habitaba en su cabeza), Tak vislumbro algo, un pulso débil, que reconoció de inmediato: ¡La esencia! Era Seth, desde luego; escondido, creyendo que Tak no lo vería, no lo oiría ni lo olería. Y de hecho no podía hacerlo, pero el pulso seguía allí, como una especie de chivato sonoro. Sí Tak quería, podía perseguirlo y traerlo de vuelta. Seth no lo sabía, y sí se portaba bien, nunca lo descubriría.

96

Si, señor, penso abriendo la puerta del frigorífico. Soy un vigilante; pero incluso los vigilantes necesitan comer. Cualquier vigilante estaría muerto de hambre después de un día agotador persiguiendo ladrones y cuatreros. Había leche con cacao en el estante superior de la nevera. Tak cogió la jarra de plástico con las manos roñosas de Seth y luego inspecciono la bandeja de la carne. Había hamburguesas, pero Tak no sabía como cocinarlas, y no había ninguna información al respecto archivada en la memoria de Seth. A Tak no le importaba comer carne cruda (de hecho, le gustaba), pero en las dos o tres ocasiones en que lo había hecho, el cuerpo de Seth había enfermado. La tía Audrey había dicho que era por comer carne cruda y Tak no creía que mintiera (aunque con la tía Audrey no podía estar completamente seguro). La ultima indisposición había sido la peor: el niño

había tenido diarrea y se había pasado la noche vomitando. Tak había desalojado su

cuerpo temporalmente, controlándolo de vez en cuando para comprobar que no hubiera

olores raros. Odiaba el sistema excretor de Seth incluso cuando funcionaba con normalidad, y mucho más cuando se desquiciaba como la noche de la carne cruda.

De modo que nada de hamburguesas.

Sin embargo había salchichón y unas cuantas rodajas de queso; las amarillas, que tanto le gustaban. Uso las manos de Seth para poner la comida sobre la mesa y

la extraordinaria mente del pequeño para trasladar volando un vaso de plástico de McDonald's desde el armario donde estaba guardado. Mientras se preparaba un bocadillo, superponiendo rodajas de salchichón y queso sobre pan blanco untado con

mostaza, la jarra de plástico se elevó en el aire y llenó el vaso de McDonald's.

Tak bebió la mitad de la leche con cacao en cuatro grandes tragos, hizo una pausa para eructar y apuró el resto. Se sirvió un segundo vaso con la mente mientras

mordisqueaba el bocadillo, sin preocuparse por los chorreones de mostaza que caían

sobre los pies sucios de Seth. Tragó, masticó, bebió, eructó. El rugido de sus tripas comenzó a acallarse. El problema con la televisión, sobre todo con Los vigilantes o MotoKops 2200, era que abstraía a Tak, lo arrastraba a un mundo de sueños tan fascinantes que él se olvidaba de alimentar el cuerpo de Seth.

Luego,

ambos estaban tan hambrientos que Tak no podía pensar, y mucho menos actuar o hacer planes.

Terminó el segundo vaso de leche con cacao, lo inclinó sobre su boca para coger las últimas gotas y lo dejó en el fregadero con los platos sucios.

- No hay nada como una comida junto al fuego del campamento, pa - dijo con la voz del pequeño Joe Cartwright.

Luego volvió a flotar hasta la puerta de la cocina, como un globo sucio con forma de niño, llevando el resto del bocadillo en la mano.

La luz de la luna se filtraba por las ventanas del salón. Al otro lado, la calle Poplar había desaparecido. Tak la había reemplazado por la calle principal de

Desesperación, Nevada, tal como era en 1958, dos años antes de que los buscadores de

oro descubrieran que la molesta arcilla azul que extraían de sus minas era en realidad plata... y el decadente pueblo había vuelto a florecer gracias a un grupo de mineros desencantados de las minas de oro de California. Una tierra distinta, pero la misma ambición: amasar una fortuna rápida con las riquezas del suelo.

Tak no

sabía nada de esto, y desde luego no lo había aprendido en Los vigilantes (que estaba ambientada en Colorado, no en Nevada). La información la había conseguido

Seth poco antes de conocer a Tak, a través de un hombre llamado Allen Symes. Según

el tal Symes, la Serpiente Numero Uno se había hundido en 1958.

Al otro lado de la calle, donde antes estaban las casas de Jackson y Billingsley, ahora se hallaba la Lavandería China de Lushan y el almacén de ramos

generales de Worrell. El sitio de la casa de los Hobart lo ocupaba la tienda del pueblo, y aunque Tak aun podía oler el humo, el establecimiento no tenía una sola tabla chamuscada.

Tak se volvió y vio uno de los Supercarros en el suelo. Se asomaba tímidamente detrás de un cojín del sofá. Tak lo hizo cruzar la habitación volando. El coche se detuvo delante de los ojos castaños de Seth, suspendido en el aire con las ruedas girando, mientras Tak terminaba su bocadillo. Era el Carro de la Justicia. A veces

Tak deseaba que aquel carro fuera de Joe Cartwright, y no del coronel Henry. Entonces el sheriff Streeter, de Los vigilantes, podría mudarse a Virginia y conducir la furgoneta azul, Justicia, en lugar de montar a caballo. Streeter y Jeb Murdock, que no estarían muertos sino heridos, se harían amigos... y también trabarían amistad con los Cartwright... Luego Lucas McCain y su hijo dejarían su rancho en Nuevo México y... bueno...

- Y yo sería pa - murmuró Tak- . El patriarca de La Ponderosa y el hombre mas importante del territorio de Nevada. Yo.

Sonriente, hizo que el Carro de la Justicia diera dos giros lentos y maravillosos alrededor de la cabeza de Garin. Luego borro aquellas fantasías de su

cabeza. Eran fantasías bonitas, quizá incluso realizables sí conseguía robar suficiente esencia (la sustancia que quedaba después de la muerte) a la gente que quedaba en la calle.

- Ya es casi la hora - dijo- . La hora de la batida.

Cerro los ojos, usando los circuitos de la memoria de Seth para visualizar los Supercarros... en especial el Carro de la Muerte, que conduciría el asalto.

Sinrostro conduciría, la condesa Lilí iría de copiloto y Jeb Murdock en la torreta.

Porque Murdock era el mas perverso.

Con los ojos cerrados, y la nueva energía iluminando su mente como fuegos artificiales en una noche de verano, Tak comenzó a generar potencia. Le llevaría un

rato, pero ahora que había llegado tan lejos, disponía del tiempo suficiente.

Pronto llegarían los vigilantes.

- Preparaos, muchachos - murmuró Tak. Las manos de Seth le sujetaban los brazos, apretándolos con fuerza, pero también temblando- . Preparaos, porque vamos a

borrar este pueblo del mapa. Allen Symes trabajo para la compañía minera Deep Earth

como ingeniero de minas durante veintiséis años, desde 1969 a 1995. Poco después de

las Navidades de 1995, se retiró y se mudó a Clearwater, Florida, donde murió de un

ataque al corazón el 19 de septiembre de 1996. El siguiente documento fue hallado por su hija en su escritorio. Estaba dentro de un sobre sellado con la inscripción: RELATIVO A UN EXTRAÑO INCIDENTE EN LA MINA DE LOS CHINOS. POR FAVOR, LEER DESPUÉS DE

MÍ MUERTE. El documento se presenta aquí tal como fue encontrado.

27 de octubre de 1995

A quien pueda interesar: Escribo estas líneas por tres razones.

En primer lugar, quiero aclarar algo que ocurrió hace quince meses, en el verano de 1994. En segundo lugar, deseo tranquilizar mi conciencia, que se había acallado un poco, pero que ha vuelto a importunarme desde que la señora Wyler me escribió desde Ohio y yo le mentí en mi respuesta. No se si un hombre puede tranquilizar su conciencia poniendo las cosas por escrito con la esperanza de que alguien las lea después, pero supongo que vale la pena intentarlo. Es probable que cuando me jubile me decida a mostrar esta carta a alguien, quizá incluso a la señora Wyler. En tercer lugar, no puedo borrar de mi mente la sonrisa de aquel niño.

Su forma de sonreír.

Le mentí a la señora Wyler para proteger a la compañía y conservar mi trabajo, pero sobre todo porque podía mentirle. El 24 de julio de 1994 era domingo, el lugar estaba desierto, y fui el único que los vio. Yo tampoco habría estado allí si no hubiera tenido que poner al día un montón de papeles atrasados. Cualquiera que crea que ser ingeniero de minas es sólo viajes y diversión debería ver las toneladas de informes y formularios que he tenido que rellenar a lo largo de los años.

La cuestión es que estaba acabando mi jornada cuando un todoterreno Volvo aparcó delante de la oficina y una familia entera bajó de él.

Estaban tan contentos que uno hubiera dicho que se dirigían al circo.

Parecían una de esas familias que salen por la tele después de ganar un

sustancioso premio en un concurso.

98

Eran cinco: el padre (seguramente el hermano de la señora de Ohio), la madre, el hermano mayor, la hermana mayor, y el hermano pequeño. Este último aparentaba unos cuatro años, aunque cuando leí la carta de la señora Wyler (fecha en julio de este año), descubrí que era algo mayor, sólo que menudo para su edad.

Los vi llegar desde mi escritorio, donde tenía un montón de papeles desperdigados. Permanecieron cerca del coche un par de minutos, señalando el terraplén situado al sur del pueblo, excitados como gallinas en una tormenta, hasta que el benjamín arrastró a su padre a la caravana donde está la oficina.

Todo esto ocurrió en nuestro cuartel general de Nevada, una caravana de doble ancho situada a unos tres kilómetros de la carretera principal (la interestatal 50), a las afueras de Desesperación, un pueblo celebre durante la guerra civil por su mina de plata. En la actualidad nos ocupamos principalmente de la Mina de los Chinos, de donde estamos extrayendo cobre por lixiviación. Los verdes nos acusan de agotar los recursos naturales, pero la cosa no es tan grave como ellos pretenden hacer creer.

La cuestión es que el hermano pequeño empujó a su padre hasta los peldaños de la caravana y le oí decir: - Llama, papa, hay alguien dentro. Lo se.

El padre pareció sorprenderse mucho, aunque yo no entendí por que, pues mi coche estaba aparcado justo enfrente. Pronto descubrí que la sorpresa del padre no se debía a lo que había dicho el chiquillo, sino al simple hecho de que hubiera dicho algo.

El padre miró al resto del clan y todos repitieron lo mismo: llama a la puerta, llama a la puerta, ¡venga, llama a la puerta! Mas contentos que unas pascuas. Era una situación extraña y al mismo tiempo graciosa. Debo admitir que despertaron mi curiosidad. Alcanzaba a ver la matrícula

del coche y no podía entender que demonios hacía una familia de Ohio en las afueras de Desesperación un domingo por la mañana. Decidí que sí el padre no se atrevía a llamar, saldría yo y charlaría un rato con él.

Dicen que la curiosidad mata, pero, sí es así, yo creo que la alegría de satisfacerla resucita.

El hombre llamó, y tan pronto como abrí la puerta, el pequeño entró corriendo! Fue directamente a la pared, hasta el mismísimo tablín de anuncios donde Sally pinchó la carta de la señora Garin cuando llegó con una nota que decía: ¿ ALGUIEN PUEDE AYUDAR A ESTA MUJER? en letras rojas

y mayúsculas.

El chiquilín tocó una tras otra las fotografías aéreas de la Mina de los Chinos colgadas en el tablín de anuncios. A cualquiera que no haya estado allí le resultara difícil comprender mi asombro ante aquella escena, pero créanme, era todo muy extraño. Como sí el niño hubiera estado en la oficina al menos una docena de veces.

- Aquí está, papá - dijo, señalando las fotografías- . ¡Aquí está! ¡Aquí está! Aquí esta la mina, ¡la mina de plata! - Bueno... - dije, con una risita- , en realidad es una mina de cobre, hijo, pero has estado cerca.

El señor Garin me miró con la cara ruborizada y dijo: - Lo siento, no pretendíamos entrar sin permiso. - Entonces el mismo entró a buscar a su hijo. No pude evitar pensar que la cosa tenía gracia.

Llevó al niño de vuelta a los peldaños de la puerta, que sin duda le parecería el sitio mas apropiado. Era de Ohio, y supongo que no tenía por que saber que en Nevada todo el mundo irrumpe sin permiso. El chiquillo no pataleó ni hizo una escena, pero no apartó los ojos de las fotos del tablín de anuncios en ningún momento. Estaba muy gracioso, espiando con los ojitos brillantes por encima de los hombros de su

99 padre. El resto de la familia se congregó a su alrededor, mirando hacía

arriba. Los chicos mayores estaban radiantes y la madre también parecía muy contenta.

El padre comentó que eran de Toledo y me presentó a toda la familia.

- Y este es Seth - dijo acabando la presentación- . Seth es un niño especial.

- ¿ Por que? Yo creí que todos los niños eran especiales - dije extendiendo la mano- . Encantado, Seth. Soy Allen Symes.

El pequeño me estrechó la mano con absoluta seriedad. Los demás miembros de la familia parecían atónitos, sobre todo su padre, aunque yo no entendía por que. Mí propio padre me enseñó a dar la mano cuando tenía tres años; no es tan difícil como aprender a hacer juegos malabares o trucos con una baraja. Pero poco después las cosas comenzarían a aclararse.

- Seth quiere saber sí puede ver la montaña - dijo el señor Garin señalando la Mina de los Chinos. La parte del norte se parece un poco a una montaña- . Aunque supongo que quiere decir la mina.

- ¡Si! - dijo el niño- . ¡La mina! ¡Seth quiere ver la mina! ¡Seth quiere ver la mina de plata! ¡Hoss! ¡Pequeño Joe! ¡Adam! ¡Hop Sing! Al oír esto solté una carcajada. ¡Hacía tanto tiempo que no oía esos nombres! Pero los demás no rieron; se limitaron a mirar al pequeño como sí fuera Jesús enseñando a los ancianos en el templo.

- Bueno - dije- , sí quieres ver el rancho La Ponderosa, hijo, puedes hacerlo, aunque esta bastante más al oeste. Hay viajes organizados, y hasta te llevan debajo de la tierra con vagonetas para mineros. El mejor es el Betty Carr, en Fallon. Sin embargo, no hay excursiones a la Mina de los Chinos. Es una mina en explotación y no resulta tan interesante como las viejas minas de oro y plata. Aquella pared que te pareció una montaña no es mas que un gran agujero en el suelo.

- No creo que le entienda, señor Symes - dijo su hermano mayor- .

Es un buen chico, pero no es muy rápido. - Y le dio un golpecito en la cabeza.

Sin embargo, el pequeño entendió. Era evidente, porque se echó a llorar. No a los gritos, como mocoso malcriado, sino silenciosamente, como un niño que ha perdido algo que quiere de verdad. Los demás se quedaron tan desolados como si hubiera muerto el perro de la familia. La niña pequeña dijo que Seth nunca lloraba y eso aguzó aun mas mi curiosidad. No entendía que les pasaba, y me moría por saberlo. Ahora desearía no haberme metido en sus asuntos, pero lo hice.

El señor Garin preguntó si podía hablar conmigo en privado y le respondí que si. Dejó al niño con su mujer. El pequeño seguía llorando en silencio, con grandes lagrimones, y tuve la impresión de que en cualquier momento su hermana mayor iba a unirse a el. Entonces Garin entró en la caravana y cerró la puerta.

En pocos minutos me dijo un montón de cosas acerca del pequeño Seth Garin, pero la mas importante fue lo mucho que le querían. No es que lo dijera con palabras (sí lo hubiera hecho, no habría confiado en ellas), pero lo demostraba. Dijo que Seth era autista, que casi nunca decía una palabra inteligible ni mostraba interés por las <<cosas normales>>, pero que cuando había visto la ladera norte de la Mina de los Chinos desde la carretera, había empezado a hablar sin parar, señalándola todo el tiempo.

*- Al principio intentamos tranquilizarlo y seguí conduciendo - dijo Garin- . Por lo general Seth no habla, pero de vez en cuando suelta un torrente de palabras ininteligibles. June las llama <<sermones>>. Sin
100*

embargo, cuando vio que no dábamos la vuelta ni aflojábamos la marcha, empezó a hablar. No sólo palabras, sino frases enteras. <<Vuelve, por favor, Seth quiere ver la mina, Seth quiere ver a Hoss, a Adam y al pequeño Joe.>> Se algo acerca del autismo; mi mejor amigo tiene un hermano en el hospital psiquiátrico de Boulder, a las afueras de Las

Vegas. He estado allí en varias ocasiones, he conocido a varios autistas, y jamás hubiera creído lo que me decía Garin si no lo hubiera visto con mis propios ojos. Muchos chicos del hospital no sólo no hablan, sino que ni siquiera se mueven. Los peores parecen muertos; tienen la mirada ausente y apenas mueven el pecho para respirar.

- Le encantan los westerns y los dibujos animados - dijo el señor Garin- y parece que la mina le recuerda a algo que vio en Bonanza. Aunque no se lo dije a Garin, pense que era probable que hubiera visto la propia mina en un episodio de Bonanza. En esta zona se filmaron muchas series de televisión, y la Mina de los Chinos data de 1957, de modo que es posible.

- De todas formas - dijo- esto es autentico adelanto para Seth, aunque la palabra mas adecuada sería milagro. Y no sólo porque ha hablado.

- Sí - dije- , parece que por una vez esta en el mundo, ¿ verdad? Pensaba en la gente de Lacota Hall, donde vive el hermano de mí amigo. Aquellos chicos nunca estaban en el mundo real. Incluso cuando lloraban, reían y emitían sonidos, era como si lo hicieran para si.

- Sí - dijo Garin- . Es como si una luz se hubiera encendido en su interior. No se cómo ha ocurrido ni cuanto tiempo durará, pero...¿ hay alguna posibilidad de que nos lleve a la mina, señor Symes? Se que no esta permitido y supongo que la compañía de seguros organizaría un escándalo si se enterara, pero significaría mucho para Seth. Significaría mucho para todos nosotros. No tenemos mucho dinero, pero podría ofrecerle cuarenta dólares por su tiempo.

- No lo haría ni por cuatrocientos - dije- , estas cosas se hacen gratis o no se hacen. Venga. Cogeremos uno de los todoterrenos. Su hijo mayor puede conducirlo, si usted no tiene objeción. También va en contra de las normas de la compañía, pero supongo que da igual una que cuarenta.

Cualquiera que lea esto y me tome por tonto (un tonto imprudente),

debería haber visto cómo se iluminó la cara de Bill Garin. Lamento machismo lo que les pasó a él y a los otros en California - lo se por la carta de su hermana- pero ese día estaba realmente feliz, y me alegro de haber podido ayudarlo.

Fue una tarde tranquila, al menos hasta el momento de nuestro "pequeño susto". Garin permitió que su hijo mayor, Jack, condujera hasta la mina y el niño estaba rebosante de alegría. Creo que sí me hubiera presentado a elecciones en el cielo, me habría votado para el cargo de Dios. Era una familia muy agradable y adoraban al benjamín; todos y cada uno de ellos. Fue asombroso que el crío se largara a hablar tan repentinamente, pero ¿cuantas personas habrían cambiado sus planes por una cosa así? Ellos lo hicieron, y estoy seguro que sin necesidad de discutirlo. El pequeño habló durante todo el trayecto a la mina (íbamos a una velocidad de un kilómetro y medio por minuto). Fundamentalmente balbuceaba, pero no todo el tiempo. Habló de los personajes de Bonanza, de La Ponderosa, de bandidos y de minas de plata. También mencionó una serie de dibujos animados. Creo que se llamaba MotoCops. Me mostró una figura articulada, una chica pelirroja con una pistola que se sacaba de la funda y podía encajarse en su mano. También daba palmaditas sobre el todoterreno y lo llamaba el <<Carro de la Justicia>>. Entonces Jack se hinchó detrás del volante (debía de estar conduciendo a unos quince

101

kilómetros por hora) y dijo: - Si, y yo soy el coronel Henry.

¡Atención, nos aproximamos al Pasillo de la Fuerza! Todos rieron y yo también. Lo cierto es que su alegría resultaba contagiosa.

Estaba tan excitado que no pense en lo que decía el niño hasta mucho después. El pequeño no paraba de hablar de <<la vieja mina>>. Supongo que sí repare en ello, debo de haber llegado a la conclusión de que era algo relacionado con Bonanza. En ningún momento se me pasó por la cabeza que hablaba de Serpiente Numero Uno, porque era imposible que supiera algo al respecto. Ni siquiera los habitantes de Desesperación

estaban al tanto de lo que habíamos descubierto después de la explosión controlada de hacía una semana. ¡Diablos!, por eso tenía tanto papeleo pendiente un domingo por la tarde. Debía escribir un informe acerca de nuestro hallazgo y hacer una lista de las distintas medidas posibles. Cuando por fin se me ocurrió la idea de que Seth Garin se refería a Serpiente Numero Uno, recordé cómo había entrado corriendo en la caravana, como sí hubiese estado allí un millón de veces. Fue directo a las fotos del tabín de anuncios. Esa idea me produjo escalofríos pero hubo algo más, algo que vi después que la familia Garin se marchara hacia Carson. Enseguida hablare de eso.

Cuando llegamos al pie del terraplén, le cambie e sitió a Jack y conduje por el desfiladero, que esta cubierto de grava y es mas ancho que muchas autopistas Cuando cruzamos al otro lado todo eran exclamaciones d~ asombro. Por lo visto, la mina es algo mas que un simple agujero en la tierra. El foso tiene casi trescientos cincuenta metros de profundidad, y atraviesa estratos de roca de la Era Paleolítica, es decir, de trescientos veinticinco millones de años de antigüedad. Algunos de estos estratos de pórfido son preciosos, con cristales púrpuras y verdes. Desde arriba, las excavadoras parecen juguetes. La señora Garin bromeó sobre su supuesto miedo a las alturas y dijo que iba a vomitar aunque no creo que sea cuestión de risa. Mucha gente vomita de verdad cuando mira por encima del borde y v la profundidad del foso.

Entonces la niña pequeña (no recuerdo su nombre, pero quizá fuera Louise) señaló hacia abajo, hacia el agujero, y preguntó: - ¿Que es ese agujero rodeado de cintas amarillas? Parece un enorme ojo negro. - Es nuestro descubrimiento del año - dije- . Algo tan importante que es secreto. Os lo contare sí prometéis no decírselo a nadie. No lo haréis, ¿verdad? De lo contrario, podría meterme en un lío.

Me lo prometieron, y pense que podía confiar en ellos, pues sólo estaban de paso. Además, supuse que al pequeño le gustaría oír hablar

del asunto, teniendo en cuenta su pasión por Bonanza. En ningún momento se me ocurrió pensar que el ya lo sabía todo. ¿ Por que iba pensar algo así? - Esto es la vieja Serpiente Numero Uno - dije- , al menos eso creemos. La descubrimos después de una explosión. La parte delantera se cavó en 1858.

Jack Garin quiso saber que había dentro. Le dije que no lo sabíamos. Las reglas de la Federación de Mineros nos impedían entrar. La señora Garin (June) preguntó si la compañía exploraría la mina mas adelante, y dije que quizá, siempre y cuando nos dieran permiso. No les mentí, pero disfrace un poco la verdad. Habíamos rodeado el foso con cintas amarillas, como dispone la federación, pero eso no significaba que ellos estuvieran al tanto de nuestro hallazgo. La descubrimos por casualidad durante una explosión en la ladera sur. Cuando el polvo se asentó, apareció la mina. Sin embargo, los directivos de la compañía no estaban seguros de querer dar publicidad a este asunto.

Sí la noticia se propagaba, habría muchos intereses en juego. Según la leyenda, cuarenta o cincuenta chinos quedaron sepultados dentro

102

cuando la mina se derrumbó, y de ser cierto, tenían que seguir allí, conservados como las momias de las pirámides egipcias. Los aficionados a la historia estarían encantados con la posibilidad de encontrar sus ropas y sus herramientas, por no mencionar los cadáveres. Muchos de nosotros también estábamos interesados, pero no podíamos hacer nada sin un permiso de Deep Earth Brass de Phoenix, y sabíamos que no lo conseguiríamos. Deep Earth Brass no es precisamente una organización benéfica, y estoy seguro de que cualquiera que lea esto comprenderá que la minería, especialmente en esta época, es una operación de riesgo. La Mina de los Chinos no empezó a dar beneficios hasta 1992, y los mineros nunca sabían con seguridad si tendrían trabajo cuando llegaran allí.

En parte dependía del precio del cobre (la lixiviación no resulta barata), pero mas de asuntos medioambientales. Ultimamente las cosas

están un poco mejor, las reglas actuales tienen más sentido, pero todavía tenemos una docena de demandas pendientes en los tribunales del condado, casi todas interpuestas por gente (casi siempre <<verdes>>) que quieren cerrar la mina. Muchos de nosotros - yo entre ellos- no creíamos que los peces gordos de la compañía quisieran buscarse más problemas anunciando al mundo que habíamos encontrado una vieja mina local, probablemente de gran interés histórico. Como dijo Yvonne Bateman, una colega de la mina, después de las explosiones: - Sería muy propio de los amantes de los árboles intentar que la mina sea declarada monumento histórico por los federales o por la Comisión Histórica de Nevada. Es la mejor manera de acabar con nosotros, que es lo que siempre han querido.

Quizá crean que nos comportábamos como paranoicos (muchos lo creen), pero cuando uno sabe como yo que hay noventa o cien hombres que dependen de la mina para alimentar a sus familias, se vuelve prudente. La hija (¿Louise?) dijo que aquel sitio le daba escalofríos y yo le respondí que a mí también. Me preguntó si me atrevería a entrar y le dije que ni loco. Luego preguntó si temía a los fantasmas y le conteste que no, que sólo temía a los hundimientos. Era increíble que algunas de las vigas todavía siguieran en pie. Están asentadas en los estratos de hornito y riolita, restos del movimiento volcánico que vació la Gran Cuenca, y son materiales bastante precarios, incluso cuando no se hacen estallar cargas de dinamita todo el tiempo. Le dije que no entraría allí a menos que reforzaran cada metro del foso con hormigón y acero. ¡Jamás imagine que antes de que acabara el día estaría en las entrañas de la mina, tan abajo que ni siquiera alcanzaría a vislumbrar el sol! Los lleve al almacén de equipamiento, les conseguí unos cascos y después los lleve por todas partes y les enseñe todo: excavadoras, relaves, lixivadores y equipo pesado. Fue una especie de viaje turístico. El pequeño Seth había dejado de hablar, ¡pero tenía los ojos tan brillantes como los granates que siempre estamos encontrando entre las rocas!

Bien; ahora llego al <<pequeño susto>> que me ha causado tantas dudas y pesadillas (por no mencionar los remordimientos, algo muy importante para un mormón como yo que se toma la religión muy en serio). Lo cierto es que en ese momento el susto no nos pareció pequeño, y francamente, tampoco me lo parece ahora. He pensado mucho en todo esto, y mientras estaba en Perú (donde me encontraba examinando unos depósitos de bauxita cuando llegó la carta de la señora Wyler al buzón de la compañía en Desesperación), tuve al menos una docena de sueños relacionados con esa experiencia. Quizá fuera el calor. hacía mucho calor dentro de la mina Serpiente. En mis años mozos baje un millón de veces a las minas, y normalmente son muy frescas, con temperaturas bajo cero. He leído que algunas de las minas de oro de Sudáfrica son cálidas, pero nunca he

103
estado en una de ellas. Sin embargo, esta no era cálida, sino abrasadora. Y también húmeda, como un invernadero.

Pero me estoy adelantando a los hechos, y no era mí intención.

Quiero contar las cosas paso a paso, tal como ocurrieron de principio a fin. Gracias a Dios, no volverá a pasar nada similar. A principios de agosto, apenas dos semanas después de los hechos que estoy relatando, la mina se hundió. Quizá hubo un pequeño temblor en el estrato devónico, o puede que el aire tuviera un efecto corrosivo sobre las vigas de madera. Nunca lo sabré con seguridad, pero lo cierto es que un millón de toneladas de esquisto y piedra caliza se vinieron abajo. Cuando pienso en lo cerca que estuvieron el señor Garin y su hijito de morir sepultados allí abajo (por no mencionar el señor Allen Symes, extraordinario geólogo), me dan escalofríos.

El chico mayor, Jack, quería ver a Mo, nuestra excavadora mas grande. Funciona sobre trochas y trabaja las pendientes interiores, excavando bancos a intervalos de quince metros. Hubo un tiempo, a principios de los setenta, cuando Mo era la excavadora mas grande del mundo, y los niños - en especial los varones- se quedan fascinados con

ella. ¡Los niños grandes también! Garin tenía tantas ganas de verla de cerca como su hijo Jack, y di por supuesto que Seth deseaba lo mismo. Aunque me equivocaba.

Les enseñé las escaleras que ascendían hasta la cabina de Mo, que esta a casi treinta y cinco metros de altura. Jack me preguntó sí podían subir y dije que no, que era demasiado peligroso, pero que sí querían podían dar un paseo por las trochas. Eso ya es toda una aventura, pues cada trocha es tan ancha como una calle de ciudad y cada una de las placas de acero que las forman se encuentra a un metro de la siguiente. El señor Garin dejó a Seth en el suelo, y comenzaron a subir las escaleras. Yo los seguí, rezando para que nadie se cayera. Sí hubiera pasado algo así, yo habría sido el responsable legal. June Garin retrocedió para sacarnos fotos. Hicimos payasadas y muecas para la cámara y nos lo estábamos pasando en grande, cuando la niña gritó: - ¡Vuelve, Seth! ¡Ahora mismo! ¡No tendrías que estar allí abajo! Yo no alcanzaba a ver al crío desde arriba de las trochas, porque el resto de la excavadora me tapaba la vista, pero pude ver perfectamente a su madre, que parecía aterrorizada.

- ¡Seth! - gritó- . ¡Vuelve aquí enseguida! - Gritó dos o tres veces, luego arrojó la cámara al suelo y salió corriendo.

No necesite ver nada mas. Me bastó con ver a la mujer arrojando su Nikon al suelo como sí fuera un paquete de cigarrillos vacío. Di tres saltos y llegue al suelo. Todavía me preguntó cómo es posible que no me rompiera el pescuezo. Supongo que es aun mas extraño que ni Garin ni su hijo mayor se cayeran, pero en aquel momento no pense en eso. La verdad es que nunca pense en eso.

El pequeño ya estaba escalando la cuesta hacía el foso de la vieja mina, que estaba a apenas unos sesenta metros de altura. Lo vi y supe que su madre no sería capaz de alcanzarlo antes de que se metiera adentro. Que nadie sería capaz de alcanzarlo antes de que se metiera adentro, sí era eso lo que pretendía hacer. Se me heló el corazón, pero

me arme de valor y corrí tan rápido como pude.

Alcance a la señora Garin justo cuando Seth llegaba a la entrada de la mina. El niño se detuvo un momento, y rece para que no entrara. Supuse que sí la oscuridad no lo asustaba, quizá lo hiciera el olor. Es similar al olor de un campamento, una mezcla de ceniza, café quemado y restos de carne podrida. Entonces entró, sin hacer el menor caso a mis gritos de advertencia.

104

Adelante a su madre y le dije que se quedara allí, que yo bajaría y traería al niño de vuelta. Le dije que dijera lo mismo a sus hijos y a su marido, pero por supuesto Garin se negó a obedecer. Supongo que yo en su lugar habría hecho lo mismo.

Escale la cuesta y rompí las cintas amarillas. El niño era lo bastante bajo para pasar por debajo. Podía oír los sonidos tenues que casi siempre se oyen en las minas, algo así como el susurro del viento o de una catarata lejana. No se que es en realidad, pero no me gusta, nunca me ha gustado. No conozco a nadie que le guste. Es un sonido espectral. Aunque ese día oí un ruido que me gustó aun menos, una especie de chillido susurrante. No lo había oído las anteriores veces que había estado en el pozo, pero enseguida supe de que se trataba: el roce del hornito contra la riolita. Es como sí la tierra hablara. En los viejos tiempos, este sonido ahuyentaba a los mineros, porque significaba que la mina podía hundirse en cualquier momento. Supongo que los chinos que trabajaban en la Serpiente en 1858 o bien no sabían que significaba aquel ruido o no se les permitía prestarle atención.

Después de romper las cintas resbalé y caí de rodillas. Entonces vi algo en el suelo: una muñeca articulada de plástico, la chica de pelo rojo con su arma. Debí de caer del bolsillo del niño antes de que entrara en el foso y verla ahí entre lo desechos - lo que nosotros llamamos ganga- parecía un mal presagio. La recogí y me la metí en el bolsillo, y me olvide de ella hasta después, cuando pasaron los nervios

y se la devolví a su propietario. Se la describí a mí sobrino y me dijo que era una figura de Cassie Styles, uno de los personajes de la serie MotoKops de la que tanto hablaba el pequeño.

OS pasos sobre la grava detrás de mi; mire hacía atrás y vi al señor Garin subiendo la cuesta. Los otros tres se quedaron abajo. La niña lloraba -

¡Vuelva atrás ahora mismo! - dije- . ¡El foso puede hundirse en cualquier momento! ¡Tiene ciento treinta años! - No me importa sí tiene un millón de años - me contestó, sin detenerse- . Se trata de mí hijo y pienso ir a buscarlo.

No me iba a quedarme allí parado discutiendo con él. A veces lo único que uno puede hacer es seguir moviéndose, seguir adelante, y esperar que Dios nos proteja. Y eso es lo que hicimos. En mis años como ingeniero de minas he estado en lugares aterradores, pero los diez minutos que pase en la Serpiente (quizá fueran mas o menos, pues perdí toda noción del tiempo) que fueron los peores de mí vida. El agujero descendía en ángulo, y cuando apenas habíamos recorrido veinte metros, no alcanzábamos a ver la luz del sol. El olor del lugar - a cenizas, café viejo, y carne quemada- se volvía cada vez mas penetrante y eso también me extrañó. A veces las minas despiden un olor <<mineral>>, pero eso es todo. El suelo que pisábamos estaba cubierto de escombros, y teníamos que tener mucho cuidado para no tropezar y caer de bruces. Los soportes y vigas estaban cubiertos de figuras chinas, algunas talladas en la madera, pero la mayoría pintadas con humo de velas. Cuando uno ve algo así comprueba que lo que dicen los libros de historia es verdad, que no son fantasías, y el pasado cae sobre uno como un enorme peso. Garin gritaba llamando al chico, diciéndole que volviera, que estaba en peligro. Pense en decirle que el sonido de su voz podía hacer que las paredes se desmoronaran, igual que los gritos en las montañas pueden producir avalanchas de nieve, pero no lo hice. No habría podido contenerse. Sólo podía pensar en el niño.

Siempre llevo conmigo un llavero con una tijerilla plegable, una lupa y una pequeña linterna. Quite la funda de la linterna y alumbre el camino. Descendimos por el foso, en medió de los extraños murmullos y el

105
olor a campamento. Aunque hacía el final el olor cambió: ya no olía a campamento sino a podrido. Como sí hubiera un animal muerto en las proximidades.

Entonces encontramos los huesos. Nosotros - me refiero a la compañía Deep Earth- habíamos llevado luces al foso, pero no habíamos conseguido ver gran cosa. En mas de una ocasión discutimos sobre la posibilidad de que allí hubiera algo. Yvonne decía que no había nada, que nadie habría seguido bajando a una mina tan insegura como aquella, ni siquiera un montón de esclavos chinos. Decía que no eran mas que leyendas, pero una vez que Garin y yo nos adentramos unos metros, mí pequeña linterna demostró que Yvonne estaba equivocada.

había huesos desperdigados por todo el suelo del pozo, cráneos agrietados y también huesos de piernas, caderas y pelvis. Lo peor eran las costillas, pues cada una de ellas parecía sonreír como el gato de Alicia en el país de las maravillas. Cuando pisábamos los huesos no crujían, como era de esperar, sino que se deshacían como sí fueran polvo. El olor era mas fuerte que nunca y mí cara estaba empapada en sudor. Era como sí en lugar de en una mina estuviéramos en una sauna. ¡Y las paredes! Los chinos no se habían limitado a escribir sus nombres o iniciales, sino que habían escrito por todas partes con el humo de las velas. Como sí al encontrarse atrapados hubieran decidido escribir sus testamentos y ultimas voluntades en las vigas.

cogí a Garin por el hombro y dije: - Ya hemos bajado demasiado.

Quizá el crío estuviera arrinconado junto a alguna pared y la oscuridad nos haya impedido verlo.

- No lo creo - dijo.

- ¿Por que no? - pregunte.

- Porque tengo la sensación de que esta delante - dijo, y luego gritó- : ¡Seth! ¡Por favor, hijo! ¡Sí estas allá abajo, vuelve con nosotros! Pero lo que volvió me puso la carne de gallina. Mas adelante en el pozo, con el suelo cubierto de huesos y cráneos, escuchamos un canto. No letras, sólo la voz del pequeño tarareando <<la- la- la>> y <<dum- dum- dum>>. Aunque no era exactamente una melodía, reconocí la música de Bonanza. Garin me miró con sus grandes ojos blancos en la oscuridad y me preguntó si todavía pensaba que lo habíamos dejado atrás. Tuve que admitir que tenía razón y nos pusimos en marcha otra vez. Empezamos a ver herramientas entre los huesos, picos con cabezas oxidadas y graciosos mangos cortos, y pequeñas cajas metálicas atadas con cuerdas que yo había visto en una visita al Museo de las Minas de Ely. Eran lamparas de kerosene. Las llevaban atadas a la cabeza, con pañuelos debajo para no quemarse la piel. Entonces vi que en las paredes además de palabras había dibujos hechos con el humo de las velas. Eran imágenes horripilantes, coyotes con caras de araña, pumas con escorpiones montados sobre sus lomos, murciélagos con cabezas de bebés. En mas de una ocasión me he preguntado si realmente vi esos dibujos, o si el aire enrarecido de las profundidades me produjo alucinaciones. Nunca le pregunte a Garin si había visto lo mismo; no se si es porque me olvide o porque no quería saberlo. De repente Garin se detuvo y recogió algo del suelo. Era una pequeña bota de vaquero que había quedado atrapada entre dos rocas. Era evidente que el niño se había quedado atascado y se había quitado la bota para seguir. El señor Garin la levantó a la luz de la linterna para examinarla y luego se la metió debajo del brazo. Todavía podíamos oír los la- la- las y dum- dum- dums, así que sabíamos que el niño seguía delante. El sonido parecía cada vez mas cercano, pero no me hice ilusiones. Debajo de la tierra, nunca se sabe. El sonido se propaga de manera extraña.

Seguimos andando. No se a que profundidad llegamos, pero el suelo seguía descendiendo y el aire era abrasador. había menos huesos en el suelo del pozo, pero también mas rocas caídas. Podría haber alumbrado el lugar para examinar la forma del pozo, pero no me atreví. Ni siquiera me atrevía a calcular la profundidad, aunque debíamos de estar a unos trescientos cincuenta metros del lugar donde se produjo la explosión. Quizá incluso mas. Y empezaba a pensar que nunca saldríamos de allí. El techo se hundiría abajo y sería el final. Al menos sería un final rápido, mas rápido que el de los chinos, que murieron ahogados o de sed en el mismo pozo. Recordé que tenía cinco o seis libros de la biblioteca en casa, y me pregunte quien los devolvería, o sí me pondrían una multa por no devolverlos a tiempo. Es curioso lo que pasa por la cabeza de una persona cuando se encuentra acorralada.

Poco antes de que enfocara al niño con la linterna, el pequeño cambió de canción. No reconocí la nueva, pero después su padre me dijo que era el tema de los MotoKops. Solo lo menciono porque en cierto momento me pareció que alguien cantaba los la- la- las y dum- dumdums a dúo con el pequeño. Ahora estoy seguro de que sólo era el susurro que había oído antes, pero entonces me lleve un buen susto. Garin también lo oyó; alcanzaba a verlo con la luz de la linterna y parecía tan asustado como yo. Su cara estaba empapada en sudor y su camiseta pegada al cuerpo como con pegamento.

*Entonces dijo: - ¡Me parece que lo veo! ¡Lo veo! ¡Allí está!
¡Seth! ¡Seth! - Corrió hacía el, tropezando con los escombros y las piedras como un borracho, pero de alguna manera consiguió mantener el equilibrio.*

Lo único que podía hacer era rezar a Dios para que no se chocara con una de las viejas vigas. Seguramente se convertirían en polvo como los huesos y ese sería el fin.

Entonces yo también vi al niño, inconfundible con sus tejanos y su camiseta roja. Estaba justo enfrente del muro del fondo de la mina. Era

evidente que no se trataba de otro hundimiento porque la piedra era lisa. Una grieta cruzaba el muro y por un momento pense que el niño intentaba pasar a través de ella. Esa idea me aterrorizó, porque era lo bastante pequeño para hacerlo, y un par de hombretones como nosotros jamas hubiéramos podido seguirle. Pero su intención no era esa. Cuando me acerque un poco, vi que estaba completamente inmóvil. Supongo que me había dejado engañar por las sombras de mi linterna; es la única explicación que se me ocurre.

Su padre llegó a su lado y lo estrechó en sus brazos, tenía la cara apretada contra el pecho del niño, por lo que no vio lo que yo vi. Fue apenas un segundo, pero esta vez mis ojos no me engañaron: el niño sonreía y su sonrisa no era precisamente agradable. Las comisuras de los labios le llegaban casi a las orejas y pude verle todos los dientes. tenía la cara tan estirada que parecía que los ojos iban a saltar de las órbitas. Entonces el padre lo levantó en brazos para que pudiera darle un beso y la sonrisa se desvaneció. Me sentí mucho mejor. Mientras estuvo en su cara, el pequeño no se parecía en nada al niño que yo había conocido.

- ¿ Adónde pensabas que ibas? - preguntó su padre. Aunque hablaba a gritos, no era exactamente una regañina, pues no dejaba de besarlo entre palabra y palabra- . ¡Tu madre esta asustadísima! ¿ Por que lo has hecho? ¿ Por que has entrado aquí? Recuerdo perfectamente la respuesta del niño, porque fue lo ultimo que dijo aquel día: - El coronel Henry y el comandante Pike me lo ordenaron - dijo- . Me dijeron que podría ver La Ponderosa. Adentro - Señaló la grieta de la pared- . Pero no he podido. Ya no hay Ponderosa.

107

Entonces apoyó la cabeza en el hombro de su padre y cerró sus ojos, como si estuviera agotado.

- Volvamos - dije- , yo iré detrás y por la derecha para iluminar el camino. No vaya muy lento, pero tampoco corra. Y por favor, intente

no tropezar con las vigas.

Una vez que rescatamos al niño, el rumor del suelo pareció crecer.

Hubiera jurado que también oía crujir la madera. No suelo imaginarme cosas, pero daba la intención de que la mina intentaba hablarnos, decirnos que saliéramos mientras estuviéramos a tiempo.

Antes de irnos no pude evitar iluminar la grieta por última vez.

Cuando me incline sentí una corriente de aire, de modo que aquella no podía ser la pared del fondo; había algún tipo de abertura al otro lado.

Tal vez una cueva. El aire que salía de ella era tan caliente como el de un horno y tenía un olor espantoso. Di una bocanada y contuve la respiración para no vomitar. Era el mismo olor de campamento, aunque mil veces más fuerte. Me he devanado los sesos preguntándome cómo es posible que oliera tan mal a esas profundidades. El aire fresco es lo único que puede hacer que las cosas apesten de ese modo, y eso quiere decir que allí abajo había algún tipo de corriente. Sin embargo, Deep Earth ha estado excavando en este sitio desde 1957, y si hubiera habido una corriente tan fuerte como para crear ese olor, seguramente la habrían descubierto y seguido para averiguar su procedencia.

La grieta tenía zigzagueante, como un rayo, y no parecía que hubiera mucho que ver dentro, sólo el espesor de la roca, ochenta o noventa centímetros. Pero estaba seguro de que había un espacio allá dentro, al otro lado. Además, estaba ese aire caliente. Me pareció ver un montón de puntos rojos danzando en el interior de la roca, pero debe haber sido mi imaginación, porque en cuanto pestañee, desaparecieron. Me gire hacia Garin y le dije que se pusiera en marcha.

- En un momento; deme sólo un momento - respondió. Había cogido la bota de vaquero negra del chico y se la estaba poniendo. Fue una escena muy tierna, la mayor demostración de amor paternal que he visto en mi vida- . Vale - dijo cuando acabó- . Vamos. - Bien - respondí- , adelante.

Caminábamos a toda prisa, pero a pesar de ello parecía que el foso

no se acababa nunca. En los sustos de que he hablado, siempre veo el pequeño círculo de mi linterna alumbrando cráneos. No vi tantos cuando estuve allí dentro, y algunos de ellos estaban rotos, pero en mis sueños aparecen miles, apilados de pared a pared como huevos en un cartón, y todos sonríen como el niño cuando lo recogió su padre. En sus ojos veo puntos rojos danzando como las chispas de un fuego incontrolado.

Fue una caminata espantosa de principio a fin. seguía mirando hacia delante, esperando ver la luz del día, y tengo la sensación de que pasó una eternidad antes de que llegara ese momento. Cuando finalmente la vi (un pequeño cuadrado de luz que podría haber tapado con el pulgar) me pareció que el susurro de las rocas era mas fuerte que nunca, y me hice a la idea que el pozo esperaba hasta que estuviésemos casi fuera para caer sobre nosotros, como una mano cruel sobre una mosca. ¡Como si un agujero en el suelo pudiera pensar! Pero cuando uno se encuentra en una situación como esa, la imaginación se desborda. En las profundidades, el sonido se comporta de una manera extraña; y la mente también.

Debo decir que aun tengo una sensación rara cuando pienso en esa mina. No puedo decir que estuviera <<encantada>> (no admitiría algo así ni siquiera en un escrito como este, que quizá no lea nadie), pero tampoco diré lo contrario. Después de todo, ¿ hay un lugar mas adecuado para encontrar fantasmas que una mina llena de hombres muertos? Pero lo

108
que vi al otro lado del muro - si es que vi algo; esos puntos rojos danzando- no eran fantasmas.

Los últimos treinta metros fueron los mas difíciles. Tuve que contenerme para no adelantar a Garin y correr fuera de la mina, y a juzgar por la expresión de su cara, creo que a el le pasó lo mismo. Pero no lo hicimos, supongo que porque los dos sabíamos que si aparecíamos corriendo hubiésemos asustado aun mas a la familia. Salimos andando como auténticos valientes, Garin con su hijo adormilado en brazos.

En eso consistió nuestro <<pequeño susto>>.

La señora Garin y los dos hermanos mayores lloraban, pero todos se lanzaron a consolar a Seth, acariciándolo y besándole como si el niño realmente estuviera allí. El pequeño se despertó y sonrió, pero no dijo una palabra más, sólo emitió una especie de balbuceo. El señor Garin caminó con paso tambaleante hasta el polvorín, el pequeño cobertizo metálico donde guardamos el material explosivo, y se sentó con la espalda apoyada sobre uno de los lados. Se abrazó las rodillas y dejó caer la cabeza sobre ellas. Sabía perfectamente cómo se sentía. Su mujer le preguntó si se encontraba bien, y el dijo que sí, que sólo necesitaba descansar y recuperar el aliento. Pedí a la señora que llevara a los niños de vuelta al todoterreno. Dije que a lo mejor Jack quería mostrarle la excavadora a su hermanito. Ella rió como cuando alguien hace un chiste que no tiene gracia y dijo: - Me parece que ya hemos tenido suficientes aventuras por hoy, señor Symes. Espero que no lo tome mal, pero lo único que quiero hacer es salir de este lugar.

Le dije que lo entendía, pero ella también entendió que quería tener una pequeña charla con su marido antes de que nos separáramos. Además, yo también necesitaba un descanso. Sentía las piernas como si fueran de goma. Fui hasta el polvorín y me senté junto a Garin.

- Sí comunicamos esto va haber muchos problemas - dije- . Para la compañía y también para mi. Quizá no me despidan, pero...

- No pienso decir una sola palabra al respecto - dijo, levantando la cabeza y mirándome fijamente. No creo que nadie piense mal de el sí añado que estaba llorando. Creo que cualquier padre habría llorado después de un susto semejante con su hijo. Yo también me sentía al borde de las lagrimas, y eso que acababa de conocerlos. Cada vez que pienso en la ternura de Garin mientras le ponía la bota a su hijo, se me hace un nudo en la garganta.

- Se lo agradecería mucho - dije.

- Tonterías - repuso el- . No se cómo darle las gracias por lo que ha hecho. No se por dónde empezar...

Me sentía un poco avergonzado.

- Vamos - dije- , lo hicimos juntos, y lo que importa es que todo ha acabado bien.

Le ayude a levantarse y caminamos hacia donde estaban los otros.

Poco antes de llegar, me cogió del hombro y me detuvo.

- No deberían permitir que nadie baje a esa mina - dijo- . Ni siquiera si los ingenieros aseguran las vigas. allí dentro hay algo malo.

- Lo se - dije- . Yo también tuve esa impresión.

No dejaba de pensar en la sonrisa del niño, e incluso ahora, tantos meses después, siento escalofríos siempre que la recuerdo. Iba a decirle que el niño había tenido la misma sensación, pero no lo hice. ¡De que hubiera servido? - Sí dependiera de mi, la haría estallar con uno de los explosivos del polvorín. Es una tumba. Dejen que los muertos descansen dentro.

- No es mala idea - dije, y Dios debe de haber pensado lo mismo, porque EL lo hizo por sí solo dos semanas después. Hubo una explosión

109

allá dentro. No fue sólo un hundimiento, sino una autentica explosión. Y por lo que se, no la provocó nadie.

Garin sonrió, asintió con la cabeza y dijo: - Dentro de dos horas ni siquiera creeré que esto haya sucedido. Le dije que tal vez eso fuera una suerte.

- Pero una cosa que nunca olvidare - dijo- , es que Seth ha hablado. Y no sólo palabras o frases que sólo su familia puede entender. Habló. Usted no sabe lo asombroso que es eso, pero nosotros sí. - Saludó con la mano a la familia, que ya estaban junto al todoterreno- . Y sí lo ha hecho una vez, puede volver a hacerlo.

Y a lo mejor lo hizo. Eso espero. Me gustaría saberlo. Siento mucha curiosidad por aquel niño. Cuando le devolví su muñequilla articulada, me sonrió y me besó en la mejilla. Fue un beso muy tierno, pero me

pareció oler la mina en su piel... ese olor a campamento, a cenizas, carne y café frío.

Nos despedimos de la mina de los chinos y los lleve de vuelta a la oficina, donde tenían aparcado el coche. Aunque conduje por la calle principal, creo que nadie se fijó en nosotros. Los domingos de verano por la tarde Desesperación se convierte en un pueblo fantasma.

Recuerdo que me quede junto a los peldaños de la caravana, saludándolos con la mano mientras ellos conducían hacía el horrible destino que les aguardaba y que conocí por la hermana de Garin, un absurdo tiroteo desde un coche que pasaba. Todos respondieron a mí saludo..., bueno, todos excepto Seth. Hubiera lo que hubiese en aquella mina, creo que tuvimos suerte de salir de allí. ¡y mas suerte tuvo el al ser el único superviviente del tiroteo de San José! Supongo que eso es lo que llaman <<buena estrella>>.

Como ya he dicho, tuve varios sueños sobre lo ocurrido en Perú - sobre todo sueños de cráneos, en los que iluminaba la grieta con mí linterna- , pero no pense mucho en aquel asunto hasta que recibí la carta de Audrey Garin, la que estaba en el tabín de anuncios cuando volví de Perú. Sally perdió el sobre, pero dijo que venía dirigida a <<la compañía minera de Desesperación>>. Al leerla confirme mí sospecha de que algo había pasado en la mina mientras Seth estaba allí, algo sobre lo que no debería haber mentido... pero lo hice.¿ Cómo no iba a hacerlo, cuando ni siquiera yo entendía de que se trataba? Sin embargo, esa sonrisa... Esa sonrisa.

Era un niño agradable, y me alegro mucho de que no se matara en la Serpiente Numero Uno (se podría haber matado; todos podríamos habernos matado) y de que no muriera con el resto de la familia en San José, pero...

Aquella sonrisa no parecía pertenecer al niño. Me gustaría poder explicarlo mejor, pero soy incapaz de hacerlo. Era como sí estuviese viendo no a Seth Garin, sino a alguien escondido dentro de Seth Garin.

¿Es eso posible? No lo se. He pensado en ello una y otra vez, y no lo se.

Ahora, antes de acabar, me gustaría aclarar algo. Al llegar, Seth había hablado de la <<mina vieja>>, pero yo no lo relacione con el pozo de la Serpiente porque sí casi nadie en el pueblo sabía nada del tema, mucho menos podían saberlo unos viajeros de Ohio. Sin embargo, mientras se asentaba la estela de polvo del coche de los Garin, recordé sus palabras. Eso, y cómo había cruzado corriendo la oficina de la caravana, directo a las fotos de la Mina de los Chinos en el tabín de anuncios, como si hubiera estado allí mil veces. Como si supiera. Entonces me asaltó una idea que me dio escalofríos. Volví dentro para ver las fotos, sabiendo que era lo único que podía tranquilizarme.

110

En total había seis fotografías aéreas que la compañía había encargado en primavera. Saque mí pequeña lupa del llavero y las examine una tras otra. Mis tripas crujían, diciéndome lo que iba a descubrir antes de que lo viera. Las fotos aéreas fueron tomadas mucho antes del descubrimiento del pozo de la Serpiente, por lo que este no aparecía en ninguna. Con una excepción, ¡Recuerdan que escribí que señaló las fotos, diciendo <<¡aquí esta! ¡Aquí esta lo que quiero ver, la mina!>>? Pensamos que estaba hablando de la mina de cobre, porque eso era lo que mostraban las fotos. Pero con mí magnífica lupa pude ver las señales que dejaron sus dedos en la brillante superficie de las fotos. Todas estaban en la parte sur, donde descubrimos el pozo. Eso era lo que Seth quería ver, no la mina de cobre sino el pozo que las fotos no mostraban. Se que esto parecerá una locura, pero nunca lo he dudado, El sabía que estaba allí. Para mí lo prueban las marcas de sus dedos en las fotos, no en una foto sino en seis de ellas. Se que no podría defender esta teoría delante de un jurado, pero eso no cambia las cosas. Es como si en ese pozo hubiera habido algo que lo sintió al pasar por la carretera y llamó. Me hago muchas preguntas, pero sólo hay una realmente importante:

¿Se encuentra bien Seth Garin? Le escribiría a la hermana de Garin para saberlo (de hecho en un par de ocasiones llegué a coger el bolígrafo para hacerlo), pero entonces recuerdo que mentí, y me cuesta mucho admitir que lo hice. Además, ¿es prudente que despierte a un perro dormido que podría tener unos dientes feroces? No lo creo, pero... Quizá debería decir algo más, pero no se me ocurre nada. Siempre vuelvo a la sonrisa. No me gustó esa sonrisa.

Esta es una versión fidedigna de lo ocurrido; ¡Dios!, ¡sí al menos supiera que fue lo que vi!

El viejo Doc fue el primero en llegar a la valla trasera de los Carver.

Sorprendió a todo el mundo (incluido a sí mismo) trepando cómodamente: solo necesito

un único empujón en el trasero por parte de Johnny para ponerse en marcha. Al llegar

arriba se detuvo durante un par de segundos para apoyar las manos a su gusto. A Brad

Josephson le pareció un mono flaco a la luz de la luna. Se dejó caer al suelo y se oyó un suave gruñido al otro lado de la valla.

- ¿Estas bien, Doc? - preguntó Audrey.

- Sí - respondió Billingsley- . Como unas pascuas.¿ Verdad, Susi? - Sí -

confirmó nerviosamente Susi Geller. Después, a través de la valla, dijo- : Señora Wyler,¿ es usted?¿ De donde viene? - No creo que eso importe en este momento. Necesitamos...

- ¿Que ha ocurrido ahí fuera?¿ Esta bien todo el mundo? Mí madre tiene un cabreo de ordago.

<<~Esta bien todo el mundo?>>, era una pregunta que Brad no quería responder ni, al parecer, nadie más.

- ¿Señora Reed? - preguntó Johnny- . Dave es el siguiente. Después usted.

Cammie le dirigió una mirada fría y se volvió hacia Dave. Volvió a murmurarle algo al oído, acariciándole el pelo mientras hablaba. Dave escuchó con expresión preocupada y luego respondió con un murmullo lo bastante alto para que Brad lo

oyera: - No quiero.

La mujer volvió a murmurar algo, esta vez con mas vehemencia. Brad captó las palabras <<tu hermano>> casi al final. Esta vez, Dave se incorporó, se agarró a la parte superior de la valla y saltó al otro lado.

Por lo que Brad pudo ver, lo hizo sin reflejar ninguna emoción, excepto una expresión de ligera incomodidad en la cara. Cammie fue la siguiente, ayudada por Audrey y Cynthia.

Cuando llegó arriba, Dave extendió los brazos para recogerla. Cammie se deslizó entre ellos sin intentar agarrarse a la valla, ni siquiera por seguridad.

Brad tuvo la impresión de que a esas alturas le daba igual caer. Tal vez incluso
111

romperse el cuello. <<¿Por que nos enviaste aquí afuera, mamá?>>, había gritado su

hijo, tal vez intuyendo que ella jamás consideraría una circunstancia atenuante su propia ansiedad - y la de Jim- por marcharse. Cammie siempre se culpaba de todo y

el siempre se lo permitía de buena gana.

- ¿ Brad? - Se alegro de oír aquella voz, aunque casi nunca tenía aquel tono suave y preocupado- .¿ Estas aquí, cariño? - Estoy aquí, Bel.

- ¿ Estas bien? - Si. Escucha, Bel, y no te alteres. Jim Reed ha muerto.

Igual que Entragian, nuestro vecino.

Se oyó un jadeo y a continuación Susi Geller gritó una y otra vez el nombre de Jim. A Brad, que estaba emocional y físicamente agotado, aquellos gritos le irritaron mas que apenarle... y temió que pudieran atraer algo aun menos agradable

que el gran felino o el coyote con dedos humanos.

- ¿ Susi? - La alarmada voz de Kim Geller le llegó desde la casa. Luego también ella gritaba y el ruido pareció cortar el aire iluminado por la luna como una afilada sierra mecánica.

- ¡Suuusiii! ¡Suuusiii! - ¡Silencio! - gritó Johnny- . ¡Por Dios, Kim, cállese! Sorprendentemente, le obedeció, pero la niña siguió berreando sin parar

como una espuria Julieta en el quinto acto.

- Dios bendito - murmuró Audrey tapándose las orejas con las palmas de las manos.

- Bel - dijo Brad a través de la valla- , haz callar a esa chica. No importa como lo hagas, pero hazlo.

- ¡Jim! - grito Susi- . ¡Oh, Dios, Jim! ¡Dios mío, no! ¡Ay! Se oyó una bofetada. Los gritos se cortaron casi en seco. Después: - No puede pegarle a mí hija. ¡No puede pegarle a mí hija, zorra! Puta asquerosa, negra y gorda. - ¡No puedo creerlo! - exclamó Cynthia. Se tiro de los pelos de dos colores y cerro los ojos con fuerza, como un niño que no quiere ver los minutos finales de una película de terror.

Brad mantuvo los suyos abiertos y contuvo el aliento esperando a que Bel estallara como una bomba nuclear. Para su sorpresa, Bel hizo caso omiso de la mujer

y le llamo suavemente desde el otro lado de la valla.

- ¿ Vais a arrojar el cuerpo, Bradley? - Parecía haber recuperado totalmente la compostura, por lo cual Brad le estaba absolutamente agradecido.

- Si. Tu, su madre y su hermano cogedle cuando lo hagamos.

- Eso haremos. - Seguía fresca como una lechuga.

- ¿ Kim? - llamo Brad a través de las estacas de la valla- .¿ Señora Geller?¿ Por que no entra en la casa, señora? - Sí - dijo Kim afablemente- . Me parece una idea excelente. Entraremos en la casa,¿ verdad, Susi? Nos refrescaremos un poco y nos sentiremos mejor.

Se oyeron pisadas. Los resuellos empezaron a remitir, lo cual era bueno, pero los coyotes comenzaron a aullar otra vez, y eso era malo. Brad miro por encima de su

hombro y vio destellos de luz plateada en movimiento entre la confusa oscuridad de

los sembrados. Unos ojos.

- Tenemos que darnos prisa- dijo Cynthia.

- Aún no lo hemos visto todo - dijo Audrey.

Eso es lo que me da miedo, penso Brad. Se volvió y agarró a Jim Reed por los hombros. Olió una ligera fragancia a champú y a loción para después del afeitado. Probablemente el chico pensaba en las chicas mientras se la echaba. Johnny miró nerviosamente a sus espaldas (a los destellos de luz en movimiento, supuso Brad) y

después bajo el cuerpo de Jim hasta que uno de sus brazos rodeó la cintura del cadáver y la otra lo sostuvo por las nalgas. Audrey y Cynthia cogieron sus piernas.

- ¿ Preparados ? - preguntó Johnny.

Todos asintieron.

- A la de tres, entonces. Una... dos... tres.

Alzaron el cuerpo como si fueran un equipo de remo con la barca a cuestas. Por un horrible instante, Brad penso que su espalda, que había soportado una barriga vergonzosamente grande durante los últimos diez años, iba a agarrotársele, pero
112

lograron subir enseguida el cuerpo de Jim hasta el borde de la valla. Los brazos del

muerto colgaban uno a cada lado, con la postura de un acróbata de circo que invita

al aplauso en el momento culminante de una fabulosa pirueta. Sus palmas abiertas

reflejaban toda la luz de la luna.

Junto a Brad, Johnny parecía al borde de un paro cardíaco. La cabeza de Jim rodó hacia atrás flácidamente. Una gota de sangre medió coagulada cayó sobre la mejilla de Brad. Por alguna descabellada razón le recordó a la jalea de menta, y su estomago se encogió como una mano en un guante demasiado estrecho.

- ¡Ayúdenos! - jadeó Cynthia- . Por el amor de Dios, que alguien...

Por el borde de las estacas romas de la valla aparecieron dos manos y se detuvieron un instante; después se separaron en dedos que aferraron la camisa de Jim

y el cinturón de sus pantalones cortos. En el momento en que Brad decidía que no podría sostener el cadáver ni un segundo mas (hasta ahora nunca había entendido

realmente el concepto de <<peso muerto>>), alguien tiro de el. Se oyó un golpetazo

considerable y, a cierta distancia (el jardín trasero de los Carver, supuso Brad), Susi Geller dejo escapar otro breve grito.

Johnny le miro, y Brad hubiera jurado que el hombre sonreía.

- Suena como sí lo hubieran dejado caer - dijo Johnny en voz baja. Se enjugo el sudor de la cara con una manga y luego bajo el brazo. La sonrisa, sí es que alguna vez estuvo allí, había desaparecido.

- Mierda- dijo Brad.

- Si. Mierda con patatas.

- ¡Eh, Doc! - llamó Cynthia en voz baja- . Cójalo. No se preocupe, el seguro esta puesto. - Levantó el rifle por el canon, poniéndose de puntillas para hacerlo pasar por encima de la valla.

- Ya lo tengo - dijo Billingsley. Después, en voz mas baja- : Esa mujer y su estúpida hija han entrado finalmente en la casa.

Cynthia trepo la valla y se dejo caer sin dificultad al otro lado. Audrey necesitó un empujón y una mano en su cadera para equilibrarse, pero también consiguió pasar. Steve fue el siguiente, utilizando como trampolín las manos de Brad

y Johnny entrelazadas y sentándose un momento sobre la valla, esperando a que el

dolor de sus agarrotados hombros remitiera un poco. Cuando lo hizo, paso las piernas

al lado de la casa de los Carver y se dio impulso, saltando mas que dejándose caer.

- No puedo subir ahí - dijo Johnny- . Imposible. Sí hubiera una escalera en el garaje...

- ¡Juuu! /Juuu! Sonó casi directamente detrás de ellos. Los hombres se

echaron uno en brazos del otro con la espontaneidad de dos niños. Brad volvió la cabeza y vio unas siluetas que se aproximaban, cada una de ellas visible detrás de

un par de aquellos destellos de luna semicirculares.

- ¡Cynthia! - gritó Johnny- ¡Dispare el arma! La respuesta que recibió sonaba insegura y asustada.

- ¿ Quiere decir que vuelva a saltar la... ? - No, no. Dispare al cielo.

Ella apretó el gatillo dos veces y las detonaciones retumbaron en el seco aire. El acre olor de la pólvora se filtro a través de las estacas de la valla. Las siluetas que se acercaban hacía ellos se detuvieron. No retrocedieron, pero al menos se detuvieron.

- ¿ Te has cagado, John? - preguntó quedamente Brad.

Johnny miraba hacía atrás, a las siluetas sumidas en sombras. En su boca había una extraña sonrisa temblorosa.

- No - dijo- . Voy por el segundo pedo. Yo...¿ Que haces? - ¿ A ti que te parece? - exclamó Brad. Se había puesto a gatas al pie de la valla- . Deprisa, tío. Johnny puso un pie sobre su espalda.

- Jesús - dijo- . Me siento como el presidente de Sudáfrica.

Al principio, Brad no lo entendió. Cuando lo hizo, empezó a reír con suavidad.

La espalda le dolía como el demonio: Johnny Marinville parecía pesar al menos doscientos kilos, y sus tacones parecían estar abollando la maltrecha columna vertebral de Brad. Pero siguió riendo, sin poder evitarlo. Allí tenía a un

113

intelectual norteamericano blanco educado en uno de los mejores colegios privados

utilizando a un negro como escabel. Sí aquello no era la idea del infierno de un liberal, Brad jamas había oído ninguna. Penso en gemir y gritar: << ¡Aprisa, amo! ¡Está matando a este pobre negro!>>, y sus risitas se transformaron en sonoras carcajadas. Le aterrorizaba la idea de perder una parte de su tierno culo, ahora muy

expuesto, por culpa de uno de aquellos malparidos de los bosques, pero reía de todos

modos. Le cantare los coros de Old BlackJoe, penso y aulló el también como un coyote. De sus ojos brotaron lagrimas y golpeo el suelo con los puños.

- Brad,¿ que te pasa? - susurró Johnny desde las alturas.

- No te preocupes - dijo sin dejar de reír- . Pero bájate de mí espalda, coño.¿ Que llevas en los zapatos?¿ Clavos? Afortunadamente, pronto se libero del

peso de Johnny. Se oyeron unos rancos sonidos mientras el escritor se esforzaba por

pasar la pierna por encima de la valla. Brad se puso en pie, supero otro momento de

pánico cuando su espalda pareció a punto de agarrotarse y coloco un carnosos hombro

bajo el culo de Johnny. Instantes después oyó otro gruñido debido al esfuerzo y un grito ahogado cuando Johnny descendió al otro lado.

Con lo cual se quedo completamente solo y sin escabel.

Brad miro hacia el borde de la valla y le pareció que mediría unos veinte metros de altura. Se volvió y vio que las siluetas avanzaban otra vez, formando un semicírculo cada vez mas estrecho a su alrededor.

Cogió dos de las estacas y en ese momento oyó un ladrido a su espalda. La hojarasca crepito. Volvió a mirar por encima de su hombro y vio un animal mas parecido a un jabalí que a un coyote... algo que parecía el dibujo mal hecho de un niño, un simple garabato apresurado que de algún modo había cobrado vida. Sus patas

eran de distintos tamaños y acababan en muñones romos, nada parecidos a zarpas o

dedos. La cola parecía brotar del centro de la espalda. Los ojos eran círculos plateados y el hocico un morro de cerdo. Solo sus dientes parecían reales y unos enormes colmillos se asomaban a ambos lados de la boca de la bestia.

Brad sintió una descarga de adrenalina como sí le hubieran inyectado el

contenido de una de las jeringas de caballo del viejo Doc. Se olvido por completo de

su espalda y salto hacía arriba, recogiendo las rodillas entre el pecho y la valla, en el preciso momento en que la bestia embestía. Choco justo debajo de sus pies, con

la fuerza suficiente para sacudir toda la valla. Luego, Johnny cogió una de sus muñecas, Dave Reed la otra y Brad se izó hasta la parte superior de la valla, dejando atrás una generosa cantidad de piel. Intento pasar la pierna por encima de

la valla, pero se golpeo el tobillo contra una de las estacas romas. Después cayo, desgarrándose un lado de la camisa en su infructuoso esfuerzo por agarrarse de la

valla con la mano derecha. Se soltó justo a tiempo para evitar romperse el brazo, pero cuando aterrizo (en parte sobre Johnny, pero principalmente sobre su admirablemente acolchada esposa), noto un hilillo de sangre en la axila.

- ¿ Y sí te quitaras de encima, cariño? - preguntó la mismísima dama admirablemente acolchada con voz entrecortada- . Es decir, sí no tienes inconveniente.

Brad se arrastro hacía un lado, se desplomo y rodó de espaldas. Miro hacía arriba, a unas llameantes y extrañas estrellas que se encendían y apagaban como los

farolillos que ponían cada ano en las principales calles de la ciudad el día siguiente al de Acción de Gracias. Sí lo que estaba mirando eran verdaderas estrellas, el era el rey de Prusia... Pero estaban allí arriba igualmente. Si, justo sobre su cabeza.¿ Como no iba a ser mala su situación, sí el mismísimo cielo formaba

parte de la conspiración? Brad cerro los ojos para no verlas mas. Con su imaginación, ese ojo mental que se abría cuando los otros dos se cerraban, vio a Cary Ripton lanzándole su ejemplar del Shopper. Vio su propia mano, la que no sostenía la manguera, subir y atajarlo.

<<Bravo, señor Josephson>>, grito Cary, sinceramente admirado. La voz llegaba

desde muy lejos, como un eco resonando en un desfiladero. Mas cerca, al otro lado de

la valla, oyó aullidos en el bosque (que ahora era un desierto). Una serie de golpetazos siguieron a los aullidos cuando los coyotes se arrojaban contra la valla.

114

Cristo.

- Brad - dijo Johnny en voz baja, inclinándose sobre el, a juzgar por el sonido.

- ¿ Que? - ¿ Estas bien? - Como una rosa. - Seguía sin abrir los ojos.

- Brad.

- ¡Que! - He tenido una idea para una película.

- ¿ Ah si? Que bien.

- Es la mejor idea que he tenido desde que se me ocurrió el nombre de un coche, el Chrysler Cervix. Y aparecerás tu.

- Estás como una cabra, John - dijo con los ojos aun cerrados (se sentía mejor así)- . Pero te seguiré el juego.¿ Como se llamara esa película en la que apareceré

yo? - Los negros no saben saltar vallas - dijo Johnny y empezó a reír estruendosamente. Su risa sonaba agotada y demencial- . Conseguiré que la dirija el

mismísimo Mario Van Peebles. Y Larry Fishburne interpretara tu papel.

- Claro- dijo Brad, incorporándose trabajosamente- . Me encanta Larry Fishburne. Le pone mucha intensidad. Ofrécele un millón para empezar y un Chrysler

Cervix como parte del acuerdo sobre los beneficios.¿ Quien podría resistirse? -

Cierto, cierto - coincidió Johnny, riendo ahora tan fuerte que apenas podía hablar.

Solo que por su rostro corrían lagrimas, y Brad no creyó que fueran de alegría. No hacía ni diez minutos que Cammie Reed había estado a punto de volarle la cabeza, y

Brad dudaba que Johnny lo hubiera olvidado. De hecho, Brad dudaba de que Johnny

olvidase gran cosa. Era un talento que habría cambiado gustoso, sí hubiera tenido ocasión.

Brad se puso en pie, cogió la mano de Bel y la ayudo a incorporarse. Se oyeron nuevos golpetazos en la valla, nuevos aullidos y después ruido de dentelladas, como

sí los seres hambrientos del otro lado intentaran abrirse paso a mordiscos a través de las estacas.

- ¿ Que te parece? - preguntó Johnny, dejando que Brad le ayudara también a el a incorporarse. Trastabillo, recupero el equilibrio y se seco las lagrimas de los ojos.

- Francamente, creo que he saltado muy bien - dijo Brad. Paso un brazo alrededor de su mujer y después miro a Johnny- . Vamos, blanco. Has llegado al éxito trepando por encima de tu primer negro. Tienes que estar agotado. Entremos en la casa.

La criatura que cruzo a saltos vacilantes la valla situada al fondo del jardín trasero de Tom Billingsley era la versión infantil del monstruo de Gila que Jeb Murdock hace estallar sobre una roca durante su concurso de tiro con Candy, en la mitad de Los vigilantes. Sin embargo, su cabeza era la de un fugitivo de Parque Jurásico.

Subió a brincos los escalones traseros, serpenteo hasta la puerta de rejilla y la empujo con el morro. No ocurrió nada. La puerta se abría hacía fuera. El monstruo de Gila proyecto su cabeza de saurio hacía delante y empezó a arrancar pedazos del panel inferior de la puerta con los dientes. Solo necesito tres mordiscos para colarse en la cocina del viejo Doc.

Gary Soderson fue vagamente consciente de que alguien le echaba el aliento putrefacto en la cara. Intento apartarlo de un manotazo, pero el olor se hizo mas fuerte. Alzo una mano, toco algo similar a un zapato de piel de cocodrilo (un zapato

de cocodrilo muy grande) y abrió los ojos. Lo que vio inclinado sobre el, tan cerca

que podía besarlo y mirándole fijamente con una curiosidad casi humana, era tan grotesco que ni siquiera pudo gritar. Los ojos del ser reptiliano eran de un vivo color naranja.

Ya esta aquí, penso Gary, mí primer ataque importante de delirium tremens. ¡Al abordaje, muchachos, Alcohólicos Anónimos a la vista! Cerro los ojos. Intento decirse que no olía el aliento a ciénaga ni oía los chasquidos monocordes de un rabo

que se arrastraba por el linóleo de la cocina. Cogió la fría mano de su esposa muerta.

- Ahí no hay nada. Ahí no hay nada. Ahí no hay... - dijo.

115

Antes de que pudiera repetirlo por tercera vez (y todo el mundo sabe que a la tercera va la vencida), el monstruo le clavo los dientes en la garganta y se la desgarró.

Johnny vio unos pequeños pies a través de la puerta de la despensa abierta y asomo la cabeza al interior. Ellie y Ralphie estaban tumbados en lo que parecía una

colchoneta, abrazados. Se habían quedado dormidos, sin importarles los disparos que

habían sonado en el exterior, pero ni siquiera en sueños habían escapado por completo a lo que ocurría; sus rostros estaban blancos y en tensión, su respiración tenía un sonido acuoso que le hizo pensar en sollozos ahogados, y los pies de Ralphie se agitaban convulsivamente, como si sonara que corría.

Johnny supuso que Ellen debió encontrar la colchoneta y la llevo a la despensa para que ella y su hermano pequeño se tumbaran. Sin duda, Kim Geller no lo había

hecho. Kim y su hija habían vuelto a su sitio junto a la pared, solo que ahora se sentaban en las sillas de la cocina y no en el suelo.

- Jim esta realmente muerto? - preguntó Susi, mirando a Johnny con los ojos húmedos cuando entró detrás de Brad y Belinda- . No puedo creerlo. Estabamos jugando

con el disco de playa, como de costumbre, y esta noche íbamos a ir al cine.

Johnny perdió la paciencia por completo con ella.

- ¿ Por que no sales al porche trasero y echas una ojeada tu misma?

- ¿ Por que se comporta como un cerdo? - preguntó Kim, enfadada- . Mí hija nunca ha pasado por un trauma tan grave como este. Ha sufrido un profundo shock.

- No es la única - dijo Johnny- . Y ya que lo menciona...

- Déjelo correr, hombre, lo ultimo que necesitamos es una pelea - dijo Steve Ames.

Sin duda era cierto, pero a Johnny ya no le importaba. Apunto con un dedo a Kim, quien le devolvió la mirada con ojos encendidos y rencorosos.

- Y ya que lo menciona, la próxima vez que llame negra puta a Belinda Josephson le haré tragar los dientes de un puñetazo.

- Ah, vaya. No crea que me asusta - dijo Kim, y puso los ojos en blanco con una expresión teatral.

- Basta, John - dijo Belinda, y le cogió del brazo- . Déjalo ya. Tenemos cosas mas importantes que...

- Puta negra y gorda - dijo Kim Geller. No miraba a Belinda cuando lo dijo, sino a Johnny. Sus ojos seguían llameando, pero ahora sonreía. El penso que era la sonrisa mas venenosa que había visto en toda su vida- . Puta asquerosa, gorda y negra.

Dicho esto, se señalo la boca y los dientes con un dedo, desafiándolo. Su hija la miraba con expresión aturdida.

- ¿ De acuerdo?¿ Lo ha oído? Pues venga. Hágame tragar los dientes de un puñetazo. Enséñeme como lo hace.

Johnny dio un paso al frente con intención de hacer precisamente aquello. Brad le cogió un brazo y Steve el otro.

- Salga de aquí, imbécil - dijo el viejo Doc. Su voz era dura y seca. De algún modo consiguió llegar hasta Kim, que le miro entre sorprendida y reflexiva- . Salga de aquí ahora mismo.

Kim se levanto de la silla, tirando de Susi para que la siguiera. Durante un momento pareció que iban a entrar en la sala, pero Susi retrocedió en el último momento. Kim extendió el brazo para impedirlo, pero Susi continuó retrocediendo.

- ¿ Que haces? - preguntó Kim- . Vamos a entrar en la sala. Tenemos que alejarnos de estos...

- Yo no - dijo Susi sacudiendo la cabeza- . Tu, puedes. Pero yo no. Ni hablar. Kim la miro fijamente y después se volvió hacia Johnny con la cara desfigurada por el odio.

- Fuera de aquí, Kim - dijo Johnny. Aun podía verse estrellándole un puño en la boca, pero la locura iba pasando y su voz era casi firme- . Estas fuera de ti.

- ¿ Susi? Ven aquí. Nos alejaremos de esta gente tan odiosa.

116

Susi dio la espalda a su madre, temblando de pies a cabeza. Johnny se dijo que eso no cambiaba su opinión acerca de la chica, frívola y superficial... pero al menos parecía estar un par de peldaños por encima de su madre en la cadena alimentaria.

Lentamente, como un robot oxidado, Dave Reed levanto los brazos y la rodeo con ellos. Cammie pareció a punto de protestar, pero enseguida se sereno.

- De acuerdo - dijo Kim. Su voz volvía a ser firme y contenida, la voz de alguien que habla en sueños- . Sí me necesitan, estaré en la sala. - Sus ojos se posaron sobre Johnny, a quien parecía haber identificado como el origen de todas sus

desgracias- . Y usted...

- Basta- dijo Audrey con brusquedad. Todos la miraron sorprendidos, excepto Kim, que se perdió en la oscuridad de la sala- . No tenemos tiempo para estas tonterías. Tenemos una pequeñísima posibilidad de salir de aquí, pero si os dedicáis

a reñir como unos idiotas, lo único que conseguiremos será morir.

- ¿ Quien es usted, señora? - preguntó Steve.

- Audrey Wyler.

Era alta, con piernas largas y enérgicas, ciertamente sensuales debajo de los pantalones cortos azules, pero su rostro estaba pálido y demacrado. Aquel rostro le

recordó a Johnny el aspecto que presentaban los hijos de Carver durmiendo uno en

brazos del otro, y de repente se descubrió intentando recordar cuando había visto por última vez a Audrey y pasado el día con ella. No lo consiguió. Era como si ella hubiera abandonado por completo la vida informal y despreocupada de la calle.

Bebe chuleta, bebe probeta, penso de pronto, te he visto morder la teta.

Entonces recordó las furgonetas que había visto en el suelo del cuarto de los Wyler

la tarde que había pasado mirando Bonanza con Seth. Y en cuanto lo hizo, hubo una

especie de terremoto en su cabeza. Forajidos que parecían actores de cine. El comandante Pike, un alienígena bueno que se había vuelto malo. El escenario del Lejano Oeste. Aquello sobre todo.

- Le encantan los westerns antiguos - le había dicho Audrey aquel día. Recogió varios de sus juguetes mientras hablaba, como si estuviera nerviosa- . Bonanza y El

hombre del rifle son sus favoritos, pero mira cualquier reposición de la televisión por cable. Siempre que salgan caballos, desde luego.

- Es tu sobrino, Audrey.¿ No? Es Seth quien lo hace.

- No. - Alzó una mano y se frotó los ojos- . Seth, no. Lo que hay dentro de Seth.

- Os contare lo que pueda, pero no queda mucho tiempo. Los Supercarros volverán dentro de poco.

- ¿ Quien lo hace? - preguntó el viejo Doc- .¿ Lo sabes tu, Aud? - Los vigilantes, unos forajidos. Y el lugar donde nos encontramos es en parte el Lejano Oeste, tal como existe en la televisión, y en parte un lugar llamado el Pasillo de la Fuerza, que solo existe en una serie de dibujos animados del siglo XXIII. -

Inspiró profundamente y se pasó las manos por el cabello- . No lo se todo, pero...

- Cuéntanos todo lo que puedas - dijo Johnny. Audrey consulto su reloj de pulsera y puso cara de contrariedad.

- Se ha parado.

- El mío también - dijo Steve- . Imagino que el de todos.

- Creo que aun queda tiempo - dijo Audrey- . Es decir, me parece que aun es pronto para cualquier... para iniciar la evacuación. - De pronto se echo a reír, sobresaltando a Johnny y los demás, no por el tono ligeramente histérico, sino por la genuina alegría que se adivinaba debajo. vio como la miraban todos e hizo un esfuerzo para recuperar la compostura- . Lo siento, es una especie de juego de palabras. No tenéis por que entenderlo. Al menos, no de momento. Tendremos que

esperar. Sí mientras tanto vuelve a traer a los vigilantes, tendremos que... resistir, supongo.

- ¿ Se están haciendo mas fuertes? - preguntó de pronto Cammie- . Esos vigilantes¿ son cada vez mas poderosos ? - Sí - respondió Audrey- . Y sí el ser que esta haciendo esto obtuvo la energía de las personas que murieron en los
117

bosques, el próximo ataque será el peor que hayamos sufrido. Rezo para que no ocurra, pero creo que es lo mas probable.

Miro a su alrededor, inspiro profundamente y empezó a hablar.

- Lo que hay dentro de Seth se llama Tak.

- ¿ Es un demonio, Aud? - preguntó el viejo Doc- .¿ Alguna clase de demonio ?

- No. No tiene... religión, podría decirse. A menos que la televisión cuente. Se parece mas a un tumor, creo yo. Un tumor consciente que disfruta con la crueldad y

la violencia. Lleva en su interior al menos dos anos. En cierta ocasión oí la historia de una mujer de Vermont que encontró una viuda negra en el fregadero. Al parecer, entro en la casa dentro de una caja vacía que su marido había traído del supermercado donde trabajaba. La caja estaba llena de plátanos importados de América

del Sur. La araña había sido embalada junto con ellos. Creo que Tak llegó a la calle

Poplar de una manera similar. Aunque en este caso se trata de una viuda negra con

voz. Llamo a Seth cuando él y su familia cruzaban el desierto de Nevada. Percibió que alguien a quien podía utilizar pasaba cerca y le llamo.

Bajo la vista hacía sus manos, que mantenía firmemente entrelazadas sobre el regazo. Kim Geller estaba ahora en pie junto a la puerta de la sala, atraída por la historia de Audrey. Esta volvió a levantar la vista y habló para todos, pero sus ojos se detenían en Johnny una y otra vez.

- Creo que al principio estaba débil, pero no tanto como para no comprender que la familia de Seth suponía una amenaza para él. No se cuánto sabían o sospechaban, pero recuerdo que mi última conversación telefónica con mi hermano fue

muy extraña. Creo que Bill podía haberme contado muchas cosas... sí Tak se lo hubiera permitido.

- ¿Puede hacer eso? - preguntó Steve- .¿ Controlar a la gente de ese modo ? Ella señaló con un gesto su boca tumefacta.

- Esto lo hizo mi mano - dijo Audrey- , pero yo no la dirigía.

- ¡Cristo! - exclamo Cynthia. Miro nerviosamente los cuchillos que colgaban de sus guías de acero magnetizado, junto al mármol de la cocina- . Eso es malo, muy malo.

- Aunque podía ser peor - dijo Audrey- . Tak solo puede controlar físicamente a corta distancia.

- ¿Muy corta? - preguntó Cammie.

- En general, no más de cinco o seis metros. Mas allá, su influencia física se agota rápidamente. Eso es lo habitual, aunque ahora no se sabe, pues nunca se había cargado tanto de energía.

- Dejádla contar su historia - dijo Johnny. Sentía el paso del tiempo casi como algo tangible que se les escurría de entre los dedos. No sabía si Audrey le

había contagiado esa sensación o sí procedía de su interior, pero no le importaba. Tenían poco tiempo. Nunca había tenido una intuición tan clara en toda su vida.

Les

quedaba muy poco tiempo.

- Allí hay todavía un niño - dijo Audrey hablando lentamente y con énfasis- .

Un niño dulce, muy especial, llamado Seth Garin. Y lo mas despreciable es que Tak ha

utilizado lo que el niño ama para llevar a cabo su matanza. En el caso de mi hermano

y su familia fue Flecha Rastreadora, uno de los Supercarros de los MotoKops. Estaban

en California, finalizando el viaje que les había llevado a través de Nevada, cuando

ocurrió. No se de donde obtuvo Tak la energía para materializar a Flecha

Rastreadora, sacándola de los pensamientos y sueños de Seth. Seth es la fuente de

energía básica, pero no es suficiente. Esa cosa necesita mas para arrancar de verdad.

- Es un vampiro, ¿ verdad? - dijo Johnny- . Solo que lo que extrae es energía física en lugar de sangre. Audrey asintió con un gesto.

- Si. Y dispone de una energía mayor cuando alguien sufre. En el caso de Bill y el resto de su familia, tal vez alguien del vecindario murió o sufrió un accidente. O bien...

118

- O bien había alguien a quien podía hacer daño con facilidad - dijo Steve- .

Un oportuno vagabundo, por ejemplo. Algún viejo borrachín que arrastra un carrito de

la compra. Fuera quien fuese, apuesto a que murió sonriendo.

Audrey le miro con expresión triste y asqueada.

- Lo sabes.

- No se mucho, pero lo que se encaja con lo que cuentas - le dijo Steve- .

Vimos a un tipo de esas características allí. - Señaló el bosque con el pulgar- . Entragian le reconoció. Dijo que había estado en la calle dos o tres veces desde principios de verano. Entro en el radio de influencia físico de tu sobrino, ¿ verdad? ¿ Como? - No lo se- dijo ella sin entonación- . Seguramente yo no estaba. - ¿ Donde estaba? - preguntó Cynthia. Se le había ocurrido que la señora Wyler era una especie de anacoreta.

- No importa - replicó Audrey- . En un sitió adonde voy de vez en cuando. No lo entenderías. La cuestión es que Tak mato a mí hermano Bill y al resto de su familia y utilizo uno de los Supercarros para hacerlo.

- Quizá entonces solo podía tocar un trombón, pero ahora tiene a toda la orquesta, ¿ no? - preguntó Johnny.

Audrey aparto la vista de los demás y se mordió los labios, que parecían secos y agrietados.

- Herb y yo le acogimos y en algunos aspectos, en muchos aspectos en realidad, nunca lo lamente. No podíamos tener hijos y el era un niño adorable, un verdadero encanto de niño.

- Alguien habrá amado también a Hitler - dijo Cammie Reed con voz seca y áspera.

Audrey la miro sin dejar de morderse los labios y después se volvió hacia Johnny, implorando su comprensión con la mirada. El no quería entender, no después

de lo que había ocurrido, y especialmente no después de ver la terrible deformación

del rostro de Jim Reed cuando la bala se enterró en su cerebro, pero penso que en

cualquier caso la comprendía un poco, le gustase o no.

- Los primeros seis meses fueron los mejores. Aunque incluso entonces sabíamos que algo iba mal, naturalmente.

- ¿ Le llevasteis al medico? - preguntó Johnny.

- No habría servido de nada. Tak se habría escondido. Las pruebas no habrían demostrado nada, estoy casi segura de ello. Y entonces.. mas tarde... cuando

llegamos a casa...

Johnny estudió su boca hinchada.

- Debió castigarte - dijo.

- Si. A mí y a... - Su voz vacilo, se quebró y prosiguió en un tono que era poco mas que un susurro- . A mí y a Herb.

- Herb no se suicido,¿ verdad? - preguntó Tom- . Le asesino ese ser, Tak.

Ella volvió a asentir.

- Herb quería liberarnos de el. Tak lo percibió y descubrió que no podía utilizar a Herb para... para algo que quería hacer. Mantener relaciones sexuales... experimentar el sexo... conmigo. Herb no se lo permitió. Eso hizo enfadar a Tak.

- ¡Dios mío! - exclamó Brad.

- Mató a Herb y se alimentó de su energía. Después de aquello, Seth solo fue su rehén... pero no necesitaba nada mas para mantenerme a raya.

- Porque le amas - dijo Johnny.

- Si, es verdad, porque le amo. - No era desafío lo que percibió Johnny en su voz, sino una extraña y terrible vergüenza. Cynthia le paso una servilleta de papel, pero Audrey se limito a sostenerla en la mano como sí no supiera para que utilizarla- . Así que, en cierto sentido, supongo que mí amor es el responsable de todo lo que ha ocurrido. Es terrible, pero cierto.

Volvió sus ojos lacrimosos hacía Cammie Reed, que estaba sentada en el suelo y rodeaba con un brazo al hijo que le quedaba.

119

- Nunca creí que llegaría a esto. Tenéis que creerlo. Incluso después de que expulsara a los Hobart y matara a Herb, yo no tenía ni idea de sus poderes, del alcance de sus poderes.

Cammie la miro sin decir nada y su pétrea expresión tampoco revelo nada.

- Desde que Herb murió Seth y yo hemos vivido tranquilos - dijo Audrey. Johnny penso que aquella era la primera mentira flagrante que les había contado, aunque tal

vez hubiera disfrazado ligeramente la verdad un par de veces- . Seth tiene ocho años, pero su educación no es ningún problema. Le doy algunas clases en casa y

entrego un formulario una vez al mes a la Junta Educativa de Ohio. En realidad, es ridículo. Seth ve sus películas y programas de televisión una y otra vez; esa es su verdadera educación. Juega en el cajón de arena, come principalmente hamburguesas y

espaguetis y se bebe toda la leche con cacao que le preparo. casi siempre era Seth.

- Miró a su alrededor con expresión suplicante- . casi siempre era el, aunque que... en todo ese tiempo... Tak estaba dentro de el. Creciendo. Echando raíces cada vez

mas profundas. Invadiéndole.

- ¿ Y usted no tenía idea de lo que estaba ocurriendo? - preguntó Kim desde la puerta- . Mato a su marido pero lo dejo pasar,¿ verdad? Probablemente como un acci...

- No lo entiende - casi grito Audrey- . No sabe lo que era vivir con él y con aquello en su interior. Creía que estaba con Seth, pero de repente se me ocurría un

pensamiento que no disimulaba lo bastante bien, y me encontraba chocando contra un

muro una y otra vez, como sí fuera una marioneta y el niño que movía mis hilos quisiera destrozarme. O me daba de puñetazos en la cara, o me retorció los... la piel...

Ahora utilizo la servilleta de papel. No para enjugarse los ojos, sino para secarse el sudor de la frente.

- Una vez me hizo caer por las escaleras - dijo- . Fue por Navidad, el ano pasado. Lo único que hice fue decirle que dejara de sacudir los regalos que había debajo del árbol. Pense que estaba hablando con Seth,¿ sabéis? Que Tak se había

sumergido en las profundidades. Que estaba durmiendo. Hibernando, o lo que quiera

que haga. Entonces vi que sus ojos eran demasiado oscuros, en absoluto los de Seth,

pero ya era demasiado tarde. Me levante de la silla y subí las escaleras. No puedo contaros como es, lo horrible que... Es como ir en un coche conducido por un maníaco. Al llegar arriba me volví y simplemente... salte del rellano, como si saltara de un trampolín a una piscina. No me rompí nada porque Tak amortiguo mi caída en el ultimo momento. O quizá fuera Seth quien me ayudo. En cualquier caso,

fue un milagro que no me rompiera un brazo o una pierna.

- O el cuello - dijo Belinda.

- Aja, o el cuello. Lo único que intento decir es que si, amaba a Seth, pero lo que había dentro de el me aterrorizaba.

- Seth era la zanahoria y Tak el palo - dijo Johnny.

- Cierto. Y yo tenía un refugio adonde ir cuando las cosas se complicaban.

Seth me ayudaba; se que lo hacia. De modo que, sencillamente... paso el tiempo.

Tal

vez como pasa para las personas que tienen cáncer. Sigues adelante porque no tienes

otra opción. Te acostumbras a cierto nivel de dolor y miedo, y crees que se va a detener allí, que debe detenerse allí. Nunca supe que planeaba esto. Tenéis que creerlo. casi siempre podía ocultarle mis pensamientos. Nunca se me ocurrió que

Tak

podiera tener ideas, planes secretos. Espere, y supongo que luego apareció aquel vagabundo en la casa mientras yo había ido... a visitar a mi amiga Jan... y entonces...

Se detuvo, conteniéndose y tratando de serenarse de una forma casi visible.

- Esta pesadilla en la que estamos metidos es una combinación de Los vigilantes, su película del Oeste favorita, y MotoKops 2200, SU programa de dibujos

animados favorito. Sobre todo le gusta un episodio en el que sale el Pasillo de la Fuerza. Lo he visto muchas veces. Seth lo tiene no solo en una, sino en tres de las cintas de video que graba. Para ser un programa de dibujos animados, es terrorífico.

Muy violento. A Seth le daba mucho miedo (se meó en la cama tres noches seguidas

120

tras verlo por primera vez), pero también le entusiasmaba. Principalmente por la forma en que los personajes habituales del programa, los buenos y los malos, colaboran para destruir a los temibles alienígenas que se ocultan en el Pasillo de la Fuerza. Estos alienígenas viven en capullos que el coronel Henry confunde al principio con generadores eléctricos. Y la parte en que revientan para salir y atacan a los MotoKops asustaría al más valiente. Solo que creo que en esta versión

del Pasillo de la Fuerza, los capullos son nuestras casas, y nosotros...

- Nosotros somos los temibles alienígenas - dijo Johnny, asintiendo con la cabeza. Todo encajaba de un modo pavorosamente perfecto- . Y supongo que lo que más

atrae a ambas partes de él es la idea de la colaboración obligada. Llémonos bien o

de lo contrario... A los niños les encanta este concepto porque les ahorra el trabajo de juzgar valores morales, algo que a la mayoría no se le da muy bien, al principio.

Audrey hizo un gesto de asentimiento.

- Colaboración obligada. Sí, eso parece correcto. Como la manera en que los protagonistas de Los vigilantes, buenos y malos, siempre se han aliado con los MotoKops en los juegos fantásticos que organiza Seth en su cajón de arena. En esas

fantasías, incluso el sheriff Streeter y Jeb Murdock se llevan bien, aunque en la película son enemigos mortales.

- ¿ Lo que ocurre ahora sigue siendo un juego fantástico para Seth? - preguntó Johnny- .¿ Que opinas, Aud? - En realidad no lo sé - respondió- , porque es difícil saber donde termina Tak y empieza Seth... Es difícil percibir la frontera. Quiero decir que, a cierto nivel, probablemente él no se engaña, del mismo modo que los niños no se engañan respecto a Santa Claus en cuanto llegan a los ocho o nueve

anos... pero detestamos renunciar a algunas de estas ficciones,¿ verdad? Hay una...

- Su voz se quebró por un instante; su labio inferior tembló, pero pronto recupero la firmeza- . Tienen un encanto especial, algo que nos ayuda a superar los momentos

difíciles. Tak ha permitido a Seth proyectar sus fantasías en una pantalla mas amplia. Eso es todo.

- Diablos, las esta proyectando en realidad virtual - dijo Steve- . Eso es lo que estas describiendo, el novamas de los juegos de realidad virtual.

- Existe otra posibilidad - dijo Audrey- . Seth tal vez no pueda ya detener a Tak, o ni siquiera frenarle. Es probable que Tak haya atado, amordazado y encerrado

a Seth en un armario.

- Sí Seth pudiera detener a Tak,¿ lo haría? - preguntó Johnny- .¿ Que crees?¿

Que sientes? - Siento que lo haría - dijo Audrey de inmediato- . Siento que en algún lugar de su interior esta aterrizado. Como Mickey Mouse en Fantasía, cuando

las escobas escapan a su control.

- Supongamos que tienes razón. Digamos que ahora Tak dirige solo lo que nos esta ocurriendo.¿ Por que lo dirige?¿ Que obtiene con eso?¿ Cual es la recompensa

para él? - Para <<eso>> - respondió ella, torciendo la boca hacía abajo en lo que a Johnny le pareció una mueca absolutamente inconsciente de disgusto- . - Eso, no "él"

- .

- De acuerdo, para eso. Para Seth, la calle Poplar es el Pasillo de la Fuerza, las casas son capullos y nosotros somos los malvados alienígenas que vivimos en su

interior. Es Duelo bajo el sol en versión interestelar. Pero¿ que saca Tak de eso?

- Algo que es exclusivamente suyo - dijo Audrey, y Johnny recordó de pronto las letras de una antigua canción de los Beatles: "¿Que ves cuando apagas la luz? No

sabría decírtelo, pero se que es solo mío". Las fantasías estaban siempre hechas a la medida de Seth. Creo que son la forma que tiene Tak de conectar con los poderes de Seth, que complementan los suyos. Tak... Creo que a Tak simplemente le gusta lo que nos esta ocurriendo.

Un profundo silencio se instauro en la habitación.

- Le gusta- dijo Belinda finalmente, en voz baja y contenida- .¿ Que quieres decir con que le gusta? - Cuando sufrimos. Desprendemos algo cuando sufrimos, algo que ese... ser lame como sí fuera un helado. Y cuando morimos, es aun mejor. Entonces ni siquiera tiene que lamer. Puede tragárselo entero de un bocado.

121

- Entonces somos su cena- dijo Cynthia- . Es lo que esta sugiriendo,¿ verdad? Para Seth somos un videojuego y para ese Tak... somos la cena.

- Somos mas que eso - dijo Audrey- . Piense en lo que significa la comida para nosotros: es nuestra fuente de energía. Tak esta haciendo algo, eso fue lo que me contó Seth. Haciendo, fabricando algo. No creo que el desierto donde Seth lo recogió fuera su hogar. Creo que era su cárcel. Lo que en definitiva puede estar intentando recrear aquí es su hogar.

- A juzgar por lo que hemos visto hasta ahora, yo no querría ni acercarme a su vecindario, y mucho menos vivir allí- dijo Steve- . De hecho...

- Suficiente - dijo Cammie. Su voz sonó dura e impaciente- .¿ Como mataremos al chico? Has dicho que tal vez exista un modo.

Audrey la miro, escandalizada.

- No van a matar a Seth - dijo- . Nadie matara a Seth. Pueden quitarse esa idea de la cabeza. Solo es un niño inofensivo...

Cammie se abalanzo sobre ella y la cogió por los hombros. Lo hizo antes de que

Johnny pudiera siquiera pensar en moverse. Los pulgares de la mujer se hundieron

sobre el nacimiento de los senos de Audrey. - ¡Dígale eso a Jimmy! - gritó ante el rostro aturdido de Audrey- . Esta muerto, mí hijo ha muerto, así que no me venga con

historias de que su sobrino es inofensivo. No se atreva. Esa cosa esta en el como una solitaria en la barriga de un caballo. Dentro de el. Y sí no sale...

- Pero saldrá- dijo Audrey. Empezaba a recuperar el control de sí misma y su voz era cada vez mas serena- . Lo hará.

Cammie relajo lentamente su presa, pero su expresión era de desconfianza.

- ¿Como?¿ Cuando? - He oído un zumbido, como de motores eléctricos - dijo Kim antes de que Audrey pudiera responder. Después alzo la voz temblorosa- : Oh, Dios

mío, ya vuelven.

Ahora Johnny también pudo oírlo. Era el mismo zumbido eléctrico que había oído antes, solo que ahora sonaba mas fuerte, mas enérgico y amenazador. Dirigió la vista

hacia la puerta del sótano y decidió que probablemente era demasiado tarde para intentar bajar, especialmente con dos niños durmiendo en la despensa.

- Al suelo - dijo- . Todos al suelo. - Vio que Cynthia cogía a Steve de la mano y señalo hacia la puerta abierta de la despensa con un dedo que temblaba ostensiblemente. Steve asintió con la cabeza y entraron para cubrir los cuerpos de los niños con los suyos.

El volumen del zumbido aumento.

- Rezad - dijo Belinda de pronto- . Todo el mundo a rezar.

Johnny estaba demasiado aterrorizado para rezar.

Calle principal de Desesperación/Tiempo de los vigilantes:

Como la ultima vez, las furgonetas parecen fantasmas, sólo que esta vez no surgen de entre la niebla sino de una nube de polvo del desierto que reluce como el

lame bajo el resplandor de la luna.

Primero sale la Carroza de los Sueños de Cassie; Candy esta al volante con su sombrero de la caballería, y la propia Cassie esta sentada a su lado. Sobre la capota, el plato de radar en forma de corazón gira velozmente. Como el rótulo luminoso sobre la puerta de una casa de putas, podría haber dicho Johnny Marinville

sí lo hubiera visto, pero no lo ve. Esta tendido en el suelo de la cocina de los Carver junto al viejo Doc, con las manos entrelazadas sobre la nuca y los ojos cerrados con todas sus fuerzas; su rostro tiene la expresión de un hombre que espera

el Juicio Final... y muy pronto.

La Carroza de los Sueños no tuerce hacía la polvorienta calle principal de Desesperación desde Hyacinth. La calle Hyacinth ha desaparecido. Donde estaba antes

ahora no hay nada mas que un desierto de roca desnuda, rasgos distintivos... y sobre

sus cabezas, el cielo ha quedado prácticamente despojado de estrellas. Es como sí

cuando los ojos del Creador se volvieron hacía el sur, hacía los yermos que se
122

extienden mas allá de este diminuto racimo de edificios, hubiera perdido toda su inspiración divina.

Las cortas alas de la Carroza de los Sueños están desplegadas, y sus ruedas parcialmente recogidas; surca el aire a unos sesenta centímetros por encima de las

roderas de la calle. Su motor palpita. Al pasar frente a la taberna Lady Day, su portilla se abre como una pupila al dilatarse. Por ella asoma Laura DeMott, de Los vigilantes. Pero sus delicadas y blancas manos no empuñan la pistola Derringer, sino

una escopeta. Sólo es una escopeta de dos cañones, pero cuando la dispara, el estampido es tan violento como la explosión que provoca un lanzamisiles. Tras la

detonación llega un breve gemido agudo y después la parte delantera de la cantina

explota. Las puertas batientes salen volando, durante unos instantes aletean salvajemente como si fueran alas. Una instantánea fluctuación recorre lo que queda

de la fachada de la cantina, casi como oleada de calor, y durante ese instante, cualquiera que hubiera estado observando habría visto el E- Z Stop detrás del Lady

Day en llamas, como un edificio fantasma o una foto superpuesta. El colmado también

esta medió derruido e incendiado.

Detrás de la Carroza de los Sueños llega Flecha Rastreadora, seguida por Libertad. Libertad baja su parabrisas deslizante. El comandante Pike, un canopaliano

bueno que se ha vuelto malo, esta al volante, pero el uniforme de la Confederación y

el sombrero de la caballería norteamericana han desaparecido (Candy lleva ahora el

sombrero puesto; los vigilantes siempre intercambian accesorios y prendas de su uniforme entre si, es parte de la diversión). El comandante viste de nuevo su uniforme tornasolado de MotoKop, y ahora que no lleva sombrero, su rubia cresta de

mohicano le favorece. Sentado a su lado, en la cabina de navegación, esta el tipo que Johnny vio anteriormente y que parece un cazador de osos grises: el sargento Mathis, principal ayudante de Jeb Murdock después de la derrota y captura del capitán Candell.

La casa de Collie Entragian ha sido sustituida por la sombrerería de señoras Dos Hermanas. El sargento se asoma, apunta a los escaparates de la tienda con su

escopeta y aprieta los dos gatillos. Se oye otro demoledor estallido doble y de nuevo el largo gemido estridente, como el de una bomba cayendo directa y

precisamente por el foso de la gravedad en dirección a su blanco.

- ¡Paren! - grita Susi- . ¡Por favor, que alguien pare esto! La parte superior de la tienda de modas parece elevarse del suelo entre una tormenta de tablas, tejas, cristales y clavos. De nuevo se produce aquella fluctuación, casi tan rápida como el aleteo de un colibrí, y su luz permite ver fugazmente la casa de Entragian, incluso la bicicleta de Cary Ripton y el cuerpo cubierto con un plástico, reverberando como los espejismos en que ahora se han convertido. Después, la casa

desaparece y queda el Dos Hermanas (donde en Los vigilantes aparece por primera vez

Laura DeMott, una chica de la cantina con un corazón de oro, comprando tela para hacerse un vestido con el que ir a la iglesia), otra vez sin la mitad del tejado y con las ventanas rotas.

Desde los paramos (artemisa y enormes rocas diseminadas, tan redondas como sólo pueden ser en los dibujos animados), al norte de la calle Alamo, donde ahora no

esta la calle Oso, aparece el Supercarro plateado de Rooty- Toot. Rooty esta al volante y sus ojos lanzan destellos intermitentes como sí fueran semáforos. El pequeño Joe Cartwright ocupa el asiento contiguo, con una sonrisa en la cara (como

diciendo ahí- me- las- den- todas) y una escopeta cromada llena de adminículos futuristas en las manos. Justo detrás de Rooty- Toot llega el Carro de la Justicia, y detrás de el aparece una pesadilla eléctrica zumbando. A la fría luz de la luna, el Carro de la Muerte parece envuelto en seda. Sinrostro esta en la cabina de mando.

La condesa Lilí va en la cabina del copiloto, y sus oscuros y sensuales ojos relucen

en una cenicienta cara de vampira. Jeb Murdock esta por encima de ellos, en la Torre de la Muerte, el principal puesto de combate.

Porque el es el mas malvado.

Y así empieza el asalto final de los Supercarros, con tres furgonetas

torciendo hacía el Pasillo de la Fuerza desde el norte y tres mas desde el sur. El
123

aire se estremece con el pavoroso estampido amplificado de las escopetas; los
proyectiles que brotan del cañón de esas armas pasan silbando como una
bandada de

arpías. El Hotel de los Ganaderos (antes casa de los Soderson) se desploma
sobre sus

cimientos; primero cede el lado izquierdo y después se desmorona, escupiendo en
todas direcciones tablas resecas y tejas de madera. La casa situada mas al norte,
una construcción de adobe que Brad Josephson jamás reconocería como su
duplex tan

primorosamente cuidado, parece explotar en todas direcciones a la vez, arrojando
pedazos irregulares de madera y losas de barro seco por los aires.

Al otro lado de la calle, la falsa fachada de la tienda de Worrell (en un
tiempo la casa de Tom Billingsley; los cadáveres de los Soderson yacen tendidos
en

un pasillo formado por grandes bolsas en las que, con temblorosa caligrafía
infantil, se lee la palabra <<trigo>>) se desintegra bajo una ráfaga de disparos de
escopeta procedentes del Carro de la Justicia: los disparos retumban como si
fueran

obuses de mortero.

Conduce el coronel Henry; asomando por la aspillera y ocupándose de los
disparos esta Chuck Connors, conocido también como el Hombre del Rifle. Su hijo
esta

a su derecha, con una sonrisa de oreja a oreja.

- ¡Buen disparo, pa! - exclama cuando las humeantes tablas de la falsa fachada
incendian la basura y el polvo acumulados durante una década que se ocultaban
detrás

de ella. Pronto, todo el edificio arderá en llamas.

- Gracias, hijo - dice Lucas McCain, y dirige su Winchester lanzamisiles hacía

la lavandería china de Lushan. La lavandería, en otro tiempo hogar de Peter y Mary

Jackson, ya ha sido bien vapuleada por Rooty- Toot, pero eso no desanima al Hombre

del Rifle. Su hijo se une a él con una pistola. Es pequeña, pero cada tiro suena como la explosión de un bazuca.

Al final del ataque, una nube de humo de pólvora se cierne sobre la calle principal. Varias casas de la acera oeste de la calle (la cantina de adobe donde vivían antes los Geller, la cabaña de troncos donde los Reed colgaban sus variados

sombreros, la choza de canas y adobe que Brad y Belinda llamaron en un tiempo <<hogar>>) han quedado destruidas casi por completo. El Dos Hermanas sigue en pie,

al igual que el Hotel de los Ganaderos, pero la tienda pronto hará compañía a la casa de los Hobart, en forma de ceniza volando al viento.

Sólo una casa de la acera este de la calle se conserva como antes de la llegada de los vigilantes: la casa de los Carver. Hay agujeros de bala en las paredes y las ventanas están rotas por el asalto anterior, pero esta vez no han sufrido el menor daño.

La Carroza de los Sueños, Flecha Rastreadora y Libertad han llegado al extremo norte de lo que fue una manzana de la calle Poplar. El Rooty- Toot, el Carro de la Justicia y el Carro de la Muerte han llegado al extremo sur. El tiroteo se acalla y poco después cesa por completo. Los ocupantes de la casa de los Carver oyen el crepitar del fuego al otro lado de la valla (la tienda que siguen considerando como la vivienda del viejo Doc), pero por lo demás hay un profundo silencio que resulta como un bálsamo para sus martirizados oídos. Los supervivientes lo aprovechan para

levantar la cabeza. - ¿ Creen que todo ha terminado? - pregunta Steve con el tono de

voz de alguien que no quiere pronunciarse diciendo que no ha sido tan malo como creía... pero lo piensa.

- Deberíamos... - empieza a decir Johnny.

- ¡Vuelvo a oírlo! - grita Kim Geller desde la sala. Su voz temblorosa tiene un dejo histérico, pero los demás carecen de motivos para no creerle: después de todo, ella es quien está mas cerca de la calle- . ¡Ese horrible zumbido! ¡Haced que pare! - Se precipita por la puerta de la cocina con los ojos fuera de sus órbitas y expresión enloquecida- . Haced que pare! - ¡Agáchate, mamá! - le grita Susi, pero ella no se mueve del lado de Dave Reed, que esta tumbado rodeándola con un brazo y

la mano (la que su tétrica madre no puede ver desde donde se encuentra) apoyada en

su pecho. A Susi no le molesta esa mano. De hecho, le molestaría que la retirara. Su

terror y su preocupación casi maternal por el gemelo superviviente se han combinado

para ponerla realmente cachonda por primera vez en su vida. Lo único que quiere en

124

ese momento es estar con David en un lugar donde puedan bajarse los pantalones sin

que nadie se de cuenta.

Kim hace caso omiso de su hija. Se vuelve hacía Audrey, la coge por el pelo y la obliga a echar la cabeza hacía atrás.

- ¡Haga que pare! - le grita a Audrey en plena cara- . ¡Es su sobrino! Usted lo ha traído! ¡Oblíguelo a detenerse! Belinda Josephson actúa con rapidez; se levanta de donde estaba tumbada, cruza la habitación y le retuerce el brazo libre a Kim Geller por detrás de la espalda, casi antes de que Brad pueda pestañear.

- ¡Au! - grita Kim, soltando el pelo de Audrey- . ¡Ah! ¡Déjeme! Déjeme, puta negra...! Belinda ha aguantado toda la mierda racista que estaba dispuesta a soportar por un día. Retuerce aun mas el brazo de Kim, sin dejarla terminar. La madre de Susi, que colabora con las chicas exploradoras y nunca deja que la señora

de la Asociación de Lucha contra el Cáncer se vaya con las manos vacías, aúlla como

el silbato de una fabrica a la hora de cerrar. Belinda se vuelve hacía ella, le da un empujón con la cadera y la envía volando de nuevo a la sala. Kim se estrella contra una pared. Las ultimas estatuillas de porcelana caen al suelo a su alrededor.

- Ya esta - dice Belinda con voz expeditiva- . Se lo tiene merecido. No tengo por que aguantar esa clase de...

- No importa - dice Johnny. El zumbido es ahora mas fuerte, mas que en ningún otro momento: un latido firme y cíclico, como el sonido de un enorme transformador

eléctrico- . Agáchate, Bel. Ahora mismo. Todos.¿ Steve, Cynthia? Cubran a esos niños. - Entonces mira, casi pidiendo disculpas, a la tía de Seth Garin- . ¿Puedes hacer que pare, Aud? Ella niega con la cabeza.

- No es el. Ahora no. Es Tak. - Antes de bajar la cabeza, nota que Cammie Reed la esta mirando, y hay algo en aquella seca mirada que la aterroriza mas que todos

los gritos y tirones de pelo de Kim Geller. Es una mirada peligrosa. No es histeria, sólo instinto asesino, puro y llano.

Pero ¿a quien asesinaría Cammie? ¿A ella? ¿A Seth? ¿A ambos? Audrey no lo sabe. Lo único que sabe es que no puede contar a los demás lo que hizo antes de marcharse, aquello tan simple que podría resolver tantas cosas si... Sí la ventana del tiempo que esta esperando se abre; sí ella hace lo correcto cuando eso ocurra. No puede decirles que hay esperanza porque sí Tak es capaz de captar sus pensamientos, no habrá esperanza para ellos.

El zumbido aumenta de volumen. En la calle principal, los Supercarros vuelven a ponerse en marcha. La Carroza de los Sueños, Flecha Rastreadora y Libertad se

acercan a la casa de los Carver y llegan los primeros. Aparcan en fila, Flecha Rastreadora con Cazaserpientes al volante, en el centro, cerrando el sendero donde

yace muerto el propietario de la finca (que ahora tiene un aspecto mucho peor que antes). Los otros tres Supercarros, Rooty- Toot, el Carro de la Justicia y el Carro de la Muerte, llegan desde el extremo sur de la calle y prolongan la fila de vehículos.

La casa de los Carver (irónicamente un edificio estilo rancho) esta ahora completamente rodeada por Supercarros. Desde la cabina del artillero de la Carroza

de los Sueños, Laura DeMott apunta su escopeta al ventanal destrozado; desde la cabina del artillero de Flecha Rastreadora, Hoss Cartwright y un Clint Eastwood muy

joven (de hecho, en esta encarnación es Rowdy Yates, de Cuero crudo) también tienen

la casa cubierta. Jeb Murdock se pone en pie en la Torre de la Muerte empuñando

dos escopetas, ambas con el cañón aserrado veinte centímetros por delante de los

percutores amartillados, con las culatas apoyadas en las caderas. Sonríe abiertamente y su rostro es el de Rory Calhoun en sus mejores tiempos.

Las trampillas del techo se abren de golpe. Vaqueros y alienígenas ocupan los restantes puntos de tiro.

- ¡Cielos, pa, parece una maldita cacería de pavos! - grita Mark MacCain, y después suelta una sonora carcajada.

- Root, root, root.

- ¡Cállate, Rooty! - corean todos, y las carcajadas se generalizan.

125

Al oír aquella risa, algo del interior de Kim Geller, algo que hasta ahora sólo ha sido doblegado a costa de gran esfuerzo, explota finalmente. Se pone en pie

y avanza por la sala hacía la puerta de rejilla, al otro lado de la cual yace aun Debbie Ross. Las zapatillas de deporte de Kim rechinan sobre los fragmentos de porcelana de las valiosas estatuillas de Bombón Carver. El ruido de los motores de

los vehículos aparcados delante de la casa, ese extraño latido que parece provenir de un corazón eléctrico, la está volviendo loca. Aun así, es más fácil centrarse en aquello que pensar en esa negra presuntuosa que ha estado a punto de romperle el

brazo y la ha echado a la otra habitación como si fuera un saco de ropa sucia. Los demás no se dan cuenta de que se ha ido hasta que oyen su voz, aguda y displicente.

- ¡Largaos de aquí! ¡Parad ya y largaos de aquí ahora mismo! La policía ya está en camino, ¿sabéis? Al oír su voz, Susi se olvida de lo agradable que resulta que Dave Reed le acaricie el pecho y cómo le gustaría ayudarle a olvidar la muerte de su hermano llevándolo al primer piso y follándolo hasta reventarlo.

- ¡Mama... - jadea, y empieza a incorporarse.

Dave tira de ella para impedirle y aferra su cintura con un brazo para asegurarse de que no vuelve a levantarse. Ya ha perdido a su hermano y considera que es suficiente por hoy.

Vamos, vamos, vamos, piensa Audrey, aunque más que un pensamiento es una oración. Ha cerrado los ojos con tanta fuerza que ve puntos rojos explotando detrás

de sus párpados, y sus manos están crispadas en forma de puños, clavándose en las

palmas los restos de sus uñas roídas. Vamos, id a trabajar como se supone que deberíais hacerlo. Haced vuestro trabajo, arrancad...

- Adelante - susurra, sin darse cuenta de que habla en voz alta. Johnny, que ha alzado la cabeza al oír la voz de Kim, mira ahora a Audrey-. Empezad, ¿queréis?

¡Por el amor de Dios, empezad! - ¿De qué estás hablando? - pregunta, pero ella no responde.

Fuera, Kim avanza lentamente por la acera en dirección a los Su percarros

aparcados junto al bordillo. Este es el único tramo de toda la calle Poplar donde aun queda bordillo.

- Os doy una oportunidad - dice, pasando los ojos de un tipo raro al siguiente.

Algunos se han puesto ridículas mascararas espaciales, y el que esta al volante del coche que parece un puesto de bocadillos ambulante lleva en realidad un disfraz

de robot de cuerpo entero que le hace parecer una versión desmesurada de R2D2, de La

guerra de las galaxias. Otros parecen refugiados de una clase de baile en fila del Lejano Oeste. Unos cuantos incluso le resultan familiares... pero no es momento de

distraerse con ideas tan peregrinas.

- Os doy una oportunidad - repite, deteniéndose en el punto donde el camino particular de los Carver se une con lo que queda de la acera de la calle Poplar- . Marchaos mientras podáis, de lo contrario...

La puerta corrediza del Libertad se abre y sale el sheriff Streeter. Su estrella reluce sobre la solapa izquierda del chaleco a la pálida luz de una luna plateada. Alza la vista hacia Jeb Murdock, un viejo enemigo, ahora aliado, que esta

en la Torre de la Muerte.

- ¿Y bien, Streeter? - dice Murdock- . ¿Que opinas tu? - Opino que deberías ocuparte de esa zorra parlanchina - dice Streeter con una sonrisa, y de las dos recortadas de Murdock brota un estampido y un fogonazo blanco. En un momento, Kim

Geller esta en pie al final de la calzada de los Carver. Al momento siguiente, ha desaparecido por completo. No; no por completo. Sus zapatillas de deporte siguen allí, con los pies en su interior.

Una fracción de segundo mas tarde, algo que podía ser un cubo de agua oscura y cenagosa pero no lo es se estrella contra la fachada de la casa de los Carver.

Después, con el sonido de los disparos simultáneos de escopeta aun retumbando en la

distancia, Streeter grita: - ¡Fuego! ¡Fuego, maldita sea! ¡Borradlos del mapa! - ¡Agachaos! - vuelve a gritar Johnny, sabiendo que no servirá de nada. La casa
126

desaparecerá como el castillo de arena de un niño al subir la marea, y ellos desaparecerán con ella.

Los vigilantes empiezan a disparar, pero los ruidos no se parecen en nada a los que Johnny oía en Vietnam. Piensa que así debían sentirse en las trincheras en

Ypres, o en Dresde unos treinta años más tarde. El ruido es increíble, una ininterrumpida sucesión de ¡KA- PU! y ¡KAB AM !, y aunque se le ocurre que va a quedarse sordo inmediatamente (o incluso morir por sobredosis de decibelios), Johnny

aun puede oír los sonidos de la casa que se desmorona a su alrededor: tablas que restallan, ventanas hechas añicos, estatuillas de porcelana que revientan como los blancos de una caseta de tiro, el estampido seco de los listones al salir desperdigados... Muy débilmente puede oír también gritos humanos. El acre olor de la

pólvora invade sus fosas nasales. Algo enorme pasa por la cocina sin darle tiempo a

verlo, por encima de ellos, gritando, y de pronto buena parte de la pared del fondo de la cocina se abre en un abanico de cascotes hacia el patio posterior y flota sobre la superficie de la piscina.

Si, piensa Johnny, ya está. Esto es el fin. Y tal vez sea lo mejor.

Pero entonces empieza a ocurrir algo extraño. Los disparos no se detienen, pero se vuelven más tenues, como si alguien hubiera bajado el volumen. Otro tanto

ocurre con los zumbidos de las balas que pasan silbando sobre sus cabezas, y ocurre

deprisa. Menos de diez segundos (quizá cinco) después de advertir por primera vez la

disminución de volumen, los sonidos se extinguen por completo, al igual que el peculiar zumbido pulsante de los motores de los Supercarros.

Levantán la cabeza y se miran unos a otros. Desde la despensa, Cynthia ve que ella y Steve están blancos como fantasmas. Levanta el brazo y sopla. De su piel se

eleva una nubecilla de polvo.

- Harina - dice.

Steve se pasa los dedos por la larga cabellera y le tiende una mano temblorosa. En la palma hay un puñado de cosas negras y relucientes.

- La harina no es tan mala- dice- . A mi me han tocado olivas.

Ella cree que va a echarse a reír, pero antes de que pueda hacerlo, ocurre algo asombroso y completamente inesperado.

Espacio de Seth/Tiempo de Seth

De todos los pasadizos que había excavado durante el reinado de Tak - Tak el Ladrón, Tak el Cruel, Tak el Déspota- este es el mas largo. En cierto modo, ha recreado su propia versión de Serpiente Numero Uno. El pozo se hunde profundamente

en una tierra negra que, según supone, forma parte de su ser, y luego vuelve a ascender en dirección a la superficie, como una esperanza. En su extremo hay una

puerta con planchas de hierro. No intenta abrirla, aunque no por temor a encontrarla

cerrada. Todo lo contrario. Es una puerta que no debe tocar hasta que este completamente preparado; en cuanto la cruce, no habrá posibilidades de volver nunca

mas.

Reza para que dé a donde el cree que da.

Por las rendijas que hay entre las plancha de hierro de la puerta entra la luz suficiente para iluminar el lugar donde el se encuentra. En las extrañas paredes

carnosas hay fotografías: una es un retrato de grupo de su familia con el sentado entre su hermano y su hermana, en otra esta el de pie, entre la tía Audrey y el tío Herb, sobre el césped de esta casa. Sonríen. Seth, como siempre, tiene una expresión

grave, distante, como ausente. También hay una fotografía de Allen Symes, de pie junto a las tronchas de la señora Mo, la excavadora. El señor Symes lleva su casco

de minero y sonrío. No existe tal fotografía, pero eso no importa. Este es el espacio de Seth, el tiempo de Seth, la mente de Seth, y el los decora como quiere. No hace mucho habría colgado fotografías de los MotoKops y los personajes de Los

vigilantes, y no solo aquí, sino en toda la longitud del túnel. Ya no. Han perdido su encanto para el.

Me he hecho mayor para ellos, piensa, y esa es toda la verdad. Autista o no, a pesar de sus tiernos ocho años, se ha hecho demasiado mayor para las películas del

127

Oeste y los dibujos animados. De pronto comprende que esta es casi sin duda la verdad básica, y que Tak nunca la comprendería: se ha hecho demasiado mayor para

todo eso. Lleva la muñeca Cassie Styles en el bolsillo (cuando necesita un bolsillo, le basta con imaginarse uno; resulta práctico) porque aun la ama un poco, pero ¿por

otra razón? No. Ahora la cuestión es si podrá escapar de las dulces fantasías que quizá estuvieran siempre envenenadas.

Ha llegado el momento de averiguarlo. Junto a la foto de Allen Symes, una pequeña repisa sobresale de la pared. Seth ha visto y ha admirado las repisas del vestíbulo de los Carver, con una estatuilla en cada una, y este fue creado pensando

en aquellos. A través de las rendijas de la puerta se filtra la luz suficiente para ver lo que hay encima de el: no es un pastor o una lechera de porcelana, sino un

teléfono rojo de juguete.

Descuelga el auricular y marca el dos- cuatro- ocho en el dial giratorio. Es el numero de casa de los Carver. En su oído, el teléfono de juguete llama... llama... llama. Pero ¿está sonando al otro extremo de la línea? ¿Lo oye la tía Audrey? ¿Lo oye alguien? - Vamos - susurra. Esta plenamente consciente y alerta. En

este profundo lugar interior no es mas autista que Steve Ames o Belinda Josephson o

Johnny Marinville... de hecho, es prácticamente un genio.

Ahora mismo, un genio aterrorizado.

- Vamos... por favor, tía Audrey, por favor, oye... por favor, responde...

Porque queda poco tiempo y ahora es el momento.

Calle principal de Desesperación/Tiempo de los vigilantes

El teléfono de la sala de los Carver empieza a sonar y, como si se tratara de alguna clase de señal enviada directamente a sus centros neurálgicos mas profundos y

delicados, la capacidad única de Johnny Marinville de ver y ordenar secuencialmente

los acontecimientos se viene abajo por primera vez en su vida. Su perspectiva se desmorona como las figuras de un calidoscopio al hacer girar el tubo y luego se descompone en prismas y fragmentos de vivos colores. Si esto es lo que el resto del

mundo ve y experimenta en un momento de estrés, piensa, no es de extrañar que la

gente tome tantas decisiones equivocadas cuando esta en apuros. No les gusta esa

forma de percibir las cosas. Es como tener fiebre alta y ver a media docena de personas en pie alrededor de tu cama. Sabes que solo cuatro de ellos están ahí realmente... pero ¿cuales? Susi Geller llora y grita el nombre de su madre. Los niños Carver están otra vez despiertos, por supuesto. Ellen, agotada su capacidad de

soportarlo todo con relativo estoicismo, parece estar sufriendo un ataque de nervios. Grita a voz en cuello y golpea con los puños la espalda de Steve, mientras

el intenta abrazarla y tranquilizarla. Y Ralphie quiere partirla la cara a su hermana mayor.

- ¡Deja de achuchar a Margrit! - grita a Steve mientras Cynthia intenta contenerle- . ¡Deja de achuchar a Margrit la Marmota. Tenia que darme toda la chocolatina. Si me la hubiera dado toda no habría ocurrido nada de esto. Brad empieza a andar hacia la sala, presumiblemente para responder al teléfono, pero Audrey le sujeta del brazo.

- No - dice, y después, con una especie de cortesía surrealista, añade- : Es para mi.

Y Susi esta ahora en pie, cruza el vestíbulo a la carrera y va hasta la puerta principal para ver que le ha ocurrido a su madre (una idea muy imprudente, en la humilde opinión de Johnny). Dave Reed intenta contenerla otra vez, pero ahora no puede, por lo que sigue llamándola a gritos. Johnny espera que la madre del chico le

detenga a el, pero Cammie le deja ir, mientras en la parte de atrás, afuera, los coyotes que no se parecen a ningún coyote que haya existido jamas en esta tierra de

Dios, alzan sus deformados hocicos y entonan enloquecidas canciones de amor a la luna.

Todo esto ocurre al mismo tiempo, a la velocidad de la hojarasca atrapada en un ciclón.

128

Johnny se ha puesto en pie sin darse cuenta y sigue a Brad y a Belinda hasta la sala, que parece saqueada por un gigante con un cabreo de ordago. Los niños siguen chillando desde la despensa y Susi aúlla desde el rincón del vestíbulo.

Bienvenido al maravilloso mundo de histeria estereofónica, piensa Johnny.

Entretanto, Audrey busca el teléfono, que ya no esta en la mesita que había

junto al sofá. En realidad, la mesita ya no esta junto al sofá, sino en la esquina opuesta, rajada por la mitad. El teléfono yace a su lado, en un revoltillo de cristales rotos. Esta descolgado, con el auricular tan alejado del resto del aparato como lo permite el cable, pero aun así sigue sonando.

- Cuidado con los cristales, Audrey - le dice Johnny con brusquedad.

Tom Billingsley corre hacia el boquete irregular abierto en la pared oeste, donde antes estaba el ventanal, saltando por encima de los restos humeantes del televisor para llegar hasta allí.

- Se han ido - dice- . Las furgonetas. - Se detiene y luego añade- : Por desgracia, la calle Poplar también se ha ido. Desde aquí parece Deadwood, Dakota del

Sur, hacia la época en que Jack Cavendish mato por la espalda al Salvaje Bill Hickok.

Audrey descuelga el teléfono. Detrás de ellos, Ralphie Carver esta gritando.

- ¡Te odio, Margrit la Marmota! Haz que vuelvan mi mama y papa o te odiare para siempre. ¡Te odio, Margrit la Marmota! Detrás de Audrey, Johnny puede ver a Susi, que forcejea intentando liberarse de la presa de Dave Reed. La esta abrazando,

con los ojos desorbitados por el horror y al borde de las lagrimas, con una paciencia que, dadas las circunstancias, Johnny no puede menos que admirar.

- ¿Diga? - pregunta Audrey. Escucha, con su pálido rostro tenso y grave- .

Si... Si, lo haré. Ahora mismo. Yo... - Escucha unos instantes mas, y esta vez su mirada sube hasta el rostro de Johnny Marinville- . Si, de acuerdo, solo el. ¿Seth? Te quiero.

No cuelga el teléfono, se limita a dejarlo caer. ¿Por que no? Johnny rastrea el cable de conexión y ve que la sacudida que destrozó la mesa y arrojó el teléfono

contra la esquina también ha arrancado la clavija de la pared.

- Vamos - le dice Audrey- . Cruzaremos la calle, señor Marinville. Solo nosotros dos. Los demás que se queden aquí.

- Pero... - empieza a decir Brad.

- Sin discusiones, no hay tiempo - le replica ella- . Tenemos que ir ahora mismo. Johnny, ¿estás preparado? - ¿Voy a buscar el arma que trajeron de la casa de al lado? Esta en la cocina.

- Un arma no serviría de nada. Vamos.

Extiende la mano. Su expresión es inescrutable, pero segura... salvo por los ojos. Están aterrorizados, suplicándole que no la obligue a hacer esto, sea lo que sea, sola. Johnny coge la mano que le ofrece y sus pies se arrastran entre los cascotes y los cristales rotos. La piel de la mujer esta fría y sus nudillos hinchados. Es la mano con la que el pequeño monstruo la obligo a golpearse, piensa el.

Pasan junto a los adolescentes, que están de pie y se abrazan en silencio.

Johnny abre la puerta de rejilla de un empujón y deja que Audrey le preceda al salir, pasando por encima del cadáver de Debbie Ross. La parte delantera de la casa,

el zaguán y la espalda de la chica muerta están cubiertos con los restos de Kim Geller (jirones, grumos y manchurroneos que parecen negros a la luz de la luna), pero

ninguno de los dos lo menciona. Mas adelante, al final del camino y el corto tramo de césped hay una ancha calle de tierra con profundos surcos de ruedas. Un sopleo de

brisa fresca acaricia la mejilla de Johnny - viene del norte y transporta el humo del edificio que arde en la casa de al lado- y una mata de hierba rodadora pasa brincando como accionada por un resorte oculto. A Johnny le parece todo recién salido de un dibujo animado de Max Fleischer, pero eso no le sorprende. Ahí es donde

están, ¿no es verdad? En una especie de dibujo animado. Dadme una palanca y moveré

el mundo, dijo Arquimedes. La criatura que vive al otro lado de la calle

probablemente estaría de acuerdo. Por supuesto, solo era una manzana de la calle

129

Poplar lo que quería mover, y con la palanca de las fantasías de Seth Garin lo había

conseguido sin demasiados problemas.

Sea lo que sea lo que les espera, casi resulta un alivio estar fuera de la casa y lejos del ruido.

El zaguán de la casa de los Garin parece el mismo, pero nada más. El resto es ahora un largo edificio bajo de troncos. A lo largo de la fachada se alinean pulcramente unas estacas. Por la chimenea de piedra surgen bocanadas de humo, a

pesar del calor de la noche.

- Parecen los barracones de un rancho - dice.

Audrey asiente con un gesto.

- Los barracones de La Ponderosa.

- ¿Por que se han ido, Audrey? Los vigilantes y los polis del futuro de Seth.

¿Que les ha hecho marcharse? - Por lo menos en un aspecto, Tak es como el malo de

un cuento de hadas de los hermanos Grimm - responde ella, precediéndole hacia la

calle. El polvo se levanta en nubecillas bajo sus zapatos. Las roderas de la calle están secas y duras como el hierro- . Tiene un talón de Aquiles, algo que nunca sospecharías si no hubieras vivido con el tanto tiempo como yo. Detesta estar dentro

de Seth cuando el chico va de vientre. No se si es alguna curiosa especie de apuro

estético o una fobia psicológica, tal vez incluso un hecho físico de su existencia, del mismo modo que nosotros no podemos evitar encogernos cuando alguien hace ademán

de darnos un puñetazo, por ejemplo, y me trae sin cuidado.

- ¿Hasta que punto estas segura de eso? - pregunta el. Ya han llegado a la otra acera de la ancha calle Mayor. Johnny mira en ambas direcciones y no ve ninguna furgoneta. Solo paramos rocosos desdibujados a la derecha y el vacío, una especie de no creación, a la izquierda.

- Muy segura - responde ella lúgubrementemente. El camino de cemento que conduce hasta el numero 247 de la calle Poplar se ha convertido en una calle adoquinada.

A

medio camino, Johnny ve la estrella rota de una espuela de vaquero reluciendo a la

luz de la luna- . Seth me lo ha dicho. A veces le oigo en mi cabeza.

- Telepatía.

- Supongo que si. Y cuando Seth habla a ese nivel, no tiene ninguna clase de problema mental. A ese nivel es tan brillante que da miedo.

- Pero ¿estas completamente segura de que era Seth quien te hablaba? Y aunque así fuera, ¿estas segura de que Tak le dejaba decir la verdad? Ella se detiene a medio camino de la puerta de los barracones. Sigue cogiendo una de sus manos; ahora

le coge la otra y le obliga a volverse para mirarla.

- Escúchame, porque solo tengo tiempo de decirlo una vez y tu no tienes tiempo para hacer preguntas. A veces, cuando Seth habla conmigo, deja que Tak le oiga... me

parece que porque así Tak cree que oye todas nuestras conversaciones mentales, pero

no es verdad. - Ve que el va a decir algo y aprieta sus manos para hacerle callar- .

Y yo se que Tak le abandona cuando va de vientre. No se oculta en su interior, sale

de el. Lo he visto ocurrir. Sale a través de sus ojos.

- Por los ojos - susurra Johnny, fascinado y con cierta reverencia.

- Te lo digo porque quiero que sepas que ocurre si lo ves - dice ella- .

Puntos rojos bailando, como chispas que saltan de una hoguera. ¿De acuerdo? - Cristo - masculla Johnny, y añade- : De acuerdo.

- Seth adora la leche con cacao - dice Audrey, tirando de el para seguir avanzando- . La que se prepara con chocolate liquido Hershey. Y a Tak le gusta lo que a Seth le gusta... quizá en exceso.

- Le has puesto un laxante, ¿verdad? - pregunta Johnny- . Echaste un laxante en su leche con cacao. Casi tiene que reprimir el impulso de unirse a los coyotes y lanzarle un buen aullido a la luna. Solo que seria un aullido de alegría. Las posibilidades mas surrealistas de la vida nunca se agotan, al parecer. Su única posibilidad de sobrevivir reside en el éxito de un montaje propio de un campamento

de verano, como engatusar a un compañero invitándolo a cazar gambusinas o a hacerle

la petaca en la cama a un monitor.

130

- Me dijo que hacer y lo hice - dice ella- . Ahora sigamos mientras nos quede tiempo. Tenemos que cogerle y echar a correr. Ponerle fuera del alcance de Tak antes

de que pueda regresar a su interior. Eso también podemos hacerlo. Su alcance es corto. Iremos cuesta abajo. Tu le llevaras en brazos. Y apuesto a que, antes de que

lleguemos a donde antes estaba la tienda, veremos un cambio de tres pares de cojones

en el barrio. Solo recuerda: la clave es la rapidez. En cuanto empecemos, no podremos permitirnos dudas ni vacilaciones.

Va a abrir la puerta, pero Johnny la detiene. Ella lo mira con una mezcla de miedo y furia.

- ¿No me has oído? Tenemos que entrar ahora.

- Si, pero tienes que responderme a una pregunta, Aud.

Desde el otro lado de la calle, los observan con ansiedad. Belinda Josephson

se aparta bruscamente del pequeño grupo de espectadores y regresa a la cocina a ver

como lo llevan Steve y Cynthia con los pequeños. Al parecer, nada mal. Ellen lloriquea, pero por lo demás vuelve a estar bajo control, y Ralphie parece agotado, como un huracán cuando llega a las aguas frías del norte. Belinda echa un rápido vistazo a la cocina vacía, que ahora se abre al patio trasero, y después gira en redondo para volver al vestíbulo con los demás. Da un solo paso y se detiene. Una pequeña arruga vertical (la línea de pensamiento de Bel, la llama su marido) aparece

en el centro de su frente. Allí abajo, junto a la puerta de rejilla, no esta del todo oscuro, entra la luz de la luna... y aquellos son sus vecinos, naturalmente. No es muy difícil distinguirlos. Brad se identifica fácilmente porque es su vecino mas próximo, tanto que hace veinticinco años que le da codazos en la cama. Dave y Susi

se distinguen porque siguen abrazados. El viejo Doc es fácil de reconocer porque esta muy delgado. Pero con Cammie no es fácil. No es fácil ver a Cammie porque Cammie no esta allí. Tampoco esta aquí, en la cocina. ¿Ha subido al primer piso o ha

salido por el agujero de la pared de la cocina? Es posible. Y... - ¡Eh, oigan! - grita hacia el interior de la despensa, de repente asustada.

- ¿Que? - pregunta Steve en un tono algo impaciente. En realidad, empieza a perder la paciencia. Por fin han conseguido calmar a los chicos y si esta mujer lo jode, cree que le abrirá la cabeza con la primera sartén o cacerola de la que pueda echar mano.

- La señora Reed se ha ido - dice Bel- . Y se ha llevado el rifle. ¿Estaba descargado? Vamos, hágame feliz. Dígame que estaba descargado.

- No lo creo - dice Steve a regañadientes.

- Me cago en la leche - dice Belinda.

Cynthia la esta mirando desde detrás de uno de los hombros caídos de Ralphie, con los ojos desorbitados por la alarma.

- ¿Tenemos algún problema? - pregunta.

- Es posible- dice Bel.

Espacio de Tak/Tiempo de Tak En el cuarto donde ha pasado tantas horas felices, podría decirse que en el seno de la imaginación cautiva de Seth Garin, Tak aguarda y escucha. En la pantalla del televisor, unos vaqueros en blanco y negro vestidos con atuendos fantasmales cabalgan por un paisaje desértico. Avanzan en silencio. Incorporo ahora que esta fuera de Seth, Tak ha hecho enmudecer el televisor con el mejor mando a distancia que existe: su propia mente.

Puede oír al chico en el lavabo contiguo a la cocina. Ahora emite los gruñidos cerdunos y graves que Tak ha llegado a asociar con su función excretora. Para Tak,

incluso los sonidos son repulsivos, y el acto mismo, con sus retortijones y su sensación de expulsión inevitable y viscosa, es repelente. Hasta vomitar es mejor, por lo menos es rápido: un liquido que sube garganta arriba y fuera.

Ahora sabe lo que la mujer hizo al chico: drogó la leche con algo que provoca, no solo un simple acto de eliminación, sino las convulsiones y temblores que lo acompañan. ¿Cuanto le había dado? Un buen lingotazo, a juzgar por como se sentía

Seth justo antes de que Tak huyera, y ahora lo entiende todo.

Titila en una esquina de la habitación, cerca del techo - Tak el Cruel, Tak el Déspota- como un pequeño racimo de reflectores de bicicleta intangibles que
131

laten y giran unos alrededor de otros. No consigue oír a la tía Audrey y a Marinville, ni siquiera con el volumen del televisor apagado, pero sabe que están allí, al otro lado de la puerta delantera. Cuando finalmente dejen de hablar y entren, lo matara. Primero al hombre y, sencillamente para recuperar la energía que

ha gastado (estar fuera del cuerpo del muchacho es particular mente agotador), a la

tía de Seth por lo que ha intentado hacer. También se alimentara de ella y la hará morir lentamente, por su propia mano.

El castigo del muchacho por intentar rebelarse contra Tak será observar

mientras ocurre.

Aun así, Tak respeta a Seth; ha sido un digno adversario (¿como podría ser de otro modo cualquier receptáculo capaz de contener a Tak?). Desde que llegó el vagabundo, ayer, Tak y el muchacho han estado jugando una dura partida de póquer

descubierto, igual que Laura y Jeb Murdock en Los vigilantes. Ahora, las apuestas están hechas y todas las cartas, excepto la última cubierta, están boca arriba sobre

la mesa. Cuando les den la vuelta, Tak sabe que ganará. Naturalmente que ganará. Su

rival solo es un niño, después de todo, por muy brillantes que puedan ser los cursos

inferiores de su intelecto, al final el niño se ha creído algo más de lo que le convenía. Tak sabía que Seth había planeado expulsarle temporalmente de su cuerpo y

aunque el método exacto fue una sorpresa (muy desagradable, por cierto), ha conseguido al niño. Pero hay algo más.

Seth no sabe que Tak pueda volver a entrar en el mientras esta realizando aquel desagradable acto en la pequeña habitación contigua a la cocina.

Seth está equivocado: Tak puede volver a entrar. Será desagradable doloroso incluso, pero puede volver a entrar. ¿Y como sabe que Seth no ha visto esta última

carta, como ha visto algunas de las otras que tenía Tak a pesar de todos sus esfuerzos por ocultárselas? Porque ha llamado a su adorada tía para que venga a la

casa y le ayude a escapar.

Y cuando su querida tía finalmente deje de titubear en el zaguán entre, será... bien... sometida a la ley de los vigilantes. Las chispas rojas giran con más rapidez en las sombras, excitadas con la idea.

Calle principal de Desesperación/Tiempo de los vigilantes

- ¿No me has oído? Tenemos que entrar ahora mismo.

Johnny asiente con un gesto. Ninguno de los dos ve a Cammie Reed cruzar la calle desde la iglesia de adobe que antes era la casa de Johnny Marinville hasta los

restos de la choza de cañas y barro que en un tiempo fue la vivienda de Brad y Belinda. Avanza con la cabeza gacha y el rifle en una mano.

- Si, pero aun me queda una pregunta, Aud.

- ¿Que? - casi le grita- . Por el amor de Dios, ¿que? - ¿Puede meterse en alguien mas? ¿En ti o en mi, por ejemplo? Una expresión de lo que podría ser alivio

aparece fugazmente en el rostro de la mujer.

- No.

- ¿Como puedes estar tan segura? ¿Te lo ha dicho Seth? Por un momento piensa que ella no responderá, y no simplemente porque quiera llegar al muchacho mientras

aun esta en el retrete. Al principio confunde su expresión con azoramiento y luego ve que es algo mas profundo. No es rubor, sino vergüenza.

- Seth no me dijo - dice- . Lo se porque intento penetrar en Herb. Así podría... ya sabes... poseerme.

- Quería hacer el amor contigo - dice el. Ahora todo, incluido el asunto que ella apenas insinúo antes, encaja para el.

- ¿Amor? - pregunta ella con la voz apenas bajo control- . No. ¡Oh, no! Tak no sabe nada del amor, no le importa. Quería follarme, nada mas. Cuando descubrió que

no podía utilizar a Herb para eso, le mato. No creo que para entonces tuviera ninguna opción. - Las lagrimas resbalan ahora por sus mejillas- . Veras, cuando quiere algo, no abandona fácilmente. Esta acostumbrado a salirse con la suya. Por eso sigue presionando. Intento introducirse en los pensamientos de Herb, en sus emociones, en sus nervios. Lo que le hizo... bien, imagina que le ocurriría a uno de
132

los zapatitos de Ralphie Carver si intentaras meter en el tu pie de tamaño adulto.

Si sigieras empujando y forzándolo cada vez mas, sin importarte el dolor, sin

importarte lo que le estas haciendo al zapato con tu obsesión por ponértelo, por caminar dentro de el...

- De acuerdo - le corta el. Dirige la vista hacia el pie de la colina, casi esperando ver a las furgonetas regresando, pero allí no hay nada. Mira hacia el final de la calle y no ve nada mas. Cammie esta fuera de su vista, entre las sombras

del Hotel de los Ganaderos, precariamente apuntalado. Si Johnny hubiera mirado primero hacia el norte, las cosas podrían haber sido muy distintas para todos ellos. Ya lo he entendido.

- Entonces ¿podemos entrar? ¿o ni siquiera tienes intención de entrar? ¿vas a rajarte? - No - dice el, y suspira.

En la puerta del barracón hay una antigua cerradura que se abre pulsando con el pulgar, pero cuando intenta cogerla, su dedo la atraviesa. Por debajo aparece, como flotando hacia la superficie a través de un agua sucia, un viejo tirador circular normal y corriente. Cuando Johnny lo coge, se forma a su alrededor una puerta corriente que primero se superpone a las planchas de hierro y los tablones y

después las sustituye. El tirador gira y la puerta se abre a una habitación oscura que huele a rancio, como a ropa sucia. La luz de la luna inunda la estancia, y lo que ve Johnny le recuerda las noticias que ha leído en los periódicos de vez en cuando sobre ancianos millonarios que pasan los últimos años de su vida en una misma

habitación, apilando libros y revistas, coleccionando animales de compañía y comiendo solo productos enlatados.

- Deprisa, corre - dice ella- . Estará en el lavabo de la planta baja. Esta al lado de la cocina.

Audrey lo adelanta, cogiéndole la mano al pasar, y le conduce hasta la sala.

Allí no hay libros y revistas apilados, pero la sensación de aislamiento y locura aumenta en lugar de disminuir mientras avanzan. El suelo esta pegajoso con restos de

comida y refrescos derramados. Hay un olor agrio a leche cuajada. Las paredes están

llenas de garabatos y dibujos a lápiz, terroríficos por su carga de violencia y muerte. A Johnny le recuerdan una novela que ha leído no hace mucho, un libro llamado Meridiano sangriento.

A su izquierda fluctúa algo en movimiento. Se vuelve hacia allí el corazón desbocado y la adrenalina descargándose a raudales en su torrente sanguíneo, pero no

hay ningún alienígena siniestro o vaquero con el revolver amartillado, ni siquiera un niño atacándole con un cuchillo. Solo ve un resplandor, el reflejo de una luz.

Supone que viene del televisor, aunque no hay sonido alguno.

- No - susurra ella- , no entres ahí.

Lo conduce hasta la puerta que hay frente a ellos. La luz brilla al otro lado, proyectando una sombra oblonga sobre la alfombra con pegotes de comida incrustada.

Puede que la electricidad no se haya inventado aun en el resto de la ex calle Poplar, pero aquí hay de sobra.

Ahora Johnny oye unos gruñidos, intercalados con unos jadeos algo fatigados. Sonidos tan humanos y reconocibles al instante como roncar, jadear, resollar y silbar. Alguien yendo de vientre. Haciendo caquita, como decían de niños. Una rima

escolar acude a su mente: Si mama me da gaseosa, hago caca y a otra cosa. Vaya,

piensa Johnny, esta está a la altura de la de <<Bebe chuleta, bebe probeta...¿>.

Cuando entran en la cocina y Johnny mira a su alrededor, se le ocurre que tal vez la buena gente de la calle Alamo se merece lo que les está ocurriendo. Audrey llevaba viviendo así Dios sabe cuanto tiempo y nunca lo supimos, piensa. Somos sus

vecinos, todos le enviamos flores cuando su marido se suicidó, la mayoría de nosotros fuimos a su funeral - el propio Johnny estaba en California, dando una charla en una biblioteca infantil- , pero nunca lo supimos.

La alacena esta repleta de tarros vacíos, envases desechados, vasos sucios y latas de refrescos volcadas. Muchas de estas ultimas se han convertido en granjas de hormigas. Ve el jarro de plástico con los restos de la leche con cacao y laxante y a su lado la corteza del bocadillo de queso y mortadela de Tak. La pila rebosa de platos sucios. Junto al escurrer platos hay una botella de detergente tumbada que por su aspecto fue comprada cuando Herb Wyler aun vivía. Alrededor de su boquilla hay una costra de mugre verde coagulada desde hace tiempo. Sobre la mesa hay mas pilas de platos sucios, un botellín de mostaza de plástico, un reguero de migas (junto a una de ellas hay una cinta de casete de Van Halen), un aerosol de nata montada, dos botes de ketchup, uno casi vacío y otro casi lleno, cajas de pizza abiertas con restos de migas, plástico transparente, envoltorios de pastelitos para la merienda y una bolsa de cortezas de trigo que cubre como un extraño condón una botella de Pepsi vacía. También hay montones y montones de tebeos. Todos los que Johnny puede ver son ejemplares de la serie MotoKops 2200. Hay cereales esparcidos sobre la tapa de un ejemplar donde puede verse a Cassie Styles y a Snake Hunter hundidos en un pantano hasta la cintura y disparando sus pistolas de impacto contra la condesa Lili Marsh, que ataca desde lo que podría ser una motocicleta a reacción. ¡Explosión en el pantano!, proclama el título. En la esquina opuesta de la habitación hay un voluminoso montón de bolsas de basura de plástico, ninguna de ellas cerrada, de la

mayoría de las cuales sale un reguero de hormigas. Todas las latas parecen lucir la cara sonriente de Chef Boy- Ar- Dee, el rey de la pasta precocinada. Los mármoles están cubiertos de cacerolas con una costra de salsa anaranjada. Sobre la nevera, un curioso toque final: una vieja figurita de plástico de Roy Rogers montado sobre su fiel Tigre. Johnny sabe sin tener que preguntarlo que fue un regalo para Seth de su tío, algo que tal vez recordaba de la época de juventud el propio Herb Wyler y que rescato pacientemente de una caja de cartón cubierta de polvo de la buhardilla. Al otro lado de la nevera ve una puerta entreabierta que proyecta su propia cuna de luz sobre el mugriento linóleo de la cocina. El ángulo de la puerta no es demasiado cerrado para que Johnny no pueda leer el cartel que hay colgado en ella:

LOS EMPLEADOS DEBEN LAVARSE LAS MANOS DESPUES DE USAR LOS SERVICIOS (Y A LOS

CLIENTES LES CONVENDRIA) - Seth - susurra Audrey, soltando la mano de Johnny y

corriendo hacia la puerta del lavabo. Johnny la sigue.

Por detrás de ellos, unas manchas de luz roja surgen danzando por la puerta arqueada del cuarto como restos de un meteorito. Centellean cruzando la sala a oscuras, en dirección a la cocina. Aun no han llegado allí cuando Cammie Reed entra

por la puerta principal. Ahora empuña el arma con ambas manos y, mientras mira alrededor de la sala débilmente iluminada, desliza el índice de su mano derecha por

la guarda del gatillo y lo apoya sobre el. Titubea, sin saber que hacer a continuación. Su atención se ve atraída por el parpadeo de la luz del televisor reflejada en el cuarto, y su oído por el ruido de gente moviéndose en la cocina. La voz que oye en el interior de su cabeza, la que exige venganza para Jimmy, ha

enmudecido, y ahora no esta segura de donde debe ir. Sus ojos registran un fugaz aleteo de luz roja, pero su mente no hace nada con la información. Esta absolutamente absorta con la cuestión de que debe hacer a continuación. Marinville y

la Wyler están en la cocina, de eso esta segura. Pero ¿esta con ellos el mocoso asesino? Echa otro vistazo vacilante hacia el parpadeo del televisor. No oye ruido, pero tal vez los niños autistas ven la tele con el volumen apagado.

Tiene que estar segura, eso es lo importante. Probablemente solo quedan un par de balas en el rifle... y probablemente no le darán ocasión de apretar el gatillo mas de una o dos veces, en el mejor de los casos. Desea que la voz vuelva a hablar,

que le diga que hacer.

Y lo hace.

Al otro lado de la calle, desde el camino de cemento que hay entre la puerta principal de los Carver y la acera, Cynthia ha visto a Cammie entrar en casa de los Wyler. Abre los ojos desmesuradamente. Antes de que pueda decir nada, Steve le da un

brusco codazo. Ella le mira y ve que se ha llevado un dedo a los labios. En la otra mano lleva un cuchillo de la colección que los Carver tienen en la cocina.

- Vamos - murmura.

- No irás a utilizar eso, ¿verdad? - Espero no tener que hacerlo - responde-

. ¿Vienes? Ella asiente y le sigue. Cuando bajan del bordillo y entran en la versión de Tak del Lejano Oeste, una confusión de gritos y alaridos se inicia en el

134

interior de la casa de los Wyler. <<Sal de el>>, oye gritar Cynthia, o algo así, y luego mas palabras que ni siquiera puede empezar a descifrar. La mayoría parece proceder de la Wyler, aunque oye un grito de Cammie Reed (- "Suéltelo"- ¿Es eso lo

que esta gritando?) y un ronco grito que probablemente es de Marinville. Después, dos secos estampidos de disparos de rifle y un aullido de agonía u horror infinito.

Cynthia no sabe cual de las dos cosas, y no esta segura de querer saberlo.

En cualquier caso, para cuando ella y Steve llegan a la acera opuesta de la calle Mayor de Desesperación, ambos están corriendo.

Espacio de Seth/Tiempo de Seth

Ahora. Todo se decide ahora.

Se aparta del estante sobre el que se asienta el teléfono de juguete PlaySkool. Empotrado en la pared opuesta del corredor hay un pequeño panel de controles, muy parecido al que incorporan las cabinas del copiloto de los Supercarros. Una hilera de siete interruptores sobresale del panel, todos apuntando hacia arriba, en la posición de la etiqueta "ON". Por encima de cada interruptor, un pequeño indicador verde brilla en la penumbra. Este panel no estaba aquí cuando Seth

llego al final del corredor, solo las fotos de sus dos familias, la foto del señor Symes y el teléfono. Pero este es el espacio de Seth, el tiempo de Seth, y es como los bolsillos de sus pantalones: puede añadir exactamente lo que quiera siempre que quiera.

Seth extiende una mano temblorosa hacia el panel. En las películas y en la televisión, los personajes nunca parecen asustados, y cuando Pa Cartwright tiene que

actuar para salvar La Ponderosa, siempre sabe exactamente que hacer. Lucas McCain,

Rowdy Yates y el sheriff Streeter nunca se sienten inseguros, pero Seth sí. Muy inseguro. El final de la partida es ahora, y le aterroriza cometer un error irremediable. Todavía sabe lo que está ocurriendo en el piso de arriba (así es como piensa ahora del mundo de Tak, como el piso de arriba), pero si acciona estos interruptores...

Pero no tiene tiempo de replanteárselo. Audrey está en el lavabo. Audrey se abalanza sobre el niño que está sentado en la taza del retrete con los pantalones

bamboleándose al final de un escuálido tobillo, el niño que es, al menos por el momento, solo un maniquí de cera con pulmones que respiran y un corazón que late,

una maquina humana abandonada por sus dos espíritus. Se arrodilla ante el y lo levanta entre sus brazos. Empieza a cubrir de besos su cara, sin preocuparse de nada

mas: la habitación, las circunstancias, Marinville que esta detrás de ella, en la puerta...

Y ahora Seth capta el enjambre rojo que es Tak precipitándose por la cocina como una nube de abejas sobrenaturales, y tiene que ser ahora, si, tiene que ser ahora.

Su mano toca el panel y empieza a bajar los interruptores a manotazos. Los indicadores verdes que hay sobre ellos parpadean y se apagan. Unos indicadores rojos

que hay debajo se encienden. Cada vez que baja un interruptor, su conocimiento de lo

que ocurre en el piso de arriba se debilita mas y mas. No esta desconectando los sensores del maniquí de cera que su tía cubre de besos, no esta seguro de poder hacerlo si quisiera, pero si puede bloquearlos... y lo esta haciendo.

Finalmente no queda nada mas que su mente. Con las manos oprimiendo hacia abajo los interruptores que acaba de apagar para que no puedan volver a encenderse,

Seth se proyecta hacia la tía Audrey, rezando por encontrarla en esa oscuridad.

Casa de los Wylers/Tiempo de los vigilantes

En el instante en que Audrey arranca al muchacho de la taza del water y lo abraza, algo pasa como una exhalación junto a Johnny Marinville, algo a la vez tan caliente como una fiebre y tan frío como las huevas de rana. Su mente se llena de un

torbellino de luces rojas deslumbrantes que le recuerdan el neón de los bares y la música country. Cuando aclara, ha recuperado su capacidad de verlo todo y ordenar

secuencialmente incluso sucesos que se superponen. Es como si lo que ha pasado junto

135

a el le hubiera aplicado alguna especie de electrochoque. Eso y una oleada de náusea

que cruza su mente, dejándole una sensación viscosa.

Mientras Audrey se incorpora con Seth en brazos (los calzoncillos se deslizan por sus pies y ahora está completamente desnudo), Johnny ve que el remolino de luces

gira alrededor de la cabeza del pequeño como el halo del Niño Jesús en un cuadro antiguo. Entonces se posan sobre él como un ejército de termitas, cubriéndole las mejillas, las orejas y el cabello sudoroso. Se agolpan en sus ojos abiertos y vidriosos e iluminan sus dientes con una luz escarlata.

- ¡No! - grita Audrey- . ¡Sal de él! ¡Sal, hijo de puta! Salta en dirección a la puerta del lavabo con el niño en sus brazos. La cabeza de Seth parece estar ardiendo. Johnny extiende los brazos... ¿Hacia ella? ¿Hacia Seth? ¿Hacia ambos? No

lo sabe y no importa, porque ella pasa junto a él como una furia, aullando y dando zarpazos contra el enjambre danzarín de luces que rodea la cabeza de Seth. Su mano

atraviesa inútilmente la materia roja. Cuando ella y el niño pasan a su lado, Johnny siente la cabeza a punto de estallar por un zumbido horrible de motor. Grita, golpeándose los oídos con la palma de las manos. Solo dura un momento, mientras

Audrey lo rebasa, pero ese momento se le hace casi eterno. ¿Como puede haber aun

algún niño debajo de ese sonido?, se pregunta Johnny. ¿Como, por el amor de Dios,

puede quedar algo debajo de ese sonido? - ¡Suéltale! - aúlla ella- . ¡Suéltale, mamá! ¡Suéltale! De pronto, la puerta de la cocina ya no está desierta. Cammie Reed está ante ella, empuñando el rifle.

Espacio de Tak/Tiempo de Tak

Cuando llega a Seth y descubre que todas sus entradas habituales están cerradas, su indulgente respeto hacia la capacidad del muchacho se derrumba por primera vez desde que captó la extraordinaria mente de Seth pasando cerca de él y

llamo a aquella mente con todas sus fuerzas. Lo que primero sustituye a la indulgencia es la comprensión; la ira sigue su estela.

Al parecer, estaba equivocado. Seth sabe desde el principio que Tak puede volver a entrar incluso durante la evacuación. Lo sabe y ha ocultado ese conocimiento con éxito, como un jugador astuto oculta un as adicional en su manga.

Aunque al final, ni siquiera eso importa. Entrará de todos modos. No hay forma de que el chico pueda impedirselo. Ahora no habrá ningún asedio. Seth Garin es ahora su

hogar, y nadie le impedirá entrar en su casa.

Mientras la mujer pasa cargando el cuerpo de Seth junto al escritorio y sale a la cocina, Tak ataca los ojos del muchacho, los portales más próximos a ese maravilloso cerebro, y empieza a empujarlos, como un policía corpulento empujaría

una puerta que un hombre débil intenta cerrar. Por un instante siente pánico, algo totalmente impropio de Tak, al ver que no ocurre nada. Es como empujar una pared de

ladrillos. Después, los ladrillos empiezan a ablandarse y ceden. El triunfo relampaguea en su fría mente.

Pronto... un segundo... dos, como mucho...

Espacio de Seth/Tiempo de Seth

Bajo su mano, dos de los interruptores están ascendiendo. Incluso cuando redobla sus esfuerzos por mantenerlos abajo, nota que tiran como si estuvieran vivos. Los indicadores siguen rojos, pero no por mucho tiempo. Tak tiene razón en algo: por mucho que los dos queden en tablas en cuestión de ingenio, Seth ya no es

rival para la fuerza bruta de Tak. En un tiempo tal vez, al principio. Ya no. Sin embargo, si Seth tiene razón, eso tal vez no importe. Si tiene razón y suerte. Mira ávida y fugazmente el teléfono de juguete de PlaySkool (lo que la tía Audrey llama el Takofono) por un instante, pero, por supuesto, no necesita teléfono, en realidad no. Siempre fue solo un símbolo, algo concreto para facilitar el flujo de la telepatía entre ellos, al igual que los interruptores e indicadores son simples instrumentos para ayudarle a concentrar su voluntad. Y, en cualquier caso, la telepatía no es aquí un problema para Seth. Si la telepatía fuera lo único que ambos comparten, todo esto sería en vano.

136

Bajo su mano, los interruptores suben testarudamente, empujados por la fuerza primitiva de Tak, la voluntad primitiva de Tak. Por un momento, los indicadores rojos que hay debajo parpadean y se apagan, y los verdes que hay encima se encienden. Seth nota un terrible zumbido mecánico en el interior de su cabeza que intenta desbordar sus pensamientos. Por un momento, su visión interna se vuelve borrosa por el remolino de luz carmesí en el que titilan y centellean ascuas encendidas.

Seth se apoya sobre los interruptores con toda su fuerza. Las luces verdes se apagan, las rojas vuelven a encenderse. Por el momento, en todo caso. Ahora es el momento, solo queda una carta boca abajo en la partida, y ahora le toca a Seth Garin volverla.

Casa de los Wyler/Tiempo de Johnny

En cierto modo es como verse atrapado en otro ataque de los vigilantes, solo que esta vez lo que Johnny siente pasar como una exhalación junto a el son pensamientos en lugar de balas. Pero ¿no fueron siempre pensamientos, en realidad?

El primero va hacia Cammie Reed, que esta en la puerta de la cocina empuñando el arma.

- ¡Ahora! ¡hazlo ahora! El segundo va hacia Audrey Wyler, que retrocede como si recibiera una bofetada y de pronto deja de lanzar zarpazos a la espectral miasma

roja que rodea la cabeza de Seth: - ¡Ahora, tía Audrey! ¡Ahora es el momento! Y el ultimo, un terrible rugido inhumano que invade la mente de Johnny y expulsa todo lo

demás: - ¡No, pequeño hijo de puta! ¡No puedes! No, piensa Johnny, el no puede. Nunca pudo. Entonces levanta la vista hasta el rostro de Cammie Reed. Los ojos de la

mujer parecen a punto de salirse de sus órbitas; sus labios están tensos en una terrible mueca. ¡Pero ella si puede!

Espacio de Tak/Tiempo de Tak

Tiene quizá tres segundos mientras la mujer alza el arma, y grita al comprender que ha sido vencido. Y como. Varios segundos de incredulidad en los cuales se pregunta como pudo ocurrir, después de todos los milenios que ha pasado

atrapado en la oscuridad, pensando y planeando. Entonces, incluso mientras empieza a

comprender que Seth no esta realmente en el interior del cuerpo en el cual Tak intentaba volver a entrar, la mujer plantada ante la puerta dispara.

Casa de los Wyler/Tiempo de Johnny

Cammie ya no esta segura de estar actuando por voluntad propia, pero no importa. Aun si tuviera voluntad, haría lo mismo. La Wyler sostiene en brazos al mocososo, acurrucado y desnudo como si fuera un bebe desmesurado, con las espinillas

embadurnadas de mierda en lugar de sangre y liquido amniótico. Lo sostiene como un

escudo. Cammie casi podría echarse a reír ante la idea.

- ¡Suéltelo! - grita Cammie.

Pero en lugar de soltar a Seth, Audrey lo levanta para estrecharlo contra su

pecho, desafiándola. Sin dejar de sonreír con su perversa mueca, sus ojos parecen

saltar de sus cuencas (mas tarde Johnny se dirá a si mismo que fue una ilusión óptica, seguramente lo fue) y Cammie apunta al niño con el fusil.

- ¡No, Cammie, no! - grita Johnny y ella dispara.

El primer impacto alcanza a Seth Garin, un niño de ocho anos que sigue temblando, indefenso, con retortijones intestinales, en plena sien y le vuela la tapa de los sesos, rociando el rostro extrañamente sereno de su tía de sangre, pelo

y jirones de cuero cabelludo. El proyectil traspasa su cerebro de parte a parte y sale por el lado opuesto de su cráneo, para penetrar en el pecho izquierdo de Audrey. Sin embargo, para entonces ha perdido demasiada fuerza para provocar mas

daños graves. De eso se encarga la segunda bala, que alcanza a la mujer en la garganta cuando retrocedía trastabillando por el impacto del primer tiro. Su trasero choca contra la sobrecargada mesa de la cocina. Los platos amontonados caen y se

hacen añicos contra el suelo.

137

Audrey se vuelve hacia Johnny con el niño cubierto de sangre aun en brazos, y Johnny ve algo asombroso: ella parece feliz. Cammie grita mientras Audrey se desploma, tal vez triunfante, tal vez horrorizada por lo que acaba de hacer.

De algún modo, Audrey consigue mantener abrazado a Seth mientras muere. Y cuando cae, la inquietante masa roja se eleva de los restos de la cara de Seth como

una membrana fetal. Se arremolina en el aire por encima del mugriento linóleo, brillantes partículas escarlatas en órbita unas alrededor de otras como electrones.

Johnny y Cammie Reed se quedan mirando a través de este espacio rojo durante el no sabe cuanto tiempo, como si estuvieran congelados, hasta que alguien grita.

- ¡Mierda! ¡Mierda! ¿Por que ha hecho eso, zorra estúpida? Johnny ve que

Steve y Cynthia avanzan por la sala en penumbra hasta situarse justo detrás de

Cammie. Cynthia la coge del brazo con la velocidad del rayo y la sacude. - ¡Zorra! ¡Estúpida puta asesina! ¿Creía que así iba a recuperar a su hijo? ¿Nunca ha ido al colegio? ¡Joder! Cammie no parece oírla. Esta contemplando la cosa oscura giratoria

con ojos desorbitados y sin parpadear, como si estuviera hipnotizada... y la cosa le devuelve la mirada. Johnny no sabe como lo sabe, pero lo sabe. Y de pronto se abalanza sobre ella como un cometa... o como la Flecha Rastreadora de Cazaserpientes

en un ataque de los Supercarros.

Le había preguntado a Audrey si Tak podía meterse en alguien mas. Ella le había respondido que no, que estaba segura de que no podía, pero ¿y si se equivocaba? ¿Y si Tak la había engañando? Si Tak hubiese...

- ¡Cuidado! - grita a Cynthia- . ¡Apártese de ella! La señorita del pelo ridículo se limita a mirarle fijamente, sin comprender, por encima del hombro de Cammie. Steve tampoco parece entender nada, pero reacciona al inconfundible pánico

de la voz de Johnny y empuja a Cynthia hacia atrás.

El torbellino de chispas rojas se divide en dos. Por un momento, la forma exterior de Tak le parece a Johnny la clase de tenedor que utilizaban para asar carne cuando eran adolescentes, sentados en la playa alrededor de hogueras encendidas con maderos arrastrados por la marea. Solo que las púas de este tenedor

se sumergen directamente en los ojos de Cammie.

Los ojos resplandecen con una brillante luz roja, sus órbitas se hinchan y explotan en todas direcciones. La mueca del rostro de Cammie se amplia tanto que sus

labios se agrietan y empieza a correr la sangre por su barbilla. El ser sin ojos avanza torpemente unos pasos, suelta el fusil descargado y extiende los brazos al frente, abrazando ciegamente el aire. Johnny no cree haber visto en toda su vida algo tan frágil y salvaje al mismo tiempo.

- Tak - proclama con una voz gutural que no tiene nada que ver con la de

Cammie- . Tak ak wan! Tak ah lah! Mi him en to w! Se produce una pausa. Después, con una chirriante voz inhumana que Johnny sabe que oirá en sus pesadillas hasta el fin de sus días, el ser sin ojos dice: - Os conozco a todos. Os encontrare a todos. Os daré caza uno por uno. Tak! Mi him, en to. Su cráneo empieza a hincharse. Lo que queda de la cabeza de Cammie empieza a parecerse al sombrero de una seta monstruosa. Johnny oye un sonido áspero, como de papel al rasgarse, y comprende que es la carne insuficiente que cubre el cráneo de la mujer al desgarrarse. Las cuencas oculares vacías se alargan y se convierten en rendijas. El cráneo eleva la nariz al hincharse hasta transformarla en un hocico con largas fosas nasales en forma de panecillo. Entonces, piensa Johnny, Audrey tenía razón. Solo Seth era capaz de contenerlo. Seth o alguien como Seth. Alguien muy especial, porque... Como para poner fin a esta idea con el contrapunto mas espectacular que pueda imaginarse, la cabeza de Cammie Reed estalla. Cálidos fragmentos, algunos aun latiendo de vida, azotan el rostro de Johnny. Gritando, asqueado hasta el borde de la locura, Johnny se limpia la viscosa materia con los pulgares. Débilmente, del modo como se oyen las cosas cuando alguien deja el auricular sobre la mesa al otro lado de la línea telefónica, oye a Steve y Cynthia, que también gritan. Después, una luz cegadora invade la habitación de una forma tan repentina y desconcertante como una bofetada inesperada. Al principio, Johnny cree que es una explosión de alguna clase, el fin para todos ellos. Pero a medida que sus ojos (que aun le escuecen,

cubiertos por la sangre de Cammie) empiezan a adaptarse, ve que no es una explosión,

sino la luz del día, la intensa y diáfana luz de una tarde de verano. Un trueno retumba hacia el este, un sonido grave que no contiene ninguna amenaza real. La tormenta ha pasado; ha incendiado la casa de los Hobart (de eso esta seguro porque

puede oler el humo) y después se ha marchado para amargarle la vida a alguien mas.

Pero además oye otro sonido, el que tan ansiosamente habían esperado antes en vano:

el confuso ulular de las sirenas. Policía, coches de bombero, ambulancias, tal vez la puta guardia nacional, por lo que Johnny sabe. No le importa. El sonido de las sirenas no le interesa demasiado, en este momento.

La tormenta ha pasado.

Johnny cree que también ha pasado el tiempo de los vigilantes. Se deja caer pesadamente sobre una de las sillas de la cocina y contempla los cadáveres de Audrey

y Seth. Le recuerdan a los insensatos muertos de Jonestown, en Guyana. Ella sigue

rodeándole con sus brazos y los de él, pobres brazos delgados y macilentos, sin un

solo arañazo por jugar con otros niños de su edad, la abrazan a ella por el cuello.

Johnny se limpia los restos de sangre, hueso y trozos de sesos de las mejillas con las húmedas palmas de sus manos y rompe a llorar.

La conmoción que aflora al rostro de la mujer le resulto muy comprensible, pero no cambiaba lo que él sabía.

- Sin embargo, lo es. Lanzo a Cammie contra ella.

- ¿Que quiere decir? - Lo hizo del mismo modo que los observadores emboscados dirigen el fuego de la artillería sobre los poblados enemigos en Vietnam. La azuzo contra ambos, en realidad. Le oí hacerlo. - Se dio unos golpecitos en la sien.

- ¿Me esta diciendo que Seth le pidió a Cammie que les matara a ambos ?

Johnny asintió con la cabeza.

- Quizá fuera el otro. Tal vez oyera a... ese ser.

Johnny negó con un gesto.

- No, fue Seth, y no Tak. Reconocí su voz. - Hizo una pausa para contemplar al niño muerto y después volvió a mirar a Cynthia- . Incluso dentro de mi cabeza, hablaba fatal.

Los edificios volvían a ser lo que eran antes. Steve lo vio, pero eso no significaba que hubieran vuelto a la normalidad: era evidente que se habían llevado

una buena tunda. La casa de los Hobart ya no ardía, por lo menos; el chaparrón había

reducido el incendio a una especie de humareda perezosa, como un volcán después de

una erupción. El bungalow del viejo veterinario estaba en peor estado, lamido por llamas que surgían de las ventanas y negras zonas carbonizadas a lo largo del alero

con la pintura desconchada. Entre ambas, la casa de Peter y Mary Jackson era un colador.

En la calle había dos camiones de bomberos, y llegaban más. Las mangueras ya se extendían sobre la hierba como pitones de color beige. También había coches de

policía, tres aparcados ante la casa de Entragian, donde el cuerpo del chico de los periódicos (y el de Aníbal, imposible olvidarle) yacía bajo un plástico que ahora estaba encharcado por el aguacero. Las luces de los coches patrulla giraban con destellos rojos y azules. Había otros dos coches patrulla aparcados al final de la calle, bloqueando por completo el cruce con la calle Bear. Eso digo.

Eso no servirá de nada si vuelven, penso Steve. Si los vigilantes vuelven, muchachos, harán volar vuestra pequeña barricada hasta el casquete polar más próximo.

Excepto que no volverían. Eso era lo que significaba la luz del sol, lo que significaba el trueno en retirada. Todo había ocurrido realmente (Steve solo tenía

que mirar las casas en llamas y las destrozadas por los tiros para saberlo), pero había ocurrido en alguna extraña dimensión del tiempo que estos polis nunca conocerían ni querrían conocer. Consulto su reloj de pulsera y no le sorprendió ver que volvía a funcionar. Marcaba las 5:18 y Johnny penso que su Timex nunca estaría mas cerca del tiempo real.

139

Recorrió de nuevo la calle con la mirada y se detuvo en los policías. Algunos habían desenfundado las armas; otros, no. Ninguno de ellos parecía tener claro como

se suponía que debía comportarse. Steve podía entenderlo. Estaban contemplando una

galería de tiro, después de todo, y probablemente nadie había oído disparos en las manzanas circundantes. Truenos quizá, pero no disparos de escopeta que sonaban como

obuses de mortero. Ni hablar.

Le vieron en el césped y uno le hizo una seña para que se acercara. Al mismo tiempo, otros dos le indicaban por gestos que volviera a entrar en la casa de los Wyler. Parecían hechos un lío, y Steve no les culpo. Algo había ocurrido aquí, eso era evidente, pero ¿que?. Tardareis un poco en adivinarlo, penso Steve, pero al final encontrareis una explicación lógica. Siempre lo hacéis. Ya veáis un platillo volante que se estrella en Rosewell, Nuevo México, un barco desierto en medio del

océano Atlántico o una calle de las afueras de Ohio convertida en una caseta de tiro

al blanco, siempre os sacáis algo de la manga. Nunca atrapareis a nadie, apostaría

mis ahorros de toda la vida, y no creeréis ni una puta palabra de lo que digamos ninguno de nosotros (en realidad, cuanto menos digamos mas fácil será para nosotros,

probablemente), pero al final encontrareis algo que os permitirá volver a enfundar

vuestras armas... y dormir tranquilos por la noche. ¿Y sabéis lo que digo yo a eso?
NO HAY PROBLEMA, TIO. NI UN... PUTO... PROBLEMA.

Uno de los policías estaba apuntando ahora un megáfono en su dirección. A
Steve no le hizo ninguna gracia, pero mejor un megáfono que un arma, supuso.

- ¿Es usted un rehén? - atronó el señor Megáfono- . ¿Es usted un secuestrador?
Steve sonrió, formo una bocina con las manos alrededor de su boca y respondió.

- Soy Libra. Amistoso con los extraños, me encantan las conversaciones
interesantes.

Una pausa. El señor Megáfono conferencio con varios de sus compañeros. Hubo
una buena sesión de movimientos de cabeza negativos y después se volvió hacia
Steve

y volvió a alzar el megáfono.

- No le hemos entendido. ¿Quiere repetirlo? Steve no lo hizo. Se había pasado
la mayor parte de la vida en el negocio del espectáculo (bueno, algo así) y sabía lo
fácil que es aburrir con un chiste. Llegaban mas policías, largas hileras de
vehículos blancos y negros con luces rojas y azules en el techo, mas camiones de
bomberos; dos ambulancias; lo que parecía un vehículo de asalto blindado. Pero
los

policías solo dejaban pasar a los bomberos, al menos de momento, aunque
gracias a la

lluvia ninguno de los incendios parecía peligroso.

Al otro lado de la calle, frente a donde se encontraba Steve, Dave Reed y Susi
Geller salieron abrazados de la casa de los Carver. Pasaron con cuidado por
encima

de la chica muerta en el zaguán y se dirigieron a la acera. Detrás de ellos salieron
Brad y Belinda Josephson, empujando a los niños Carver y ocultándoles la visión
de

su padre, que seguía tendido en el camino y tan muerto como antes. Detrás de
ellos

salió Tom Billingsley. Llevaba un mantel de lino en las manos nudosas y lo
extendió

sobre el cadáver de la chica, sin hacer caso del hombre de la manzana siguiente que

intentaba atraer su atención con el megáfono.

- ¿Donde esta mi madre? - preguntó Dave a Steve. Sus ojos parecían a la vez enloquecidos y exhaustos- . ¿Ha visto a mi madre? Y Steve Ames, cuyo lema en la

vida era NULLO IMPEDIMENTUM no tuvo la menor idea de que decir.

Johnny entro en la sala caminando de puntillas y procurando esquivar como pudo el desorden que había provocado Cammie. Una vez pasado aquel obstáculo, se dirigió

hacia la puerta con mas velocidad y confianza. Había conseguido controlar las lagrimas, al menos por el momento, y supuso que aquello era bueno. No sabia por que,

pero lo supuso. Miro el reloj que había sobre la repisa de la chimenea. Marcaba las

5:21 y le pareció correcto.

Cynthia le cogió del brazo. Se volvió hacia ella con un punto de impaciencia.

A través del ventanal vio a los demás supervivientes de la calle Poplar apiñados en

el centro de la calle. Hasta el momento hacían caso omiso de las llamadas de los polis, que no parecían saber si debían acercarse o mantener sus posiciones. Y Johnny

quería unirse a sus vecinos antes de que se decidieran en un sentido o en otro.

140

- ¿Se ha ido? - preguntó la chica- . Tak, la cosa roja, fuera lo que fuera,

¿se ha ido? Johnny volvió a mirar el interior de la cocina. Le dolió casi

físicamente hacerlo, pero lo consiguió. Allí había mucho rojo - las paredes estaban pintadas de rojo y también el techo, para el caso- pero no había señales de las chispas relucientes que habían intentado encontrar un puerto seguro en la cabeza de

Cammie Reed, tras la muerte de su antiguo anfitrión.

- ¿Esa cosa murió con ella? - La chica le miraba con ojos suplicantes- .

Dígame que si, ¿vale? Hágame feliz y diga que si.

- Debió morir - dijo Johnny- . De lo contrario, supongo que ahora mismo se estaría probando a uno de nosotros para ver si éramos de su talla.

Ella dejo escapar el aire con un bufido.

- Si, eso tiene sentido.

Era cierto, pero Johnny no lo creía. Ni por asomo. <<Os conozco a todos>>, había dicho. <<Os encontrare a todos. Os daré caza uno a uno.>> Tal vez lo hiciera y

tal vez se encontrara entre manos una lucha algo mas ardua de lo que esperaba, si lo

intentaba. En cualquier caso, no tenia sentido preocuparse por aquello ahora.

Tak ah wan! Tak ah lah! Mi him en tow! - ¿Que pasa? - preguntó Cynthia- .

¿Algo va mal? - ¿Por que lo dices? - Está temblando.

Johnny sonrió.

- Imagino que alguien acaba de caminar por encima de mi tumba. - Retiró la mano de la chica de su brazo y entrelazo sus dedos con los de ella- . Vamos, salgamos a ver como va el mundo.

Casi habían llegado a la calle y a los demás cuando Cynthia se detuvo.

- Oh, Dios mío - dijo en voz baja, exánime- . Oh, Dios mío, mire.

Johnny se volvió. La tormenta amainaba, pero había una masa de nubes negras al oeste de donde se encontraban. Se cernía sobre el centro de Columbus, conectada con

Ohio por un nebuloso cordón umbilical de lluvia y tenia la forma de un gigantesco vaquero galopando a lomos de un garañón del color de la tormenta. El morro del caballo, grotescamente alargado, apuntaba hacia el este, en dirección a los Grandes

Lagos. Su cola se extendía prodigiosamente hacia las praderas y desiertos. El vaquero parecía llevar el sombrero en una mano y quizá lo agitaba en señal de triunfo. Mientras Johnny lo observaba, boquiabierto y paralizado, la cabeza de nubes

del hombre parpadeo con un relámpago.

- Un jinete fantasma- dijo Brad- . Maldita sea. Un jodido jinete fantasma en el cielo. ¿Lo ves, Bel? Cynthia gimió a través de la mano que se había llevado a la boca. Tenía la vista fija en la forma de la nube, los ojos desorbitados y sacudía la cabeza de lado a lado en un inútil gesto de negación. Los demás también estaban mirando ahora, no los bomberos ni los policías, que pronto saldrían de su indecisión

y se acercarían al grupo de la manzana, sino los habitantes de la calle Poplar que habían sobrevivido a los vigilantes.

Steve tomo a Cynthia por sus flacos brazos y la aparto suavemente de Johnny.

- Basta - dijo- . Ya no puede hacernos daño. Es solo una nube y no puede hacernos daño. Ya se esta marchando, ¿ lo ves ? Era verdad. El flanco del caballo celestial se estaba desgarrando en algunos puntos y fundiendo en otros, dejando pasar la luz del sol en largos y brumosos rayos. De nuevo era solo una tarde de verano, la mismísima cúspide del verano, un verano de sandias, refrescos e interminables tardes de béisbol.

Steve miro hacia el otro extremo de la calle y vio un coche de policía que se acercaba muy lentamente remontando la pendiente, pisando las mangueras de incendios

enmarañadas a su paso. Se volvió para mirar a Johnny.

- Eh.

- ¿Si?, ¿que? - ¿El niño se suicido? - Supongo que podría decirse que si - dijo Johnny, comprendiendo por que lo preguntaba el hippie; en cierto modo, no había parecido un suicidio.

El coche patrulla se detuvo. El hombre que salió vestía un uniforme caqui con una tonelada de galones dorados. Sus ojos, de un azul muy intenso, se perdían casi

por completo en una telaraña de arrugas. En la mano llevaba un arma grande. Se

parecía a alguien que Johnny había visto con anterioridad, y al cabo de un momento

le vino a la mente: Ben Johnson, un actor que interpretaba a rancheros virtuosos (normalmente con bellas hijas) y a satánicos forajidos con la misma gracia y competencia.

- ¿Alguien quiere decirme, en el nombre de Jesucristo, que ha ocurrido aquí? - preguntó.

Nadie respondió y al cabo de unos instantes Johnny Marinville se dio cuenta de que todos le estaban mirando a él. Dio un paso al frente, leyó la pequeña placa que

el policía llevaba trabada en el bolsillo almidonado de la camisa de su uniforme.

- Forajidos, capitán Richardson- dijo.

- ¿Como dice? - Forajidos. Vigilantes. Renegados de las tierras yermas.

- Amigo, si le parece que esto tiene gracia... - No, señor. Le aseguro que no.

Y será aun menos divertido cuando mire usted ahí dentro.

Johnny señaló hacia la casa de los Wyler, y al hacerlo recordó de pronto su guitarra. Fue como pensar en un vaso de te helado cuando uno tiene sed, calor y esta

cansado. Penso en lo agradable que sería sentarse en los escalones del zaguán a tocar y cantar La balada de Jesse James en re mayor, aquella que decía: ¿Oh, Jesse

tenia una esposa que se quejaba de su vida y tres hijos muy valientes¿. Imagino que

su vieja Gibson podría tener un agujero, pues su casa parecía haber recibido una buena zurra (era como si ya no se sostuviera sobre sus cimientos), pero por otra parte podría estar perfectamente bien. Después de todo, algunos de ellos habían salido bien librados.

Johnny empezó a caminar en aquella dirección, oyendo ya la canción como si surgiera de sus manos y de su boca: <<Oh, Robert Ford, Robert Ford, me preguntó como

debes sentirte, pues dormiste en el lecho de Jesse y comiste el pan de Jesse y

empujaste a Jesse James a su tumba¿.

¡Eh! - exclamó agresivamente el policía que se parecía a Ben John- son- .

¿Adonde diablos cree que va? - Voy a cantar una canción de buenos y malos -
dijo

Johnny. Agacho la cabeza, sintió el opresivo calor del sol del verano en su nuca y siguió caminando.

Titulo de la edición original: The Regulators.

Traducción del inglés: María Eugenia Ciocchini, cedida por Plaza. Ed. Janes Editores, S.A.

Diseño: Norbert Denkel ilustración: Julio Vivas. Circulo de Lectores, S.A (Sociedad Unipersonal) Valencia, 344, Barcelona

Licencia editorial para Circulo de Lectores por cortesía de Pla7.a & Janes Editores, S.A.

Esta prohibida la venta de este libro a personas que no pertenezcan a Circulo de Lectores.

1996, Richard Bachman de la traducción: María Eugenia Ciocchini, 1996, Plaza e. Janes Editores, S.A.

Deposito legal: B. I Sogl - lgg7

Fotocomposición: gama, s.l., Barcelona

Impresión y encuadernación: Printer industria gráfica, s.a. N. 11, Cuatro caminos s/n, 08620 Sant vicente del Horts Barcelona, 1997.

Impreso en España 15BN 84- 226- 6476- 3 N.º 27847